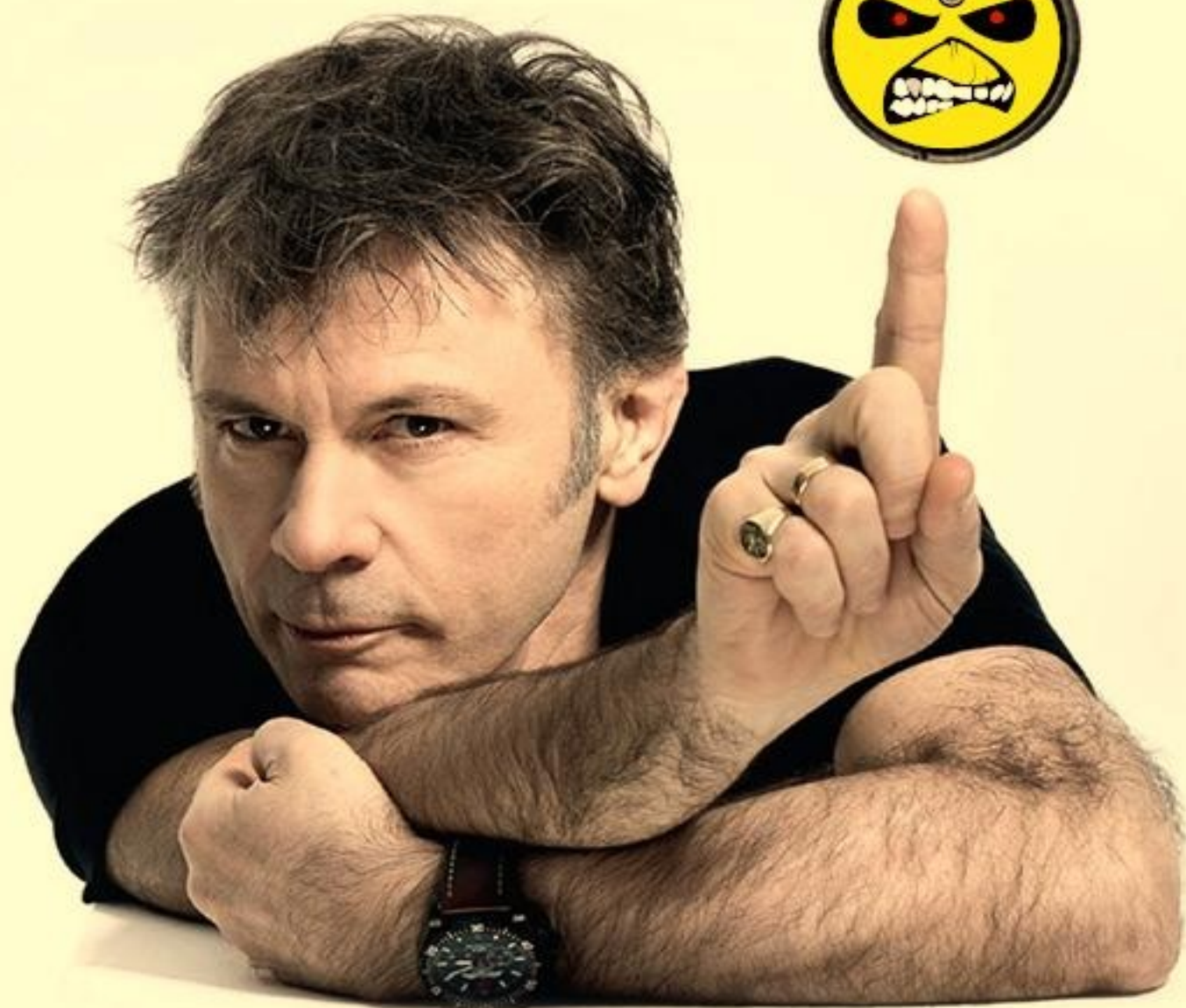




BRUCE DICKINSON

*Una autobiografía**

* PUEDE CONTENER HEAVY METAL DE ALTO

Lectulandia

Dickinson recuerda con su voz singularmente anárquica las explosivas hazañas de su excéntrica niñez, el ascenso meteórico de los Maiden, la trayectoria, los conciertos y las giras del grupo junto a su inseparable Eddie, pero también cuenta la filosofía de la esgrima, la experiencia brutal de pilotar un Boeing o su firme victoria contra el cáncer.

Unas memorias muy esperadas que captan la vida, el corazón y la mente de un auténtico icono del rock.

Bruce Dickinson

¿Para qué sirve este botón?

Una autobiografía

ePub r1.0

Skynet 02.07.2020

Título original: *What Does This Button Do?*

Bruce Dickinson, 2017

Traducción: Pilar Recuero Gil

Editor digital: Skynet

ePub base r2.1



A Paddy, Austin, Griffin y Kia.
Si la eternidad fallara, vosotros seguiríais allí.

PRÓLOGO

Llevaba dos horas volando en círculos sobre Múrmansk, pero los rusos no nos dejaban aterrizar.

—Permiso para aterrizar denegado —dijo con el mejor acento de Pavel Chekov, el personaje de *Star Trek*.

No sabía si este controlador era un fan de Iron Maiden, aunque de todos modos jamás me habría creído: una estrella del rock pluriempleada como piloto aéreo: increíble. En cualquier caso no llevaba a Eddie a bordo, por lo que esto no era el *Ed Force One*. Era una expedición de pesca. Un Boeing 757 de Astraeus Airlines con doscientos asientos vacíos y yo como primer oficial. Llevaba solo veinte pasajeros desde Gatwick a Múrmansk: un puñado de hombres llamados John Smith, un servicio de guardaespaldas, armados todos hasta los dientes. No es que el tal lord Heseltine los necesitase. Se las apañaba bastante bien balanceando la maza cuando tenía que hacerlo. Luego estaba Max Hastings, antiguo editor del Daily Telegraph, que también iba a bordo. Me preguntaba si el controlador soviético habría leído alguno de sus editoriales. Suponía que no.

—¿Qué tipo de peces hay en Múrmansk? —pregunté a uno de los John Smith.

—Peces especiales —contestó de manera inexpresiva.

—¿Peces grandes? —sugerí.

—Muy grandes —concluyó mientras salía de la cabina.

En Múrmansk tenía su sede la flota soviética del Norte. Lord Heseltine era un antiguo secretario de Estado de Defensa, y lo que Max Hastings desconocía de las fuerzas armadas mundiales no merecía un renglón en un periódico.

El mundo bajo nuestros pies estaba oculto y oscuro, sumergido bajo un algodónoso lecho de nubes bajas. Para negociar contaba con una radio y un viejo teléfono móvil de Nokia. Increíblemente, captaba una señal a la mitad

de cada patrón de espera, y pude escribir a nuestra compañía aérea para que hablasen con Moscú a través de la embajada británica. Sin teléfono por satélite ni GPS ni iPad ni wifi.

Como le dice James Bond a Q al principio de Skyfall: «Una pistola y una radio. No es exactamente Navidad».

Después de dos horas dando vueltas en círculos, físicos y metafóricos, las reglas del juego cambiaron.

—Si no se van, los derribaremos.

Algún día, pensé mientras dábamos media vuelta y nos dirigíamos a Ivalo, en Finlandia, debería escribir un libro sobre esto.

NACIDO EN EL 58

Los sucesos que se van sumando para dar forma a una personalidad interactúan de una manera extraña e impredecible. Era hijo único y fui criado por mis abuelos hasta los cinco años. Lleva tiempo descubrir las fuerzas dinámicas de las familias, y a mí me llevó mucho tiempo darme cuenta. Comprendí que mi educación fue una mezcla de culpa, amor no correspondido y celos, aunque todo cargado de un abrumador sentido del deber, de obligación de hacer lo mejor. Ahora entiendo que no había mucho afecto, pero sí una razonable atención a los detalles. Dadas las circunstancias, pudo irme peor.

Mi verdadera madre era una mamá joven casada en el momento oportuno con un soldado un poco mayor. Él se llamaba Bruce. Mi abuelo materno tenía la misión de vigilar las actividades de cortejo de la pareja, pero no tenía la suficiente capacidad crítica, mental ni moral, para estar a la altura de esa tarea. Sospecho que simpatizaba en secreto con los jóvenes amantes. No era ese el caso de mi abuela, a quien un rufián le había robado a su única hija, y ni siquiera uno del norte, sino un intruso de las tierras bajas y desoladas, salpicadas por gaviotas, de la costa de Norfolk. Este de Inglaterra: pantanos, marismas y ciénagas; un lugar que fue durante siglos el hogar de los inconformistas, de los anarquistas, de los mendigos útiles para el trabajo y de la existencia ganada a duras penas arañando la tierra recuperada.

Mi madre era menuda, trabajaba en una zapatería y había ganado una beca para estudiar en la escuela del Royal Ballet, pero su madre le prohibió marcharse a Londres. Cuando se le negó la oportunidad de vivir su sueño, cumplió el siguiente sueño que se le presentó, y con él llegué yo. Me quedaba mirando una foto suya, en puntas, probablemente con catorce años. Parecía imposible que ella fuera mi madre, una aspirante a estrella chispeante y llena de alegría ingenua. La foto sobre la repisa de la chimenea representaba todo

lo que podría haber sido. Ya no quedaba en ella ni rastro de la danza, ahora todo era deber; y algún que otro gintonic.

Mis padres eran tan jóvenes que me resulta imposible decir qué habría hecho yo si los roles se hubieran invertido. La vida consistía en educar y salir adelante, más allá de la clase obrera, pero trabajando en varios empleos. El único pecado no fue esforzarse mucho.

Mi padre se tomaba muy en serio la mayoría de las cosas y lo intentaba con ahínco. Miembro de una familia de seis, era el vástago de una campesina, que fue obligada a servir con doce años, y un astuto constructor local y capitán motero del equipo de fútbol de Great Yarmouth. Los grandes amores de la vida de mi padre fueron la maquinaria y el mundo de los mecanismos, la medición del tiempo, el diseño y el dibujo lineal. Le encantaban los coches y conducir, aunque consideraba que las leyes sobre velocidad no iban con él, como tampoco los cinturones de seguridad ni el conducir borracho. Cuando perdió el permiso de conducir, se alistó como voluntario en el ejército. A los voluntarios se les pagaba mejor que a los que eran reclutados, y el ejército no parecía quisquilloso con respecto a quién conducía los jeeps.

Con el permiso (militar) de conducir recuperado al instante, sus talentos de ingeniería y su habilidad lo condujeron a un trabajo en el que se trazaban los planos para el fin del mundo. En torno a una mesa, en Düsseldorf, dibujaba con cuidado los círculos de megamuertes que se esperaban en el anticipado apocalipsis de la guerra fría. El resto del tiempo lo debía de pasar bebiendo whisky para ahogar el aburrimiento y la desesperanza de todo aquello, imagino. Mientras aún estaba alistado, mi bailarina madre de aspecto desvalido se enamoró perdidamente de este corpulento campeón de natación (mariposa, nada menos) de Norfolk.

Como vástago no deseado del hombre que le robó a su única hija, yo representaba al engendro de Satanás para mi abuela Lily; pero para mi abuelo Austin era lo más parecido a un hijo varón que jamás tendría. Los primeros cinco años de mi vida fueron de hecho *in loco parentis*. Mi primera infancia transcurrió de manera bastante aceptable. Hubo largos paseos por el bosque, madrigueras de conejos, inolvidables puestas de sol invernales y brillante escarcha que relucía bajo el cielo púrpura.

Mis verdaderos padres habían estado viajando y trabajando en una serie de clubes nocturnos con su espectáculo de perros artistas: con caniches, aros y mallas. Imagínate.

El número 52 de la calle Manton Crescent estaba pintado de blanco. Era una vivienda adosada de protección oficial estándar, construida en ladrillo.

Manton Colliery era una profunda mina de carbón y allí trabajaba mi abuelo.

Mi abuelo fue minero desde los trece años. Como era demasiado pequeño para ser legal, mintió de manera astuta y descarada sobre su edad y su altura, que no era mucha, como la mía. Para sortear la legalidad, según la cual se era lo suficientemente alto como para «bajar al pozo si el cordón de la linterna no arrastraba por el suelo mientras se la llevaba sujeta en el cinturón», él le hizo un par de nudos al cordel. Estuvo a punto de ir a la guerra, aunque no llegó a traspasar la puerta del jardín. Estaba en el Ejército Territorial, voluntario a tiempo parcial, pero como la minería del carbón se consideraba una ocupación esencial no tuvo que luchar.

Así que allí se quedó de pie con su uniforme, listo, mientras su pelotón se marchaba a Francia a luchar. Fue uno de esos momentos propios de *Regreso al futuro*, en el que el hecho de abrir la puerta del jardín e irse a la guerra con sus compañeros habría evitado que sucedieran muchas cosas, incluido yo. Mi abuela se plantó desafiante, con las manos apoyadas en las caderas, delante de la entrada principal.

—Si te vas, maldito, no estaré aquí cuando vuelvas —dijo.

Él se quedó. La mayoría de su regimiento jamás regresó.

Con un minero por abuelo, conseguimos la vivienda protegida y el carbón gratis, y el arte de hacer que el fuego del carbón calentase la casa me convirtió en un pirómano de por vida. No teníamos teléfono, nevera, calefacción central, coche ni un inodoro dentro de la casa. Les pedíamos prestada la nevera a otros y teníamos una pequeña despensa, húmeda y fría, que yo evitaba como la peste. La cocina consistía en dos placas eléctricas y un horno de carbón, aunque la electricidad era vista como un lujo que debía evitarse a toda costa. Teníamos una aspiradora y mi aparato favorito: un escurridor, compuesto por dos rodillos que exprimían el agua de la ropa lavada. Un mango gigantesco hacía girar la máquina, mientras las sábanas, las camisas y los pantalones caían en un cubo después de ser estrujados por los rodillos.

Había un baño portátil de plástico para mí, puesto que mi abuelo se lavaba en los aseos de la mina antes de llegar a casa. A veces regresaba a casa desde el *pub*, apestando a cerveza y cebolla, y se metía en la cama junto a mí, roncando ruidosamente. A la luz de la luna, que atravesaba las finas cortinas, podía ver las tristes cicatrices que adornaban su espalda: recuerdos de una vida bajo tierra.

Teníamos un cobertizo en el que se martilleaban y golpeaban trozos de madera, ni idea de para qué, aunque a mí me servía como escondite. Se

convertía en una nave espacial, en un castillo o en un submarino. En el pequeño patio había dos viejas traviesas de ferrocarril que servían como velero, desde donde solía pescar tiburones que vivían en las grietas del hormigón. Había un huerto y unos efímeros crisantemos que se esfumaron una noche de hoguera en la que se extravió un cohete.

No teníamos mascotas, salvo una carpa dorada llamada Peter que sospechosamente vivió durante mucho tiempo.

Sin embargo, algo que sí tuvimos fue... un televisor. La presencia de este televisor reorientó toda mi temprana existencia. A través del cristal de la pantalla (de siete u ocho pulgadas, en blanco y negro granulado) aparecía el mundo entero. Funcionaba con válvulas, necesitaba varios minutos para calentarse y, cuando se apagaba, la luz se desvanecía de forma lenta y prolongada, lo que se convertía en un acontecimiento digno de ver por sí mismo. Poseía tanta mística que recibíamos visitas para ver el aparato en sí, para acariciarlo, ni siquiera para ver la televisión. En la parte frontal se ocultaban unos botones y diales que giraban a modo de cerraduras de combinación y seleccionaban los dos únicos canales disponibles.

Al mundo exterior, es decir, cualquier lugar fuera de Worksop, se accedía principalmente a través de cotilleos; o del Daily Mirror. El periódico se utilizaba siempre para encender el fuego y normalmente yo veía las noticias con dos días de retraso, poco antes de que fuese enviado al infierno. Cuando Yuri Gagarin se convirtió en el primer hombre en ir al espacio, recuerdo que miré la foto y pensé: «¿Cómo se puede quemar esto?». La doblé y la guardé.

Si los cotilleos o el periódico viejo no funcionaban, el mundo exterior podía requerir una llamada telefónica. La gran cabina telefónica roja servía como un centro de distribución de tos, resfriado, gripe, peste bubónica, «lo que sea, lo pillarás» para el barrio. Siempre había cola en las horas punta, y una combinación infernal de botones que pulsar y discos rotatorios para hacer una llamada, junto con una gran cantidad de cambio necesario para las conversaciones largas.

Era como una versión muy incómoda de Twitter, donde las palabras estaban racionadas por el dinero y las vengativas miradas fijas de las otras veinte personas que esperaban en fila para inhalar el micrófono impregnado de humo y saliva y presionar el auricular cubierto de sudor y grasa de pelo contra sus cabezas.

En Worksop había que obedecer ciertos códigos de conducta y normas, aunque la etiqueta en las calles era muy informal. No se cometían muchos delitos y prácticamente no había tráfico. Mis abuelos iban andando a todas

partes, o cogían el autobús. Ir al trabajo atravesando a pie los campos durante cinco o diez millas en cualquier dirección era algo a lo que estaban acostumbrados, y a mí me tocó también hacerlo.

Todo el vecindario estaba en permanente estado de trabajo por turnos. Si las cortinas de la planta alta estaban echadas durante el día, significaba: «Pasa de puntillas, minero del carbón dormido». Si estaban cerradas las cortinas del salón: «Apresúrate, fallecido amortajado para inspección». Esta práctica macabra era bastante popular si se daba crédito a mi abuela. Me sentaba en nuestro salón —permanentemente helado, con un silencio mortal, decorado con medallones de latón de los que adornan a los caballos y con candelabros pendientes de pulir— e imaginaba dónde podría yacer el cuerpo.

Por la tarde, la atmósfera cambiaba, y la casa se transformaba en una viñeta humorística de Gary Larson en vivo. Las sillas plegables de madera convertían el lugar en una peluquería con el azul como único color y una actividad colmenera como único juego de la ciudad. Mujeres con rodillas enormes y bolsas de plástico en las cabezas se evaporaban sentadas tranquilamente bajo las lámparas de calor, mientras mi abuela achicharraba, rizaba y producía ese horrible olor a cabello húmedo y champú industrial.

Mi comité de escape era mi tío John. Constituye una parte muy importante a la hora de saber qué botón pulsar.

En primer lugar, no era mi tío. Era mi padrino y el mejor amigo de mi abuelo; estuvo en la Real Fuerza Aérea británica (RAF) y luchó en la guerra. Como niño brillante de la clase obrera, fue absorbido por una RAF en expansión que necesitaba un sinfín de habilidades tecnológicas que escaseaban, y pasó a ser uno de los aprendices de Trenchard. El sargento de aviación John Booker, ingeniero eléctrico durante el sitio de Malta, sobrevivió a alguno de los bombardeos más angustiosos de la guerra en una isla que Hitler estaba decidido a aplastar a toda costa.

Conservo sus medallas y una copia de su Biblia, debidamente anotada con versículos que infundían ánimo en un momento en el que las cosas debieron de haber sido inconcebiblemente sombrías. También hay fotos, una de él en pleno vuelo, a punto de ocultarse en una operación de vuelo nocturno, en el que, como personal de tierra, su presencia era totalmente innecesaria; lo hizo por pura diversión.

Sentado en sus rodillas, me agasajaba con historias de aviones, mientras yo tocaba la maqueta de aprendizaje de un Spitfire plateado y la de un Liberator de cuatro motores hecho de latón con un disco de hélice de plexiglás fundido de un Spitfire derribado y una almohadilla de fieltro verde

debajo del zócalo, material que era un fragmento cortado de una mesa de billar inglés hecha añicos en un club maltés bombardeado. Hablaba de aeronaves, de la historia de la ingeniería en Gran Bretaña, de reactores, de bombarderos Vulcan, de batallas navales y pilotos de pruebas. Yo permanecía sentado durante horas, inspirado, haciendo aeromodelismo como muchos niños de mi generación, jugueteando con las calcomanías. Era un milagro que mis pilotos de plástico sobrevivieran siempre a los combates, puesto que sus cuerpos estaban envueltos por completo en pegamento, y las cúpulas transparentes cubiertas por huellas dactilares opacas. La tienda de maquetas de Worksop, donde construí mi fuerza aérea de plástico, seguía sorprendentemente en el mismo sitio la última vez que estuve allí con motivo del funeral de mi abuela.

Como el tío John era un tipo al que le iba la técnica, tenía un estanque del tamaño de la presa alemana de Möhne, que él mismo había construido, lleno de peces dorados y astutamente protegido mediante una red de alambre, y también conducía un espléndido Ford Consul, que estaba immaculado, por supuesto. Este coche fue el que me llevó a mi primer espectáculo aéreo a principios de la década de 1960, cuando la salud y la seguridad eran para los gallinas y el término «reducción del ruido» ni siquiera estaba en el diccionario.

Los atronadores reactores como los Vulcan estremecían los tejados al realizar giros verticales con sus gigantescas alas delta, mientras que el English Electric Lightning, básicamente un cohete supersónico con un hombre a horcajadas sobre él, pasaba invertido como un rayo, casi rozando la pista con la cola. Poderoso.

El tío John me metió en el mundo de las maquinarias y los mecanismos, aunque me sentía igualmente atraído por los trenes de vapor que aún cruzaban la estación de Worksop. El puente peatonal y la estación siguen hoy prácticamente igual a como los conocí en mi infancia. Juro que siguen existiendo los mismos maderos sobre los que me ponía de pie siendo un niño. El humo, el vapor y las nubes de ceniza que me envolvían se mezclaban con el alquitranado olor a betún y me picaban las fosas nasales. Hace poco hice el camino de ida y vuelta a la estación. Pensé que era un trayecto puñeteramente largo, aunque no me lo parecía así cuando era pequeño. El olor aún persiste.

En resumen, me habría conformado con ser conductor de un tren de vapor, luego quizás piloto de combate... y si eso me aburría, siempre me quedaba la posibilidad de ser astronauta, al menos en mis sueños. Nada de lo que sucede en la infancia es en vano.

En cierto momento, sin embargo, se acabó la diversión, y fui a la escuela. La escuela de primaria Manton estaba destinada a los hijos de los mineros. Antes de que se cerrara alcanzó cierto nivel de notoriedad entre los lectores del Daily Mail al convertirse en la escuela en la que los niños de cinco años golpeaban a los maestros. En fin, no recuerdo haber pegado a ningún profesor, aunque me otorgaron las alas, y también lecciones de boxeo, después de un altercado sobre quién debería interpretar el papel de ángel en la función de Navidad. Yo codiciaba esas alas, pero en su lugar me llevé un buen puntapié en la riña que continuó al otro lado de las puertas del colegio. El resultado no fue nada satisfactorio. Cuando volví del colegio desaliñado y con la ropa rasgada, mi abuelo me sentó y me hizo abrir las manos, que eran suaves y regordetas. Sus manos eran ásperas, como papel de lija, con trozos de piel callosa pegados como copos de coco a las profundas líneas que se abrieron cuando extendió las palmas delante de mí. Recuerdo el brillo de sus ojos.

—Cierra la mano, muchacho —dijo.

Eso hice.

—Así no; te romperás el pulgar. Hazlo así.

Y me enseñó cómo.

—¿Así? —dije.

—Sí. Ahora, golpea mi mano.

No fue exactamente como en Karate Kid; nada de plantarse a la pata coja en el extremo de un bote, nada de «dar cera, pulir cera» como en la peli de Hollywood. Sin embargo, al cabo de una semana más o menos, me llevó a un lado y con mucha suavidad, pero con una determinación de acero en su voz, me dijo: «Ahora ve y busca al chico que lo hizo. Y pon las cosas en su sitio».

Eso hice.

Creo que pasaron unos veinte minutos antes de que el profesor me sacara a rastras y me llevara por la fuerza hasta casa sujetándome vigorosamente. Mis clases de boxeo habían sido demasiado efectivas y a mi juicio, con cuatro o cinco años, con bastante poco discernimiento.

El ratata-tá del buzón hizo salir a un abuelo impasible: pantuflas, camiseta blanca y pantalones bombachos. No recuerdo lo que dijo el profesor. Todo lo que recuerdo fue lo que dijo mi abuelo: «Yo me ocupo».

Y después de eso, me soltó.

No recibí una paliza, ni una reprimenda, sino una desaprobación silenciosa y una charla sobre la moralidad de los puñetazos y las reglas del juego, que básicamente consistían en no portarse como un matón con la gente,

defenderse y no golpear nunca a una mujer. Un hombre amable, comprensivo y verdaderamente bueno jamás dejaba de proteger lo que le importaba.

No está mal para 1962.

En medio de todo esto, mis verdaderos padres, Sonia y Bruce, habían vuelto del circuito de exhibición canina y vivían en Sheffield. Nos visitaban los domingos a la hora de comer. Aún conservo la radio de baquelita de color crema y marrón que encendíamos en aquellas ocasiones. La situación siempre era bastante tensa; me dejó para toda la vida con un sentimiento de horror hacia las comidas en torno a la mesa, así como a la ginebra y al pintalabios. Yo le daba vueltas a la comida en el plato y me sermoneaban sobre no dejar las coles de Bruselas y sobre los peligros de no comer cuando la comida estaba racionada, algo que ya no sucedía, por supuesto, pero nadie alcanzaba a comprender esa realidad. Los mismos vestigios de la posguerra restringían el agua del baño a unos siete centímetros, causaban ansiedad por el uso de la electricidad y un malsano temor a la disipación psicológica provocada por hablar en exceso por teléfono.

Las conversaciones se salpicaban con desastres locales. Un fulano había sufrido un derrame cerebral..., alguien se había caído por las escaleras..., los embarazos adolescentes se multiplicaban... y un pobre muchacho se había hundido en la corteza de uno de los numerosos montones de escoria que rodeaban el pozo, cayendo sobre brasas ardientes que le habían provocado terribles quemaduras.

Un buen día, después de una comida dominical en la que me había comido las coles de Bruselas y la gallina que solía deambular por el jardín, llegó el momento de irme a vivir con mis padres. En el coche del tío John siempre me sentaba en el asiento del copiloto, pero ahora iba detrás, mirando fijamente por la ventana trasera, mientras los primeros cinco años de mi vida se iban quedando atrás al doblar la esquina.

Al final, miré hacia delante, hacia un futuro incierto. Había podido pelear un poco, había atrapado varios bichos feos, comandado mi propia fuerza aérea y estuve a punto de desafiar la gravedad. No podía ser tan difícil vivir con los padres, ¿no?

VIDA EN MARTE

Nunca he fumado tabaco, salvo algún que otro porro cuando tenía entre diecinueve y veintiún años, de lo cual hablaremos un poco más adelante. Digo esto porque, en realidad, es probable que me fumase un paquete diario solo por el mero hecho de estar cerca de mis padres. Dios mío, podrían haber fumado en otro lado. A mis dieciséis años intentaron introducirme en el asqueroso mundo de la hierba, pero eludir sus garras manchadas de amarillo fue mi mayor acto de rebelión.

La bebida era algo frecuente, y frecuentemente imprudente. Mi padre era un acérrimo detractor del cinturón de seguridad con el argumento de que podía estrangularte, y perdí la cuenta de las innumerables ocasiones en las que me llevó a casa conduciendo totalmente borracho.

Nada de lo que sucede en la infancia es en vano, salvo a veces los padres.

Por eso ahora nunca recomiendo beber ninguna bebida alcohólica si se va a conducir ni siquiera una copa. Por supuesto, la juventud y la indestructibilidad significan que soy culpable de hipocresía en primer grado, aunque por fortuna crecí un poco antes de matarme o, más importante aún, de matar a alguien inocente.

Pero hemos adelantado demasiado en nuestra máquina del tiempo. Ni siquiera existía el botón de grabar casetes cuando entré en mi colegio nuevo, en una zona supuestamente peligrosa de Sheffield: Manor Top.

En realidad, pensaba que estaba bien. Aprendí a expulsar puré de patatas, pescado y guisantes (era viernes, después de todo) a través de los labios fruncidos, formando una cortina ondulada con la que uno competía contra los compañeros de mesa para ver quién aguantaba más antes de que cayera de la boca.

Creo que Gary Larson debió de asistir también a esta escuela, porque las espeluznantes gafas con montura de carey del personal femenino les daban ese aspecto de guardia de campo de concentración propio de las películas del

llamado cine de explotación sexual de la década de 1970. Aún mejores fueron los tipos Hannibal Lecter, que administraban los castigos físicos. Un mal uso del puré de patatas y guisantes era una ofensa punible, y la palma extendida de la mano recibía la descarga de una vara. Para ser sincero, ni siquiera recuerdo si eso dolía mucho. Tan solo parecía algo extraño, que quedaba atestiguado y solemnemente anotado en el libro de castigos. Me sentía como si fuera uno de los prisioneros de la isla del Diablo con su pijama de rayas.

No estuve mucho tiempo en la escuela porque nos mudamos. Mudarse de casa se convirtió en una constante durante toda mi vida, aunque mi familia se especializó en mudarse especialmente para ganar dinero. Mi nueva morada era un sótano que compartía con mi nueva hermana, Helena, que por aquel entonces era un ser sensible capaz de articular palabras.

Había una ventana del tamaño de un iPad, que se abría hacia un canalón lleno de hojas muertas. También, una nevera con una divertida avería eléctrica: la agarraba con un paño mojado y veía cuánta electricidad podía aguantar antes de que mis dientes empezasen a rechinar. El resto de la humanidad se encontraba escaleras arriba. Y ¡menuda humanidad! Vivía en un hotel. Una casa de huéspedes que llevaban mis padres. La compró mi padre. Vendía coches de segunda mano enfrente de ella.

De manera inesperada, se vendió la casa de al lado. De repente, el imperio contraatacó y construyó una extensión que unía las dos propiedades. Papá desplegó los planos que él mismo había dibujado y diseñado. Yo encontré un trozo de papel pintado e intenté diseñar una nave espacial con sistemas de soporte vital para viajar a Marte.

Aparecieron albañiles que parecían estar trabajando también para él. En cuanto a mí, obtuve un empleo útil, aunque mal pagado. No levanté edificios, pero me lo pasé de miedo derribándolos. Mi especialidad era demoler baños. Cuando más tarde ingresé en la universidad, jamás pude tomarme en serio el llamamiento a «acabar con el sistema»; sabía mucho más sobre dismantelar sistemas sanitarios de lo que ellos jamás sabrían. Era algo digno de admiración.

Poco después, el Lindrick —como se llamaba el hotel— contó con un bar construido según el propio diseño de papá. Hasta donde puedo contar, el Lindrick nunca cerraba realmente durante los fines de semana, sobre todo con papá detrás del mostrador. Al lunes siguiente escuchaba las historias de Lily:

—¡Oh, ese tal fulano le dio un cabezazo al señor Rigby...! Y luego, ese otro tipo se puso a bailar sobre la mesa y se cayó. Partió la mesa en dos. ¿Te lo puedes creer? La mesa era de teca. Creo que la rompió con la cabeza.

A los que se hospedaban en viaje de negocios les iba lo de ir de cama en cama, y algunos de los huéspedes eran simplemente raros. Un tipo repulsivo se quedó durante dos semanas. Un día me dio una tarjeta de visita y me dijo susurrando que practicaba karma yoga. Salía del hotel a las siete de la tarde y deambulaba por las calles hasta el amanecer. Y no, no tenía ningún perro al que pasear.

Otras personas llegaban y no se marchaban nunca. Algunos murieron en la cama. Si se trataba de una muerte horrible, la abuela Lily se encargaba de informar a todo el mundo: «Murió abrasada en su coche...».

Una noche, dos caballeros se sorprendieron mutuamente en la oscuridad, dando por hecho los dos que habían estado manoseando a una mujer. A la mañana siguiente hubo algo más que aclarar. Era como vivir en un estado permanente de farsa.

El hotel no dejaba de ampliarse, y más miembros de la familia se mudaron a Sheffield. Mis abuelos paternos, Ethel y Morris, vendieron su casa junto al mar y se mudaron calle abajo. El abuelo Dickinson era idéntico al pícaro actor Wilfrid Hyde-White, solo que con un marcado acento de Norfolk. Con un cigarrillo detrás de una oreja, un lápiz detrás de la otra y el papel de las carreras en la mano, se dedicaba a lo que ahora llamaríamos «reacondicionar» edificios. En la práctica, lo que hacía era derribarlos y utilizar los sillares para ponerlos en otro sitio.

La abuela Dickinson era una mujer formidable. Medía más de metro ochenta, su pelo rizado era de un intenso color negro y poseía una mirada que habría talado un árbol a veinte pasos. Había trabajado como sirvienta y había sido comprada en el vagón de tren donde vivía con otras dieciocho chicas en el campo. Sus pies eran ligeros y podría haber seguido una carrera como atleta, si no fuera porque no podía permitirse unos zapatos: en doscientos metros descalzos no pudo competir contra sus adversarios con zapatillas de clavos. Una humillación que recordó hasta el día de su muerte.

Mientras Ethel horneaba pasteles, Morris salía del baño con un cigarrillo a medio fumar y un montón de casillas marcadas para las apuestas de caballos.

—Aquí estás, hijito; no digas nada —decía, y me deslizaba media corona de su mano ajada por años de poner ladrillos y manejar paletas.

Durante una reunión familiar en la que nos pasamos toda la tarde bebiendo en el bar del hotel, mi tío Rod me hizo varios favores, uno de los cuales fue convencerme de no hacerme nunca un tatuaje. El tío Rod (que era mi tío de verdad, hermano de mi padre) era carismático, por no decir otra cosa, y francamente, se parecía un poco a esos gánsteres granujas que podrían

estar rodeados de mujeres de fácil virtud. En aquel momento, a mis diez años, me sentaba en sus rodillas mientras me explicaba el sistema británico de clasificación por edad de las películas.

—Veamos, hay películas que reciben una X y, básicamente, hay X para el sexo y X para el terror...

Lo que sea que dijera después ya no me enteré, pues no dejaba de mirar fascinado las cicatrices que tenía en el dorso de ambas manos. Cuando era joven, el tío Rod tenía la costumbre de extraviar las motos de otras personas. A pesar de los muchos esfuerzos de la familia, era tan prolífico que fue enviado a una horrible institución para delincuentes juveniles, es decir, a un reformatorio. Tatuarse uno mismo con polvo de ladrillo y tinta es lo que estaba de moda en los reformatorios, y eso te marcaba para siempre como producto de esa institución. El tío Rod había gastado una suma considerable de dinero en su época para quitárselo. Lo hizo con antigua cirugía de injerto de piel, algo que hoy en día se calificaría como efecto especial de una película de terror de bajo presupuesto. Tan solo pensé: «Creo que me quedo con lo que tengo. En realidad, no parece muy divertido».

Luego, el tío Rod volvió a hablar de películas. Muchas de ellas ya las había visto yo con el abuelo Austin: Escuadrón 633, Misión de valientes, La batalla de Inglaterra, La última carga.

—Y ¿qué me dices de Estación polar Cebra? —le lancé.

—Esa no la he visto —masculló, y se volvió a su pinta.

Estación polar Cebra me proporcionó mi primer contacto con una banda de *rock and roll*. Sí, con camión, guitarras eléctricas y conciertos. La banda se llamaba The Casuals. Con su canción *Jesamine* habían tenido un éxito y ahora tocaban en clubes contratados durante una semana más o menos cada vez. Se alojaban en el hotel y durante el día —que para ellos, criaturas de la noche, no comenzaba hasta mediodía— salían de sus habitaciones con los ojos legañosos y el pelo largo, botas de tacón y pantalones blancos, para tomar un desayuno tardío de té y tostada que les servía Lily, quien no paraba de parlotear.

Estoy seguro de que debí parecer precoz con mis preguntas sobre misiles y submarinos, y fue probablemente una forma de competir en igualdad de condiciones con el guitarrista cuando este bajó la guitarra eléctrica. La sostuve. Era sorprendentemente pesada. Explicó minuciosamente cómo funcionaba, mientras yo miraba fascinado los discos redondos de acero bajo las cuerdas e intentaba imaginar cómo se producía realmente el sonido,

generado por esos diminutos fragmentos con las vibrantes cuerdas de sonido metálico.

Al igual que la mayoría de las bandas, se aburrían miserablemente durante el día, por lo que decidieron ir al cine. En el cine Gaumont de Sheffield echaban *Estación polar Cebra*. Con palomitas en la mano, diez años, sentado en un cine con una banda de rock viendo una película de guerra sobre submarinos nucleares y misiles, pensé: «Esto es vida».

Papá expandió su imperio y compró una gasolinera en bancarrota. Era una propiedad enorme, un antiguo garaje de tranvía con cuatro viejas bombas de gasolina, sin cubierta y unos talleres llenos de ladrillos cubiertos por aceite endurecido y una capa de mugre de cincuenta años de antigüedad. El comercio del motor empezaba a dominar nuestras vidas. Cuando no andaba cayéndome por los andamios (reacondicionando edificios), bombeaba gasolina, pulía coches y refregaba llantas con lana de acero hasta que mis dedos se volvían azules en invierno. Lavaba parabrisas, comprobaba neumáticos y observaba el creciente número de coches que iban y venían a medida que las ventas aumentaban.

Papá era una enciclopedia de componentes de automóvil. Era ingeniero por naturaleza e iba directo al meollo del problema. Rara vez se equivocaba en su diagnóstico. Podía contar de dónde venía el sistema de escape de cualquier Fiat y por qué era superior al chisme del Ford, aunque de todos modos ambos hubieran sido diseñados por un desconocido genio húngaro. Ese tipo de cosas. Si le dabas pie, podía hablar durante horas.

Vendimos el hotel cuando adquirió el concesionario de Lancia. El negocio fue bastante bien hasta que la marca fabricó uno que se oxidaba más rápido de lo que se conducía. Imagino que debió de sacar mucho dinero de la venta de viviendas porque hubo un auge inmobiliario, y una familia de la clase obrera aún podía permitirse comprar una casa en ese momento. En una ocasión cometimos el error de vender antes de tener un sitio en el que vivir. Debió de ser un trato redondo.

Al final, nos mudamos a una casa adosada a tan solo cien metros del hotel que habíamos dejado más o menos un año antes. Algunas personas son adictas al *crack*. Nosotros somos adictos a mudarnos de casa.

¿QUIERES COLEGIO? PUES TOMA COLEGIO

Entretanto, fui reubicado en un ambiente propicio para mi desarrollo. Como por arte de magia, me habían alejado de la influencia maligna del puré de patata, el salivazo y las peleas con los niños vecinos.

Iba de camino a una escuela privada: la escuela primaria Birkdale, *alma mater* de, entre otros, la fama de Michael Palin, de Monty Python. Era uno de los centros educativos más extraños y excéntricos que jamás he conocido pero, en realidad, al final me gustó bastante. Digo al final porque el acoso fue bastante intenso al principio. Utilizo el término «bastante intenso» solo en comparación con lo que vino después, en el internado.

El acoso sucede porque las personas débiles necesitan apuntalar su ego golpeando o humillando a otros. Por supuesto, si eres un recién llegado, o simplemente diferente, te conviertes en un objetivo prioritario. Yo tenía todas las papeletas. El tiempo de descanso era el peor, acorralado contra los cubos de basura con doce niños pegándome, vigilados por una maestra que supongo debía de ejercer algún tipo de abuso de poder al no pararlos. En recuerdo de mis dos abuelos, siempre me negué a rendirme. No me iba a ir.

Al cabo de un año más o menos, las cosas se calmaron, y un año después era como si no hubiera pasado nada; mi propio ser fue asimilado en el inconsciente colectivo, o eso pensaron al menos.

Me refugié en los libros, la biblioteca, la escritura y el teatro. Las alas angelicales de antaño volvieron a perseguirme, y mi nombre apareció por primera vez en una crítica de una obra escolar en el Sheffield Star, nada menos.

«Topo con la cara manchada, interpretado por Paul Dickinson». (Bruce, por supuesto, es mi segundo nombre, pero seguro que eso ya lo sabíais).

Me decepcionó un poco que no mencionara que el público se reía mucho conmigo. Entre las primeras lecciones sobre el ritmo cómico durante nuestra producción escolar de *El viento en los sauces* también se incluía el dejar caer mi espada de madera en medio de un silencio dramático, que provocó la hilaridad en el patio de butacas, y pronunciar la frase correcta: «De verdad, Ratty, el pollo está delicioso», mientras se veía claramente que estaba comiendo tarta de limón.

Hubo más producciones después, y estaba entusiasmado con el teatro, aunque, sinceramente, los actores parecían tomárselo muy en serio.

Las clases avanzaban con normalidad. En otras palabras, no recuerdo nada, excepto que la oveja merina tiene un pelaje espectacular y la bastante espléndida visión de Tolkien que nos ofrecía nuestro profesor de historia, el señor Quiney: «Un banquete sangriento detrás de otro, una caminata larga y aburrida, una batalla y algunas canciones estúpidas». Leí *El hobbit* y *El señor de los anillos* cuando tenía doce años. Entretenidas, aunque tenía razón.

Los que querían aprender francés tenían al señor White. Aunque al señor White solo le interesaba jugar con su enorme maqueta de trenes, que ocupaba la mitad del último piso. Las clases de francés consistían en observar un tren Flying Scotsman a escala HO dando vueltas durante veinte minutos.

Los alumnos se dividían en grupos A, B, C o D, desde los más brillantes hasta los que se enfrentaban a verdaderos retos o simplemente se aburrían. Yo iba saltando de un grupo a otro. Era de los que siempre estaban aburridos, pero me sobornaron para hacerlo bien con la promesa de una bici con manillar de carreras si ascendía en la jerarquía.

Al final de mi etapa en Birkdale, me encontré en una clase con solo ocho alumnos, en la que no dábamos clases como tal. Nos sentábamos, hablábamos, debatíamos, discutíamos, escribíamos cosas que queríamos y gastábamos bromas que pretendían ser interesantes en lugar de crueles. Los profesores llegaban y hablábamos como iguales. Era extraordinario. Era como si en mi cabeza las ideas saltaran como las palomitas en una sartén. Genial.

Había un motivo, naturalmente. El objetivo de todo este proceso era realizar una serie bastante dura de exámenes, que duraron una semana entera, para acceder al sistema altamente competitivo de internado desde los doce o trece años hasta los dieciocho.

Cosas de niños mayores.

Sin embargo, la escuela no era el único lugar en el que educarse. Aprendí a montar en bici y me recorría el barrio como un rayo. Tuve un juego de química, que se negaba tercamente a hacer algo que fuera divertido, y mi

padre me enseñó a jugar al ajedrez. Jugábamos con frecuencia, hasta el día en el que le gané, y ya no volvimos a jugar.

Durante las vacaciones en Great Yarmouth, me pasaba el día rodeado de cubos de cinc llenos de monedas. La expresión «cubos llenos de dinero» se refería simplemente a las obras que se estaban realizando en un salón recreativo frente al mar. Era propiedad de los padres de mi primo Russell.

Todos los viajes a Great Yarmouth acababan en el piso que había encima del salón recreativo. Estaba amueblado con mesas de café de dudoso gusto, sostenidas por esculturas de esclavos nubios, y una alfombra que se asemejaba más a un peludo mar blanco de zarcillos sintéticos que parecía que te iba a comer los pies si no le gustaban tus zapatos. Primero charlábamos un ratito y, luego, me enseñaban la ropa que desechaban mis primos: espantosos cárdigan con la parte delantera de ante y otras monstruosidades diseñadas para que un niño de diez años pareciera tener cincuenta.

La flotabilidad era un rasgo familiar. Para que aprendiera a nadar, a mi padre simplemente lo lanzaron a los lagos de Norfolk Broads. Yo aprendí a nadar bajo su supervisión, aunque no de manera tan abusiva. En algún lugar, acechando en el fondo de una maleta mohosa, está mi certificado de Heeley Baths, en Sheffield, donde se dice que ese día nadé diez metros en un estilo autorizado. Después de ingerir suficiente cloro como para cegar a un batallón de la Primera Guerra Mundial, entrecerré los enrojecidos ojos, molestos por la luz del sol. Me sentía aliviado de que hubiera terminado el suplicio. Mi padre nadaba como un pez y, siendo niño, podía nadar casi cinco kilómetros en el océano. Por el contrario, yo siempre he considerado la natación algo totalmente peligroso; una mera forma de ahogamiento preventivo. Yo soy de plomo por naturaleza. «Relájate», gritan los que flotan, pero lamentablemente mis pies siguen la senda de la gravedad y el resto de mi cuerpo va detrás.

Antes de aventurarnos en los sagrados portales de la escuela pública inglesa, aún quedan algunas piezas del rompecabezas que hay que poner sobre la mesa.

Era bastante solitario. No me interesaba el deporte. Pasaba las largas tardes del fin de semana en la biblioteca pública, hojeando libros y soñando despierto. Había descubierto el juego de la guerra y, al final de la tarde, me dedicaba a investigar la precisión del mosquete Brown Bess y las tácticas del escuadrón de infantería, así como a pintar mis soldados escoceses de las Tierras Altas, hechos de metal blanco, para lanzarlos poco después sobre un confiado Napoleón.

Mi tío Stewart, profesor, había sido campeón local de tenis de mesa, por lo que, en Navidad, apareció una mesa de ping-pong bastante buena. Mi padre y sus hermanos le dieron a la pala, discutieron sobre quién había ganado y, luego, se fueron al *pub*. De inmediato organicé la batalla de Waterloo para recrearla al día siguiente. La mesa era verde y plana: perfecta. Fue una de las muchas pequeñas ocurrencias que hacían que mi padre me mirara de manera un tanto extraña, como si subvertir una mesa de ping-pong fuera algo poco viril.

A medida que se acercaba el día de mi marcha hacia el internado de Oundle, en Northamptonshire, en el que permanecería durante cuatro años, empecé a lucir un bonito surtido de espinillas. No era agradable pero, puesto que no iba a haber chicas a mi alrededor, no era para tanto. Lo que las hizo estallar en úlceras supurantes fue el contacto con aceite de motor, goma quemada y uñas mugrientas. Justo antes de tener que ir al internado, me introduje en el mundo del automovilismo.

Tim, un amigo del colegio, y su hermano mayor, Nick, tenían un padre muy entusiasta. Conducía un Cadillac enorme y tenía un remolque inmenso en el que había un equipo de carreras en miniatura para sus hijos. Por lo que pude deducir, poseía un club nocturno y bebía una gran cantidad de vino de cebada.

Los karts de 100 cc con válvula rotativa eran muy rápidos. Nunca antes había tocado un volante pero, en cuanto me senté, arranqué el motor y me lancé volando hacia la primera curva al final de la larga recta Lindholme, antigua base de la RAF.

Giré el volante, viré 360 grados y ahogué el motor. Hice esto mismo en cada curva del circuito antes de volver al remolque, seguido por dos hermanos muy sudorosos que jadeaban después de haberme perseguido por todo el circuito para volver a arrancarme el motor media docena de veces.

En la charla que tuvimos después, quedó claro que aún tenía que aprender muchas cosas.

Al final del día, creía estar volando: con el pie apoyado en el suelo, bajando por la recta, frenando tan fuerte y tan tarde como me atrevía, la adrenalina se disparaba por mis manos y mi corazón. Lo cierto es que, probablemente, acabé la vuelta casi sin salirme de la pista. ¡Qué carajo!, además de conductor de locomotora, piloto de combate y astronauta, tenía que añadir piloto de carreras a la lista.

ADVENEDIZO ANGELICAL

Antes de llegar al internado, con todo lo que eso implica, me gustaría decir algo sobre la religión. Algo que con cuatro años, una edad demasiado temprana, experimenté de forma activa y pasiva. El resultado, no obstante, fue totalmente inesperado, y si Dios actuó alguna vez de manera misteriosa, esta fue una prueba de ello.

No recuerdo mi bautismo, aunque al parecer ingerí una cantidad considerable de agua sagrada. Pude haberme ahogado en la pila. No estoy seguro de que tragar salsa especial divina hubiera provocado la aparición de algún tipo de aura, pero podría haber influido en mi interés temprano por las alas de ángel.

El colegio celebraba el habitual festival de la cosecha y se cantaban algunos monótonos villancicos, pero solo al llegar a Birkdale tuve contacto con la religión evangélica, la Biblia de color negro y la lucha contra Satanás en todos los frentes.

Había una camarilla de fervientes maestros y, por casualidad o a propósito, eran los mismos profesores que dirigían las excursiones escolares, entre ellas, una a Fort William, en Escocia. Este viaje consistió en diez días de campamento, en el que se jugaba a enérgicos juegos semimilitares, se escalaban montañas, se cruzaban ríos, se saltaba de un árbol a otro (¿alguien conoce la canción *The Lumberjack Song*?) y se llevaba a cabo un lavado de cerebro religioso. Piensa en Bear Grylls, el protagonista de *El último superviviente*, pero sin posibilidades de escapar.

Rezábamos, asistíamos a charlas y por las noches se celebraba una asamblea en la que se animaba a los niños de diez años a ponerse en pie e identificar pecados, locura que era recompensada con clamorosas alabanzas, abrazos y aplausos. Me puse en pie y señalé una mosca en la pared, que claramente era un siervo de Satanás, pues me había distraído de las

paparruchadas que soltaban los mesías a tiempo parcial y profesores a tiempo completo.

Con diez años y sin ningún sentido de la ironía, fui acogido en el redil y me dijeron que ya estaba evangelizado. Mi objetivo en la vida era ir y convertir a la gente al cristianismo.

Pues bien, como era un tipo dispuesto siempre a cumplir una misión, me marché a la ciudad y me propuse convertir a un par de chicas de las Tierras Altas entregándoles un folleto e invitándolas al campamento para asistir a una divertida noche evangélica de entusiastas himnos cantados al ritmo de palmas y mal acompañados por una guitarra y jerséis de punto.

—¡Vete a la mierda, gilipollas! —Fue la contundente respuesta.

Al llegar a casa, en Sheffield, me inscribí en la Christian Union, donde llevaba una pequeña insignia y me animaban a leer *Cartas del diablo a su sobrino* y muchos otros tratados menos ingeniosos, algunos de los cuales trataban temas como la masturbación y el matrimonio. Confundido, pensé: «¿Tienen algo que ver?».

Mis padres estaban algo desconcertados, pues rara vez había estado cerca de una iglesia desde que casi me tragué una cuando tenía nueve meses. Sin embargo, lo toleraron pensando que parecía algo inofensivo y me mantenía entretenido los domingos por la mañana.

Poco tiempo después de esto, las hormonas entraron en escena, y empecé a mirar a las chicas de manera distinta. Ya no solo quería convertirlas; había algo más con lo que se podía jugar. Solo que no podía poner mi dedo ahí.

Mi amigo del colegio Tim hablaba sobre dónde poner exactamente los dedos. Aunque parezca increíble, era la única vez en la que alguien me había hablado de sexo hasta entonces, salvo para decir que, en general, era pecado, excepto para hacer bebés. Otras exhaustivas indagaciones sobre lo que hacía este chico tan sexualmente avanzado revelaron que en su tiempo libre hacía algo que tenía que ver con un calcetín y el pijama.

—¿Qué pasa luego? —pregunté intentando imaginarme la escena.

Entonces, me lo contó.

—¿En serio?

Se abrió un mundo nuevo ante mí y, como dicen que Dios odia a los cobardes, mi existencia monástica se transformó en onanista. En cuanto a la escuela dominical, al tener que escoger entre hacerse tontamente una paja y la Christian Union, hubo un claro ganador. La masturbación y las bibliotecas salvaron mi alma del proselitismo intolerante y de una opresiva ideología evangélica, y doy gracias a Dios por eso.

Sin embargo, no he terminado de contar la parte buena de los misteriosos caminos de Dios.

El custodio oficial de nuestra salud espiritual en Birkdale era el reverendo B. S. Sharp, que en aquel momento era vicario de Gleadless, una espléndida y oscura iglesia victoriana de arenisca silíceas. A diferencia de los tipos evangélicos a tiempo parcial, Batty, como sugería su apodo (que significa «chiflado»), era algo más que un poco excéntrico y estaba sordo como una tapia. Para ser reverendo, era bastante inofensivo.

Batty dirigía los ensayos de los himnos, y todo el colegio se metía en la iglesia y empezaba a cantar, mientras él recorría el pasillo arriba y abajo agitando los brazos, aparentemente ajeno a los chicos (nada de chicas, claro) sonrientes, desafinados y desacompañados. En una ocasión, yo estaba de pie al final de un banco cantando, o más bien murmurando, y al pasar junto a mí, se paró; ladeó la cabeza, como un loro, y me miró detenidamente. Sospecho que estaba colocando su oído bueno.

—Canta más alto, muchacho —dijo.

Me puse a cantar un poco más fuerte. Acercó toda su cara a mi boca. Me di cuenta de que le faltaban muchos dientes y me esforcé mucho por no reírme.

—Canta más alto, muchacho.

Me van los retos, así que grité a pleno pulmón y, una vez que empecé, ya no podía parar. Perdí la vergüenza y seguí hasta terminar la estrofa del himno que estuviéramos cantando. Confieso que me pareció maravilloso; algo que no admitiría en aquel momento.

Se puso en pie y agitó un poco más los brazos; luego, se inclinó hacia mí.

—Tienes muy buena voz, chico —dijo. Después, se alejó por el pasillo y nunca más lo volví a ver.

Como yo digo, nada de lo que sucede en la infancia es en vano y, si Dios existe, él o ella no dejan de hacer travesuras.

Por desgracia, el director del coro de Oundle no compartía el entusiasmo de Batty por mi dulce voz. Quedó claro que cantar, como se canta en la iglesia, no era muy deseable, aunque describir la capilla del colegio como iglesia no le habría hecho justicia.

La capilla de Oundle, como mínimo, se parecía más a una catedral. Tenía un coro y los rumores habituales, y posiblemente verificables, sobre los chicos del coro y sus maestros. Los estudiantes que cantaban en el coro se vestían con hábito y malgastaban su tiempo libre en inútiles alabanzas al Inefable hasta que se quebraban sus voces.

Había una prueba de canto obligatoria. Me siento muy orgulloso al decir que yo fallé de manera estrepitosa. Todas las notas blancas del teclado, yo las cantaba como negras. Me dieron una nota —un trozo de papel— que debía entregar al profesor encargado de mi residencia, en el que estaba escrito: «Dickinson - Sidney House, NO CANTA».

LA VENGANZA DEL ARENQUE AHUMADO

Nunca he estado muy seguro de por qué acabé en un internado. Mis padres no dejaban de preguntarme si quería ir, y mi reacción inmediata fue: «Cualquier cosa para salir de este lugar». Así que sonreí, pasé los descabellados exámenes, hice el test de inteligencia y la entrevista. La única parte un poco divertida fue el test de inteligencia, ya que era interesante y no tenía que recordar nada de memoria; solo había que hacerlo lo mejor posible. Al principio del verano llegó la carta de admisión, informando de las condiciones del uniforme y del dineral que había que pagar.

Oundle era, y sigue siendo, una pequeña ciudad comercial cerca de Peterborough, en la ondulada campiña de Northamptonshire. Ubicada en una curva del tranquilo, aunque a menudo desobediente, río Nene, se encuentra en un montículo que se eleva sobre la vega. El castillo de Fotheringhay se encuentra a pocos kilómetros, junto con la iglesia vinculada a él, y toda la zona está impregnada de la historia inglesa, en oposición a la británica.

La escuela ocupaba la mitad de la ciudad. La mayor parte de los edificios antiguos eran salas del colegio o alojamientos. La Honorable Compañía de Tenderos de la Ciudad de Londres fundó toda la empresa en el siglo XVI. El centro de todo aquello era un patio interior inspirado en Oxford y Cambridge, con pilares y pórticos, grandes balaustradas de mármol y una arquitectura que te hacía sentir pequeño, ignorante e insignificante.

En cada esquina del patio había una placa con el nombre de cientos de alumnos. Jugadores de rugby, atletas, alumnos de cultura clásica, de matemáticas y todos aquellos chicos cuyos nombres nunca se escribieron hasta que sus cuerpos regresaron en bolsas tras morir como héroes en dos guerras mundiales. Había bastantes.

Seguía sin saber por qué estaba aquí. Suponía que aquello me había sacado de mi casa y que debía de haber demostrado algo al aprobar todos aquellos espantosos exámenes. Otra razón, sin embargo, pudo haber sido que mi tía era la cocinera. No había una lógica clara en esto, e incluso me desconcertaba la relación entre las comidas escolares y la excelencia académica, pero algo sugería que la vida podría ser más fácil para mí si la gente sabía que mi tía cocinaba lo que se comía en la escuela.

Ningún miembro de mi familia, de ninguna rama, había asistido jamás a una escuela privada. Mi padre, después de acceder a un centro de enseñanza secundaria, no había podido ir a la universidad porque Ethel solo podía permitirse pagar la educación universitaria a uno de sus cuatro hijos; que fue Stewart por ser el mayor.

Mi padre nunca pudo olvidarlo.

Mi hermana siguió un camino totalmente distinto. Dejó la escuela con bajas calificaciones académicas y tomó un camino largo y difícil, prácticamente autodidacta, hasta convertirse en una de las mejores saltadoras ecuestres del mundo. Cuando, con diecinueve años, yo iba arrastrando mi culo por los *pubs* del East London tocando para tres gatos, mi hermana de catorce años debutaba con un caballo que ella misma había entrenado en el concurso Horse of the Year Show, en el Wembley Arena.

Con trece años, abandoné Sheffield y comencé un proceso de desconexión de la familia y de alienación involuntaria de la raza humana, al menos, durante un par de años. Resulta difícil decir, incluso en retrospectiva, si hubo una ganancia o pérdida neta como ser humano.

Desde el punto de vista académico, no hay duda de que el ambiente favorable impulsaba a los menos capaces y permitía sobresalir a los que tenían verdadero talento; con la rara excepción posible. Recuerdo que yo era de los del imperturbable promedio, aunque fui memorable por muchas otras razones.

Cada niño era asignado a una casa, en grupos de cincuenta o sesenta, que funcionaba como una tribu. El espíritu competitivo reinaba en el lugar. Había competiciones interescolares, competiciones entre cada casa y dentro de cada casa. No se dejaba piedra por remover en busca de ganadores. Si no ganabas en deportes, podías ganar en el campo académico. Si no ganabas en el campo académico, las cosas se ponían entonces más peliagudas; quizás Oundle no fuera lo tuyo.

Mi casa se llamaba Sidney. Tenía una gran fachada de estilo georgiano con un amplio camino de grava. Estaba rodeada por enormes campos de

rugby y cricket, y se encontraba a kilómetros de las aulas del colegio. A día de hoy, camino a todas partes con paso acelerado por miedo mortal a llegar tarde a clase de literatura inglesa. Recorría, creo, unos ocho kilómetros con los brazos cargados de libros de texto antes de comer. Ahora seguro que el trabajo duro lo hacen los monopatines eléctricos y los iPad.

Una de las primeras cosas que me llamaron la atención, antes de los látigos, las cadenas y los instrumentos contundentes (hablaré de ello más adelante), fue un episodio muy esclarecedor de envenenamiento por salmonela. Junto con los pintalabios rojos y los peinados de colmena, se puede añadir el pastel de pescado a la cámara de los horrores que me sigue todavía atormentando.

Mi tía Dee intentó matarme, junto con veinte de mis compañeros de casa, y un astuto trabajo detectivesco microbiano rastreó al desagradable patógeno hasta una cuchara de servir. Aquellos que tuvieron la mala fortuna de tomar el camino de la izquierda (por muy divertido que les parezca a las brujas) en la fila para servirse fueron abatidos por la venganza de Pasteur. Los que estaban en la fila de la derecha no sufrieron los efectos de la enfermedad. Los retortijones de estómago empezaron a las tres horas de haber ingerido el vomitivo pastel de pescado. Poco después me ingresaron en una sala donde me uní a mis compañeros igualmente afectados. Durante tres días, todos los orificios de mi cuerpo echaban algo a chorros. La letra «Llené sus cadáveres vivos con mi bilis» de la canción *If Eternity Should Fail* no requería tanta imaginación.

El deporte ocupaba buena parte de nuestro tiempo. Si no eras bueno en deportes, te tildaban de «patético». Si eras bueno significaba que caminabas sobre una pequeña nube y eras infalible.

El colegio contaba con innumerables equipos de rugby, y un cobertizo para botes de cuatro, de ocho y *sculls*, además de equipos de cricket, de tiro, tenis, squash y del popular, aunque poco conocido, juego de pelota *fives*.

Antes de que se les permitiera subir a un bote de cualquier tipo, los niños se sometían a la «prueba del bote». En la Edad Media, las brujas sufrían un suplicio parecido. Consistía en vestirse con botas militares, vaqueros y un grueso jersey militar de lana para luego ser lanzado al río.

Un puente sobre el río Nene servía de mirador para observar cómo se ahogaban las brujas adolescentes. Se escogía a las víctimas y se las lanzaba al agua helada, donde tenían que nadar unos veinte metros sin ahogarse. Imaginaos cuánto me divertía eso. Me consideraban un posible remero, por lo que tuve un discreto segundo intento, y un tercero. Creo que habrían

continuado hasta que me hubiera ahogado, así que dejé de respirar, recordé mi bautismo y tragué un montón de agua antes de que me pescaran con un bichero. Esta práctica se suspendió poco después al encontrar vacas muertas flotando hinchadas río arriba, infectadas por algún horrendo bicho.

Por supuesto, sufrí acoso escolar y, al igual que en mi anterior colegio ni retrocedí ni cambié de opinión ni me callé. Dos años más tarde, estalló un pequeño escándalo, se llamó a los padres, se expulsó temporalmente a los alumnos y todo se fue olvidando. Sin embargo, durante esos dos años, la vida fue casi un infierno.

Dormíamos en dormitorios tipo barracones: ventanas enormes y gélidas, desprovistas de cortinas, y dos filas de camas de hierro; un colchón fino sobre un tablero de aglomerado, un par de mantas y sábanas de algodón. No teníamos privacidad, los cajones no se cerraban con llave y los baños eran comunes. Las cosas se ponían interesantes al apagarse las luces. Cuando se iba el tutor, el chico más mayor me despertaba. Media hora más tarde, una multitud se apilaba alrededor. Tenía cerca de dieciocho años, un chico grande. Llevaba una almohada enrollada formando una bola apretada.

—Es hora de aprender, Dickinson. Defiéndete —decía.

No seguía exactamente las reglas de Queensberry y no podías hacer mucho más que ir acumulando rabia e ira. Con frecuencia, me encontraba la cama empapada o cubierta con huevos, mi neceser cubierto de detergente líquido o múltiples invasiones menores del espacio personal.

Hacia el segundo año, ya estaba bastante furioso. Ni siquiera el rugby pudo parar mi incipiente rabia, y me gustaba mucho el rugby. Lo creáis o no, era pilar y, como los otros crecieron más que yo, fui indistintamente talonador (no muy divertido), medio melé (no muy bueno) y, finalmente, acomodado como *flanker*, o *wing forward* como se denominaba en la prehistoria del rugby.

Mi evasión era la ACF (Fuerza de Cadetes del Ejército de Tierra del Reino Unido). Por supuesto, existía una jerarquía, pero curiosamente el régimen no se dirigió ciegamente contra mí. Todos sufríamos las mismas gilipolleces. Éramos cuatrocientos cadetes en nuestra fuerza, y yo progresé rápidamente pasando por varios rangos hasta que un día me ascendieron al rango de suboficial.

Solo dos de nosotros —el otro, Ian, era uno de mis pocos amigos cercanos en Oundle— llegamos a ser teniente coronel del Highland Regiment y servimos en algunos lugares bastante espeluznantes. La última vez que nos vimos, después de veinticinco años, fue en un mugriento hotel de Yida. Yo

era capitán y pilotaba un Boeing 757 fletado por Saudi Airlines durante el *hach*, o peregrinación a La Meca, y él estaba a cargo de la Guardia Nacional saudí. Imagínate.

En Oundle nos encontramos con privilegios inesperados. En la armería del colegio había armas y munición suficientes para dar un golpe de estado en una pequeña nación africana. Todo procedía de la Segunda Guerra Mundial. Había unos cien rifles Lee-Enfield del calibre 303, media docena de pistolas Bren, bombas, morteros, granadas de humo y munición real y de fogeo. Los dos habíamos asistido al curso de liderazgo de la UKLF (Fuerzas Terrestres del Reino Unido), donde nos equipamos con lo último en armamento y pasamos dos semanas en Thetford lanzándonos desde helicópteros, realizando sesiones de ejercicios de veinticuatro, treinta y seis y cuarenta y ocho horas y llenándonos de ampollas.

El supervisor de mi pelotón había servido en el SAS (el Servicio Aéreo Especial británico) y me dijo que yo no solo superaba el promedio del trabajo en equipo, sino también el promedio en cualquier sitio. Me pasé los veranos adscrito temporalmente al Royal Anglian Regiment y al Royal Green Jackets, y me descolgué por innumerables cuerdas en Lympstone al servicio de los Royal Marines. Estuve pensando muy seriamente unirme al ejército.

Ian y yo tramamos un plan para que las tardes de los miércoles fueran más interesantes y productivas. Resulta increíble, pero con dieciséis años teníamos la autoridad para firmar los recibos de retirada de rifles y armas automáticas, explosivos y munición de fogeo; y eso es lo que hacíamos todos los miércoles. Imaginábamos un escenario y luego deambulábamos armados hasta los dientes por un bosque cercano y nos liábamos a tiros.

Debería aclarar cuál era el marco del colegio Oundle. Antes de 1914, el Imperio británico exigía tecnócratas. Las escuelas públicas tradicionales formaban funcionarios públicos educados en griego y en latín, pero los oscuros días del futuro necesitaban líderes con formación en metalurgia, ingeniería mecánica y electrónica.

Oundle estableció lo que era, en esencia, una zona industrial. Tenía talleres de fundición de aluminio, compuestos y fibra de vidrio, tornos, fresadoras y talleres de carpintería, herrería y metalurgia. Cada trimestre yo pasaba una semana vestido con un mono aprendiendo a cortar y a ensamblar pedazos de madera, metal y plástico.

El objetivo de toda esta actividad era construir un torno de banco. Las mitades se fundían en moldes de madera en la fundición. Los moldes de arena

los fabricaba cada uno, y había varias formas de sabotearlos para hacer la vida menos monótona.

La humedad y el apisonamiento excesivos de la arena en el molde provocaban que estallase. Aún mejor era dejar un agujero en el fondo del molde para que el aluminio fundido goteara sobre los zapatos del vertedor: el taciturno maestro al cargo, el señor Moynihan. Sospecho que disfrutaba viendo arder los zapatos. Para este fin se equipó con botas con punta de acero multicapa, casco y guantes de amianto, además de una gran variedad de palabrotas, lo que significaba que nadie se saltaría la clase de fundición.

—Me cago en... ¿Quién coño me va a prender los puñeteros pies?

El señor Moynihan era un buen deportista y me enseñó a no sentir pánico ni aunque estuvieras ardiendo.

En carpintería fui un completo fracaso, aunque diseñé y construí la silla más incómoda e inútil del mundo, así como la librería más ineficaz que jamás se haya concebido. Incluso el mismísimo M. C. Escher se habría confundido al colocar sus libros.

En el taller de maquinaria rompí ventanas con la llave para portabrocas al usar la acción rotatoria del torno como catapulta. Al final, en un acto de pura estupidez mecánica, destruí una fresadora vertical. Si me hubiera tirado en paracaídas sobre una fábrica nazi, no habría realizado una labor mejor de sabotaje. Ojalá pudiera decir que fue algo deliberado. Cuando la máquina se partió por la mitad, y la rosca del eje de transmisión se deshizo, me quedé de pie mirando fijamente cómo vibraban sus piezas. Sentí pena por el maestro al cargo, que lloraba realmente mientras la apagaba.

—¡Oh, no! —suspiró—. Has roto la máquina.

Lo único que me gustó del taller de electrónica fue el olor de la placa de circuito. La llevaba en una caja de plástico con varias resistencias traqueteando dentro. No recuerdo para qué servía, posiblemente fuera un oscilador.

Sin interés, avergonzado y peligroso, comencé la última iteración de mi estancia en el taller de Oundle, e inesperadamente me tocó la lotería al descubrir a un maestro inspirador que sabía un poco sobre metal.

John Worsley era un hombre tranquilo y ordenado. Llevaba unas gafas tan grandes que parecía imposible imaginar que no estuviera interesado en ti. En el momento en el que cogió un trozo de metal, observé sus dedos. Eran delgados y ágiles, y se movían sobre la superficie de la barra de acero como si estuviera imbuyéndola de una cualidad de otro mundo. John siempre venía a clase en su bicicleta: manillar de carreras y aros para sujetar el bajo del

pantalón. Tenía un andar curioso, como si uno de sus lados fuera marinero y el otro hubiera sido una pata de tarántula en una vida anterior. Una de sus palabras favoritas era «plañidero», y era una expresión extraña, casi arcaica. John Worsley era como un híbrido entre un reparador de bicicletas y Gandalf.

La metalurgia abarcaba el hierro forjado, la forja, la orfebrería en plata y la joyería, además de la soldadura y otras habilidades relacionadas. Nuestro proyecto, con el que disfruté mucho y del que me sentí bastante orgulloso, consistía en elaborar una pulsera de alpaca. Cuando la enseñé en casa, mi padre la miró con profunda desconfianza.

John Worsley tenía un plan para llamar nuestra atención. Introdujo una vara de acero en un brasero encendido y saltaron chispas. La sacó, aún al rojo vivo, la colocó sobre un yunque y comenzó a darle forma a base de golpes; enseguida me di cuenta de que era una espada. Enfrió el metal con un silbido de satisfacción en un cubo de agua y lo volvió a introducir en el fuego. Sin decir una palabra, sacó una funda de cuero y la desplegó con gesto dramático, descubriendo una réplica de Excalibur. El travesaño de la empuñadura estaba recubierto de cuero, pero la espada, ancha y reluciente, fue lo que me fascinó.

—Podría enseñarles a todos a fabricar esto si lo desean —afirmó, mientras hacía rodar el arma sobre la palma de la mano una y otra vez. Hizo una pausa efectista—. Y también puedo enseñarles a usarla, por supuesto.

—Señor, ¿qué quiere decir? ¿Esgrima?

La forma de caminar tan graciosa de John Worsley se debía a que había sido maestro de esgrima durante casi toda su vida. Al llegar a una escuela pública pija, como norteño de clase trabajadora, aprovechó su oportunidad. Levanté la mano de inmediato. Me inscribí. Aprendería esgrima. Cambiaría mi vida.

Mi profesor de teatro también causó un profundo efecto en mí. John Campbell fue uno de esos profesores raros, pero esenciales que te permiten soñar.

El teatro, a diferencia de la música, era otra línea de escape, y estuve en varias producciones: *Macbeth*, *Adriano VII*, *La caza real del sol* y algunas obras de teatro locales que, en general, eran pésimas comedias del West End.

En *Macbeth* fui bruja, asesino y varios mensajeros, y me pasé buena parte de mi tiempo debajo de una gigantesca calavera de poliestireno envuelta en papel higiénico. Degradado a acólito en *Adriano VII*, me vine arriba como mercenario en *La caza real del sol* y empalagoso criado en *According to the Evidence* (De acuerdo con las pruebas), una obra tan tonta que me sorprendió que Samuel French la tuviera en su archivo.

Sin embargo, el clamor del maquillaje y el olor de la multitud estaban pasando factura a mi subconsciente. El germen de una filosofía comenzaba a echar raíces. La idea de que no importaba en qué te involucraras, siempre y cuando respetases su naturaleza y procurases armonizar de algún modo con el universo.

UN VIAJE INESPERADO

No solo eran los chicos mayores los que maltrataban a otros alumnos, los profesores podían pegarles legalmente. El castigo corporal infligido por los profesores era algo común e iba desde el zapatillazo en el trasero hasta los azotes que algunos profesores propinaban con una caña o una vara. Había distintas opiniones sobre la eficacia de los golpes. El suceso se producía normalmente durante la noche, al apagar las luces, y cuando el desafortunado receptor estaba en pijama. De este modo se garantizaba la máxima ansiedad psicológica y la máxima incomodidad física, ya que casi con seguridad sangraría después de recibir seis golpes a través del pijama de algodón. La expresión, que afortunadamente ya no tiene sentido, de «libros bajo los pantalones» quería transmitir la idea de que, en previsión de una sanción física, una libreta de geografía podría proteger las nalgas del daño infligido.

En general, todo el mundo estaba de acuerdo en que los azotes propinados por cinco jugadores de *fives* o de *squash* eran los peores a causa de su temible revés. Los golfistas se acercaban bastante. En los dormitorios se discutía mucho acerca de los ángulos, la velocidad y la aceleración. Después de una paliza, la víctima generalmente se subía encima de una cómoda y se bajaba los pantalones para que los otros pudieran comentar alumbrados con una linterna.

—No han quedado mal agrupados.

—Vaya, el cuarto golpe, un poco bajo.

—Él no te gusta mucho, ¿verdad?

El tutor de mi casa tenía distintos instrumentos que variaban en longitud, flexibilidad y grosor de acuerdo con la gravedad de la transgresión. Descargaba entre cuatro y seis golpes, y su sillón favorito se convirtió en el taburete de los azotes, del que retiraba el cojín y exhortaba al niño a inclinarse y tocar el fondo de la silla. Había un toque fetichista en todo esto, pues

muchas de las palizas las administraba mientras llevaba puesto su traje de remo.

Es posible que aún haya personas que piensen que esto fortalece el carácter. Yo no soy una de ellas.

Empecé a ver el colegio como un campo de prisioneros, y mi deber era crear problemas, molestar o escapar. Aunque, por supuesto, no había escapatoria. Sentía que debía mostrar de algún modo mi descontento. Decidí enviar dos toneladas de mierda de caballo al tutor de mi casa. Fue solo una de esas ideas impulsivas sin ninguna lógica, pero con una gran dosis de ímpetu emocional.

Iba deambulando por la ciudad, pensando en el esquema de color de mi escuadrón de elefantes de guerra de Aníbal, que tenía que pintar antes del sangriento enfrentamiento con los romanos. Al pasar cerca de la oficina de correos vi un letrero en una ventana, que decía fatídicamente: «Servimos estiércol a domicilio».

Fui a la cabina y marqué el número de teléfono.

—Hola, ¿hablo con entregas? Perfecto. Quiero dos toneladas, por favor... Sí, déjenlas delante de mi casa. ¿La dirección? Casa Sidney, colegio Oundle. Muchas gracias.

Esa noche, la casa se reunió para la cena. El tutor de la casa se puso de pie, succionando aire a través de los dientes en lugar de la pipa que fumaba constantemente.

—Esta tarde —dijo—, un bromista pensó que sería divertido entregar dos toneladas de mierda en la puerta de mi casa. A menos que esa persona confiese, no habrá electricidad para teteras o estéreos en la casa.

Una táctica estándar para un déspota de baja categoría. El equipo estéreo era algo fundamental en la existencia del estudiante. No había CD, y las grabadoras de casete daban sus primeros pasos. Los amantes de la música con papás ricos tenían magnetófonos y cintas para recopilar sus colecciones de vinilo. En el tercer año en Oundle, los alumnos se alojaban en un estudio, una habitación que se compartía con uno o dos estudiantes más. Estaba permitido decorar la habitación e, inevitablemente, no podía faltar un sistema de música. Al pasar por delante de las puertas abiertas de los estudios un domingo por la tarde, se escuchaba a la mayoría de las principales bandas de rock de los años sesenta y setenta. Cortar esta cuerda, que te salvaba de perder la cordura y te permitía escapar del Alcatraz de Oundle, era un castigo oscuro y cruel, aunque solo fuera en espíritu.

Después de la cena, llamé a la puerta del tutor de la casa.

—¡Pase!

Entré. Me miró desde su asiento junto al escritorio, mientras apretaba con los dientes la pipa amarilla.

—Ah, Dickinson. Imaginé que serías tú.

En realidad, me sentía bastante satisfecho.

—Muy divertido —dijo.

Un cumplido inesperado. Miró hacia abajo.

—Por supuesto, te azotaré por ello.

Escuché el chasquido de sus dientes en la boquilla de la pipa. ¿Estaba salivando? Levantó la vista, sobresaltado. Yo me quedé mirando fijamente, pero él me despidió con un gesto imperioso.

A las 9 en punto de la noche escuché el crujido de unas suelas de goma y, luego, llamaron a la puerta.

—Te veré enseguida —dijo el tutor de la casa.

Se había puesto su traje de remo: pantalón corto, suéter grueso con cuello de pico y zapatillas de tenis. Sus piernas eran ridículamente delgadas y estaban cubiertas con una fina capa de vello rojo. Cada vez lo respetaba menos. Usaba una caña extralarga, por lo que necesitaba espacio para sacudirla bien, y era un golfista aficionado, lo que no presagiaba nada bueno para los siguientes treinta segundos más o menos. La verdad es que habría que haber encarcelado a estas personas.

Por suerte, entre estos azotadores sádicos y los fracasados catedráticos de Oxford y Cambridge, existía un pequeño núcleo de excéntricos decentes. En esta perversa sociedad de hipocresía distópica, con su propia política interna y rígida jerarquía, la sala común, de color marrón, llena de humo y habitada por el personal, contaba con una camarilla secreta de visionarios que hacía que nuestras vidas valieran la pena y nos daba esperanza. Al igual que el señor Campbell y el señor Worsley, tuvimos un profesor de arte que se las apañó de algún modo para promover conciertos de rock en el gran auditorio de Oundle.

Puede que ya sea hora de aclarar el asunto de la música y de cómo terminé cantando. En primer lugar, la música llegó antes que el canto, y este peculiar rasgo esquizofrénico de mi campamento militar académico me introdujo en el rock más de lo que cabría imaginar.

La primera banda que vi actuar se llamaba Wild Turkey. Luego, Van der Graaf Generator y, siguiendo el estilo rock progresivo, tuvimos a String Driven Thing y a una banda de folk progresivo llamada Comus. Queen estuvo a punto de tocar, pero cancelaron el concierto cuando, de la noche a la mañana, se convirtieron en éxito de masas en Estados Unidos. La historia más

impactante era que Genesis al completo, con Peter Gabriel portando una caja en la cabeza, había tocado el año anterior a mi llegada.

Wild Turkey tenía al exbajista de Jethro Tull, Glenn Cornick, en sus filas, y su primer álbum, «Battle Hymn», ha resistido el paso del tiempo hasta nuestros días. Hasta arriba de Fanta y barritas Mars, con las hormonas en ebullición, me sentía a las mil maravillas. Cada centímetro cuadrado de mi cuerpo estaba empapado en sudor mientras me tambaleaba de vuelta al dormitorio atravesando el imponente césped cubierto con las sombras oscuras de los capiteles de las columnas del colegio. Mi corazón latía con fuerza, mis oídos estaban atronados, y mi cabeza parecía estar llena de campanas, con un loco tirando de las cuerdas para hacer sonar los cambios y tirando de la parte posterior de mis ojos como diciendo: «Escucha este sentimiento y nunca lo olvides». Wild Turkey se refirió al concierto en una entrevista como «una de las reacciones más locas que hemos tenido». Así estaba yo, con mi cabeza metida en el potente sistema de altavoces.

Después tomó el relevo una larga sucesión de bandas progresivas; todo muy cerebral, pero con la excepción de Peter Hammill y Van der Graaf, no tan visceral. Sin embargo, mientras deambulaba por los pasillos de la casa Sidney en los que sonaba la música procedente de los estudios, me detuve en seco. ¿Qué diablos era eso? Llamé vacilante. El chico mayor me miró mordazmente:

—¿Qué quieres?

—Esto... ¿Qué canción es esa?

—Oh, eso. Deep Purple, *Speed King*, de «Deep Purple in Rock».

Puso los ojos en blanco y cerró la puerta. Mis tripas seguían revolviéndose. Yo quería música.

Mi primer disco fue una recopilación titulada «Fill Your Head with Rock», que contenía sobre todo actuaciones de la CBS Records de la costa oeste de EE. UU., y aunque no paraba de escucharlo, no me gustaba mucho. Quería un chute directo de adrenalina. Encontré un «Deep Purple in Rock» de segunda mano, bastante rayado, que me costó cincuenta peniques en una subasta de álbumes porque alguien tenía que pagar su factura en la tienda de golosinas. Bueno, amigos, esto ya era otra cosa.

Un viaje familiar a Jersey (me refiero a las islas del Canal, no a Nueva Jersey) me proporcionó unas ediciones con flamantes cubiertas desplegadas de los clásicos de Van der Graaf Generator «H to He» y «Pawn Hearts». (Este último era un disco tan maníaco-depresivo que, en realidad, una sala podía quedar desierta al cabo de un par de minutos. Por otro lado, podía escucharlo

durante horas a solas, probablemente porque no soy un maníaco-depresivo). Saqué los dos discos de su funda de papel marrón. Las cubiertas desplegadas contenían obras de arte surrealistas bastante buenas de Paul Whitehead. Se las enseñé a mi padre, que era pintor al óleo aficionado.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—Degenerado —respondió mordazmente. Pasamos el resto del día en silencio. Decidí que si tuviera que elegir entre ser golpeado en la escuela de inmersión acuática o que me miraran como si fuera un bicho raro, optaría por asumir el riesgo de la escuela. Estaba decidido a pasar el mayor tiempo posible fuera de casa, y me dispuse a inscribirme en viajes escolares, prácticas en el ejército y todo lo que pudiera encontrar.

Durante las vacaciones de verano, recorrí la ciudad en moto, paseando por las tiendas de discos y aplastando la nariz contra el escaparate de las tiendas de guitarras y amplificadores, codiciando los altavoces y el *hardware*. El contacto con bandas, álbumes y el escenario se había convertido en un fantástico mundo de ensueño. Tenía un transistor con un pequeño auricular y por las noches, bajo las sábanas, escuchaba la emisora pirata Radio Caroline, con un irregular sonido que iba y venía.

Me sabía de memoria la canción de Deep Purple *Made in Japan*. Había tratado de replicar cada toque de batería, cada golpe sordo del pedal de bombo de Ian Paice. Igual que hice con el primer álbum de Black Sabbath, con «Aqualung» de Jethro Tull, así como con mi excéntrica colección de álbumes de Van der Graaf Generator y la preciada copia de la primera creación de Wild Turkey.

De vuelta a casa en Sheffield, todavía tenía algunos amigos de la escuela preparatoria. Teniendo en cuenta que nos habían enviado a internados, las vacaciones eran el único momento en el que nos volvíamos a ver. Paul Bray era uno de ellos. Paul tenía una batería en el garaje, una de verdad: platillos auténticos, todo el tinglado. Estaba en una banda y el guitarrista fue a visitarlo. Me quedé asombrado mientras recitaba del tirón *Layla* y media docena de éxitos de Cream. Bien pudo haber acabado siendo censor jurado de cuentas, aunque, en realidad, Paul actualmente es un abogado con bastante éxito. La vida es así.

En aquel entonces, yo tenía acné, llevaba un anorak, pantalones vaqueros acampanados con las palabras *Purple* y *Sabbath* tatuadas con boli en los muslos, y montaba una anticuada y ensordecedora moto. Además, claro, quería ser batería. Mis padres se habrían horrorizado. Era mi oscuro secreto. Tenía un par de baquetas, que mantenía ocultas, y un *pad* de práctica. Ellos

querían que yo fuera médico, veterinario, contable, abogado u otra ocupación «profesional».

Al regresar al colegio, me dispuse a formar una banda. Cuando se le priva de algo esencial, la mente humana es capaz de adaptarse de manera sorprendente y, a menudo, perversa. El marqués de Sade, al que se le negó el contacto sexual y el papel, resolvió ambos problemas escribiendo en papel higiénico sus fantasías cada vez más febriles, recientemente retraducidas por un catedrático de la universidad a la que pronto asistiría yo. Aunque ahora sí que nos estamos extralimitando, así que vamos a ocuparnos del pasado.

Las bandas que escuchaba no eran las que alguna vez vería en su apogeo, atrapado como estaba entonces en el internado, así que mi imaginación llenaba las lagunas. En mi imaginación, cubría sus payasadas en el escenario con un poco de escenario operístico, más la energía del teatro de improvisación en el que había participado. Todo era muy febril, muy intenso, y quería recrearlo como batería. Era una mera cuestión de actividad, y la batería era algo frenético: revolverse delante del escenario; era el sudor y el foco principal, pero también la posibilidad de ser un Keith Moon, un excéntrico, un verdadero espectáculo. El batería, en mi opinión, era el que mandaba.

Sin embargo, ni siquiera tenía batería. La silla o el taburete de un batería se denominan técnicamente «trono», tiene gracia, y si bien admiraba el sentimiento, la ilusión de grandeza no fue de ninguna ayuda práctica. Me hice con varios volúmenes de la Historia Medieval de Cambridge encuadernados en cuero y los distribuí como si fueran tambores sobre el pequeño escritorio desvencijado de mi estudio. Mis baquetas eran tiras de madera contrachapada. Con el altavoz cerca de la oreja, los golpeé con una sinfonía esperanzada. Al final, entré sigilosamente en la sala de música y birlé un par de bongos.

Había chicos en el internado que tenían baterías de verdad, amplificadores y guitarras eléctricas. Ensayaban los sábados o domingos por la tarde en aulas que reservaban. Me colé en uno de sus ensayos. Estaban desorganizados y todo consistía en parecer guay, ir a la moda, posar...; en fin, nada. Estaba disgustado, aunque un poco celoso de su equipo. Buscaba el santo grial de la inocencia y la experiencia. Mi visión estaba nublada, pero mi propósito estaba claro como el agua. Entretenerse, sí, pero la verdad ante todo.

Cuatro de nosotros formamos una banda, al menos, durante cinco minutos. El bajista, un australiano llamado Mike Jordan, había hecho su propio bajo en los talleres de carpintería y electricidad. También fue mi cómplice cuando se trataba de dirigir la sociedad de juegos de guerra

escolares. No había podido evitar la maldición del coro de la escuela y tenía una voz de bajo clásica. Dos guitarras acústicas completaban el conjunto, e intentamos tocar un sábado por la tarde. Probamos con la única canción en la que nos pusimos de acuerdo: *Let It Be* de los Beatles. Perdíamos terriblemente el compás, yo tocaba los bongos con las manos desnudas y, al llegar tambaleantes al estribillo, Mike se dio cuenta de que las voces clásicas de bajo realmente no se ajustaban a las voces más amplias de barítono de los chicos de Liverpool.

«Let it be...» se disolvió en un aullido estrangulado, mientras yo seguía sometiendo la canción a base de golpear los bongos.

Paramos. Estaba decepcionado, ya que mi entusiasmo superaba cualquier pretensión de precisión. Mike no podía cantar las notas altas. Se aclaró la garganta y, con una voz tremendamente adulta, dijo:

—¿Podríamos tal vez cambiar de tonalidad?

No sabía de qué hablaba, pero metí baza diciendo:

—¿Cómo era?

Abrí la boca y me solté; los guitarristas continuaron hasta el final de la canción. Mi cabeza daba vueltas con las vibraciones de la resonancia de mi voz. Hubo un silencio de sorpresa cuando llegamos al final.

—Puedes olvidarte de esos malditos bongos.

Mike, nuestro bajista, admitió la derrota:

—Creo que eres nuestro vocalista, chico.

Con nuestro futuro en el negocio de la música asegurado, hicimos un descanso para tomar té, margarina, mermelada y pan tostado. Eran las seis de la tarde, después de todo.



Mis esfuerzos como actor seguían floreciendo, y comencé a escribir e incluso a dirigir, de alguna manera. *La torre oscura* fue una obra de Louis MacNeice que adapté para el escenario, yo interpretaba al mayordomo empalagoso, además de dirigir y producir la obra, todo ello alentado por mi mentor, el señor Campbell.

Las clases de esgrima se habían convertido en el deporte escolar «oficial» a tiempo completo. Después de haber ganado el campeonato de esgrima del colegio, me declararon capitán de la escuela de esgrima, y me sacaron una foto con aspecto pomposo a causa de mis abundantes patillas.

Ya nadie me acosaba. Empecé a parecerme a la institución que me había amargado. Me estaba integrando, mimetizando con el tejido, como si las palizas y la hipocresía fueran una simple prueba, algo que todo muchacho tiene que aguantar antes de pasar de ser una oruga al tipo correcto de mariposa social.

Supongo que me describirían más bien como un poco excéntrico, pero aceptable. Todo eso iba a cambiar una oscura tarde de noviembre de 1975.

La semana anterior a mi salida no fue digna de mención. Me pasaba las tardes libres en el estudio de Chris Bertram, mi amigo guitarrista. Formábamos un dúo insólito. Saqueamos el cancionero de B. B. King, asesinando el blues, y descubrí que podía gritar como un alma en pena, exagerando bastante, pero así es la adolescencia, ¿no?

Por aquel entonces estaba en bachillerato, a tan solo unos meses de graduarme en inglés, historia y economía. No había ningún elemento del trabajo del curso; era la muerte súbita, tres horas de redacción de ensayos, y si mantenías el sentido común, es posible que lo hicieras bien.

Un par de noches antes de mi desaparición, se produjo un suceso cómico, aunque deprimentemente despótico, durante una conferencia sobre Machu Picchu y la arqueología inca. El conferenciante era un explorador teórico que también resultó ser amigo personal del director; se llamaba BMW Trapnell (con unas iniciales muy automovilísticas). Trapnell era cosmólogo de profesión, y tenía un efecto emoliente en los padres y también, como uno puede imaginar, en la junta escolar. A los cinco minutos de la conferencia, el proyector de diapositivas se desenchufó y, durante el caos, las diapositivas fueron reorganizadas sin ningún sentido, lo que claramente fue un golpe ejecutado con mucha habilidad.

Las consecuencias se tradujeron en una persecución al estilo nazi. Se anotaron nombres, y la orden procedente de arriba era clara: castigo físico; el orgullo estaba en juego. Para azotar a los considerados como cabecillas, el mismo señor Cosmología, un hombre grande y, por desgracia para los traseros, un jugador muy bueno de *fives*, escogió una vara.

Después del suceso, la tensión se mascaba en el aire. El colegio se sentía enojado, pero nadie iba a tomar la Bastilla. De la manera más inapropiada, por lo tanto, dos días más tarde tuvo lugar una celebración en la casa Sidney.

La festiva construcción de una nueva vivienda para nuestro ilustre tutor de la casa se conmemoraría convocando a toda la estructura de autoridad del colegio.

El cosmólogo flagelador, el cosmólogo flagelador adjunto, además del fetichista flagelador del *kit* de remo y todos los monitores de la escuela se reunieron en una mesa para cenar. Los monitores de menor rango de la casa eran los encargados de cocinar.

Había una atmósfera de anarquía silenciosa. Yo me senté en un estudio con Neil Ashford, que tenía dieciséis años y era bastante brillante, para ser sincero. Teníamos una cocina eléctrica de un solo fuego y una botella de jerez barato debajo del escritorio. Estábamos charlando, ocupándonos de nuestros propios asuntos y ligeramente achispados cuando llamaron a la puerta. Escondimos apresuradamente el jerez, y un monitor asomó la nariz por la puerta, sosteniendo un paquete de alubias congeladas.

—Esto... ¿podría tomar prestada tu cocina? Nos hemos quedado sin fuegos —dijo.

Asentimos con la cabeza y le dejamos la olla. Vimos cómo las judías se descongelaban y luego comenzaban a burbujear y hervir. En ese rato, ambos sentimos la necesidad de orinar. Con una cuidadosa coordinación y un impresionante control de la vejiga, nos aliviamos en una botella vacía. Me vino a la mente una imagen de las tres brujas de *Macbeth*. Mientras vertía nuestro consomé mixto en la olla burbujeante, me encontré recordando «Ojo de tritón y ancas de rana, piel de murciélago y lengua de perro..., añádele un cuarto de botella de pis». Una educación clásica es algo maravilloso.

La mezcla burbujeó y quince minutos más tarde apareció el monitor y probó un sabroso bocado, que le pareció perfecto. Nos dimos cuenta de que la casa carecía de autoridad. Supuse que todos estarían ocupados adulando y reverenciando a los carceleros y a los azotadores en busca de autopromoción.

Así que nos dirigimos de puntillas a otros estudios y, como un par de flautistas de Hamelin, conseguimos las llaves del bar de la casa en el desván y luego nos encerramos con varios barriles de cerveza. Abajo, Neil y yo pudimos ver las siluetas y las sombras de *La última cena*; aunque no lo fue para ellos, sino para mí.

A sorbos, nos fuimos tomando nuestras pintas de Pedigree de Marston y comenzamos a reírnos. El resto del bar, media docena de almas errantes, querían saber qué era tan gracioso. Una tontería, les dijimos. A la hora del recreo, a las once de la mañana del día siguiente, todo el colegio lo sabía. Me di cuenta de que era una especie de héroe sin aliento, hasta la hora del

almuerzo, cuando uno de los monitores de la casa me declaró depravado, repugnante y una abominación. Después del almuerzo, el tutor de la casa mandó llamar a la abominación.

—No hay nada que pueda hacer para salvarte —me dijo; lo cual me sorprendió. Nunca había pensado en él como salvador, y ciertamente no lo hice en ese momento.

Me llamaron para ver al director: el cosmólogo, el portador de la vara, el azote de los transgresores menores, el rey de las ratas. Me puse el abrigo y caminé a paso lento y contemplativo a través de la oscura niebla de noviembre. Estaría fuera, pero no estaría destrozado. Después de todo el acoso, la esgrima, el teatro, la música, llegaba el enfrentamiento final. Recibido en el cálido estudio del director, me senté frente al señor BMW. Sus pies estaban cruzados, «pies muy grandes», pensé fugazmente. Él habló, casi distraídamente: «Este no es el tipo de comportamiento que toleramos en un establecimiento civilizado. Por lo tanto, debo pedirte que te vayas de la escuela».

¿Por lo tanto? Tienes que estar bromeando. ¿En qué siglo, de qué torre de marfil misantrópica nació esta criatura? La hipocresía, el régimen retorcido, los encubrimientos, el mantenimiento del buen orden sobre todos los principios de la humanidad, por lo tanto, ¡que te den! Pero no dije nada de eso. Sonreí, lo miré a los ojos y pensé: «Te has tragado mi pis».

—¿Alguna preferencia en cuanto a cuándo quiere que me vaya? ¿La próxima semana? ¿A final de curso? —dije.

—Mañana por la mañana —respondió.

—Está bien. ¿Eso es todo?

—Se puede marchar.

Cerré la puerta suavemente, con un clic satisfactorio. El aire frío y húmedo me hacía sentir bien. Estaba fuera. Estaba solo. Había torpedeado el sistema y, vive Dios, creo que le di al canalla.

ENCERRAD A VUESTRAS HIJAS EN CASA

El invierno, que dio paso a la primavera y al verano en el que celebré mi decimoctavo cumpleaños, fue un período de limpieza y, fundamentalmente, de reincorporarme a la raza humana. Me dieron plaza en el colegio King Edward VII de Sheffield. Había sido una escuela secundaria selectiva y se había transformado en un instituto de enseñanza secundaria general, aunque con una buena reputación académica. Era mixto, niñas y niños, pero entre conmocionado y horrorizado, descubrí que era amistoso. Esperaba que se mantuviese patente la jerarquía, las palizas de castigo, pero nada de eso sucedió. Me pregunté qué habría pasado si no me hubieran enviado a un internado.

No tenía mucho sentido asistir a la escuela, excepto por imposición legal, porque en unos pocos meses tendría que presentarme a los exámenes, y por desgracia el examen de Sheffield era radicalmente diferente al de Oundle. Pasé mucho tiempo en la biblioteca, empollando mitología nórdica en lugar de estudiar.

Me uní al Ejército Territorial británico como soldado raso. Mi número era 2440525, y el sargento dijo que yo era demasiado listo para ser un simple soldado y me preguntó por qué no esperaba a convertirme en oficial en la universidad. Le contesté que solo quería seguir adelante, así que me dio el kit y eso fue todo.

Nuestra unidad —D Company, Yorkshire Volunteers— estaba, en teoría, en guardia de veinticuatro horas en caso de una guerra. Seríamos enviados directamente al frente, con morteros y armas antitanques propulsadas por cohetes, uno de los cuales recibió el nombre sorprendentemente chulo de *wombat*. Nuestra esperanza de vida en combate, según me informaron, era de un minuto y cuarenta y cinco segundos.

Me emborraché con muchos trabajadores siderúrgicos, cavé agujeros en lugares inhóspitos del nordeste de Inglaterra y llegué a llevar una gran ametralladora de uso general con cinturón, que usaba muchas balas, todas de fogueo.

Por otro lado, en la granja limpiaba con pala la mierda, de la que había mucha, y manejaba tractores y camiones de volteo, vertía hormigón y construía vallas. Convertí mi ira en esfuerzo físico, y se aplacó la cólera que me consumía continuamente en el internado.

Un día, durante el almuerzo tras una clase de lengua, lo que es el destino, escuché a alguien desde atrás que decía que no tenían cantante para los ensayos de aquella noche.

Me volví y, de repente, reconocí a mi compañero de batería Paul Bray. Lo flanqueaban dos tipos geniales que ya tenían pinta de ser profesionales veteranos de rock.

—Esto, hola... —comencé a decir un poco nervioso—. Yo canto un poco.

Me miraron de arriba abajo. Estaba un poco rechoncho, con un horrible corte de pelo corto y pantalones feísimos.

—Genial. Nos vemos a las seis en punto.

Quedaban nueve meses hasta que comenzara la universidad. Era hora de escuchar Radio Caroline bajo las sábanas, soñar despierto con los escenarios y ensayar en el garaje de mi compañero los martes por la noche. El limbo no es un mal lugar.

Nuestra banda tenía una batería de verdad y dos guitarras, y el bajista tenía su propio equipo, un amplificador independiente y un altavoz. El resto compartíamos un Vox AC30, al que se conectaban las dos guitarras y el nuevo vocalista: yo.

Mi micrófono había sido cortado del lateral de una grabadora de casetes portátil y empalmado con cinta adhesiva a un cable más largo enchufado en el combo Vox. Sonaba realmente mal, pero la banda estaba a años luz de todo lo que yo había experimentado hasta entonces. Se habían aprendido la mitad del álbum «Argus» de Wishbone Ash, más el tema *All Right Now* de Free y el inevitable *Smoke on the Water*.

Después de una canción y de arrancarme un par de veces con mi agudo al estilo Ian Gillan, todos asintieron sabiamente: «Eres el nuevo cantante».

Pregunté si tenían un nombre; la respuesta: «Paradox». Me pareció una birria de nombre.

Consideraba mi hogar de Sheffield como una especie de compás de espera. Sentía que no pertenecía a él, aunque tampoco era una existencia

desagradable. Era como si estuviera caminando sobre cáscaras de huevo, a menos que estuviera cavando agujeros o paleando mierda de caballo.

El *pub* local estaba a veinte minutos a pie, un trayecto arduo en la espesa nieve, y en el camino estaba el antiguo campo de prisioneros de guerra alemanes, con sus barracones medio demolidos. Más allá, a los pies de una empinada colina, estaba la parada del autobús y, por encima, iluminado por una luz de luna propia de Bram Stoker, el hospital de infecciosos de Fulwood.

En dos ocasiones, regresando a pie desde la parada del autobús en medio de la oscuridad y el viento, me encontré con gente que vagaba por el camino, aturrida. Tuve que esperar hasta poder hacer que se parase algún coche de los que pasaban ocasionalmente para ponerlos a salvo. Sospecho ahora que podrían haber sufrido alzhéimer. Casi seguro que abandonados a sus propios recursos, habrían muerto de frío. En la década de los setenta, esas personas simplemente eran «chiflados» y ahí quedaba todo.

Después de haber hecho mi buena obra del día, el destino me devolvió el favor: nos ofrecieron un concierto. Debutamos en el club juvenil local, con cuatro personas al menos delante del escenario y el resto apoyados contra la pared, presas del terror, mientras nos abríamos paso con *Smoke on the Water*. Creo que esperaban escuchar más bien a los Four Tops.

Me había gastado quince libras en un micrófono medio decente, un Shure Unidyne B, cuyo ridículo soporte podía perder las patas y la integridad vertical de manera repentina y sin ninguna razón evidente. Tenía una pandereta y había ahorrado para un par de columnas de altavoces Vox muy antiguas, de cuatro por diez pulgadas. Al registrarme como parado en el verano, me llegó por correo el cheque del subsidio, con lo que tuve dinero suficiente para comprarme un amplificador de guitarra Carlsbro de sesenta vatios en una tienda de segunda mano. Ya estábamos todos equipados, aunque sin conciertos.

Me convertí en representante. Iba de puerta en puerta por los bares que daban conciertos. Revisaba los anuncios para bandas en el periódico local y luego buscaba en la guía telefónica el número del bar en el que se tocaba. Habría mentido por Inglaterra, pero no había forma de eludir la horrible verdad que surgía con la pregunta: «¿Tienes una cinta de demo?».

Por supuesto que no teníamos. Olvido que grabamos una al final, aunque era horrible. Creo que acabamos poniendo una grabadora de casete en un extremo del garaje y metimos bulla.

De algún modo conseguimos que nos contrataran una noche en un *pub* llamado Broadfield, y puede que incluso hubiésemos logrado una segunda

actuación. Nos pagaron tres libras, así como una hamburguesa manoseada y una botella de Newcastle Brown para cada uno, y tuvimos que firmar un recibo.

Lo siguiente fue una tarde en el parque, patrocinada por el ayuntamiento, en Weston Park, junto a la universidad y justo calle arriba del hospital Royal Hallamshire. Apareció un DJ local de Radio Sheffield, pero se había pasado la tarde en el *pub* y estaba bastante colocado de ácido.

La banda titular se llamaba Greensleeper, y tenían ese aburrido aire de despreocupación nacido de ser los mejores del distrito postal y de actuar todos los fines de semana. Sus seguidores aparecieron justo antes de que tocaran y se marcharon inmediatamente después.

Nos dejaron instalarnos en el pequeño escenario a plena luz del día. Había algunas sillas plegables verdes y algunos niños comiendo helado que nos miraban de reojo. Empezamos a tocar. La batería se movía, y el escenario no se mantenía unido, por lo que también comenzó a separarse. En ese momento, un caballero cascarrabias saltó al escenario gritando:

—¡Callaos, estoy intentando dormir!

De un empujón, tiró el amplificador de guitarra por la parte posterior del escenario, que de todas formas estaba a solo medio metro del suelo.

Agarré una de las sillas plegables y lo golpeé con ella. Se tambaleó hacia atrás y luego bajó caminando la colina, directamente a través de las líneas vacías de sillas que normalmente usan las ancianas para sentarse junto al quiosco de música.

«Joder —pensé—, esto es como The Who». Pero no lo era en realidad, y el DJ colocado de ácido lo contó así en su programa de radio esa noche.

Sin embargo, con nuestra notoriedad recién encontrada presioné mucho para tocar nuestro propio material y cambiar de nombre. «Paradox» era demasiado soso; necesitábamos algo legendario.

—¿Qué hay de Styx? —sugerí.

—¿No hay ya un grupo que se llama así?

—Oh, no se darán cuenta —dije con confianza.

Nuestra segunda aparición en Broadfield fue también nuestro canto de cisne, pero el primero como Styx. Incluso teníamos folletos mal fotocopiados con letras que no formaban una línea recta perfecta, pues habíamos ido pegando letra por letra al papel. La pandereta ahora era de aluminio pulido y, al agitarla, había que tener cuidado para no cortarse en la base de los dedos.

Yo trataba de parecer guay. Imagínate: camisa de leñador (porque Rory Gallagher llevaba una), chaleco con muchas insignias y zapatos Hush

Puppies. Encierra a tus hijas en casa, South Yorkshire.

Teníamos una canción escrita por mí llamada *Samurai*. La letra no era mía, sino de un compañero poeta del instituto que se las ingenió para combinar los samuráis con los buitres y para rimar carne con guardería en la misma línea.

—Genial —dije—. Pero... ¿por qué una guardería?

Decidimos separarnos en la cumbre de nuestra carrera, alegando presiones comerciales más el hecho de que los dos guitarristas tenían trabajos de verano en los que llevaban puestos zuecos de madera y limpiaban hornos de acero, y que pagaban bastante mejor que las tres libras que habíamos recibido en nuestra última aparición.

A todo esto, no me había costado olvidar que se suponía que debía hacer los exámenes finales. Había estudiado poco; en realidad, no había estudiado nada. Tenía una caja de apuntes de historia; en cuanto a economía, pensaba que era un montón de basura elaborada por académicos con el fin de crear trabajos para ellos mismos; y con respecto a lengua y literatura, resultaba divertido crear; pero, Dios mío, la cubierta de cualquier libro de Jane Austen hacía que prefiriese comerme mi propia pierna antes que leerlo.

En cualquier caso, me presenté a los exámenes de grado sin haber leído ni un solo libro para los exámenes de lengua y literatura ni haber abierto ningún otro de texto para economía. En cuanto a historia, pensé que podría sacarla con la gorra, puesto que me interesaba de verdad, lo que probablemente fuera algo bueno porque me pasaría tres años en la universidad estudiándola aparentemente. No puedo acordarme de lo que escribí pero, aunque parezca mentira, aprobé los tres exámenes, eso sí, por los pelos. Y lo que era aún más increíble, conseguí plaza en una universidad de Londres para la que solo hacía falta sacar un aprobado raspado en dos de las tres asignaturas.

De este modo, sin esforzarme inútilmente, accedí al mundo académico: el Queen Mary College de la Universidad de Londres.

CASI AL DESCUBIERTO

Estaba en Londres, con una agenda, un objetivo y ningún plan. Además, tenía dinero en el bolsillo procedente de una beca del gobierno. Mi primer problema fue sobrevivir el día de mi llegada. En seguida me citaron con el jefe del departamento de Historia, el profesor Leslie. En las manos sostenía un trozo de papel con las notas de mis exámenes de grado.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Ah, vale. Tuve un problemilla.

—¿Qué clase de problemilla?

—Pues, verás, me echaron del colegio y tuve que estudiar en casa.

—¿Por qué? ¿Por qué lo expulsaron?

—Pues... la bebida —sugerí.

Me apuntó con el dedo, y sus ojos eran como platos detrás de las enormes gafas que llevaba puestas. Tenía también un parecido alarmante con el señor Toad.

—Te he echado el ojo —dijo—. Mis espías te estarán observando. Un estudiante solo necesita una cama, una silla, un escritorio y luz adecuada.

—Muchas gracias —repliqué y, suspirando aliviado, me dirigí directamente al bar del sindicato de estudiantes, donde me aguardaba una fantástica pinta de Bass, mucho más barata que en un *pub*. Días felices.

Tenía un plan que ocultaba astutamente a mis padres, en realidad incluso a mí mismo. Estaban desconcertados con mi elección de estudiar Historia.

—¿Para qué sirve? —preguntaron.

—Es útil en el ejército —respondí. Aunque estaba pensando algo totalmente distinto.

Había urdido un plan para salir a toda costa de Sheffield y, si iba a ser cantante de rock, debía hacerlo en Londres; aunque todavía podía unirme al ejército si todo se venía abajo. Y aquí estaba, casi fuera nada más llegar. Bebí

a sorbos mi pinta. «Prioridades» —pensé—. «Número uno, virginidad. Debes perderla y rápido».

Terminé con mis ambiciones militares de una vez por todas uniéndome al Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Universidad de Londres. No me extenderé en el tema. Descubrí la instrucción nocturna, que era aburrida en comparación con correr por el desolado paisaje de Otterburn, en el noreste de Inglaterra, con ametralladoras y trabajadores siderúrgicos. Era más bien una reunión de niños pijos apocados, preocupados por vestirse con uniformes mal ajustados y botas que nunca habían visto el barro.

Pronto me encontré con un montón de borrachos, una multitud muy variopinta, y descubrí que se hacían llamar estudiantes de medicina. Esto, pensé, era el comienzo del fin de la virginidad. Fue así como empecé una carrera lavando tazas de café a altas horas de la noche después de cerrar los bares, en la creencia errónea de que hacer cosas útiles podría hacer que una estudiante de odontología de diecinueve años se desmayara. Al final, ella se desmayó, pero no antes de que descubriera que ella también era virgen y, lo que es peor, que podía recitar palabra por palabra la farmacología del control de la natalidad. Esto eliminó el escalofrío de la lujuria pura, pero lo reemplazó con una fiabilidad reconfortante basada en una práctica clínica sólida. Y practicar, practicamos.

Resuelto uno de mis objetivos, emprendí la búsqueda del rock y el secreto del universo. Y solo era viernes por la tarde.

No hay que ser Sherlock Holmes para encontrar músicos, especialmente músicos de rock. Ya fuera soñando despiertos sin rumbo fijo o impulsados por una ambición ardiente, los delataban los estuches de guitarra, las baquetas o un ejemplar de *Melody Maker* abierto por los anuncios clasificados en la última página. Aunque ahora suene curioso y ligeramente ridículo, *Melody Maker* era la única revista seria que anunciaba trabajos para músicos, equipos en venta, estudios disponibles, furgonetas de alquiler y todo lo relacionado con el rock y el mundo de la música.

Era un periódico de gran formato, básicamente en blanco y negro. Los intrusos como la revista *Sounds* contenían encartes en color con calidad de periódico: grandes hojas de papel higiénico para tratar de robarle tiradas a *Melody Maker*.

Así fue como vi una Gibson SG que un tipo delgado y de pelo rizado llevaba fuera de la funda.

—Hola. Bonita guitarra. ¿En qué tipo de cosas estás metido? —le pregunté.

—Priest, Sabbath, Purple.

En cuestión de treinta segundos teníamos una banda. Se llamaba Martin Freshwater y conocía a un bajista llamado Adam. Después, nos topamos con el Jon Lord de Southend: Noddy White.

Noddy se parecía un poco al cantante de Slade Noddy Holder, de ahí el nombre, aunque nunca supe si había nacido con otro. Noddy enseñaba guitarra, tenía una guitarra de doble mástil con bajo y un órgano con un sonido menos impresionante de lo que aparentaba. Solo nos faltaba un batería.

Steve fue el único que no era estudiante, pero he olvidado por completo cómo lo encontramos. Vivía en Catford y tenía más baterías de las que había visto en mi vida.

Encontramos una habitación grande en las cocinas en desuso de la residencia, montamos un poco el tinglado e hicimos ruido. Las paredes revestidas de azulejos y los fregaderos de acero inoxidable creaban una reverberación metálica natural, por lo que teníamos la sensación de estar tocando dentro de una lata de galletas.

Le pedí a Noddy que me enseñara a tocar la guitarra y poco a poco fui retorciendo y agarrotando mis rechonchos dedos para colocarlos en las posiciones requeridas. Inmediatamente comencé a escribir, pero la primera emoción de la creación pronto se convirtió en frustración al carecer de la capacidad de crear forma y estructura.

Nunca olvidé la alegría inicial, la emoción de ese momento de inicio, de significado. Aunque solo significara algo para mí, y aunque finalmente se considerase una basura. Había pureza en el arte de la creación. Para entonces habíamos conseguido un pequeño repertorio, y todo el material era nuestro. En el fondo, estábamos preparados, o al menos eso pensábamos, para conseguir algunas actuaciones.

No obstante, necesitábamos un nombre.

Lo de los nombres es algo vejatorio. Sin que uno se dé cuenta, pueden definir y condenar a un grupo a la perdición o, lo que es peor, que las débiles alabanzas lo maldigan.

El nombre es como la cuerda floja sobre la que caminan las bandas. La música rock es un eterno funámbulo: demasiado pomposa, demasiado punk, demasiado seria, demasiado irrisoria, demasiado desafinada, demasiado técnica; nada de eso importa mientras estés en la cuerda floja. De hecho, es emocionante ver cómo te tambaleas.

Aunque es un infierno si te caes.

En 1977, el punk estaba en pleno desarrollo, y el Queen Mary College, así como los distritos de Mile End y East End, estaba justo en el medio. Los conciertos secretos de los Pistols, The Jam, Bethnal, una banda de punk con un violinista. ¿Qué importa el nombre?

Tocábamos demasiado rápido y, cuanto más nos emocionábamos, más rápido tocábamos.

—¿*Speed*? —sugirió Noddy.

—¿*Speed*? —le pregunté.

—Sí. Porque tocamos demasiado rápido.

Ninguno de nosotros, y me refiero a NINGUNO de nosotros, tenía ni idea de que ese término, *speed*, no solo significaba «velocidad», sino que era el nombre de una droga muy popular entre la gente que no había descubierto la cocaína, algo que, de todos modos, no podía permitirse. La cerveza era la única droga en la ciudad. En el bar de estudiantes, después de las cinco de la tarde, una pandilla de fanáticos de la música se agolpaba de pie junto a la máquina de discos y discutía ferozmente sobre las mismas cosas cada día. Se gritaban los unos a los otros y quedaban al final como amigos. Futuros líderes mundiales y fanáticos del fútbol, tomad nota.

El bar reunía todas las tonalidades de rojo, desde el rosa claro con tacones altos hasta el escarlata comunista, con hachas manchadas de sangre para enterrar en las cabezas de los asquerosos opresores capitalistas. Como inconformista declarado, me alcé y me opuse a algunas de las propuestas más tontas en los debates públicos. Valió la pena, aunque solo fuera para provocar a estos árbitros severos y engreídos de la opinión política estudiantil.

El representante del Partido Socialista de los Trabajadores siempre era cortés pero intenso: un guerrero de clase vestido con ropa de paño grueso de lana. Sosteníamos entretenidas discusiones antes de que se marchara para planear el siguiente apocalipsis, dejándome con la idea de que *estaba en la lista*.

—El *Titanic* —le recordé— también tenía una lista, y mira lo que sucedió allí.

Hubo, sin embargo, departamentos en el sindicato de estudiantes que realmente hicieron cosas, en lugar de quedarse en meras palabras. El de espectáculos parecía ser el lugar perfecto al que dirigirse. El delegado de espectáculos era elegido por los estudiantes, junto con su adjunto, y esencialmente se convirtió en un promotor de conciertos financiado por estudiantes y sindicatos.

Queen Mary tenía, y todavía tiene, una instalación extraordinaria: el Gran Salón. Construido en la década de 1930 como el People's Palace (el palacio del pueblo), tenía uno de los escenarios de proscenio más grandes de Londres. Ahora se ha modificado como un espacio más polivalente, pero en 1977 todavía era un teatro con una galería abalconada con asientos y una platea grande, que se vaciaba de sillas para los conciertos.

Comencé como voluntario empujando cajas de un sitio a otro y cargando bártulos para varias bandas. Yo trabajé para Hawkwind en el montaje de su gira Atomhenge y, en la actualidad, alterno con su batería en mi *pub* local, que ahora es una de las principales autoridades del Reino Unido en reciclaje de residuos. En el mismo *show* estaban los reformados Pirates, menos el mismísimo Johnny Kidd, por supuesto, que había muerto en un accidente automovilístico algunos años antes. El guitarrista, tristemente ahora fallecido, se llamaba Mick Green, y cualquier guitarrista que se precie debería escucharlo.

Indistintamente, Manfred Mann's Earth Band, Ian Dury and the Blockheads, Lone Star, Racing Cars y Supertramp se lucieron en el escenario del People's Palace. La BBC aprovechó para grabar una serie de transmisiones de *Sight and Sound in Concert*, y todos los espectáculos estuvieron abiertos al público. Hice un poco de todo, desde ocuparme del acceso hasta trabajar entre bastidores, encargarme de la seguridad y cargar una gran cantidad de camiones.

Entre la agotada psicodelia de Hawkwind y el olor de las viejas cocinas sucias y las mohosas alfombras había una diferencia abismal, pero en nuestra pequeña lata de ensayo, Speed desarrolló un repertorio que era una mezcla interesante, aunque muy extraña. Si fuéramos un jardín de sonidos, habríamos sido un paisaje devastado de hojas muertas y ramitas a causa de un tornado, con un narciso ocasionalmente visible entre los pardos restos dejados por los vientos huracanados.

Mis dos riffs de guitarra, escritos por mí y muy primitivos, se llamaban *FBI* y *Snoopy*. Yo tenía un gran peluche del personaje de dibujos animados creado por Charles Schulz. En el espectáculo se abusaba tanto de Snoopy que era una característica destacada. Ojalá pudiera decir por qué.

Nuestro primer concierto fue en Green Man, en Plumstead, donde tocamos ante poca gente. Snoopy fue destripado y tocamos excesivamente rápido y muy desafinados.

La actuación causó sensación y el promotor nos contrató para actuar una vez al mes.

Para ir y venir de los conciertos, robábamos —bueno, tomábamos prestado— el minibús de la universidad. Tenía asientos y ventanas, por lo que teníamos que quitar los asientos y cargar el autobús a escondidas. Luego cruzábamos rápidamente las verjas con él, antes de que alguien se diera cuenta de que las ventanas estaban llenas de Fender, Marshall y un gran perro blanco con una nariz negra.

Cuando todo el equipo estaba dentro, no quedaba espacio para la gente, así que teníamos que viajar en tren. Después de la actuación, regresábamos a hurtadillas y reemplazábamos los asientos antes del amanecer.

Mi primer año en la universidad no fue tan malo. Vi muchas bandas y toqué en una. Aprendí a tocar mal la guitarra, escribí mis primeras canciones y di conciertos. Era hora de cambiar, ascender, introducirse; o, tal vez, debería decir descender y retirarse.

LA ISLA DE LOS PERROS

Si mi historial parece extrañamente desprovisto de muchos estudios históricos es porque, a medida que avanzaba hacia mi segundo año, ni siquiera asistía a la mayoría de las clases. Muy de vez en cuando me tomaba dos o tres cervezas a la hora del almuerzo y me metía en mi seminario de historia medieval. La profesora era una viejecita muy amable, y creo que en realidad podría haber experimentado la mayor parte de la historia medieval que narra el manual de Cambridge que tanto adoraba. No recuerdo nada de Carlomagno o Federico II, pero sí recuerdo que la luz del sol era muy brillante e interfería en mis ensoñaciones, mientras fluía a través de la nebulosa ventana que enmarcaba la silueta de la profesora.

Por aquel entonces me había convertido en el delegado de espectáculos a tiempo completo. Tenía una oficina, iba a las reuniones del comité y contaba con un presupuesto. Lo más importante es que tenía un teléfono con una línea externa y una línea directa con cada agente de la ciudad. De repente tuve que organizar una semana de orientación universitaria: reservar bandas, discotecas y demás cosas buenas.

Creo que terminé con Fairport Convention como actuación principal, y toda la semana fue extremadamente rentable. Gasté cerca de un 20 por ciento del total de mis gastos asignados. Fui llevado ante el comité y se dijo que yo era una vergüenza.

—Esto no es más que explotación del alumnado —me informaron.

—¿Entonces quieren que pierda dinero como principio moral general? —pregunté.

Después del interrogatorio, pensé un poco en el problema. Nunca había visto a Ian Gillan, uno de mis héroes vocales, así que llamé a su agente y lo reservé. El dinero no es problema, dije. A cambio, sugerí, ¿habría alguna actuación en *pubs* que pudiera apuntar más o menos hacia mi rumbo?

«Speed» era divertido pero limitado. Tomando prestado el título de una de mis futuras canciones, tuve una «intensa ambición».

El teléfono, por supuesto, me permitió responder a los anuncios de *Melody Maker*. Uno en particular parecía prometedor: «Se requiere vocalista para completar un proyecto de grabación». Llamé, pero había un problema: «¿Tienes una cinta?». Por supuesto que no. El chico con el que hablé era ingeniero de grabación y también bajista. Tenía la oportunidad de grabar mi demo gratis y jamás en mi vida había estado en un estudio. Las influencias, sin embargo, eran mis favoritas: Purple, Sabbath e, increíblemente, Arthur Brown. Él, Ian Gillan y Ronnie James Dio son probablemente los tres cantantes a los que podrías remitirte y decir: «¡Ajá! Ya veo de dónde sacó eso Dickinson».

Debo contar mi historia con Arthur Brown, uno de los artistas más extravagantes de Inglaterra, y una de las voces de la música rock con un talento enorme. La primera vez que lo vi fue en Oundle, cuando yo tenía dieciséis años. Kingdom Come era la banda, y el álbum se llamaba «Journey». El concierto fue para mí un ritual chamánico alucinante. Nunca había probado ácido, ni hongos, ni ningún otro alucinógeno, pero esa noche con Arthur no tuve necesidad de hacerlo. Profundas, profundas ondas sinusoidales de sintetizador analógico te hacían poner los ojos en blanco y llevarlos en estéreo hacia donde deberían estar las orejas. La única pantalla de burbujas, luces y estrellas comprimió el tiempo en algo excepcional.

Entonces, Arthur subió al escenario ataviado con pintura facial y un tocado gigantesco, de pie como un rey azteca ante un trípode gigante; alzó sus manos en sacrificio y entonó, en una oscura y amplia voz de barítono, una orden para desoxidar el alma: «Las ondas alfa computan antes de comenzar la eternidad...».

¿A quién le importa si suena a «gilipollices hippies»? Puedo decir que pensé que había visto a Dios esa noche.

En 1976, Arthur tenía una banda sin batería. Encima de ese trípode no había un altar, sino una caja de ritmos Bentley Rhythm Ace. Arthur ni nos sacrificaba ni nos bendecía, sino que jugueteaba con los bucles de cinta analógica de cada tambor, que corrían a diferentes velocidades, y probablemente maldecía con frecuencia debido a la frustración. Nadie, sino un loco, lo habría intentado. Había un guitarrista principal, un bajista y dos teclistas con todo tipo de sintetizadores analógicos, VCS3, Theremin y Mellotron.

En algún lugar en medio de esta experiencia de caída en un agujero negro musical, dos tíos subieron al escenario disfrazados de cerebros para ser golpeados con un palo, mientras otros hombres bailaban disfrazados de semáforos. Un espectáculo inspirado y deliciosamente chiflado.

Fire es el tema más conocido de Arthur (suficiente para asegurarle un lugar en el panteón del rock), pero vale la pena explorar todos sus álbumes con *Kingdom Come* y con *The Crazy World of Arthur Brown*. Pete Townshend fue el productor asociado de «*The Crazy World of Arthur Brown*» (de ahí surgió la idea del tema *Tommy* de The Who), y es un álbum conceptual, uno de los primeros, sobre el descenso de un hombre al infierno. Cuando abre esa puerta, en fin, se adivina: «Yo soy el dios del fuego infernal y te traigo fuego...».

Había una voz negra atrapada en el cuerpo de Arthur porque podía desprender la pintura de las paredes cuando cantaba temas clásicos del blues como *I Put a Spell on You*. Esa noche, cuando lo vi, Arthur plantó la semilla para lo que describo como el «teatro de la mente», con la música como el arco del proscenio y tu cerebro como el escenario.

De todos modos, volviendo a mi problema inmediato, carecía de cinta de demostración. Tendría que improvisar. En mi segundo año en Londres me había mudado de South Woodford —un bloque residencial universitario insulso y sin personalidad que daba a la autopista— a un lugar un poco más desafiante, pero mucho más interesante.

La isla de los Perros es una porción de tierra que se adentra en el Támesis formando un meandro y que ocupa un lugar destacado en los créditos de *EastEnders*. A finales de la década de 1970 era un lugar desolado, ventoso y decadente. Los bloques de pisos se levantaban junto a las casas y apartamentos municipales de los años treinta, todos construidos para los miles de trabajadores que una vez poblaron los muelles de Londres. En tiempos de los Tudor era un pantano y un refugio para delincuentes que huían de las cárceles cercanas. Debido al flujo de las mareas, se construyó un muro que gradualmente dio forma a lo que todos conocemos y amamos hoy. Los molinos de agua se construyeron en el muro, de ahí el nombre de Millwall, que se extendía por el lado oeste de la isla. Antes de que las dársenas se vaciaran de barro para formar los muelles, Enrique VIII liberó perros salvajes en las marismas. Estaba harto de gastar dinero en perseguir a los delincuentes, por lo que se aseguró de que los perros se hartaran en un sentido bastante desagradable.

Tate & Lyle todavía tiene allí una refinería de azúcar, y escondido en Tiller Road estaba el piso de planta baja que sería mi nueva morada y el lugar de mi primera grabación de muestra. Tenía un compañero de piso, pero no lo veía mucho, ya que desaparecía en su guarida y solo salía a extrañas horas de la noche. Tenía el pelo largo, un abrigo afgano, barba de chivo y gafas al estilo John Lennon, y soltaba una risita para sí mismo sin razón alguna que yo pudiera comprender.

En un dormitorio había un piano vertical abandonado —uno de esos objetos que no te puedes llevar en la parte trasera del coche al terminar los estudios universitarios—, cuyo teclado aún funcionaba medianamente bien, aunque sonaba como un montón de gongs de cena golpeados con una disonancia martirizante. Yo tenía un grabador de casetes y una sola cinta. En una de las caras había una serie de canciones terriblemente fáciles de escuchar, y en la otra había grabado un poco de Monty Python. Los devotos de las cintas recordarán los curiosos rituales necesarios para grabar encima de cintas comerciales pregrabadas. Le pegué un trozo de cinta adhesiva, luego trasteé con las tripas de la grabadora y, finalmente, coloqué la grabadora preparada y pausada encima del piano.

No me molesté en tocar el piano, porque no sabía. Me alejé un poco del pequeño micrófono de condensador incorporado y me puse a gritar mucho, gimiendo a través de las escalas y soltando un chillido nasal con un par de vibratos distintos mientras se desvanecía.

Eché la cinta al correo, al apartado postal que figuraba en el anuncio. Con una nota en boli rojo: «Aquí está la demo. Si le parece basura, hay algo de Python en la otra cara para reírse un rato».

Con eso reanudé las operaciones normales. Ir a la universidad. Abrir el correo. Eludir las clases. Organizar un ensayo. Soñar mucho despierto. Beber tres pintas a la hora del almuerzo. Ir al seminario. No recordar nada. Llamar a algunos agentes. Esperar una hora para el bus 277. Comer algo. Ver a la novia. *Pub*. Cama.

—Tienes un mensaje —me dijeron un par de días después, cuando aparecí en la oficina de espectáculos—. Este tipo llamó por teléfono sobre una cinta o algo así.

Leí el mensaje: «Llama a Phil a este número...».

Marqué «este número», y una amable y entusiasta voz de Birmingham respondió.

—Sí, me gustó mucho la cinta. Ejecutabas algunas ideas melódicas locas. Un poco como Arthur Brown.

Eran las tres de la tarde; a las seis y media había llegado al estudio. Era un estudio casero dentro de un garaje. Forrado con cajas de huevos y espuma, en lo que a mí respecta era Abbey Road. Para ser un pequeño estudio semiprofesional estaba bastante bien equipado. Para llegar a la cabina de grabación había que sortear una pequeña batería, muchos cables, pedales y atriles. No tenía idea de grabar. Entendía lo que hacía una grabadora, y entendía un poco lo que hacía una mezcladora (mezclar, ¿no?), pero no sabía nada de grabación multipistas.

La idea de los auriculares era totalmente nueva; un monitor de mezclas era un mundo desconocido.

Phil tocó la pista de acompañamiento. «La guitarra también estuvo genial», pensé: un poco Peter Green, principios de Fleetwood Mac, *The Green Manalishi*. La canción se llamaba *Dracula*, y tenía algunas letras algo sensibleras, pero tocadas con una seriedad absolutamente inexpressiva. Una muestra para que os hagáis una idea: «Mi único sentido del humor está en la vena yugular» y «Tu cuello está en el menú de esta noche». Empecé a cantar, después de haberme aprendido la canción en la sala de control. Phil se inclinó hacia delante y presionó el botón del intercomunicador.

—Ejem... ¿Cuánto tiempo te puedes quedar?

—Toda la noche si quieres —respondí.

Pude ver que se inclinaba hacia atrás y marcaba un número de teléfono.

Phil tocaba el bajo y llamó a su hermano mayor, Doug, que tocaba la batería. A los tres nos dieron las cuatro de la mañana. Nunca había grabado una doble pista, ni había armonizado hasta esa noche: coro de tres voces ascendentes, gran coro doble. Si la propietaria del pareado de tres dormitorios hubiera sabido lo que comenzó aquella noche en su garaje...

—Creo que deberíamos formar la banda —dijo Doug.

Me impresionó mucho más el hecho de que tuvieran una maltrecha furgoneta azul. De día se utilizaba para entregar paquetes y, por la noche, se convertía en una exótica alfombra mágica de cuatro ruedas que transportaba nuestras alegres almas al paraíso hasta el amanecer, momento en el que todos regresábamos al huerto de calabazas junto con el resto de la humanidad. Pero antes de que pudiéramos rociar polvo de hadas en ese tanque de gasolina, teníamos que encontrar un guitarrista.

Entonces pusimos un anuncio en *Melody Maker*: «Se busca guitarrista para banda profesional dedicada a la grabación. Buenas perspectivas».

Dios mío, me puse nervioso. Pellízcate, Dickinson, llegó tu gran momento.

UNA REVELACIÓN

Speed había pasado a la historia. Nos habíamos mudado todos, dispersándonos por el este de Londres. Nuestros distintos trabajos y la geografía acabaron con nosotros; en cualquier caso, nuestra batería no podía dejar su trabajo en Catford. Plumstead se convirtió en Glumstead mientras dábamos nuestro último concierto, pero no antes de que un público desconcertado me viera destripar a Snoopy en el escenario del People's Palace. Sabía que estaban desconcertados porque podía ver con claridad el espanto en las seis caras de aquel cavernoso local. Tal vez pensaron que se habían topado con una extraña instalación artística, o sencillamente se horrorizaron tanto que se quedaron paralizados.

En realidad no éramos tan malos, simplemente no tan buenos.

Doug y Phil vivían en un edificio señorial bastante elegante de Battersea, al sudoeste de Londres. En las décadas de 1970 y 1980, los alquileres en Londres eran asequibles, y las casas eran baratas. En realidad, un muchacho emprendedor de un curso de ciencias sociales compró un piso mientras estaba en la universidad, usando su beca como depósito. Un chico listo.

En mi caso, el dinero de la beca lo empleé en algo bien distinto. Gasté la mayor parte en un sistema de megafonía para la nueva banda. Consistía en dos grandes cajas con dos altavoces de quince pulgadas integrados. Encima había un par de altavoces integrados de doce pulgadas con un *tweeter* en la parte superior, alimentados por cuatro amplificadores de válvulas de doscientos vatios, diseñados como esclavos, de hecho, esclavos de poder. Aposté fuerte por el micrófono y me hice con un AKG dorado, con un conector XLR en un extremo y un jack en el otro. Me encontraba, al menos, a mitad de camino al paraíso.

Todo esto dejó mi cuenta bancaria casi a cero. Los amables empleados de Barclays me habían dado un talonario de cheques, una tarjeta bancaria y lo que parecía ser una cobertura gratuita de descubierto, que era como me

alimentaba a mí mismo. También era responsable de no pagar el alquiler; algo que lograba no estando presente entre las nueve y las cinco, de lunes a viernes, o escondiéndome detrás de la cocina si estaba en casa.

Al cabo de un par de trimestres empezaron a llegar cartas. Bastantes cartas, la verdad. «No importa —pensé—. Un día todo esto aparecerá en un libro».

Mientras tanto, atendía el teléfono en el elegante edificio señorial de Battersea esperando a que llamaran los posibles guitarristas. Al tercer día me quería morir. Después de hacer las audiciones con los guitarristas, no me extrañaba que Jesús hubiera ascendido al cielo si había tenido que hacer lo mismo para buscar discípulos. Al principio yo escuchaba, y ellos hablaban y hablaban...

Puede que tuviera un centenar de nombres, y los citamos a lo largo de tres días en un estudio de ensayo que había encima del *pub* Rose and Crown, en Wandsworth. Anoté sus historias, influencias y estilos.

—Bueno, creo que soy tan bueno como Jimmy Page, pero tal vez no tan listo.

—Me gusta pensar que soy un cruce entre Ritchie Blackmore y Mozart.

—Creo que la guitarra es, para mí, una extensión de toda mi personalidad.

Cuando Phil y Doug improvisaban en un par de acordes, veíamos cómo los indefensos, los desesperados, los desventurados, los ingenuos y los absolutos lunáticos fallaban al intentar seguir con cualquier material melódico o rítmico, ni siquiera seguían su propio pulso. Al cabo de tres días, y después de querer arrojarme frustrado al Támesis desde el puente Albert, aparecieron dos brillantes tesoros. Ambos tenían más de treinta años, una edad que nos parecía increíblemente lejana. Uno de ellos era un irlandés que había tocado en una típica orquesta de baile irlandesa, un absoluto profesional. Para él, la música era como darle al interruptor de la luz. Sin embargo, Tony Lee entró a continuación. Tony era un australiano tranquilo y con buena presencia. Cuando tocaba, lo cual hacía sin esfuerzo, gesticulaba de manera muy agradable. Iba treinta años por delante en lo que respecta al vello facial. En resumen, tenía un aspecto genial y, tío, sin duda, sabía tocar la guitarra.

Nos hicimos llamar Shots, aunque podríamos habernos llamado Anal Catastrophe y haber tenido solo que cambiar una letra. Al fin y al cabo, corría la era del punk. También pensé que era una birria de nombre, pero no se me ocurría ninguno mejor.

Empezamos a ensayar material y a crear una imagen. Al no tener experiencia anterior, me iba de allí con la lección aprendida. Después de los

ensayos o de largos debates sobre el té en Battersea, regresaba a la isla de los Perros después de un interminable trayecto en tren, metro y el autobús 277.

Una noche al azar, sin sospecharlo, caí bajo el hechizo malvado, no de campana, libro y vela, sino de vidrio, resina y fósforos. La marihuana había llegado, y en la más pura tradición de la arqueología de retretes, la mierda estaba a punto de producirse. Estaba aporreando las teclas del maltrecho piano cuando alguien llamó a la puerta.

Escudriñando el pomo de la puerta estaba mi sonriente compañero de piso con cara de duende, el del abrigo afgano y las gafas a lo John Lennon.

—¿Te apetece una copa? —dijo.

No sabía de qué estaba hablando pero, al más puro espíritu de ¿Para qué sirve este botón?, fingí despreocupación.

—¿Por qué no?

Lo seguí con vacilación hasta su guarida. Estaba repleta de cintas *hippies* para la cabeza, el paraíso de las varillas de incienso: alfombras en las paredes y el techo, incluso en el suelo. Era un tocador masculino, y un templo para una fragancia que no podía identificar del todo. Él soltó una risita y siguió riéndose mientras se quitaba una insignia de la solapa (los estudiantes siempre llevaban al menos diez o quince insignias) y la colocaba dejando el afilado extremo del alfiler en posición vertical. Un comportamiento intrigante.

Luego desmenuzó un trozo de una sustancia marrón fangosa de su hermano mayor y lo convirtió en un bulto grasiento. Lo empaló con gran cuidado en la insignia, como un cirujano trataría un hígado frágil antes del trasplante.

De repente encendió el bulto, colocó un vaso encima de aquello y, levantando el borde del vaso invertido, inhaló el humo que salía antes de ponerse colorado. Yo estaba desconcertado. Al final, exhaló. El vaso seguía lleno de jubilosa combustión.

Me señaló el vaso con la cabeza.

Inhalé todo lo que pude. Mis pulmones se sentían chamuscados, la epiglotis, como si la hubiera frotado con un estropajo; sin embargo, por alguna razón rodé sobre mi espalda, levanté las manos y los pies, y de repente me encontré en el techo mirándome tumbado en el suelo. Di algunas caladas más y entonces entendí lo que era una forma resinosa de marihuana. Empecé a encontrar graciosas cosas que antes no lo eran, y me pasé varias horas agujereando la estructura del universo en busca del chiste. Aunque soy reacio a admitirlo, esa pequeña calada de droga abrió lo que el grupo They Might Be

Giants podría haber llamado el pequeño *Birdhouse in Your Soul*. Eso y el deseo de comer donuts.

Nunca tuve la oportunidad de darle las gracias a mi compañero de piso, porque la policía llegó unos días después y se lo llevó. Era un alma generosa, y había enviado por correo postal un gran trozo de hachís dentro de un sobre. Ya fuera porque el humo le hubiera afectado, o simplemente porque se hubiera alterado su juicio, dirigió el sobre a la casa equivocada. El destinatario lo abrió, llamó a la policía y tuvo la gentileza de darles el nombre y la dirección del remitente, quien amablemente lo había anotado detrás.

Creo que tuvo que pagar una multa de cuatrocientas libras y nunca más lo volví a ver. No así lo que había en aquella dosis de droga, fuera lo que fuera. Anhelaba transferir el teatro que giraba en el cosmos de mi cerebro al alma del público. No obstante, estaba el problema de la imagen. Yo tenía claro que no tenía el aspecto adecuado. Tampoco tuve el valor de caer en el fango del falso músico americano de rock and roll. La imagen en el mundo del espectáculo puede serlo todo y nada al mismo tiempo.

Tenía que ser importante. No tenía elección, porque a juzgar por la imagen, yo era un desastre. Si piensas que este juicio es demasiado severo, hay una gran cantidad de pruebas fotográficas. Puesto que la grabación de *Dracula* parecía ir en la vena correcta, creamos una banda que era una especie de pastiche barato del cantante Screaming Lord Sutch. Nuestro larguirucho australiano llevaba una capa y mucha sombra de ojos. El bajista se ponía una máscara de goma de un hombre de ochenta años, mientras que yo vestía unos calzones largos verdes del ejército, botas de boxeo y una camisa retro. Mi plato fuerte era un suspensorio de lamé dorado. Si piensas que esto no fue más que un terrible accidente mientras jugábamos a la gallinita ciega en una tienda de caridad, te diré que yo mandé coser el suspensorio dorado.

En Hackney, al este de Londres, había una zona ocupada de forma legal, básicamente una comuna de tres calles que formaban un triángulo. En el medio había todo tipo de cafés veganos y coaliciones arcoíris. Allí vivía una costurera lesbiana que me tomó medidas, algo impresionada, y cosió mi brillante taparrabos.

Tenía en mente a Ian Anderson, vestido con un andrajoso abrigo de vagabundo y una bragueta sobre los pantalones para el álbum «Aqualung» de Jethro Tull. Aunque vocalmente no sonaba como Ian Anderson, era un auténtico fan de Jethro Tull, y por supuesto Glenn Cornick, el fundador de Wild Turkey, había sido uno de sus primeros miembros.

Empecé a usar mis limitadas habilidades dramáticas. Durante los ensayos giraba haciendo cabriolas en el reducido espacio y rotaba objetos inanimados mientras me sostenía sobre una pierna.

No tardó en llegar nuestra primera actuación. El dueño del Rose and Crown se apiadó de nosotros, tal vez por la cantidad de dinero que gastábamos en su sala de ensayos. No había más que una persona entre el público, y no hay nada tan solitario como ver a un solo hombre en una discoteca. Se sentó a una mesa en el medio de la pista de baile, las luces azules parpadeantes se reflejaban en las paredes de espejos. No importa cuántos espejos hubiera, seguía sin parecer una multitud.

Hubo más conciertos después, y nuestra fama se extendió hasta Croydon. Allí, de repente, llamamos la atención de un agente que quería contratarnos; mucho ruido, pero pocas nueces.

Era pelirrojo y llevaba peluca. Era agente de bandas de rockabilly, actuaciones para volver a la década de 1950, grupos de la subcultura Teddy Boy y cualquier otra novedad que entretuviera a gente horrible.

—Genial, chicos —dijo—. Me encanta. Heavy metal con humor. Divertidísimo. Me encantan las bromas. Venid a la oficina y firmad el contrato.

Luego, se marchó.

La oficina estaba en un primer piso con olor a humedad, sobre un restaurante asiático de Finsbury Park, a la vuelta de la esquina del metro y no demasiado lejos del teatro Rainbow, un lugar legendario del rock (convertido ahora, lamentablemente, en una iglesia evangelista). En el teatro era, por supuesto, donde realmente queríamos estar, pero esto parecía mejor que nada. Firmamos el contrato, que decía que prometíamos hacerlo todo, mientras que él prometía intentar hacer algo pero sin garantías.

—Brillante, chicos. Fantástico, genial, heavy metal con humor... Vais a causar sensación.

Nos marchamos sintiéndonos extrañamente tristes e insatisfechos.

Después de algunas semanas sin tener noticias de este caballero, nos ofreció un concierto en una base militar de Arbroath (Escocia). La investigación y un mapa revelaron la verdad sobre la economía defendida por Dickens: «Cuando la factura de la gasolina para conducir desde un extremo del país excede el total de los honorarios disponibles, el resultado es la miseria».

Al ser Arbroath famosa por su pescado ahumado, me fui a la pescadería y compré unos arenques hervidos en bolsa para hacernos una idea de lo que

podría haber sido. Nuestro agente protestó diciendo que se sentía tremendamente decepcionado de que hubiéramos desaprovechado una oportunidad tan magnífica.

Relegamos a nuestro agente con peluquín a lo Donald Trump a la sección de gangas de la historia y nos dirigimos hacia el sudeste, más allá incluso de la poderosa metrópolis de Plumstead.

Gravesend es uno de esos nombres de ciudad, como Leatherhead o Maidenhead, que hace que los estadounidenses se rasquen la cabeza y se pregunten: «¿Por qué?». En este caso, la razón era probablemente náutica y podría hacer alusión al final de la línea de los navíos de línea. Aunque el príncipe de Gales no vivió allí, sin duda, dio nombre a algunos *pubs* en su época, como el Prince of Wales en el que Shots apareció una aburrida tarde, instalándose frente a la barra, con la entrada del baño de los hombres justo a un lado del inexistente escenario.

Con las máscaras puestas, el suspensorio firmemente atado y la pandereta plateada girando, logramos parar la cháchara del bar, lo que siempre es un buen comienzo.

El gran desafío llegó cuando los clientes intentaron usar las instalaciones del baño, y decidí entrevistarlos de manera improvisada cuando entraban en nuestro territorio. Cuanto más humillante, mejor; el propietario nos volvió a contratar.

Se corrió la voz sobre el cantante saltarín, el vejestorio del bajo y el cada vez más incómodo Tony Lee con la Gibson negra, el rímel negro, el pintalabios negro y sin permiso de trabajo. Cuando regresamos a la escena del crimen semanas más tarde, el lugar estaba lleno, y la vez siguiente, más lleno todavía. El propietario estaba encantado.

—Me encantan las bromas —decía—, me encantan.

Y compraba mucha cerveza para mí.

El verano de 1978 fue, para mí, deslumbrante. Era libre de vagar por las calles de Londres guiado únicamente por mis sueños, e incluso entonces, la libertad de olvidar a voluntad. Había dimitido como delegado de espectáculos, así que me dediqué a pasear por el East End y ponerme moreno como un albañil.

Debido al punk y su actitud de hacerlo todo ellos mismos con respecto a los discos y las compañías discográficas, ahora todos estaban en el ajo. Los sencillos autoproducidos en vinilo también eran algo habitual en las bandas de rock, pero como Shots estábamos en desventaja; no teníamos efectivo para hacerlo. Tony, nuestro vampiro de las antípodas, mostraba signos febriles de

darnos un ultimátum. Era mayor, en realidad había ganado dinero con la música y razonablemente tenía mucha prisa por volver a hacerlo.

Durante mi tercer y último año en la universidad, reanudamos nuestros conciertos en pequeños *pubs* y clubes de Londres. Podríamos haber empapelado una pequeña jaula de hámster con notas de rechazo para *Dracula*. El Prince of Wales estaba empezando a aburrirse de nosotros, y creo que el sentimiento era mutuo. Existe un número limitado de veces en las que se pueden hacer las mismas tonterías y cantar las mismas canciones antes de que las personas comiencen a dispersarse. Una noche, sin embargo, estábamos cargando la camioneta y yo estaba de pie sin hacer nada en ese momento cuando se me acercaron tres individuos de aspecto raro.

Paul Samson llevaba puesto un bombín, una chaqueta de cuero y un bigote, además del cabello rizado y largo hasta los hombros. Se parecía mucho a un perro king charles spaniel. Chris Aylmer era alto, llevaba el pelo corto por arriba y largo en la nuca, y parecía bastante maduro. Barry Purkis se había teñido el pelo de rojo y llevaba tirabuzones, una chaqueta de la SA nazi, pendientes fluorescentes y pantalones de color rojo brillante.

—Hola —comenzó Paul—. Somos Samson. Tenemos un contrato, un álbum y representante; buscamos un cantante. ¿Interesado?

—Gary Holton, Heavy Metal Kids; ese es el tipo de cosas que buscamos —intervino Barry.

—Puedo ver la influencia de Ian Gillan —dijo Chris reflexivamente.

—Y Kiss, y The Residents. Una mierda loca —agregó Barry.

—Loco —murmuró Chris.

—Sí, loco. —Se rio Paul entre dientes.

—Bueno, me siento muy halagado —respondí—. Pero tengo que terminar mis exámenes finales en tres semanas, así que no puedo hacer nada hasta que termine con eso. ¿Os parece bien?

—Está bien, de acuerdo. Estaremos en contacto —dijo Paul, y anotó su número de teléfono.

Me preocupaban cada vez más los exámenes, y durante los seis meses anteriores a mi final había decidido remediar los dos años y medio de insuficiencia académica.

Sin esforzarme mucho ni en vano, me licencié con una media de notable bajo.

Al final de los exámenes, comencé a imaginarme que casi le había pillado el tranquilo al asunto académico. Mi cerebro chirriaba en todos los lugares

correctos, y comencé a preguntarme si toda esta actividad podría haber creado algún daño permanente.

Terminé mi último examen antes del almuerzo. Respiré profundamente mientras daba la espalda al gran edificio principal de fachada blanca de Mile End Road. Tomé el bus 277 hasta el túnel peatonal de Greenwich y caminé bajo el río Támesis hasta los viejos muelles que había al sur del río. Wood Wharf Studios era una sala de ensayo con una vista panorámica del río, pero en aquel momento me dirigía al pequeño cobertizo portátil situado en la parte posterior.

Con la cabeza zumbando todavía con los documentos del gabinete sobre Múnich, el apaciguamiento y la caída de Francia ante los nazis, abrí la puerta del estudio. Era 1979. Tenía veinte años y estaba a punto de comenzar a cantar a tiempo completo con Samson.

LA CRUZADA DEL HEAVY METAL

No fue exactamente lo que esperaba. Había más equipo de lo que jamás había visto en una sala de ensayo: amplificadores Marshall, cuatro altavoces Marshall de doce pulgadas, la Gibson SG de Paul, el bajo Fender Precision de Chris y, por supuesto, la mayor cantidad de tambores que había visto en mi vida.

Si bien el equipo ciertamente no faltaba, la voluntad de hacer cualquier cosa sí que estaba curiosamente ausente. Tenía muchas ganas de empezar, pero en seguida nos largamos al *pub*. Así fortificados, comenzamos. Más o menos.

—¿Empezamos? —pregunté.

—¡Bah! Pillemos primero una buena cogorza.

Y así comenzó. Iban a ser dos años de locura, y aun así conseguimos algo de música decente, además de algunos conciertos variables, aunque en secreto nos gustaba mucho de esa manera.

Lo primero de todo era emborracharse, así que regresé al *pub* y tomé una tercera pinta. Cuando volví, los demás ya habían comenzado. Aunque había estado en una banda llamada Speed, no tuve ni idea de que había una droga con ese mismo nombre hasta un par de años después. Había una costra blanca en la punta de la nariz de Chris. Estaba inusualmente activo, teniendo en cuenta que era bastante lánguido en situación de control.

Paul, por otro lado, enrollaba con cuidado uno de los muchos porros usando resina triturada junto con tabaco extraído de un cigarrillo Marlboro. Esto, unido a una nueva máquina de eco, contribuía a crear agradables intervalos de comentarios superpuestos que duraron varios minutos.

Barry, o Thunderstick, como se hacía llamar a sí mismo, vestía un mono azul y no parecía ser la habitual persona dinámica que impulsaba la banda a

golpe de batería. Descubrí que esto se debía a que se había tragado un puñado de tranquilizantes con la cerveza. Después de media hora más o menos, nos lanzamos a por un número: un guitarrista colocado, un bajo acelerado y un batería con el bajón de los tranquilizantes que perdía la conciencia periódicamente y amenazaba con caerse del taburete hacia atrás. Por suerte, había una pared detrás que impedía su caída y que lo despertaba de golpe, haciendo que golpease su equipo mucho más rápido, como para recuperar el tiempo perdido.

Canté un poco. «Tres pintas —pensé— no es suficiente».

En medio de esta rutina rápida, rápida, lenta y colocada, se abrió la puerta y entró un hombre que podría ser un vendedor ambulante o un conductor de minibús. Se quedó de pie mirando. Nunca me ha gustado que me observen durante los ensayos; ni siquiera personas que conozca, a decir verdad. Los ensayos son para poder desparramar y sentirte seguro para experimentar.

Entonces empezó a golpear el suelo con el pie y a asentir con la cabeza, frunciendo los labios como hacen las personas que saben absolutamente cero sobre música. Pensaría que era importante, pero era irritante.

Nos detuvimos, aunque no todos al mismo tiempo. A Thunderstick le llevó tiempo darse cuenta y poco a poco fue ahogando sus tambores, profundamente dormido.

—Hola, ¿puedo ayudar? —le dije.

—Ah, sí. Soy Glyn. Alistair me envió a escuchar. Ya sabes, para ver cómo va todo.

Tenía un fuerte acento sudafricano, y yo estaba en lo cierto: era conductor de minibús. El Alistair al que se refería era Alistair Primrose de Ramkup Management, el representante de Samson.

—Estamos acabando —anunció Paul.

Corto pero dulce, el primer ensayo terminó en el *pub*. Glyn llevaba pasta y pensamos que también podíamos convertir el dinero en comida y cerveza. Después de una hora más o menos volvimos a buscar a Thunderstick, y lo encontramos en el tejado, mirando al sol con los ojos cerrados. No estaba en condiciones de caminar, así que todos nos sentamos en el tejado mientras Chris y Paul fumaban más porros. Esperábamos a que nuestros respectivos estados químicos se estabilizaran para poder marcharnos a casa.

Sentí que la comunicación, como yo la entendía normalmente, resultaba muy ardua con personas que han perdido el juicio momentáneamente. Resulta bastante difícil cuando no tomas drogas. Decidí adaptarme. Para eso existe la

evolución, razoné. Si la montaña no viene a mí, tendría entonces que averiguar de qué iba toda aquella diversión y subirme a bordo.

El segundo día de ensayo se avecinaba, y estaba seguro de que al final tocaríamos algo afinado que comenzara o terminara a tiempo. Y, querido lector, eso es exactamente lo que sucedió. Samson tenía un contrato discográfico y había producido un álbum de tres temas con Paul en la voz principal. El álbum estaba listo para ser lanzado pero, al añadir un cuarto miembro, a quien no se le podía asignar ninguna función útil en el disco, surgió un pequeño problema técnico.

El sello discográfico era independiente, Laser Records, y el álbum se llamaba «Survivors», cuya portada mal pintada como un dibujo infantil presentaba al grupo de pie sobre un montículo de estrellas de rock muertas. En los créditos había instrucciones para «tocar fuerte con borrachera», y ciertamente fue un consejo que seguimos durante el siguiente par de años.

Es seguro decir que casi todos los percances, catástrofes y desastres legales que podrían ocurrirle a una banda nos sucedieron en los siguientes dos años. Fuimos demandados, procesados, arrestados, fugados por diversos delitos y completamente incomprensidos por todos, menos por nuestras propias madres.

La directiva estaba formada por contables o secretarios de empresa, y todas sus habilidades se limitaban a contratar contables y personal financiero. Tenían oficinas en el último piso de un edificio de Blackfriars, vestían trajes y se pasaban borrachos la mitad del día como parte de su trabajo. Habían obtenido dinero de un patrocinador misterioso, y así financiaron su incursión en la música. El otro grupo que gestionaban era UK Subs, una banda punk hardcore liderada por el incombustible Charlie Harper.

Recibí un cheque de treinta libras por semana; de hecho era un adelanto, no era realmente más que un préstamo. Debieron pensar que sería divertido extender mi primer cheque a nombre de «Bruce Bruce», ya que una noche de borrachera se había liado tratando de recordar la escena de los Bruces de los Monty Python.

A mí no me hizo mucha gracia porque no pude cobrar el cheque, y tenía que comer.

«Bruce Bruce» se convirtió así en mi nombre artístico, algo con lo que no estaba del todo contento. Pensaba que era bastante estúpido, la verdad. Aunque no era tan tonto como el nombre del movimiento en el que repentinamente había sido aceptado como miembro, y del que ignoraba su existencia.

La nueva ola del heavy metal británico surgió como movimiento musical durante un almuerzo en el que se bebió mucho y al que asistieron periodistas de la revista *Sounds*. Hartos de que los consideraran el hermano idiota del *New Musical Express*, decidieron contraatacar con una nueva ola propia. Era un título absurdo, acortado de manera igualmente incomprensible con las siglas en inglés, claro, NWOBHM. Las bandas implicadas se encontraron, de repente, que aparecían en una revista musical nacional, para su gran sorpresa en algunos casos.

La NWOBHM no era nada de eso. Era una «vieja ola» que los medios de comunicación habían ignorado a favor del punk, que, con sus vínculos de moda con Vivienne Westwood y la retórica de la falsa guerra de clases, era más aceptable para los periodistas que aspiraban a algo más allá de la mera música.

Las bandas que inspiraron esta nueva ola contaban con una sólida tradición y, en general, seguían siendo fuertes. Al leer críticas musicales contemporáneas, podría perdonarse el hecho de pensar que la música rock había dejado de existir en 1979. Nada más alejado de la realidad. Judas Priest, Motörhead, Scorpions y varios vástagos de Deep Purple llenaban teatros y estadios, pese a la atención que los medios prestaban a otros lugares.

De repente me convertí en miembro de la NWOBHM gracias a Samson. Alistair Primrose afirmaba haber inventado la gira que festejaba el movimiento.

—Querido muchacho —decía con su voz aguda de pastor rural—, vamos hacia una cruzada del heavy metal.

Dos de mis primeros espectáculos con Samson fueron cruzadas del heavy metal, y fueron reveladoras. En una universidad de Surrey medio vacía, me senté y vi tocar a Saxon. No los había visto o escuchado antes. Venían de Barnsley, no muy lejos de Worksop, y tenían un sonido tipo marcha motera, con connotaciones épicas de vikingos, cruzadas y, para terminar, un Boeing 747 cayendo en picado.

Biff Byford, el cantante, sacó un gran cuchillo en el escenario y lo blandió triunfante durante una canción. Observé con gran interés cómo trataba de arrojarlo al escenario de madera, donde debía incrustarse amenazante; aunque no lo conseguía. Rebotaba y traqueteaba por todo el suelo. Lo de inclinarse a cogerlo para intentarlo de nuevo no mejoraba la situación, y aunque finalmente terminó incrustado en la madera, el drama se había desvanecido.

Nota para uno mismo: cuando algo sale mal en el escenario, o bien lo ignoras y sigues adelante, o bien le sacas partido y creas tu propia narración

dentro del espectáculo.

Samson casi siempre encabezó la cruzada del heavy metal, sobre todo porque nuestra agencia pagaba los espectáculos. Fue así como el mundo descubrió al *alter ego* de Barry, Thunderstick. La clave de la personalidad de Thunderstick no era solo la adoración que sentía Barry por Kiss, sino también por bandas como Residents y Devo, extraña pareja en lo que respecta a la imagen. Recorrer la casa de Barry era como estar en un grupo de encuentro surrealista de Kiss en los suburbios. La primera constatación fue que los módulos de contrachapado que servían de asiento contenían antiguos altavoces de guitarra de doce pulgadas, y todos estaban conectados a amplificadores de tamaño industrial que, a su vez, estaban conectados al tocadiscos (en el que, por supuesto, figuraba Kiss). Mientras los cojines levantaban tu trasero, su perro alsaciano entraba corriendo en la habitación y daba vueltas como un loco mordiendo el rabo. Cuando las paredes de la casa adosada comenzaban a derrumbarse bajo el intenso ataque, la esposa de Barry traía té y galletas, aparentemente ajena a la guerra de trincheras que se desarrollaba debajo de los muebles. Visitar a Barry en su casa era un evento sísmico.

La intención de Samson era parecida y, para lograrlo, intentamos hacer explotar cosas e incendiarlo todo. Thunderstick trató de aplicar en los clubes el mismo efecto que ejercía su impactante salón de inspiración Kiss. El carácter de Thunderstick era completamente distinto al de la banda, y de ahí surgió el problema. El cantante de The Tubes, Fee Waybill, formó parte de un grupo de arte dramático que tocaba música rock. A Barry le habría encantado hacer lo mismo con Samson, pero era al único que le interesaba.

Paul, en particular, nunca se involucró en esto de ninguna manera, y creo que el público lo vio más como un truco publicitario que como un empeño artístico. El destripador de Yorkshire tampoco ayudó mucho; por aquel entonces, las máscaras sado de cuero negro no gustaban mucho.

Otro concierto de la cruzada del heavy metal se celebró en el Music Machine de Camden. Samson tenía un poco de suerte en el sudoeste de Londres pero, lejos de casa, a pesar de que un Thunderstick enmascarado adornaba varias portadas de revistas, el público era, por no decir más, un poco escaso.

Aun así, nos dispusimos a provocar un incendio en el lugar, algo que estuvimos a punto de hacer literalmente. En Music Machine me presentaron a nuestro pirómano jefe, Scotty. Como sugiere su nombre, no era inglés, y se encargaba del transporte y montaje del equipo, además de hacer estallar cosas.

Puso cargas de mortero, prendió cañones de confeti y pegó bombas incendiarias a pedazos de mampostería, que por suerte eran incombustibles.

Al principio, nuestros conciertos fueron pocos y distanciados. En 1979, después de algunas actuaciones de la gira de la cruzada del heavy metal, solo un concierto nos separaba de la dominación mundial. El álbum «Survivors» se lanzó a la venta en otoño, pero no hubo gira. Teníamos un agente, al que llamé para decirle que era un inútil. Volví a ser delegado de espectáculos, con un teléfono y una lista de promotores, aunque al menos tenía un single, *Mr. Rock 'n' Roll*, y una partida de camisetas baratas para enviar como artículos promocionales. Me dediqué a llamar y a vender la moto.

—Oh, sí, y un GRAN espectáculo de luces, y pirotecnia. Portada de...

Bla, bla, bla.

Me llevó tres semanas de duro trabajo, pero conseguí una gira de veinte días por el Reino Unido. Llamé a nuestro agente y le dije que era un vago de mierda. Él mismo se despidió.

La vida da muchas vueltas. La siguiente ficha de dominó en caer fue una actuación lamentablemente corta, tan solo veinte minutos, como teloneros de Ian Gillan, con el clon psicodélico de Jimi Hendrix, Randy California, como invitado especial. Gillan había vuelto a sus raíces metal después de unos años de rock jazz, y el efecto fue transformador. El bajista de Ian, el gigantesco John McCoy, también había tocado y producido el álbum «Survivors».

Esta fue la primera vez que pisé un gran escenario, con una verdadera multitud que realmente quería que estuviéramos allí. Además, pude ver a mi héroe de la infancia tocando todas las noches.

No fue exactamente lo que esperaba; aunque he de decir que tampoco sabía qué esperar. Ian tenía problemas vocales; algo evidente para mí y para muchos otros. Su registro superior había sufrido algún cambio, y se había reducido el grito con un vibrato de la profundidad del Gran Cañón. Un tono áspero y ronco había reemplazado a la pureza de la voz, y algunas noches apenas podía soportar mirarlo. Lo que encontré increíble, sin embargo, fue su confianza en sí mismo, que se resumía mejor en «míralos a los ojos y lo sabrás».

Al final del espectáculo, seguía con la guitarra para tocar una versión de *Lucille*. La rasgueaba y, a decir verdad, parecía muy incómodo. Los vocalistas principales rara vez se sienten cómodos con una guitarra, sobre todo cuando la levantan hasta el nivel del pezón. De repente, *Lucille* dejaba de sonar, e Ian soltaba un extraño encantamiento de blues a capela, maravillosamente a tiempo y afinado, pero incomprensible.

Todas las noches me quedaba en la mesa de sonido tratando de distinguir lo que cantaba.

—No puedo escuchar la guitarra —decía.

—No está encendida.

«Vaya», pensé por un momento.

—¿Qué dice al final?

—Ni puta idea. Está enojado y no dice más que chorradas al azar.

No solo estaba de pie allí prácticamente sin voz mientras rasgueaba al azar una guitarra eléctrica colgada a la altura del sobaco, sino que se enfrentaba a tres mil personas con cada sílaba aferrada a una variedad de borrachos de Glasgow: «Who far gits on the soul. Phara wooorgh... gits inda backa macar... yeah!».

Ian me impresionaba no solo porque tuviera una de las mejores voces de rock de todos los tiempos, sino porque tenía coraje. Era el que lideraba el espectáculo y un miembro más de la troupe. No brincaba de un lado a otro; hablaba entre canciones con un humor tranquilo, o una advertencia, si era necesario; esto se resume mejor en una de sus letras: «He's got style. Got a reputation, no one dares to question». (Tiene estilo. Una reputación, y nadie se atreve a preguntar).

Excepto yo. Lo abordé en la puerta después de un espectáculo, mientras se cargaba el equipo. Llevaba una botella de whisky Bell en una mano y un cigarrillo Rothmans en la otra.

—Hola —comencé—. ¿Cómo se te queda la voz después de estos conciertos largos? ¿Estás bien?

Me miró, luego a la botella y a su cigarrillo, y otra vez a mí.

—Úlceras. Tengo algunas úlceras —dijo, echando un vistazo al whisky Bell—. Esto lo soluciona.

Dio media vuelta y se alejó. Me sentí emocionado de que incluso se hubiera molestado en responder, pero estaba verdaderamente preocupado por él. La voz es un instrumento precioso, un instrumento emocional. No hay nada entre el cantante y el público. No hay una guitarra tras la que esconderse, ni una pila gigante de teclados, ni un montón de tambores. No hay nada ni nadie a quien culpar excepto a uno mismo, y el público te asesinará y bailará sobre tu tumba en un abrir y cerrar de ojos si les dejas.





«Survivors» se publicó y, aunque no era brillante, no estaba mal. En cambio, la gira y la prensa fueron fantásticas. Salimos en las portadas de revistas musicales nacionales, aunque, por supuesto, todo gracias a Thunderstick. Aparecí en los créditos del álbum como coros y guitarra. Un verdadero disparate. Yo no tenía nada que ver con eso y las canciones no estaban escritas para mi tesitura. Mi voz apenas se calentaba cantándolas.

Nos dispusimos a grabar un nuevo álbum con la perspectiva de un sello nuevo, Gem Records, distribuido por RCA y con algo de financiación real. Aunque parezca mentira, no había estado en un estudio de grabación desde *Dracula*.

Nos instalamos en los estudios de Greenwich para escribir, pero esta vez podíamos mirar el río a través de la ventana panorámica sin un conductor de minibús que nos molestara. Al final, el tiempo que pasé en la biblioteca de la escuela King Edward VII arrancando páginas de leyendas nórdicas de los libros sirvió para algo, y así nació *Hammerhead*. «If I Had a Hammer» ya se había utilizado antes como título, y no era precisamente afrocaribeño. En el álbum hubo tal profusión de influencias variopintas que es increíble que hubiéramos escrito algo coherente; sin embargo, funciona en realidad como una especie de pieza de época.

Sin orden ni concierto, mezclamos Rainbow, Journey, Devo, Kiss, Deep Purple y la época de Peter Green en Fleetwood Mac más ZZ Top en una licuadora. «Añade entrañas de tigre a los ingredientes de nuestro caldero». Fuera lo que fuera lo que Shakespeare se fumó, nosotros fumamos muchísimos más durante ese álbum.

Grité y chillé, armonicé y canturreé. Thunderstick rompió botellas de leche y lo grabamos. Paul grabó una pista, la dobló y la repitió por todas las canciones. John McCoy, nuestro productor, observaba, luciendo una coleta y fumando un porro del tamaño de un cohete.

—Sí, hombre —decía—. Es una locura de cojones.

De hecho, lo era. Las paredes del estudio de Ian Gillan, Kingsway Studios, en Holborn, donde grabamos el álbum, estaban cubiertas con discos de oro, plata y platino. Nunca había visto uno de esos y miraba los surcos con los ojos muy abiertos, esperando que me revelaran sus secretos e historias. Deep Purple estaba allí, por supuesto, pero también estaba el disco para la banda sonora original de *Jesucristo Superstar*. Era para dejar boquiabierto a un joven de veintiún años. Rápidamente desvié la mirada, no fuera que mis

compañeros de banda pensarán que era poco guay por mostrar demasiado interés y entusiasmo.

Terminamos el álbum y lo reproducimos varias veces, convencidos de nuestro propio genio. Se llamó «Head On», un nombre ideado por el sello discográfico. La portada mostraba a un verdugo enmascarado blandiendo un hacha, que formaba un juego de palabras visual bastante flojo con el título.

Todos habíamos estado bebiendo en el Newman Arms, el *pub* que había sobre el estudio, antes de regresar, varias cervezas más tarde, para autofelicitarnos una última vez. Nos recostamos en los sofás desgastados y alineados en la parte posterior de la sala de control. El ingeniero de grabación estaba celebrando la mezcla rociando un brebaje bastante aromático en nuestros habituales canutos híbridos de tabaco Marlboro Man. En ese momento, Ian Gillan, con el pelo hasta la cintura, entraba en el aparcamiento subterráneo en su Rolls-Royce antiguo; el dios del rock en todo el sentido de la palabra.

El ingeniero le ofreció un canuto. Ian lo rechazó con un gesto de la mano mientras se sentaba y apoyaba la barbilla en la mesa de mezclas.

—No, amigo. Me quedo con mi pitillo. —Miró alrededor de la estancia.

—Bueno, escuchemos —dijo.

Me escuché a mí mismo, con veintiún años, calcar la mayor parte de la fraseología de Ian con la vana esperanza de hacerle la pelota a su voz. Me pasaron un porro y le di unas cuantas caladas. Estaba nervioso, viendo a mi héroe escuchar mi versión de sí mismo. Agitó su mano y McCoy pausó la reproducción.

—¿Quién es el cantante? —preguntó Gillan.

Obviamente no recordaba al advenedizo que había tenido la temeridad de cuestionar su destreza vocal en el Carlisle Market Hall unos meses antes. Levanté la mano débilmente.

—Esto... yo —le dije.

—Una voz genial. Buenos gritos —dijo sin darle más importancia.

Me di cuenta en ese momento de que me habían entrado unas ganas imperiosas de vomitar. No fue por algo que dijo; era lo que había fumado junto con las cuatro pintas del Newman Arms. Todavía no estoy seguro de qué tipo de hierba era, pero puedo decir que no me sentaba bien. Abrí la boca para responder y me las arreglé para poder decir que me tenía que ir. Casi salí corriendo de la sala de control directo al baño. Incliné la cabeza sobre la taza del retrete y, con la banda sonora del nuevo álbum de Samson resonando en el pasillo, me pasé un buen rato vomitando.

Tenía ganas de vomitar, estaba mareado y débil, arrodillado sobre el frío suelo de linóleo, gimiendo y jadeando sobre el retrete. Escuché voces que avanzaban hacia mí desde el estudio.

—Está aquí dentro, ¿no?

La puerta se abrió de un puntapié y un par de manos fuertes me arrastraron hacia atrás. Ian Gillan me limpió la boca de vómito, me metió en un taxi y me mandó a casa. Esa no fue mi mejor hora, como me recordaba cada vez que nos encontrábamos durante los siguientes veinte años: «Hola, amigo. No vas a vomitar sobre mí otra vez hoy, ¿verdad?». Cómo no conocer a tu creador.

En aquel momento había trasladado mi residencia al otro lado de la isla de los Perros, donde pagaba la principesca suma de diez libras por semana para quedarme en lo que, básicamente, era una pensión de mala muerte para estudiantes graduados. No tenía ningún sitio formal para dormir, como una cama, pero después de fumarme la última cachimba, me envolvía en sábanas y dormía en el suelo junto a la estufa de gas sin protección. Las ventanas estaban selladas con láminas de polietileno, y el único baño tenía espectaculares crecimientos de moho suspendidos del techo, que al menos te ofrecían algo que mirar mientras te dabas un baño. La dirección era Roffey House y era la única propiedad del edificio que no estaba tapiada, aunque el balcón del cuarto piso todavía apestaba a orina y mierda de perro.

Fue un alivio salir de gira, sin que importara el lugar, la verdad. Íbamos en ascenso, y la gira contratada por nosotros mismos, más Ian Gillan, finalmente habían atraído a un agente medio decente.

ELIXIR DE LOS DIASES

El futuro parecía casi de color de rosa. Nuestro álbum había alcanzado el puesto 34 en la lista de éxitos y estábamos en la mira de Zomba Music, una nueva editorial muy progresista dirigida por Clive Calder y Ralph Simon. Representaban a los compositores y también a los productores discográficos, puesto que se habían dado cuenta de que los productores eran quienes controlaban con frecuencia las grabaciones, y a través de ellos podían controlar eficazmente la producción de la industria musical. Eran astutos, pero en un negocio plagado de charlatanes y soñadores, eran las personas más sinceras que te podías encontrar.

Representaban a Mutt Lange, que acababa de producir el álbum de AC/DC «Back in Black». El ingeniero del álbum era Tony Platt, y estaban ansiosos por desarrollar su carrera. Era quien sabía cómo funcionaban la mayoría de los botones del estudio, y tuvo un profundo efecto en mí en particular: remodeló mi voz hasta convertirla en la actual.

Samson fue a Battery Studios, en Willesden, al noroeste de Londres, para grabar un tercer álbum, «Shock Tactics». Por casualidad, había otro productor de Zomba que trabajaba al lado; se llamaba Martin Birch. Había producido algunos de los mejores, si no los mayores álbumes de rock de la historia, con bandas como Deep Purple y Rainbow. Era una leyenda.

Estaba haciendo un álbum para una banda llamada Iron Maiden, titulado «Killers». Había visto por primera vez a Maiden en Music Machine, en Camden. Samson era el titular, pero la tribu de Maiden apareció y arrasó. Inflexibles, intensos y con una ejecución salvaje, lideraban el nuevo movimiento metálico. Cuando con quince años y detrás de una puerta escuché «Deep Purple in Rock» y *Speed King*, sentí un subidón de adrenalina y escalofríos que recorrieron mi espina dorsal hasta los dedos. Cuando Maiden lanzó el sencillo *Prowler*, también logró ponerme la carne de gallina. Eran una versión moderna de Purple, pero con un lado teatral. Lamento decir que,

desde el momento en que subieron al escenario de Camden, supe que me convertiría en su cantante. Esto se iba a convertir en un teatro de la mente, y yo podría hacerlo con ellos. Darth Vader no estaba por allí siseando y diciendo: «Es tu destino». Aunque, claro, no tenía que hacerlo; ellos tenían a Eddie.

El primer álbum de Iron Maiden había ido directamente al número 4, y ahora eran una banda de reconocimiento mundial. Su líder absoluto era un bajista, Steve Harris, y su sensato representante se llamaba Rod Smallwood. Tenían fama de despedir a muchos músicos. No tenía problema con eso; nadie viaja gratis. Dave Murray, el guitarrista, era la mano derecha de Steve; su mano izquierda era el amigo de la infancia de Dave, Adrian Smith, quien se había unido a la banda justo antes de «Killers». El dúo perfecto para uno de los ataques de guitarra más formidables del Reino Unido. Clive Burr era el batería.

Clive también había tocado un año antes en Samson y encontró nuestra yuxtaposición muy entretenida. Era una persona muy abierta, cálida y amigable que hablaba sobre tambores, mujeres y gafas de sol de diseño. Todos los miembros de Maiden vestían un uniforme de estilo banda infantil; aunque en el caso de Steve Harris, daba igual, porque siempre usaba vaqueros ajustados, zapatillas blancas y una chaqueta de cuero. Creo que el señor Smallwood quería asegurarse de que no hubiera rebeldes a los que les diese por las camisas doradas hawaianas o, en mi caso, por los sombreros rojos.

Samson lo calificaba de «kit de pendejo». Como en: «Buenos días, Clive. Veo que llevas puesto tu kit de pendejo».

La verdad es que detrás de la terminología ligeramente amarga había una veta de celos. Los Maiden eran mejores músicos, estaban mucho mejor representados y financiados adecuadamente por una compañía discográfica, EMI, que realmente se preocupaba por ellos. Se los tomaban en serio. En agudo contraste, Samson se dedicó a holgazanear, haciendo comentarios de sabelotodo, hasta que se acabó la droga. Las grietas ya estaban empezando a aparecer, y pude ver nuestro final como grupo. Aun así, por el momento, habíamos escrito, en mi opinión, nuestro mejor material.

Tony Platt procedía de la escuela de producción de Mutt Lange, y tenía una firme opinión sobre cómo debían hacerse las cosas. El principal problema era que Thunderstick no sabía tocar la batería muy bien. Barry imaginaba su estilo a caballo entre Kiss y Police, lo que implicaba golpear todo lo que estaba a la vista y patear distintos elementos de percusión, ignorando constantemente el simple requisito de llevar el ritmo. En una grabación de

veinticuatro pistas en cinta de dos pulgadas, había que sacrificar la batería con cierta apariencia de precisión. Nuestra cinta auxiliar parecía un estiramiento facial de Frankenstein, lleno de empalmes, cortes y retoques —cientos de ellos—, todos diseñados para mantener a Barry dentro del ritmo.

El sonido de guitarra de Paul obtenía menos eco y más presencia, algo que él odiaba. En general, examinamos la grabación de manera muy minuciosa, algo que requirió cierto grado de sobriedad. Me pareció un gran alivio. Estaba harto de hacer tonterías. Ya era hora de grabar un disco con un buen sonido.

Por fin llegó mi turno. Tony había desenterrado una canción de Russ Ballard, *Riding with the Angels*, y decretó que debía ser el primer sencillo. Parecía bastante fácil. Hice dos o tres tomas.

—No. Súbelo todo un par de tonos —dijo Tony.

Empecé a cantar, mi voz se expandió, y me dolía la cabeza. El chillido de falsete se volvió casi irrelevante cuando mi voz natural se extendió hasta el fondo de mis ojos. Mi sala de máquinas producía tal potencia en esas notas agudas que el falsete simplemente no tenía a dónde ir. Sonaba débil, y yo estaba conmocionado. Para mí, escuchar «Shock Tactics» supuso una fuerte impresión. Lo más sorprendente fue que a todos los demás les encantó la nueva voz, una copia de otra persona. Este era mi yo real, pero lo odiaba.

Cuando empezamos a ensayar para algunos espectáculos, acababa ronco al cabo de media hora. Tocamos en el Marquee Club y no pude hablar durante los dos días siguientes. Estaba desesperado. Había cantado en un álbum que estaba recibiendo una gran acogida, pero me sentía como un fraude. Mi voz no podía hacerlo. Anduve deprimido durante un par de días, desahogando mis penas en cerveza, antes de que mi subconsciente llamara mi atención sobre la sabia guía que había recibido de mi exnovia dentista. Como exalumna del muy prestigioso colegio para señoritas Cheltenham, había recibido clases de canto bastante amplias y tenía un cuaderno.

—Creo que tienes una voz muy bonita, pero necesita un poco más de control —dijo, enseñándome con su tono dulzón.

Esto me puso de mal humor, pero me interesó.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, ¿puedes hacer esto con la lengua?

Observé su garganta. Cualquiera que estuviera mirando podría haber pensado que trataba de recuperar un pez dorado, pero de hecho estaba examinando su capacidad para aplanar la lengua como un sapo aplastado.

«Hmm». Tomé prestado su libro de ejercicios y empecé a ir a la biblioteca a investigar sobre la voz y su funcionamiento.

«¿Recuerdas el pequeño cuaderno para cantar y las horas de investigación sobre la respiración y la resonancia en la biblioteca?», dijo mi subconsciente. «¿Recuerdas los estúpidos ejercicios con velas, sosteniendo sillas frente a ti, aplastando la espalda contra las paredes y muchas otras cosas extrañas para fortalecer el diafragma y desarrollar la resonancia de la voz de pecho y la voz de cabeza?», continuaba diciendo mi subconsciente. Empecé a prestarle atención.

«La técnica no tiene sentido si no la aplicas. Tienes una técnica que aplicar a tu nueva voz. Deja de sentir lástima por ti mismo y sé inteligente. Aprende cómo ser tú. Enséñate a ti mismo».

Empecé a disfrutar de mis cuerdas vocales recién descubiertas. Comencé a ver que se había abierto un paisaje completamente nuevo. Si hubiera sido pintor, habría sido como recibir un lienzo enorme y toda una paleta de colores nuevos.

El teatro de la mente se estaba volviendo muy emocionante, pero no estaba seguro de si sería con Samson. Los de A&M Records estaban ahora interesados en nosotros. Más específicamente, estaban interesados en mí, lo que quedó patente en una sesión de fotos en la que yo estaba en primer plano y la banda consignada a una distancia media.

El Festival de Reading de ese año fue mucho más sencillo, pero con un batería distinto. Barry se había ido; Paul quería que se fuera. Me gustaba Barry, pero tuve que admitir que tenía ciertas deficiencias como batería. Mel Gaynor entró en acción. Estaba en cuatro bandas al mismo tiempo y tenía una vida social muy activa. Era un batería increíble. Nuestro canto de cisne en Reading fue bastante bueno. Desplegué mi nueva voz, todos vitorearon y nadie pareció echar de menos la máscara de cuero.

El festival se inundó esa noche de chismes y rumores. No había barro —el suelo estaba firme y seco—, y el alcohol y las sustancias químicas hicieron un gran trabajo creando inestabilidad e incapacidad mentales. En medio de un claro, rodeado de cabañas de recepción y tiendas de cerveza, había un gran poste aislado, con brillantes luces blancas en la parte superior. Estaba en una esquina de una tienda de cerveza cuando Rod Smallwood se me acercó y me dijo: «Vayamos a un lugar tranquilo donde podamos hablar». Caminamos hasta pararnos al pie del poste en medio del área detrás del escenario. Estaba seguro de que tramaba algo.

—¿Quieres que volvamos a mi habitación para charlar? —dijo. Estaba seguro de que no tenía segundas y perversas intenciones. El hotel Holiday Inn

de Reading se convertía en una madriguera de libertinaje durante la semana que duraba el festival; si es que conseguías una madriguera, por supuesto.

Ya en la habitación, y lejos de miradas indiscretas, Rod mostró sus cartas.

—Te ofrezco la oportunidad de que hagas una audición para Iron Maiden —dijo—. ¿Estarías interesado?

Como ya se habían dado suficientes rodeos en torno a este tema, decidí decirle lo que pensaba.

—Antes que nada, ya sabes que conseguiré el trabajo, de lo contrario no me lo preguntarías. En segundo lugar, ¿qué le sucederá a Paul, el cantante actual? ¿Sabe que se irá? Tercero, cuando consiga el trabajo, que lo haré, ¿estás preparado para un estilo y opiniones totalmente diferentes y para alguien que no va a cambiar? Puede que sea un grano en el culo, pero todo por buenas razones. Si no estás de acuerdo, dímelo ahora y me iré.

El discurso fue una combinación de me la trae floja, injusticia, dormir en el suelo, bravuconería y genuina invención. Si Iron Maiden quería tocar con el martillo de los dioses, tráelo. Si no, lárgate y busca a alguien más aburrido en su lugar. Como dice el refrán, todos debemos tener cuidado con lo que deseamos porque puede ocurrir que lo logremos.

VECINO DE LA BESTIA

Me pidieron que me aprendiera cuatro canciones para la audición de Maiden. La banda ya tenía dos álbumes, así que me aprendí todas las canciones. No tenía exactamente mucho más que hacer. Me dejaron claro que iban a despedir al cantante existente al finalizar algunos espectáculos escandinavos que la banda ya tenía contratados. No me sentía cómodo con los pormenores de ocupar el puesto de un hombre muerto, pero ese no era mi culebrón. Al menos, no todavía.

Llegué a los estudios de ensayo de Hackney, y si hubiera observado al grupo como una unidad militar, habría concluido que tenían la moral por los suelos. La atmósfera estaba cargada; necesitaban animarse. No tenía ni idea de lo que sucedía ni de los desacuerdos que tenían y, francamente, no me importaba. Mi trabajo era cantar, y no solo el mero hecho de cantar, sino de crear mi visión mental cinematográfica y musical.

Las tesituras de todas las canciones eran muy cómodas para mi voz, apenas tenía que forzarla, por lo que la dejé volar con algunos adornos improvisados. Comenzamos a tocar por diversión, riffs extraños, estrofas de nuestras influencias favoritas, bandas de nuestra adolescencia; por supuesto, todos teníamos las mismas influencias. Todos compartíamos Purple y Sabbath, e incluso echamos un vistazo a Jethro Tull, del que Steve era un gran fan. Estábamos vinculados musicalmente, y me quedé pensando en la lamentable situación que los había conducido a una apatía tan profunda a la vista de tan asombroso potencial.

Steve quiso reservar un estudio de grabación ese mismo día. Recuerdo que no hacía más que meter monedas en la cabina de teléfono mientras hablaba con Smallwood. Como cuando un jugador de fútbol es transferido a un nuevo club, aún había que realizar más comprobaciones. Una de ellas debía ser una prueba minuciosa en un estudio de grabación, solo para verificar que los músicos no se hubieran dejado llevar por la emoción.

Tuve que esperar unas semanas hasta que Paul Di'Anno fue despedido, y luego me encontré de nuevo en Battery Studios. Sobregrabé las voces de cuatro pistas en vivo. Para ser sincero, no fue difícil. Avanzaba sin esfuerzo, aunque salivando ante la oportunidad de mostrar lo que realmente podía hacer: dejar salir mi voz a chorros y derribar puertas. Representante y banda se apiñaron en la sala de control, mientras yo estaba de pie en la cabina de grabación. Hubo una discusión. Conseguí el trabajo.

Lo celebramos colándonos en el concierto de UFO en el Hammersmith Odeon esa noche, y pillando una buena borrachera. El trabajo duro comenzaba al día siguiente.

—¿Alguna vez has disparado? ¿Diestro?

El foniatra sonrió alegremente mientras revisaba mis resultados. Asentí.

—Absolutamente típico —dijo, con un acento galés muy cadencioso—. Abajo, a 4 kHz, ¿lo ves?

—¿Hay algo de lo que preocuparse? —le pregunté.

—Nooo, en realidad, no. Probablemente, cuando llegues a los sesenta y cinco, pero para entonces te dará igual, ¿verdad?

Los rifles de la Segunda Guerra Mundial más las ametralladoras, las granadas y los fusiles automáticos ligeros de 7,62 mm sin protección auditiva habían extirpado un pedazo de mi audición a 4000 Hz. Mientras tanto, me hicieron exámenes oculares, análisis de sangre, pruebas de drogas y las compañías de seguros me perseguían. Me alegró saber que estaba libre de enfermedades venéreas y que no había ninguna razón por la que no pudiera seguir desmelenándome en los siguientes años con una banda de rock.

Como músico sin domicilio fijo, vivía con una nueva novia sobre una peluquería de Evesham, Worcestershire. El viaje a Londres era barato, ya que todavía tenía una tarjeta de tren para estudiantes, y los trenes eran interesantes y la línea de Cotswold bastante bonita. Todavía se podían encontrar locomotoras de Clase 50, la clase impar 47, y, en ocasiones especiales, un tren de alta velocidad pasaba silbando por la tranquila estación de Evesham.

Era una celebridad local menor en los *pubs* donde los fanáticos del metal pasaban el rato. Había bastantes bandas, y muchos más *pubs*. La zona estaba llena de Black Sabbath, AC/DC y ocultismo. El último sacrificio humano registrado fue en la cercana Breedon Hill. La gente todavía creía en la brujería, y toda la zona parecía moverse en un bucle que se repetía constantemente desde alrededor de 1973. Aleister Crowley, autoproclamado como la Gran Bestia, nació calle arriba.

Me pasaba la mayoría de fines de semana en Elmley Castle bebiendo Scrumpy, una sidra alucinógena. El bar estaba al pie de la colina que conducía a las ruinas del castillo. La dueña había posado desnuda para *Mayfair*, y, si lo pedías, podías ver las fotos. La sidra se dispensaba en recipientes de plástico, a menudo con gaseosa para darle un poco de gas al turbio líquido.

Los bebedores habituales se sentaban catatónicos en el bar. Todos los muebles estaban orientados hacia fuera, y había un pentagrama en el suelo. En la esquina había un televisor suspendido del techo. Para verlo, había que usar los espejos que se alineaban en la parte superior de las ventanas. Toda la escena se asemejaba a cadáveres conmocionados, derrumbados en sus sillas mirando hacia el lado equivocado y con la boca llena de sidra. Al final de la tarde, todos regresaban a casa conduciendo, algunos de ellos en pequeños coches azules de inválidos.

Dejé este paraíso para lunáticos en favor de la poderosa metrópolis. Al unirme a Iron Maiden, me pagaban la enorme suma de cien libras por semana, así que alquilé una habitación en una casa de Stamford Brook, al oeste de Londres.

Crucé la ciudad hasta las oficinas de Maiden, un piso alto en la Danbury Street, en Islington. Si tuviera que representar a un personaje de *Winnie the Pooh*, estoy seguro de que sería Tigger, lleno de entusiasmo sin límites. Y, sin límites, subí saltando la escalera destartada hacia la oficina del primer piso y me presenté a mí mismo.

—Nuevo cantante, presentándose al servicio, señor.

Smallwood no pareció impresionado.

—Ve y busca ropa decente, pareces un jodido ayudante de montaje.

Le pregunté a Clive cómo podría lograr parecer un pendejo. Me dijo: chaqueta de motero, camiseta a rayas, zapatillas blancas de caña alta... El único problema fueron los vaqueros elásticos. En principio, bien, pero diseñados para personas con unos quince centímetros más de pierna. La pura pereza dictaba doblarlos en la parte inferior. Pagué en efectivo y le devolví el cambio a Rod junto con el recibo.

La música fue mucho más fácil. Junto a Caledonian Road había un estudio de ensayo llamado Ezee Hire, donde nos quedábamos todos los días para escribir. Fue un período fructífero. Allí perfeccionamos los coros que conformaban nuestro primer álbum juntos, aunque algunos los escribimos en el estudio de Hackney, donde realicé mi audición inicial.

Antes de empezar a grabar el álbum, se reservaron algunas actuaciones, que culminaban en el teatro Rainbow como titulares. No se me escapaba la

ironía. Con Shots había pasado melancólicamente por delante de él; con Samson, grabé allí un vídeo ridículo; y ahora iba a encabezar un concierto con Iron Maiden.

Dimos algunos conciertos preliminares en Italia. Nunca antes había actuado fuera del Reino Unido y, aparte de un viaje escolar, apenas había estado en el extranjero. Condujimos allí en un autobús turístico. Tampoco había estado nunca en uno de esos. Había un retrete que hasta parecía útil, aunque estaba prohibido cagar, lo que lo convertía en un producto de una imaginación febril en caso de catástrofe intestinal.

Estaba muy nervioso en las primeras actuaciones. Estábamos probando material nuevo y evaluando opiniones. Compré un par de pantalones negros de licra, de rigor si no llevabas vaqueros o mallas ajustadas como Steve, y realizamos sesiones de fotos con Ross Halfin, el fotógrafo de la banda en ese momento. Nos animó a acercarnos a la cámara y mirarla de manera salvaje. Más tarde, descubrimos el plano de la sala de ducha, el largo corredor de hormigón y otros montajes en los que Ross era extremadamente hábil.

El espectáculo del teatro Rainbow fue todo un éxito. Por lo que recuerdo, la prensa escribió cosas agradables y, en general, sus comentarios fueron positivos para el nuevo intruso vocal. Por supuesto, haber cantado con Samson contribuyó a mi notoriedad, pero los fanáticos del cantante anterior, Paul Di'Anno, no se impresionaron. Uno escribió una carta de queja, detallando su horror al escuchar sus canciones favoritas interpretadas a través de una «sirena antiaérea», y puede que hubiera también un comentario poco gratificante sobre una hormigonera.

Rod aprovechó enseguida la observación de «sirena antiaérea» y la reutilizó como testimonio de mi aún no legendario aullido tenor, como se muestra en canciones como *Run to the Hills*. Me convertí en la «sirena humana antiaérea». Con todo esto me sentí siempre como el Hombre Elefante. Rod no era tanto el maestro de ceremonias del circo como el empresario, el organizador y negociador de los artistas y las actuaciones, todo controlado desde la caravana anónima situada detrás de la gran carpa, donde también se contaba el dinero.

Era una práctica estándar que el representante eligiera el apodo. Incluso los miembros del equipo técnico habían recibido sus respectivos e indeseados epítetos. Nuestro productor, Martin Birch, acudía a los ensayos en su Range Rover, con pajas pegadas a sus botas. Así, en los créditos del álbum «The Number of the Beast» aparece: Martin *Farmer* Birch. En realidad, todo era inofensivo; pasaron unos años antes de que se volviera tedioso.

Después del espectáculo del Rainbow, nos pusimos a trabajar en el nuevo álbum. Además de ser el primero con un cantante nuevo y un enfoque vocal totalmente diferente, también era el tercer álbum enojoso y crítico para la banda. El tercer álbum es, tradicionalmente, el que determina si es el final del principio o el principio del fin para un grupo o un artista.

La cultura del álbum, el culto al LP de cuarenta minutos con dos caras, todavía persiste hasta nuestros días, incluso en la época digital. Creo que son varias las razones, y el propio formato de grabación ha moldeado la visión artística de manera positiva.

Escribir un material potente y conciso que lleve al oyente a un viaje musical es una tarea bastante exigente. Hacer entre cuarenta y cuarenta y cinco minutos de música nueva cada catorce meses es un trabajo complejo y arduo. El comercio exige que los álbumes se sucedan rápidamente, que se puedan hacer giras y que se realicen seguimientos basados en las ventas del disco anterior. Todo esto pone a prueba los elementos creativos del grupo. Escribo un álbum, ensaya, graba, actúa durante ocho meses; luego, hazlo todo de nuevo... y, luego, hazlo todo de nuevo.

Al cabo de repetir este proceso durante dos ciclos, a muchas bandas simplemente se les agotan las ideas o las fuerzas, debido a las giras, o se desaniman por la falta de éxito. El tercer álbum, entonces, se convierte en el momento decisivo. Incluso los grupos de éxito, y Maiden tenía mucho éxito cuando me uní a ellos por primera vez, eran frágiles. Con nuestro tercer álbum íbamos a tocar para todo el mundo. Si jugábamos bien nuestras cartas, nos convertiríamos en el líder de la manada.

El entusiasmo absoluto rechazó rápidamente cualquier sensación de presión. El acto de crear y ensayar siempre ha sido sacrosanto para Maiden: sin representantes, desconocidos, extraños, clubes de seguidores o conductores de minibús.

El refugio que nos ofrecía el espacio de ensayo era nuestro parque de juegos musical, en el que descubrimos nuevos juguetes y nuevos compañeros de juego. Todo estaba debidamente grabado, y lo sigue estando, en un radiocasete barato. Esta grabación servía de referencia a medida que tratábamos de recordar lo que hacíamos en el ensayo cuando volvíamos a ponerlo en orden en el estudio de grabación.

Martin Birch apareció solo un día, justo al final. Escuchó las canciones sin comentar nada; tan solo se le veía pensativo y les prestaba atención. Mucho más tarde en la pista, Martin y yo tomamos unas cervezas, y él nos contó su filosofía de producción.

—Hay dos tipos de productores —dijo—. Un tipo piensa que es su disco y que va a conseguir tal éxito que venderá una cantidad enorme, y todos dirán que es un gran productor.

Bebió su cerveza y miró alrededor de la barra con desdén.

—Y luego hay productores que son solo un espejo. Reflejamos al artista de la mejor manera para que transmita su mensaje, su sonido.

—¿Y si la banda es una mierda? —pregunté.

—No trabajo con bandas de mierda.

Pensé en su catálogo. «In Rock» y «Made in Japan» de Deep Purple, «Heaven and Hell» de Black Sabbath, Blue Öyster Cult y algunas pequeñas sorpresas: Leo Sayer, Jimi Hendrix y Wayne County and the Electric Chairs. Se podía aprender mucho del señor Birch.

Nos mudamos de Caledonian Road directamente a Battery Studios, en Willesden. Tuvimos solo cinco semanas para grabar y mezclar el álbum, incluyendo un single y la cara B, que había que terminar primero, ya que se iba a lanzar casi de inmediato.

Incluso hoy en día, con las mesas digitales, este sería un pedido bastante grande, pero con una cinta de dos pulgadas y una mesa analógica, sin memoria ni mezclas ni desvanecimiento automático, era un trabajo artesano a la vieja usanza.

Una mesa de mezclas es como una central telefónica. Los instrumentos entran por un extremo y se dirigen a la cinta magnética, donde se graban. En el proceso intermedio entre introducción y terminación en una cinta, la señal se modifica en cuanto a tono, nivel y amplitud para asegurarse de que las moléculas de óxido de hierro de la cinta magnética se mantienen en un estado fiel y adecuado, y no salpican por todos lados. A la hora de mezclar, sin embargo, todo el proceso no consiste simplemente en invertirlo, sino en reconstruirlo. Los instrumentos grabados vuelven a entrar ahora en la mesa, pero esta vez se combinan para producir el bonito disco de vinilo estéreo que tanto deseamos. La única forma de grabar la configuración de los cientos de botones de la mesa era con pequeños lápices de cera y hojas de papel A4 con imágenes de los controles y marcadores para poder reiniciar la mesa. Pasar todo el proceso dos veces en cinco semanas fue enorme, pero era lo que había que hacer.

Usábamos una vieja mesa de mezclas fabricada por una compañía llamada Cadac. Estaba en las últimas, y este iba a ser su último trabajo. El resto del estudio también parecía un sitio en construcción. Las voces se hicieron en una

cocina demolida, con yeso todavía húmedo en las paredes. Teníamos a nuestra disposición abundante cerveza y una buena cantidad de cocaína.

Steve y yo no participamos, mientras que otros oscilaban entre ocasionalmente y «bastante» a menudo. A pesar de las pequeñas cantidades de coca, el barril de cerveza de casi veinte litros era lo que se consumía principalmente. Cuando acabamos el álbum, habíamos construido un muro de envases vacíos que rivalizaba con la Gran Pirámide.

Afuera, el clima invernal era terrible, frío y con aguanieve. Alguien había sido asesinado en la parada del autobús, y el contorno de tiza siguió allí durante varios días. Al Range Rover de Martin lo había golpeado un minibús lleno de monjas, y la factura de reparación ascendió a 666,66 libras. Nos reímos, pero el señor Smallwood aprovechó el día y se inventaron todo tipo de historias sobre maldiciones, fantasmas y espíritus malignos. Una de las más creativas tuvo que ver con el equipo del bajo de Steve, poseído por el demonio mientras se grababa *The Number of the Beast*.

Es cierto que había un demoníaco sonido lastimero en la cinta que no pudimos explicar. Tan solo cuando revisamos el micrófono talkback, descubrimos al culpable. Había sido el propio Steve *el Demonio* Harris. Steve insistió en quedarse junto a su equipo de bajo mientras se grababa. Usaba auriculares y no era consciente de su vigoroso y rítmico canto. Aun así, fue una buena historia.

En el álbum, incluimos dos piezas con partes habladas, una de la Biblia y la otra de la kafkiana serie de televisión *El prisionero*. Esta fue idea mía, por lo que Rod tuvo que llamar a Los Ángeles para hablar con Patrick McGoohan, creador y estrella de la serie, y dueño de los derechos. Estuve presente cuando llamó, y nunca lo había visto tan nervioso. La breve conversación no tuvo precio.

—Hola, soy Rod Smallwood de Iron Maiden.

—¿Qué? ¿Quién es?

—Esto..., somos una banda.

—¡Una banda! ¿Qué clase de banda?

—De heavy metal.

—Metal, ¿dice?

—Sí, nosotros...

—¿Qué desea?

—Verá, hay una frase suya, la de «No soy un número, soy un hombre libre», que nos gustaría utilizar en una canción.

—¿Cómo dijo que se llaman?

—Iron Maiden.

—Hágalo.

La llamada terminó.

—¡Joder! —soltó Smallwood.

Casi la misma respuesta que pronunció cuando habló con el agente de Vincent Price. Aunque es un cliché lo de «Me temo que el señor Price no se levanta de la cama por menos de diez mil dólares», sin duda, fue como predicar en el desierto.

Afortunadamente, yo solía escuchar las historias de fantasmas a medianoche en la emisora Capital Radio de Londres, pues era un gran fanático de toda radio que mostrara cualquier atisbo de imaginación. Puesto que Vincent Price estaba fuera de nuestro alcance, sugerí llamar al locutor de la radio, y hasta el día de hoy muchas personas creen que es Vincent Price quien lee las líneas bíblicas clásicas al comienzo del tema *The Number of the Beast*.

El intérprete de la voz en off de Capital Radio entró en el estudio, y en media hora nos ofreció cinco interpretaciones absolutamente fantásticas. Era un hombre encantador, un actor de unos sesenta años y un auténtico profesional, con una sutil entrega. Se mostraba completamente imperturbable en medio de una de las bandas de rock más perturbadoras del mundo.

La primera canción que grabamos tenía la intención de ser una cara B. Se llamaba *Gangland* y en los créditos aparecía escrita por Clive Burr, con el argumento de que la batería era tan esencial como los riffs de guitarra para la canción. Parecíamos cachorrillos de perro mientras la grabábamos. Nos dieron las cuatro o las cinco de la mañana, escuchándonos.

La sensación general era que parecía demasiado bueno para ser una cara B. Yo no estaba tan seguro; pensé que era un poco presuntuoso, ya que no teníamos nada más con qué compararla. Sin embargo, yo era el chico nuevo y, al menos, todos los demás se mostraban optimistas antes del evento principal, que era una canción llamada *Run to the Hills*.

La armonía vocal en capas fue un cambio colosal para el sonido de Maiden. Nos quedamos con la boca abierta al escuchar las bruscas mezclas. Hay canciones que puedes sentir en tus huesos que serán un exitazo. En nuestro caso, el tercer álbum, la expectativa y la curiosidad se confabularon para hacer de *Run to the Hills* la muestra perfecta para que el mundo conociera las delicias que cabían esperar del próximo disco.

La única pequeña decepción, en retrospectiva, fue la elección de la cara B. Al destinar *Gangland* al álbum, no teníamos pistas de repuesto excepto *Total*

Eclipse, un excelente presagio de catástrofe global, cambio climático y fin de los tiempos. Era una canción extra de la versión japonesa del álbum, y supongo que fue una cara B inesperadamente buena.

La canción que da título al álbum, *The Number of the Beast*, no necesita mucha descripción, ya que es uno de los mejores temas de metal de todos los tiempos. Steve tenía la costumbre de silbar suavemente en una grabadora portátil de casete, y luego transponerlo a una línea vocal o un riff de guitarra. Solo lo descubrí cuando me puso la cinta de composición original para *The Trooper*, que sonaba como un alegre cartero caminando por el sendero del jardín para entregar el correo. De repente entendí por qué muchas de las líneas vocales de Maiden eran virtualmente imposibles de interpretar o, al menos, requerían una cuidadosa atención al fraseo para no morderse la punta de la lengua al trabarse con las consonantes innecesarias.

Para Steve, las palabras existen primero en el espacio rítmico, y tal vez luego en el espacio lírico o poético, y finalmente en un formato diseñado para aprovechar al máximo la voz humana. Me llevó años averiguar esto y, cuando por fin caí en la cuenta, me sentí aliviado. Una vez que entendí su motivación, no me sentí tan enojado ni frustrado con las melodías y las letras creadas por Steve. A cambio, con el paso del tiempo, Steve aprendió que la voz es como un instrumento, que se moldea para crear estados de ánimo, y no es solo un conjunto de ladrillos Lego.

A Clive le pareció muy difícil el tema *The Number of the Beast*, en parte porque el ritmo de la batería es, en gran medida, una extensión de la melodía, y por lo tanto casi se habla, como en la introducción de la canción. Los problemas radican en interpretar los riffs líricos de la cabeza de Steve y colocarlos en un formato definitivo que los músicos puedan escribir y reproducir. En agudo contraste, una canción como *Hallowed Be Thy Name* es completamente directa.

Cuando llegó el momento de cantar para el señor Birch, se produjo una mezcla de curiosidad y frustración. La frustración nació de la táctica de Martin de hacerme esperar; la curiosidad era descubrir qué podía enseñarme. Era un tipo que había visto algunas de las mejores voces y algunas de las mejores actuaciones vocales.

Quería lanzarme a improvisar las voces, a disfrutar de la gloria. A Martin no le interesaba ese tipo de frivolidades y, de la manera más educada, me enseñó a no dar nada por hecho.

Piensa en la secuencia inicial de *The Number of the Beast*. Antes del grito espeluznante al estilo de *Won't Get Fooled Again*, hay una introducción casi

susurrada que se integra en el grito culminante. No es muy agudo y es físicamente poco exigente. Pensé que podría pulirlo en algunas tomas para hacerlo ruidoso y rimbombante.

Martin, Steve y yo pasamos todo el día y toda la noche trabajando en las dos primeras líneas. Una y otra vez, hasta que de puro cansancio arrojé los muebles contra las paredes, frustrado, rompiendo grandes trozos del yeso húmedo de la cocina a medio terminar.

Hicimos un descanso de dos horas. Me senté tristemente con una taza de café. Martin se mostró positivamente animado. Bastardo, pensé.

—No es tan fácil, ¿eh? —Sonrió—. Ronnie Dio tuvo el mismo problema en *Heaven and Hell*.

Mi cabeza y mis ojos, que me dolían, comenzaron a prestar mucha atención.

—¿Cuál?

—Bueno, vino con tu misma actitud. Vamos a improvisar esto. Y yo le dije: «No. Tienes que resumir toda tu vida en la primera frase. Todavía no lo escucho».

Por supuesto, conozco la canción. La frase inicial.

—Toda tu vida está en esa línea —dijo Martin—. Tu identidad como cantante.

Comencé vagamente a ver la diferencia entre cantar una frase y vivirla.

Fui a dar un paseo por el resto del estudio. Había un silencio sepulcral, sin músicos alrededor. La batería silenciosa, las guitarras tiradas por ahí y el leve olor a polvo tostándose en las válvulas que seguían encendidas en los amplificadores.

«Me fui solo, mi mente estaba en blanco. Necesitaba tiempo para pensar y traer a la memoria los recuerdos...».

Así empieza *The Number of the Beast*, y pensando así volví al micrófono. «Justo lo que vi en mis viejos sueños...», continué cantando. Era como si Martin fuera un abrelatas y yo, la lata de judías.

Una vez que apareció la grieta en la presa que yo mismo había construido, se produjo la inundación. La pared que construí fue mi ego. Todo el mundo necesita uno, especialmente si quieres tener cien mil fanáticos del rock, pero no lo llevas al estudio. La canción debería poseerte en el estudio, como una película que se desarrolla ante ti. Lo único que hago es cantar las palabras que pintan la imagen. Pensé que había inventado el teatro de la mente, pero Martin Birch lo había estado haciendo durante años.

El nivel de intensidad que implicaba todo esto era considerable, y el estrés y la tensión de Martin aún más; aunque contaba con la ayuda del afable ingeniero Nigel Green, que iba a realizar su último trabajo como ingeniero antes de convertirse en productor por derecho propio. Por razones que se pierden en la noche de los tiempos, Nigel recibía el apodo de Hewitt.

Desde algún lugar, a las dos de la madrugada, Hewitt recibió la orden de traer cajas de cerveza. Era una combinación de ingeniero técnico y conserje de dudosa legalidad.

Como músicos, podíamos relajarnos con una cerveza al acabar nuestra interpretación. No era el caso de Martin. Trabajaba todos los días, sin interrupciones, hasta que inesperadamente nos llamaba y declaraba: «Mañana me tomo el día libre».

Esto, me di cuenta después, era posiblemente lo que el doctor Jekyll se dijo en el espejo poco antes de conocer a su *alter ego*, el señor Hyde.

Martin tenía un *alter ego*, al que llamábamos Marvin. A lo largo de los años, Marvin nos ha proporcionado horas de entretenimiento y experiencias cercanas a la muerte. Cuando conocí a Marvin me quedé confuso. De hecho, estaba con Samson y, durante la grabación de «Shock Tactics», nos invitaron a escuchar algunas mezclas terminadas de «Killers» que se habían completado poco antes.

Marvin estaba afuera, muy orgulloso. Fui hacia él y, como un tonto, me presenté; y eso que estaba sobrio en ese momento. Marvin no.

—Siéntate, muchacho —dijo.

Con un gesto extravagante lanzó la silla del productor, que rodó hasta rebotar contra la pared trasera. Puso sus manos sobre mis hombros y me sentó de un empujón. Empecé a sentir un poco de aprensión.

—Ahora, chico. Escucha esto...

Movió la silla contra la mesa de mezclas, me apretó en su lugar, y puso «Killers» hasta que me sangraron los oídos.

—¿Qué te parece esto? —me gritó de manera audible por encima del cataclismo coclear que tenía conmocionado mi oído interno.

—Esto, eh, muy bien —le dije.

—Je, je. Sí, sí, muy bien.

Se fue murmurando para sí mismo y me dejó solo en el estudio con las cintas del nuevo álbum de Iron Maiden.

Al final de la grabación de *The Number of the Beast*, Martin reprodujo el álbum, mezclado y superfuerte.

—Mañana me tomo el día libre —anunció, mientras el loco miraba por detrás de sus ojos y Marvin tomaba posesión de él.

—Hewitt —preguntó—, ¿cuántos años tiene esta mesa?

—No lo sé, Martin —respondió Hewitt, mirando un poco nervioso.

Marvin agarró el cable de metal flexible incorporado en la mesa, que contenía el micrófono talkback del estudio. Con una llave inglesa, lo arrancó de cuajo y lo quitó de la mesa. Parecía un tulipán abandonado con sus raíces colgando, mientras las conexiones eléctricas se quedaban en el aire.

—Está roto, Hewitt.

Lo arrojó sobre la mesa. Hewitt hizo una mueca.

—¿Y qué canal no funciona, Hewitt?

—El canal 22 —respondió Hewitt.

Marvin se levantó y desenroscó el canal, un trozo de placa de circuito de aproximadamente un metro de largo y, hasta ese momento, potencialmente bastante valioso.

—Un pedazo de mierda —murmuró Marvin, y lo partió por la mitad.

Hewitt podía ver cómo sus perspectivas de trabajo se iban al traste rápidamente, pero mantuvo la sangre fría y sonrió con nerviosismo. Creo que estaba empezando a participar del espíritu de la situación.

—Veamos, ¿qué más está roto, Hewitt?

Ese fue el fin de aquella mesa en particular, convertida en un montón de desechos por Martin Birch, hábilmente ayudado por un hombre llamado Hewitt.

Al día siguiente, Martin se había ido. Zomba lo mandó directamente en un vuelo a Los Ángeles para comenzar otro álbum con Sabbath, o Whitesnake, o quien fuera. Vi lo mucho que ponía de sí mismo en la producción de discos, cuánto de su psique acababa triturado en cada ocasión. Me pregunté cuánto tiempo podría mantener el ritmo.

Para nosotros, sin embargo, el ritmo había comenzado a acelerarse y ya no había marcha atrás.

LA MONTAÑA RUSA

Pertenecer a una banda de fama mundial con un álbum número 1 era como estar en una montaña rusa. En nuestro caso, la montaña rusa no se detuvo, ni siquiera se ralentizó, durante los siguientes cinco años. Nos habíamos abierto camino por el tosco ferrocarril y ahora estábamos a punto de caer. Cuando caímos, lo hicimos en caída libre, fuimos directos, gritando, con los pelos de punta, bombeando adrenalina. Cinco años consecutivos de este modo pueden hacer tambalear seriamente cualquier giroscopio interno en el que se pueda confiar. Sin embargo, simplemente disfrutábamos del ajetreo por el momento.

Tan pronto como se terminó de mezclar el álbum, se publicó el sencillo, *Run to the Hills*, del que se vendieron casi doscientas cincuenta mil copias en el Reino Unido. Antes de que el álbum fuera lanzado oficialmente, estábamos inmersos en una gira por el Reino Unido, y tuvimos la primera de las varias disputas que surgirían a lo largo de los años.

La planificación era totalmente ridícula: ocho espectáculos, día libre, siete espectáculos, día libre, etc. Eran actuaciones de dos horas, y las canciones no eran las más fáciles del mundo. La configuración en el escenario provocó fricciones de inmediato. Yo era bastante tradicional en cuanto a la escenografía básica: si yo canto, me coloco al frente; si tú tocas el solo, te colocas al frente. Esa clase de cosas.

Steve Harris tenía ideas distintas. Quería colocarse delante de todos y correr por todo el escenario. Yo me negaba a cantarle a la nuca del bajista. Los monitores de cuña que utilizábamos estaban igualmente espaciados en la parte delantera del escenario, lo que significaba que no había ningún punto focal mientras cantaba.

Hacíamos primero la prueba de sonido y, luego, la actuación. Lo primero que hacía era mover mis monitores de cuña al frente y al centro del escenario. Steve refunfuñaba, y los técnicos los volvían a mover hacia atrás. Así que yo los cambiaba de nuevo al centro.

Cuando cantaba, la mitad del bajo se metía en mi nariz porque claramente yo había traspasado una zona de demarcación. Contraataqué colocando unas patas ridículamente largas en el soporte de mi micro. Ahora, la base se parecía a una antena de televisión y, cuando veía con el rabillo del ojo a Steve corriendo hacia mí, la colocaba como una especie de trampa para bajistas. Tengo bastantes dientes mellados debido a que él seguía corriendo hacia mí a toda velocidad.

Todo alcanzó su punto crítico cuando tocamos en la ciudad de Newcastle.

Habíamos bajado de Edimburgo a una hora ridícula de la mañana, porque a Rod le pareció una buena idea grabar allí el vídeo de *The Number of the Beast* durante todo el día, justo antes del espectáculo. Trajimos bailarines de salón como extras, con el número 666 fijado en la espalda. Creo que se me ocurrió a mí la idea.

En cualquier caso, tuvimos que mantener las puertas cerradas porque seguíamos filmando media hora más o menos antes de que el público tuviera que entrar. Por supuesto, estábamos todos exhaustos. Subimos al escenario, un escenario bastante pequeño, por lo que Steve y yo nos pasamos de mal humor toda la actuación, como dos ciervos en celo inmovilizándose con la cornamenta.

Rod tenía que separarnos detrás del escenario. Los dos estábamos ocupados arremangándonos para salir y pegarnos. Steve le gritaba a Rod mientras nos separaba: «¡Tiene que largarse!».

Bueno, no me fui. No puedo decir que no os lo advertí, chicos, será algo distinto. Acostumbraos.

Llegamos a un acuerdo sobre la ubicación de micrófonos y monitores, y establecimos que, cuando uno se colocase delante del otro, los buenos modales triunfarían sobre el entusiasmo ilimitado. Fue un pequeño avance, pero nos encaminó hacia un nuevo nivel de teatralidad y presentación.

Recibimos la noticia de que el álbum era el número 1 cuando salíamos de un hotel barato de la ciudad suiza de Winterthur. La celebración se vio un tanto atemperada ante la necesidad de empujar un autocar cuesta abajo para poder ponerlo en marcha. El conductor explicó con un detalle bastante innecesario que los frenos de emergencia habían agotado la batería, y que este chisme consumió ese otro chisme...

Podría haber confesado que simplemente se había dejado las luces encendidas.

Tocamos en todos aquellos países de los que había oído hablar y en los que nunca había estado. Tuve la oportunidad de practicar mi dudoso francés,

que tuvo mucho más éxito que mi inexistente español. En el espectáculo de Madrid intenté elaborar una frase que se traducía como «sois los mejores cantantes del mundo».

Bueno, pensé, *El Mundo* era un periódico, y era bastante obvio lo que eso significaba. «Cantante» era algo relacionado con el canto. Oye, no podía ser tan difícil.

Fuera lo que fuera lo que dije, lo dije con valentía, y aplaudieron.

Así que lo repetí, y aplaudieron un poco menos.

Pensando que no me habían escuchado bien la primera vez, lo dije despacio y, eso pensé, con mucha valentía y claridad.

Se produjo un silencio casi total.

Después del espectáculo, le pregunté a la compañía discográfica qué había pasado.

—Ajá. Dices que eres el mejor cantante del mundo.

Hmm. En voz alta, seguro y equivocado.

Salimos de Europa, donde habíamos arrasado allí donde hubiera un gobierno digno de mención. Íbamos a Estados Unidos, un lugar tan increíblemente exótico que no pude conciliar el sueño durante una semana pensando en ello.

Aterrizamos en Detroit (Michigan) en verano. La siguiente parada, Flint, y otros lugares de los que nunca había oído hablar. Nos encontrábamos en el corazón automovilístico de Estados Unidos, antes de que los escándalos del agua y las crisis inmobiliarias le arrancaran el corazón. Para iniciar nuestro abordaje a Estados Unidos, ocupábamos el tercer puesto de un programa en el que había un peculiar dúo: Rainbow y 38 Special.

La última vez que hice una gira con Rainbow fue cuando Graham Bonnet estaba en la banda. Era conocido por tener una voz de tenor rota monstruosamente potente y un gusto muy florido en el vestuario junto con un corte de pelo más apropiado para James Dean que para el compinche del «Hombre de negro», Ritchie Blackmore.

Yo era, y sigo siendo, un gran admirador de Blackmore. Entiendo su inclinación por llevar sombreros puntiagudos de bruja y disfrazar a una banda como trovadores ambulantes. Esta gira, sin embargo, no fue nada de eso. El cantante era en ese momento Joe Lynn Turner, un estadounidense con lo que Ritchie esperaba que fuera una voz de estrella radiofónica para dar a Rainbow el impulso que necesitaban en Estados Unidos. Es irónico que, si Rainbow se hubiera quedado con Ronnie Dio, el mundo podría haber acabado moviéndose

en su dirección, pero esto no es más que mera visión en perspectiva y especulación.

En cualquier caso, este era Ritchie, con sus ahora legendarias extensiones capilares y abundantes mechones, además de Joe, con mechones igualmente abundantes y un procedimiento tricológico menos sofisticado en forma de gran peluca.

Por otro lado, 38 Special contaba con cinco cantantes, uno de los cuales era básicamente una mascota. El guitarrista era el principal compositor y la principal voz masculina, pero en la banda tocaba uno de los Van Zant (la realeza del rock sureño), ataviado con un sombrero de rock sureño. Había dos, tal vez tres, cantantes de respaldo, que vestían unas prodigiosas crinolinas más adecuadas para un barco del río Mississippi de la década de 1900.

Luego estábamos nosotros. Cinco terriers ingleses intentando morderles los talones a todos y haciendo muecas a los asustados estadounidenses que pensaban que habían venido a ver un tipo de rock para adultos y, en cambio, tenían veinte minutos de implacable martilleo sobre sus colocados cerebros como si fuéramos una barra de hierro.

En realidad, nos llevábamos bastante bien con todos, aunque no todo era paz y amor entre la fraternidad del rock sureño y la oscura prole del fantasma de Paganini. Hubo constantes discusiones sobre quién debería ser titular, lo que giraba en torno a cuál de los representantes había vendido mayor cantidad de entradas, y el sistema de alternancia de titulares comenzó a deteriorarse. Al final, Iron Maiden encabezó un programa, porque nadie se ponía de acuerdo en quién debería ir el último.

Rod Smallwood había decidido que un autocar era una pérdida de dinero, así es que nos desplazábamos en dos grandes Ford LTD, uno conducido por Rod y el otro por nuestro director de gira, Tony Wiggins. Siempre había mucho espacio en el coche de Rod.

Siempre son tonterías las que inician un proceso corrosivo en un grupo. En nuestro caso era el equipaje de Clive Burr, que excedía el espacio asignado y significaba que nos retrasábamos a menudo al dejar los hoteles. Se escuchaban murmullos sombríos. Por supuesto, si hubiéramos tenido un autocar, a nadie le habría importado.

América era un país desconocido, con procedimientos extraños y dispositivos inusuales con los que un muchacho de Worksop no había tenido contacto. Nos quedábamos en los hoteles del equipo técnico y, en la primera noche en el Ramada de Flint, el ingeniero de sonido de Rainbow se presentó y dijo: «Los muchachos van a una fiesta en el jacuzzi, por si os apetece».

Me vino una curiosa imagen a la mente. ¿Qué era un «jacuzzi»? y ¿en qué consistiría una fiesta así? Pensé en el juego de morder las manzanas, pero no lograba entender por qué el agua tenía que estar caliente. Tal vez eran manzanas de caramelo, pensé. De lo contrario, ¿por qué la gente hace una fiesta en torno a un baño caliente?

Me picó la curiosidad. El taxi se detuvo frente a una casa de una sola planta en una zona residencial, y vislumbré por primera vez el espíritu adolescente estadounidense.

La cocina estaba llena de chicas bebiendo vino. El salón estaba lleno de novios, que no hablaban a sus chicas porque habían perdido la capacidad de hablar. Elmley Castle había llegado a Michigan, pero en lugar de sidra alucinógena, grandes nubes de droga se elevaban hacia el techo, mientras se concentraban en jugar a Pong, un primitivo videojuego.

Mis días de Falstaff habían terminado hacía mucho; tan solo bebí cerveza. Me fui a la parte posterior, donde descubrí el burbujeante jacuzzi lleno de técnicos y de mujeres que no lo eran. Me quedó claro que no jugaban al juego de las manzanas flotantes. La otra invención estadounidense, la cama de agua, estaba disponible para relajarse en las habitaciones.

Volví a la cocina y entablé conversación sobre la industria automovilística y la economía local con una chica que parecía más interesante que las demás. Al cabo de un momento, se cansó del tema.

—¿Vamos al jacuzzi? —preguntó.

No pude evitar notar su brazo roto, firmemente sujeto en ángulo recto en un molde muy robusto.

—¿No te preocupa que se moje la escayola? —le dije.

—Oh, no, lo apoyaré en un lado.

Mi primer jacuzzi fue una experiencia interesante. El ingeniero de sonido de Rainbow nos sirvió bebidas mientras hacíamos burbujear nuestra carne, pero la conversación fue un tanto forzada con los otros ocupantes de la bañera. Es difícil conversar sobre los telones de fondo con tu director de escena cuando está a punto de eyacular.

Las burbujas cesaron temporalmente, y me incliné hacia el botón plateado. «Sé exactamente para qué sirve», pensé.

Recorrimos Estados Unidos en nuestros Ford LTD. Nos quedamos en moteles extraños y comimos hamburguesas en Luisiana servidas por hombres con la cara llena de verrugas. Fuimos detenidos varias veces por exceso de velocidad, al estilo de *Los caraduras*, y finalmente terminamos la gira en Norman (Oklahoma).

Volamos a Canadá para una breve gira como titulares antes de regresar a EE. UU. para cubrir una vacante especial como invitados de Scorpions. Siempre me ha gustado Canadá, que ha sido fiel seguidora de Maiden durante años. Apoyó a la banda mucho antes que EE. UU., renunciando a los caprichos de la popularidad de la moda y de la radio para apoyarnos, lo que continúa haciendo hasta el día de hoy.

Los canadienses comparten un sentido del humor muy similar y una refrescante falta de histeria. Tal vez, debido a su estrecho vínculo con la Commonwealth y a la cultura francesa, poseen un profundo sentido de la historia, lo que proporciona un reconfortante sentido de permanencia a lugares como Toronto.

A pesar de que el inicio de esto sonaba como una excursión escolar dominical, yo sufrí una lesión bastante desagradable, y uno de nuestros técnicos casi pierde la cabeza en el auditorio Massey Hall de Toronto, donde grabábamos una retransmisión en vivo. Un petardo M-80 (equivalente, dicen, a la cuarta parte de un cartucho de dinamita) fue lanzado al escenario durante el cambio de banda, cuando nuestro técnico de guitarra estaba mirando una pedalera acucillada en el suelo. El petardo aterrizó en la parte superior del tablero y explotó. Bill quedó conmocionado y cegado por la detonación. Agarré el micrófono y lancé una diatriba sobre la estupidez de la persona involucrada; estuvimos a punto de cancelar el espectáculo. Afortunadamente, el técnico vivió para contar la historia y recuperó la vista.

No estoy seguro del todo de lo que mueve a alguien a arrojar algo al escenario. ¿Es un acto de homenaje o un intento de asesinato? Lo mismo ocurre con los hinchas violentos y racistas que arrojan proyectiles a los jugadores de fútbol en el campo.

A veces, los objetos son realmente intrigantes. En el escenario de Donington, un año, descubrí en la parte delantera del escenario un *postre de natillas* del revés, sin cuenco, pero con toda su forma. ¿Habría alguna catapulta de natillas astutamente escondida en la carpa donde se servía la cerveza? Y, de ser así, ¿por qué solo había una ligera grieta en la natilla, como si fuera un valle del Rift en miniatura?

Por el contrario, un año en Portugal observé jeringas llenas de sangre que sobresalían del suelo de linóleo del escenario con sus agujas hipodérmicas, bastante desagradables y realmente bastante peligrosas. En nuestras actuaciones ha llovido munición real, rodamientos de bolas, monedas, carteras, gafas de sol, sujetadores, bragas, camisetas, banderas, hamburguesas, latas de cerveza, botellas de orina y cientos y cientos de zapatos.

En Argentina fueron a parar tantos zapatos sobre el escenario que propuse construir un cañón para devolverles a cañonazos sus malolientes zapatos, en lo que un artillero napoleónico podría haber denominado «un tufillo de metralla».

El misterio de los zapatos me dejó perplejo durante años, hasta que finalmente se reveló el mecanismo. ¿Por qué alguien se quitaría un zapato (nunca llegaba un par, solo el izquierdo o el derecho) cuando lo necesitarían para volver a casa? Otra opción era que, tal vez, traían las mochilas llenas de zapatos con la intención de lanzarlos. La pregunta seguía sin respuesta. ¿Por qué? La verdad es que hay granujas oportunistas que les roban los zapatos a aquellos que se lanzan a surfear sobre la multitud y los lanzan al escenario. Se acabó el misterio. Caso cerrado.

Bueno, me alegro de haberlo averiguado, porque me preocupó durante mucho tiempo cada vez que un zapato aterrizaba en el escenario. En Canadá, sin embargo, tenía otras cosas de las que preocuparme. Casi pierdo la movilidad de mi brazo izquierdo.

Mi problema había comenzado en la etapa europea de la gira, un par de meses antes. Todas las noches, en el escenario, agitaba la cabeza arriba y abajo; al hacerlo, la espesa mata de pelo que ya tenía por aquel entonces adquiría bastante impulso y me retorció el cuello de un lado a otro. Sacudir la cabeza era una forma bastante efectiva de perder toda noción del tiempo y del espacio, y hacer que el cerebro se tambalease con la música.

Mi cuello se agarrotó y no podía moverlo sin sufrir mucho dolor. Me enviaron a un médico alemán, que me puso un par de inyecciones y me acostó bajo dos enormes almohadillas de calor durante media hora. Luego me despachó, un poco rígido, aunque todo parecía estar bien.

Sin embargo, el daño que las sacudidas de cabeza habían causado a los discos intervertebrales del cuello no había desaparecido; solo se habían aliviado los síntomas temporalmente; cuando reaparecieron, fue mucho peor. En Canadá apenas podía mover el brazo izquierdo, y sufría calambres y espasmos que se extendían hacia el lado izquierdo del cuello. El dolor era intenso e implacable, y perdí todo el control de motricidad fina del pulgar izquierdo y de los dos primeros dedos.

Probé con bolsas de hielo, pero no funcionó. El masaje lo empeoró. El calor lo empeoró. No podía dormir. Me enviaron a un médico local de Ottawa.

—Tiene espasmos musculares —dijo.

«Dime algo que no sepa», pensé.

—¿Por qué tengo espasmos musculares?

Estaba ocupado escribiendo la receta.

—Tome esto.

La receta fue un cóctel de ansiolítico, relajante muscular y antiinflamatorio. Después de un día de medicación, me di cuenta de que había perdido la capacidad de hablar y no podía sentir las encías cuando me cepillaba los dientes.

Las actuaciones continuaron y llegamos a Montreal. Fui al hospital. Me hicieron radiografías y me clavaron alfileres en el pulgar.

—¿Puede sentir eso?

Asentí.

—Hmm. Neurológicamente normal. —Escribió en la libreta. Giró su silla para fijar las radiografías.

—¡Ajá! —dijo.

—¿Qué ocurre?

—¿Ve eso? —Señaló con el bolígrafo las áreas nubladas que rodeaban mi omóplato—. Son espasmos musculares —pronunció con orgullo.

—No me fastidies, Sherlock —dije.

No me contó nada que no supiera, excepto por las pastillas que me habían recetado.

—Dios mío, ¿quién le dio esto? —dijo.

—Un doctor canadiense.

—¿Y le hizo una prueba de función hepática?

No negué con la cabeza, eso dolía; lo hice con los ojos.

Tiré todas las pastillas a la papelera. La siguiente parada era Nueva York. Tenía que haber alguien allí que supiera de lo que hablaba. Pagué diez dólares por cinco minutos con un médico deportivo. Había tratado a Muhammad Ali, bailarines de ballet y jugadores de fútbol americano. Presionó con los dedos.

—¿Aquí?

—¡Ay!

Luego meció mi cabeza y la levantó suavemente hacia arriba, quitando presión de la columna vertebral.

—¿Qué tal? —Sacó una radiografía. La cosa no pintaba bien.

—Tiene una hernia de disco en la parte superior del cuello, C4 y C5. Puedo prepararle para operarle el lunes.

—Alto ahí, doctor. ¿Qué operación?

—Bueno, saco el cartílago y pongo una pieza de plástico en su lugar.

—Tengo un concierto en Chicago antes del lunes.

—Vale. En ese caso, sería tracción.

—¿Cuánto tiempo lleva eso?

—Ocho semanas.

—Pues eso tampoco me vale. ¿Qué más?

Suspiró. Presentí que había un campo de golf esperándole y que yo lo estaba retrasando.

—Bien, unidad de tracción a domicilio y collarín. Es lo mejor que puedo hacer.

Una unidad de tracción a domicilio era una horca mal diseñada que se ajustaba a la parte superior de la puerta de un armario. Una botella de agua colgaba de un lado y mi cabeza se elevaba por el otro. Parecía una estupidez.

Finalmente, Tony Wiggins, nuestro director de gira, vino al rescate. Su novia estadounidense me recomendó un quiropráctico.

—¿Un quiropráctico? Es como un adivino que utiliza muertos.

—No, eso es un nigromante.

El quiropráctico, en realidad, le contó muy bien a este cadáver lo que sucedía exactamente. Me dio buenos consejos, el mejor de los cuales era dejar de mover la cabeza como si tratara de alcanzar la velocidad de escape de mi torso. También me aconsejó usar el collarín y arrojar el resto del aparato a la basura. Me asesoró en cómo debía modificar la forma de moverme, comer y beber para permitir que mi cuello se curase lo mejor posible dado el calendario de castigo.

Un autocar plateado de American Eagle nos iba a trasladar en una larga serie de viajes nocturnos cruzando Estados Unidos en pos de Scorpions. Éramos los invitados especiales en un espectáculo en tres actos, con tiempo suficiente para conectar con un público listo para la conversión.

Los autocares europeos tardaron un tiempo en equipararse con sus homólogos estadounidenses, y en 1982 no había ni punto de comparación. American Eagle era como una casa de putas sobre ruedas.

La vida del autobús pronto estableció su rutina. La sala delantera, en la que el malhumorado Rod maquinaba y jugaba a las cartas, y Steve pasaba horas viendo vídeos, era triste. En la sala trasera, Clive, Davey y Adrian despachaban una gran cantidad de vodka. Yo pasaba de un lado al otro un poco frustrado.

Durante la gira de «The Number of the Beast», hicimos por primera vez la mayoría de las cosas en el camino. Con el paso del tiempo, se hizo evidente para mí que la novedad desaparecería pronto. La alegría de hacerse trizas de manera descerebrada todas las noches para pasar las siguientes dieciocho

horas sin sentido pronto se tornó en un entumecimiento empedernido hasta que el siguiente espectáculo traía luz y vida a nuestro mundo.

El factor más importante que cambia «la noche del sábado con los muchachos en una banda» a «pasar todos los sábados en rehabilitación o terapia» es el dinero y las drogas. Acceder a cualquiera de ellos puede dañar seriamente la salud mental. En realidad no teníamos mucho dinero (no creo que ninguno de nosotros tuviera una tarjeta de crédito), pero todos querían darnos drogas, en cantidad y gratis.

Me resisto a creer que las drogas fuesen la principal causa del distanciamiento, cada vez mayor, entre Clive y Steve. Sin embargo, las quejas y las peleas se fueron colando poco a poco entre bastidores.

Si Steve se quejaba del equipaje de Clive, pues Clive aumentaba su equipaje. Si Steve saltaba sobre el podio de la batería para decirle a Clive que tocara más rápido, Clive tocaba más despacio. La parte delantera del autocar se convirtió en la primera línea, y la parte posterior se convirtió en un búnker para los chicos malos.

Tuvieron una terrible pelea sobre el escenario del auditorio Kiel de Saint Louis, donde Clive entró en cámara lenta en señal de protesta. Yo no ayudé en nada al sacar una almohada y dos mantas y fingir que me iba a dormir en medio del escenario en señal de protesta.

—Pensé que estaba un poco fuera de lugar —dijo Steve.

—Vale —respondí.

En cuanto la podredumbre se cuela en una banda, es como un perro con un hueso: siempre ahí, dispuesto a roerlo. Estábamos demasiado ocupados para hablar de eso, demasiado cerca de ella para escapar y demasiado cansados un minuto y llenos de adrenalina al siguiente como para ser racionales al respecto.

El gigantesco camión seguía rodando, pero una rueda se tambaleaba.

SUBIDOS AL CARRO

Seguíamos adelante. La voz se corrió en Estados Unidos y, a la mitad de nuestra gira con Scorpions, volvimos brevemente al Reino Unido para encabezar el Festival de Reading.

¿Me puedo pellizcar? Debo de estar soñando. Un año antes estaba endeudado, en una banda que no funcionaba, y me ofrecían una audición al pie de un poste de luz en el mismo festival en el que estábamos a punto de encabezar el cartel. Parecíamos una banda muy distinta a la lozana imagen juvenil de la contraportada del sencillo *Run to the Hills*. Había un aire de confiada locura sobre nosotros. El pacto fáustico que habíamos firmado seguía siendo unilateral, todo a nuestro favor, ¡oh, sí!, y mi cuello estaba mucho mejor, muchas gracias, justo a tiempo para subirnos a un jumbo y reanudar las actuaciones en Estados Unidos. A estas alturas, ya estábamos realmente mordiéndoles los talones a Scorpions.

El autocar rodó de nuevo, y fuimos de la costa oeste a Saint Louis. Era hora de comenzar con Rob Halford y Judas Priest, y la combinación fue una de las giras más populares del país. Priest era increíblemente digna de confianza, y su ingeniero de sonido era un fenómeno. La última vez que lo había visto estaba en una bañera de hidromasaje en Michigan. La vida realmente parecía moverse en círculos cada vez más grandes.

Teníamos el aura de seres de otro mundo, al menos en nuestro universo. Sin darnos cuenta, las circunstancias hicieron que el resto de la humanidad creyese que éramos estrellas del rock. En el fondo, cuando tenía dieciséis años, pensé que sería una experiencia increíble ser una estrella del rock y hacer todas esas cosas que se leen en los periódicos semanales. El estrellato del rock fue vivido indirectamente por periodistas tan envidiosos como pretenciosos en muchos casos. Era un pozo seductor y fácil en el que caer, y era más fácil si tu voluntad se confundía con cantidades industriales de coca y hachís.

Lo que salvó a Maiden de este destino deprimente fue nuestra organización gradual en un triunvirato no planificado formado por mí, Steve Harris y Rod Smallwood. Cada uno de nosotros ofrecía diferentes ingredientes al pastel y, a medida que adquiríamos conocimiento de las contribuciones de los demás, comenzamos a jugar con las competencias de los demás. No era exactamente una democracia, pero sí al menos una especie de autocracia guiada.

Las bandas se muestran reacias a admitir que no son democráticas. El único miembro de un grupo que se siente feliz de decir «por supuesto que somos una democracia» es el dictador local, porque sabe que nadie le contradecirá nunca.

Los seres inferiores, por mucho talento que tengan, se ven obligados a aguantar la generosidad del hombre principal, y así son las cosas. No tiene que ser desagradable. La razón por la cual los llamados «supergrupos» a menudo no cumplen con las expectativas es el hecho de que los egos monumentales, cuando se los saca de contexto y se los coloca muy cerca, no actúan como factor multiplicador de fuerzas. Imagina colocar juntos a Napoleón, Hitler y Stalin en una habitación, dejando de lado cualquier diferencia política, y observa si se puede tomar alguna decisión sensata para avanzar en una causa común.

La química interpersonal necesaria para mantener un grupo de rock mundial durante muchas décadas es un milagro. Demasiados jefes y pocos subalternos; todos subalternos y ningún jefe; un jefe y subalternos rebeldes; jefe estúpido y subalternos inteligentes: todos están condenados al fracaso. Se debe lograr la mezcla correcta.

Terminó la gira estadounidense. Todo marchaba bien en el mundo. Rod estaba en su elemento, rebosante de estadísticas, recuentos, dólares de promoción comercial por cabeza y otras incontables formas de medir nuestro éxito en alza, esas que abren la caja fuerte del mercado musical más grande del mundo.

Cuando el clima se volvió otoñal, doblegamos a la naturaleza a nuestra voluntad y volamos hacia el sur para pasar el invierno en la tierra de Oz, que, tras la locura gratuita de la gira estadounidense, fue mucho más anglosajona, aunque igualmente dolorosa.

El vuelo, por supuesto, fue largo. Como el 99 por ciento del resto del mundo, volamos con las rodillas pegadas al pecho en clase económica, y aguantamos en fila con cara de sueño mientras nos registraban en busca de mantequilla de cacahuets y cualquier otro producto alimenticio que se

pudiera colar discretamente en el ecosistema australiano durante la noche. Además de una tira cómica dedicada a su existencia, no pude entender qué interés hay en que sigan existiendo las arañas de Sídney. Hay arañas inglesas perfectamente inofensivas que podrían hacer el trabajo, pero no matarte mientras cagas en el retrete.

El distrito Kings Cross de Sídney tenía un club llamado Manzil Room que resultaba perfecto para zambullirse en el rock and roll. Me tomé mi bebida sazónada con anfetis y permanecí despierto durante cuarenta y ocho horas, fuera de mis casillas. Llamé a un médico porque tenía que actuar esa noche y no podía hablar después de haber permanecido despierto y parlotando incontrolablemente como doce. Bebí mucha agua, dormí todo el día, me levanté media hora antes del espectáculo y reinicié los giroscopios que mantenían firme mi voz.

Gracias a Dios que funcionó. Veintitrés es una edad increíble para el sistema inmune.

La chica de recepción del hotel era muy amable, así que nos encontramos en un bote en el puerto de Sídney con todo el equipo: cervezas frías, oscuridad y el puente de la bahía iluminado y centelleando sobre el agua negra moteada. Sacamos del puerto una pequeña lancha inflable de color amarillo y mucha cerveza. La aleta de un tiburón apareció a unos metros de distancia, luego otra. Mi experiencia remando me vino de perlas.

Nada de lo que sucede en la infancia es en vano.

Las cosas habían cambiado desde los días del suspensorio dorado; de hecho se habían vuelto más transparentes. Steve llevaba ahora unos pantalones de plástico negro, básicamente unas mallas que parecían haber sido pintadas con aerosol. La envidia por el pantalón se apoderó de mí, y encontré el mismo tipo en París, pero en rojo. Al cantante de UFO, Phil Mogg, le preguntaron una vez por sus pantalones, y comentó: «Sí, los calzoncillos son horteras».

Creo que todos fuimos al mismo sastre. Para no ser menos, Clive usaba un mono de licra plateado y ceñido. Las fotos alineadas, vistas a nivel de la entrepierna, parecen una tienda de verduras bien provista de pimientos rojos, berenjenas y cebolletas plateadas.

Al final, los pantalones se fueron desgastando sobre el escenario. En mi caso, el soporte del micro hizo que se desgastara la película de PVC del pantalón debido a la fricción, dejando un acabado de ampollas propio de los efectos especiales de una película de terror. Un día, mientras paseaba por

Sídney, vi en el escaparate de una tienda dos pares de mallas de ballet de arlequín para tíos.

Hasta la fecha había estado usando un par de botas blancas de boxeo de Lonsdale. El ayudante personal de Steve, Vic Vella, las había dejado frente a una chimenea eléctrica para que se secaran después de empaparse de sudor en uno de nuestros teatrales espectáculos. Una bota sobrevivió, pero la otra se separó de la suela ligeramente arrugada. Momentos antes de salir al escenario, hice el fatídico descubrimiento. Recurrí a la panacea universal de la cinta americana mate, adhiriendo la cinta por la punta del pie. La solución funcionó bien y, cuando la cinta se desgastaba por la suela, pegaba otro trozo. Recibí varios correos de admiradores acerca de mis botas. Una chica quería saber dónde podía encontrar la bota con la franja negra. En fin, la respuesta era en la basura.

Recién equipado y con botas de baloncesto, me dirigí a mi siguiente cita en el mostrador de facturación para el vuelo a Tokio. Me encaminaba hacia la tierra del samurái y el sumo, los trenes bala, los templos y el monte Fuji, los artilugios electrónicos y el nirvana de los videojuegos.

Maiden ya era muy conocido en Japón. La banda tenía un EP en directo, «Maiden Japan», que era un claro juego de palabras con uno de los mejores álbumes en vivo de todos los tiempos, el «*Made in Japan*» de Deep Purple. Cuando descendí del avión y fui a inmigración en el aeropuerto de Tokio Narita, enseguida me llamó la atención un par de cosas. En primer lugar, todo estaba increíblemente limpio. Hay hospitales en el Reino Unido que tan solo pueden aspirar a tener el régimen antibacteriano que prevalece claramente en los centros de transporte japoneses. En segundo lugar, era el primer país que visitaba en el que no solo el idioma, sino también el propio alfabeto era extraño.

Este último problema se resolvía mediante una combinación de formas bilingües y semáforos. Mientras esperabas a que llegasen las maletas a la cinta de equipaje perfectamente esterilizada, con solo apretar un botón una luz verde o roja te dirigía hacia un severo guardia aduanero.

Muy cortésmente, revisaban el equipaje con guantes blancos, y muy cortésmente te indicaban que siguieras tu camino.

Las palabras «Live at Budokan» señalaban a una banda como fenómeno mundial, y ser grandes en Japón era algo tan codiciado que una banda estadounidense llamada Riot tituló uno de sus álbumes «*Narita*», como el aeropuerto internacional. Por supuesto, «Gatwick» o «Heathrow Terminal 5» no suenan igual de bien.

La organización del concierto funcionaba como un reloj de precisión. Viajábamos en trenes bala hacia los espectáculos, y aquellos funcionaban con una fiabilidad y una puntualidad tales que debieron de haber comenzado con el tictac del primer reloj atómico.

A pesar de su legendario estatus, las salas de conciertos reales eran teatros muy modestos. Todavía no estábamos al nivel de Budokan, aunque Budokan tampoco resulta tan exótico cuando te percatas de que no es más que un gimnasio de tamaño mediano utilizado como centro de artes marciales.

La fase «grande en Japón» también es muy engañosa. Los japoneses tienen dos sistemas de listas de éxitos completamente independientes, el internacional y el nacional. Vender cincuenta mil discos te catapultaba fácilmente a la cima de la lista internacional de éxitos; cincuenta mil discos en la lista nacional apenas quedaban registrados. Era raro que un artista internacional avanzara en la lista nacional de éxitos, como sí lo hizo, por ejemplo, Sheena Easton.

Maiden era joven y estaba creciendo. Eran las cinco de la tarde, hora de Tokio, y habíamos terminado la prueba de sonido. El espectáculo debía terminar hacia las ocho. Comenzaban muy temprano para asegurarse de que la escuela o la jornada laboral del día siguiente sufrirían una mínima alteración, o al menos eso supuse.

Hubo un silencio sobrecogedor antes de continuar; solo alguna tos ocasional o alguien arrastrando los pies. No teníamos teloneros; no era la norma.

Los teatros tenían de mil doscientos a dos mil quinientos asientos en total, y la madera y las alfombras amortiguaban el sonido, aunque recuerdo que el Osaka Festival Hall era la construcción perfecta para combinar el sonido ambiental y ningún índice de reflexión.

Los ujieres uniformados de azul patrullaban los pasillos para que no se desviara un pie o la emoción no venciera a la obediencia. No había ninguna barrera delante del público. Había, en cambio, un campo de fuerza japonés invisible; un trozo de cuerda entre nosotros y la multitud.

Por supuesto, nos colocamos en la parte delantera del escenario, Steve ametrallando con su bajo y mirándolos con ojos de chiflado. De vez en cuando, alguien entre la multitud se desmoronaba, sacudido por el frenesí en el mismo sitio. La emoción se apoderaba de ellos y se salían de la línea, retrocediendo después, como si lucharan contra un rayo tractor moral que los arrastraba hacia las masas obedientes.

Como un rayo, un hombrecillo vestido de azul le propinaba un golpe seco con un periódico enrollado al pobre muchacho, que se volvía bruscamente a su asiento, con la cabeza gacha y los brazos a los lados, como si fuera un robot recién apagado.

Años más tarde descubrí la expresión japonesa que se suele utilizar en las escuelas para describir a un individuo que era demasiado individualista: «Un clavo que se levanta siempre se mete a martillazos».

Nos aproximábamos al final de 187 actuaciones, además de escribir y grabar un álbum, todo en menos de un año. Debíamos pasar un brevísimo descanso en el Reino Unido en Navidad, para después escribir y grabar otro álbum y comenzar otra gira enorme. Había atravesado el globo, de este a oeste y de norte a sur. Se habían cumplido todas mis fantasías más salvajes: álbum número 1, grande en Japón, giras por Estados Unidos y encabezar el Festival de Reading.

La habitación de mi hotel estaba repleta de cachivaches acumulados por una estrella de rock intercontinental. Las maletas nunca eran lo bastante grandes para meter las camisetas adquiridas. Me llevaba a casa espadas falsas de samurái, artilugios, carteles, libros y un sistema estéreo, que ponía a todo volumen en mi habitación para disgusto de cualquier persona que durmiera al lado, en general Rod Smallwood.

Después del último espectáculo, nos emborrachamos mucho. Mezclé sake caliente con cerveza fría. De vuelta en el hotel, tenía hambre. El servicio de habitaciones se interrumpía durante la noche. Me arrastré gateando por el pasillo del hotel hasta que encontré una bandeja del servicio de habitaciones en la que quedaban dos panecillos viejos y un trozo de mantequilla. Me vi reflejado en el espejo junto al ascensor.

Hay una pintura de William Blake, *Nabucodonosor*, que está en la portada del álbum de Atomic Rooster «Death Walks Behind You». El rostro del rey refleja el horror que siente al darse cuenta de que se está transformando lentamente en una bestia.

Esa pintura era mi reflejo.

«¿Qué te ha pasado en el último año?», me pregunté a mí mismo.

«¿Qué puedes hacer para detener esta locura?».

Comprobé si mi pie se había transformando en el de una bestia. Todavía no, menos mal; aún estaba a tiempo y tenía dos panecillos en la mano.

NUEVA BATERÍA

La Navidad fue algo extraña, después de haber pasado tanto tiempo en la carretera. Me había comprado una casa; un pequeño adosado de nueva construcción en el oeste de Londres: el botín de guerra y de un álbum número 1. Rod Smallwood vino a cenar. Su regalo de Navidad fue una caja ornamentada para guardar la baraja de cartas, porque le gustaba el juego, pero solo en las circunstancias adecuadas.

Sacamos las cartas. Después de ganar sin problemas, Rod se embolsó el dinero de todos los asistentes a la cena y luego se fue. Supongo que era su instinto de gestión. Si invitas a un tigre dientes de sable a tomar una taza de té, no te sorprendas si te come. No hay que tomárselo como algo personal; es lo que hacen los tigres de dientes de sable.

Los siguientes tres álbumes y giras ocuparon los siguientes cinco años de mi vida. Sin embargo, todo se haría sin Clive Burr, que se marchó al finalizar la gira de «The Number of the Beast».

No fue por el equipaje, ni por las juergas o por las chicas, porque todos éramos culpables en algún momento u otro. Decir que fueron las «diferencias artísticas» sería exagerar su contribución creativa. Lo más cercano a la realidad sería «desacuerdos irrecuperables autocumplidos». La ruptura de la relación entre un batería y un bajista es bastante fundamental, sobre todo si el bajista también es el principal compositor y líder de la banda.

Clive siempre consideró la puesta en escena de Maiden de manera negativa, aun cuando los admiradores lo tuvieran a él en gran estima. Me encantaba su talento a la batería, básicamente porque su fuerte era de la variedad de swing de una gran banda comparable a las de chicos como Ian Paice, de Deep Purple.

Los intrincados y, a menudo, excéntricos solos y compases de batería que Steve había imaginado eran el punto de desacuerdo. Sus personalidades se enfrentaban cada vez más. Steve era tímido fuera del escenario, pero agresivo

y preciso sobre él. Clive era don Extrovertido fuera del escenario, pero, a menudo, cuando se trataba de precisión en el escenario, solo se aproximaba a ella. Todo este potaje se hizo más y más desastroso en Norteamérica. Al final, Steve me llevó a un lado y me dijo: «Tiene que irse. No puedo soportarlo más».

Por un lado, Steve y yo habíamos recorrido un largo camino desde que casi nos pegamos a puñetazos en el City Hall de Newcastle. Por otro lado, me daba pena que se marchara Clive, pero la situación claramente había estado latente durante mucho tiempo.

Nos adentramos en un mundo absolutamente nuevo dando un salto de fe y con un nuevo batería. Nicko McBrain era músico profesional y eso es casi todo lo que sabía de su vida laboral. Técnicamente estaba totalmente sobrecualificado para nosotros. Las partes de batería por entonces eran complicadas, pero para Nick no supusieron el menor problema.

Ya había estado de gira con la banda francesa Trust y, cuando actuaron como teloneros de Maiden, lo vi tocar desde un lado del escenario. Steve y el resto de la banda admiraban a Trust, con quienes ya habían realizado una gira anteriormente.

Me encanta ver tocar a los baterías; soy un percusionista frustrado. El estilo de movimiento personal que desarrollan a lo largo de los años me parece fascinante. Algunos se sientan, con el cuerpo erguido, agitando los brazos como una araña sincopada, mientras las baquetas giran alrededor de su cabeza. Algunos golpean los tambores como en trance, mientras que otros actúan más como locos tratando de salir de una celda, y hay otros que parecen contables hasta que cierras los ojos y escuchas en lugar de mirar. Nicko era la viva imagen de Animal, el de Los Teleñecos. Su cara se iluminaba cuando comenzaba a tocar, y cada tambor recibía su propio estímulo vocal, muy similar, de hecho, a las murmuraciones nocturnas de Steve en *The Number of the Beast*.

Cuando tocaba los platillos, y a Nick siempre le había gustado zurrarle a una buena pieza de metal, lo hacía siempre con un trato especial: «A la mierda... A la MIERDA... Mieeeedo... Mieeeedo... A la mierda... ¡A la mierda!».

A lo largo de los años pensamos en amordazarlo en el estudio, pero no ocultaríamos el síndrome que impulsaba al cerebro de McBrain a cantar de manera irrefrenable, como si fuera el síndrome de Tourette. Su volatilidad se extendió a sus perseverantes técnicos de batería. Unos meses después de incorporarse Nick, me despertó un alboroto fuera de la ventana de mi hotel de

San Sebastián, en España, donde Maiden estaba realizando los ensayos de preproducción. El técnico de batería de Nicko estaba sentado en una fuente, con un ladrillo en la mano, gritando: «Mátenme. Mátenme ahora».

El consejo de Nicko tenía un gran valor terapéutico: «Vete a la mierda y no seas gilipollas».

Por lo demás, fue una tarde de domingo muy agradable en la plaza del pueblo.

Reclutamos los servicios de Steve Gadd para cuidar a Nicko. Steve también fue batería y tuvo una carrera bastante notable con la banda Charlie. Entendía la manía que habita en el cerebro del batería, aunque en su caso se manifestaba en una visión del universo suavemente irónica y muy relajada. Era como si tuviera un pato invisible sobre la cabeza, y toda el agua arrojada sobre él rodara simplemente por su espalda. Al final, Steve obtuvo tiempo libre por buen comportamiento y se convirtió en el director de gira adjunto de mayor confianza para nosotros.



En el Año Nuevo de 1983, la banda se trasladó a la isla de Jersey, junto con Martin Birch, donde ocupamos todo el hotel Le Chalet. Lamentablemente, ya no existe. Ha sido borrado de la ladera sobre la que se encaramaba; o eso o se cayó. Fue el lugar en el que escribimos los dos siguientes álbumes. Tenía un bar abierto las veinticuatro horas, así que sírvete, y un pequeño salón de baile, que convertimos en una sala de ensayos para escribir, comer, dormir y respirar música. Internet no existía y tampoco el ordenador portátil ni el teléfono móvil; había un televisor y una mesa de billar.

Los vendavales del Atlántico soplaban contra las ventanas que daban a la playa azotada por las tormentas, a unos ocho kilómetros de distancia. Por la noche, el faro de Corbière brillaba misteriosamente, y durante el día (si la marea bajaba) podías subir por el arrecife cubierto de madera flotante y algas marinas. No pude evitar pensar en la obra maestra de Van der Graaf Generator: *A Plague of Lighthouse Keepers*.

Con la imagen del *Nabucodonosor* de Blake y mis dos panecillos firmemente en mente, decidí llevar mi kit de esgrima conmigo. Mi salvación

mental del letargo del rock and roll sería desempolvar mis floretes y lanzarme a entrenar. Por increíble que parezca, había dos clubes de esgrima en Jersey. Preparé un plan de entrenamiento para todos.

A Martin le interesaba la esgrima. Una tarde nos contó su lucha con el negocio de la música. Era un ingeniero prodigioso marcado por la grandeza, lograda de manera tal que fue arrastrado de gira con Deep Purple como ingeniero de sonido en directo.

Era cinturón negro de kárate shotokan y de gira con Purple llevaba su equipo a todas partes para entrenar, como antídoto contra la locura. Hablaba del poder de «un solo golpe». En cierto momento estuvo muy cerca de dejar la música para estudiar kárate a tiempo completo en Japón.

Yo estaba ocupado escribiendo. Mi pequeño grabador de casetes de cuatro pistas contenía algunas ideas. Adrian y yo habíamos empezado a escribir juntos una gran cantidad de material que le serviría a Maiden como posibles sencillos o temas para la radio.

Me había picado el gusanillo de Japón. Compré un ejemplar del filosófico libro de Miyamoto Musashi *El libro de los cinco anillos*. Considerado como texto de referencia para los guerreros empresariales, es un tratado sobre el combate, la vida y el arte escrito por uno de los ronin, o samuráis libres, más legendarios de Japón.

La vida de Musashi ha servido de inspiración para series y hasta una novela épica, y como personaje ha influido en gran parte de la cultura cinematográfica occidental, desde *Los siete magníficos* hasta *El fuera de la ley*, interpretada por Clint Eastwood.

El ultranacionalista japonés Yukio Mishima se obsesionó con él y causó el caos cuando, como uno de los poetas más reverenciados de Japón, se hizo el harakiri y fue decapitado por un asistente fiel durante un golpe de estado fallido.

La inspiración para nuestra canción *Sun and Steel* vino de una de las novelas más conocidas de Mishima. Aunque las letras no son sobre Mishima, sino sobre Musashi. La canción es corta y bastante sencilla. Mantuve un riff de guitarra simple porque no soy muy bueno con la guitarra. Adrian lo toca mucho mejor de lo que podría haber imaginado.

Ross Halfin apareció y nos fuimos a las rocas junto al faro, barridos por el viento e intentando no parecer que estábamos muertos de frío. Como dice la canción *Flash Bang Wallop*: «What a picture! What a photograph!». (¡Qué imagen! ¡Qué fotografía!).

Steve compuso *The Trooper* después de silbar una feliz melodía en un walkman Sony, y yo birlé un verso de *The English Hymnal* (el himnario inglés) para las primeras líneas de *Revelations*.

De la secuencia inicial de batería para *Where Eagles Dare* solo soy responsable en parte. Me basé en la introducción de Cozy Powell para *Stargazer*, de Rainbow, aunque es el efecto y no las notas lo que yo buscaba. Jugábamos con cosas distintas, y mencioné que había un tremendo solo de batería que recordaba haber oído en un éxito poco conocido de un guitarrista llamado Gordon Giltrap.

—¡Oh, sí! *Heartsong*. Ese era yo.

Por supuesto que era él: un clásico de la batería de McBrain. Tomamos ese solo y lo llenamos de tresillos antes de introducirlo en el riff principal. La parte del bombo era extrema. Fue como si al pájaro loco le hubiera dado un ataque epiléptico.

—No puedes tocar eso en un solo bombo. Hace falta un pedal doble — declaró Nicko.

Me inclinaba a mostrarme de acuerdo con él, pero no era ese el objetivo.

—Apuesto a que Ian Paice podría hacerlo.

La dosis necesaria de trabajo para tocar el patrón con un solo pie era extraordinaria. Sin embargo, trabajó en ello durante días y lo logró; un mérito que se le recordará siempre.

—¡Joder! Me alegro de que esto haya terminado. Jamás vamos a poder hacerlo en directo, joder.

Ni hablar; al final, todas las noches empezábamos las actuaciones con este tema.

Rod Smallwood apareció por allí y todos bebimos mucho. Aparte de escribir y ensayar, no había mucho más que hacer. Steve organizó un torneo de billar premiado con un trofeo enorme. En un desolado *pub* junto a la playa se celebraba una noche de rock una vez por semana. Cuando aparecimos por allí, duplicamos al instante el número de asistentes.

En el bar se discutía y se respondían preguntas filosóficas. El sentido de la vida, según Rod, era simple: «Orgullo y ego. Orgullo de hacer lo mejor y ego para mejorarlo todavía más».

Pensé que podría haber algo más que eso.

Martin también intervino y Marvin hizo su aparición, subiéndose sobre los muebles y murmurando «Muerte, de un golpe» y haciendo poses de kárate sobre una sola pierna.

Pensamos que sería un buen combate ver quién ganaba entre kárate y esgrima. Saqué mi florete y alejamos los muebles de la barra. Rod había pasado de la filosofía a la física: «Yo era tan inmensamente fuerte que podía levantar cinco peones en el extremo de una pala».

Por un momento, los preparativos del combate cesaron, mientras Martin y yo mirábamos con recelo.

—¿Cómo puede ser eso? Eso es una chorrada —dijimos.

—No, no lo es. No es más que física, eso es lo que es —dijo Rod.

Yo suspendí la física básica, y Rod estudió arquitectura en Cambridge, aunque desde luego nunca fue albañil.

En fin, Martin y yo nos enfrentamos. Él hizo una reverencia y yo, un saludo de esgrima. Después de idas y venidas un poco inestables, Martin lanzó una patada giratoria que hizo que los taburetes de la barra salieran volando. Yo dejé de avanzar y tiré una maceta, pues en algún momento en medio de todo aquel caos provocado por dos elefantes en una cacharrería, la punta de mi florete de aluminio se había acomodado en el centro de su pecho.

—¡Ahhh!... *Ippon* —dijo Martin, inclinándose profundamente. Sus únicas lesiones las habían provocado los golpes contra el mobiliario. Creo que decidimos, en definitiva, que los ganadores fueran finalmente los muebles.

Llegaron más temporales del Atlántico; las habitaciones estaban húmedas y con corrientes de aire. Las canciones *Still Life*, *Quest for Fire* y, por supuesto, *Dune* le fueron inspiradas a Steve por las musas.

En realidad, *Dune* no llegó a ser *Dune*. Al autor Frank Herbert no le gustaba el heavy metal y nos causó numerosos problemas, por lo que hubo que cambiar el nombre por *To Tame a Land*.

Flight of Icarus vio la luz en un baño. A Adrian le gustaba tocar la guitarra en el baño —le gustaba el ambiente de los azulejos— y, mientras tocaba un solo complicado e irritante, escuché una secuencia de acordes y empecé a cantar. En ese momento, el estribillo de *Flight of Icarus* emprendió el vuelo como un águila.

En seguida me di cuenta de que podíamos tener una canción de menos de cuatro minutos que nos permitía hacer lo inimaginable para Maiden: conseguir que la emitieran en la radio estadounidense. Para la letra, le di la vuelta a la historia de Ícaro e hice que el padre fuese el villano. Impulsado por la ambición y el ego, obliga a su hijo a volar, con terribles consecuencias, ya que su hijo, con el entusiasmo excesivo de la juventud, vuela demasiado alto y sus alas se derriten. En resumidas cuentas, una revisión del padre prepotente.

Una de mis canciones favoritas del álbum es *Still Life*. Evocadora y oscura, trata temas que son familiares en muchas de las canciones de Steve: miedo, impotencia, traición y profecías ineludibles. A menos que esté muy equivocado, Iron Maiden no hace canciones de amor. Lo más que nos acercamos al tema es por melancolía o enojo ante el amor perdido o el amor traicionado. ¡Chupaos esa, psicólogos de pacotilla!

En fin, teníamos algunas canciones geniales, pero ¿cómo íbamos a llamar al álbum? El título se lo tenemos que agradecer a Eddie.

Eddie es la mascota de Iron Maiden; monstruo, *alter ego*, llámalo como quieras. En parte sobrenatural, en parte primario, en parte adolescente agresivo, Eddie es un superantihéroe sin historia de fondo. Eso a Eddie le importa una mierda: simplemente es él.

Eddie también nos saca del apuro como individuos. Eddie es mucho más grande y más escandaloso que cualquier superestrella con mal comportamiento. Eddie hace que las estrellas de rock parezcan anticuadas.

Esto resulta útil cuando llegas a los cincuenta años y te apetece pasar una noche tranquila después de tocar para veinticinco mil entusiastas chillones de heavy metal. Eddie puede encargarse de la fiesta posterior, probablemente destripándolos y comiéndose sus cerebros, lo que a menudo es más de lo que merecen. Se había convertido en una superestrella en el escenario con *The Number of the Beast*, en parte gracias a un poco de pensamiento lateral de Dave Light, naturalmente, nuestro ingeniero de iluminación.

Había visto unos gigantes, sobre zancos, en una ópera, y preguntó si podía encargarse de la construcción de un Eddie gigante que caminara.

Recuerdo la presentación en el teatro Rainbow. Se alzó el telón y se escuchó un grito ahogado al contemplar al gigante. Nos dimos cuenta en ese momento de que esta pieza de teatro iba a ser transformadora. Podríamos eclipsar a casi cualquier persona del planeta haciendo que nuestro demoníaco y sangriento necrófago caminase sin prisa por el escenario durante treinta segundos moviendo la cabeza.

Hasta entonces, Eddie había sido una máscara de goma que llevaba puesta una persona vestida con vaqueros y una chaqueta de cuero. El señor Smallwood era bastante eficaz con el vestuario y negaba todo conocimiento, aunque, en realidad, era muy bueno atemorizando a los niños pequeños.

El gigantesco Eddie abrió enormes posibilidades escénicas, y una de ellas fue sacarle el cerebro a Eddie sobre el escenario. No parecía correcto quitarle el corazón pero, al quitarle el cerebro, podíamos ponerle una camisa de

fuerza. La bestia había sido encadenada, lobotomizada y encerrada en una celda acolchada. Todo parecía ser una portada de álbum prometedora.

La parte superior del cráneo se sujetaba con velcro, y la carcasa del cráneo se llenaba con medias de mujer rellenas de trozos de espuma y manchadas de marrón rojizo. Arrancarle el cerebro, en realidad, parecía más como sacar varios centímetros de salchichas de cerdo, pero ahí quedaba la idea. La foto del desplegable central del álbum muestra a la banda sentada alrededor de una mesa de banquetes, mirando un cerebro grande que estamos, claramente, a punto de comer.

El título de trabajo para el álbum era «Food for Thought» (alimento para el pensamiento). Era un juego de palabras, aunque no muy bueno y, como suele suceder, la respuesta llegó un domingo por la tarde en un *pub* llamado Mermaid, justo al lado del aeropuerto de Jersey.

—¿Por qué no lo llamamos «Peace of Mind»?

—Oh, no. Mejor «Piece of Mind», no «Peace^[*]l».

La obra artística quedó sensacional; y a nadie le importó que no tuviera nada que ver con ninguna de las canciones del álbum. Aunque deslizamos una referencia a «Piece of Mind» en el tema *Still Life*, y el giro final llegó una tarde mientras veíamos *La maldición de Damien* en la sala de televisión, con toda la banda y el equipo. A medida que avanzan los créditos, aparece un verso del Libro del Apocalipsis con la frase «ni habrá más dolor, porque las primeras cosas pasaron».

Esperaba que alterar un poco la Biblia provocara aún más controversia. «The Number of the Beast» había desatado la palabrería entre la clase media y los fanáticos religiosos, por lo que deseábamos un poco más.

Lamento decir que no funcionó. A nadie pareció preocuparle la frase: «No habrá más cerebro, porque las primeras cosas pasaron». Nuestra adulteración del Libro del Apocalipsis quedó impune, pero nos hizo reír un poco.

La gran montaña rusa se precipitó y nos depositó en el clima mucho más soleado de las Bahamas para grabar el álbum. Grabar discos en un paraíso fiscal comenzaba a sonar un poco a Rolling Stones, pero pronto le pusimos fin.

A principios de los años ochenta, el tráfico de drogas asolaba la isla, y mientras los estudios de Compass Point parecían convenientemente relajados y acogedores en la playa, había lugares en la capital, Nassau, que eran potencialmente hostiles.

Los cruceros atracaban y descargaban a intervalos regulares en la ciudad una multitud de jubilados o de estudiantes universitarios borrachos y

enloquecidos. La antigua colonia británica, que aún conservaba un desvaído aire de esplendor colonial, competía casi por igual con la nueva colonia económica estadounidense por conquistar los corazones y las mentes de lo que quedaba de la cultura de la isla.

Todavía se parecía a la isla en la que Sean Connery protagonizó *Agente 007 contra el Dr. No*, incluso aunque la mina de bauxita que se utilizara para muchas localizaciones en esa y en otras películas posteriores de Bond hubiera perdido su importancia económica ante la llegada de bolsas de cocaína y hachís.

En la carretera de los estudios Compass Point, a lo largo de la playa, estaba el Traveller's Rest, que bien podría haber salido directamente de una novela de Hemingway. Las mesas de hormigón, las alubias con arroz, las caracolas fritas y el mero frito; todo estaba en el menú. La fresca y húmeda brisa de la tarde fluía a través de las ventanas abiertas, y la única entrada era un par de puertas oscilantes al estilo de un bar del salvaje Oeste. El brebaje más mortífero que se ofrece es un daiquiri de plátano de tal calidad que te vuelve potente e impotente al mismo tiempo.

La banda vivía y dormía en casas pequeñas, pero limpias junto a la playa. A tan solo unos metros, al otro lado de la carretera, estaba el estudio. Cada casa adosada tenía tres dormitorios y el equipo técnico ocupaba las habitaciones sobrantes. Por la noche, las olas rompían suavemente en la playa con un silbido pacífico.

Mi pequeña casa tenía una terraza en la planta baja que daba al mar. El arrecife se encontraba a varios cientos de metros y el agua estaba clara. Al estar cerca del ecuador, el sol salía y se ponía casi siempre a las mismas horas durante todo el año. Si dudaba de qué hora era, solo tenía que esperar a que la raya pasara aleteando perezosamente por delante de mi balcón todos los días a las cuatro de la tarde.

Por la noche, unas pequeñas garrapatas nos mordisqueaban. Los lugareños las llamaban *no-see-ums*, porque no había forma de verlas. Las serpientes marinas retozan en las aguas poco profundas, y los perros pueden tener la rabia, por lo que es mejor evitarlos, salvo que conozcas al dueño. La única excepción era un chucho pequeño y encantador llamado *Biscuit*, que pertenecía a nuestro vecino, Robert Palmer. Sabrás más de él a medida que se desarrolle la historia.

Por el momento, vamos a hablar un poco de trabajo. El estudio era espacioso y cómodo, pero con algunas excentricidades. La energía eléctrica de la isla era a veces impredecible, por lo que había un generador de

emergencia. Todo perfecto, salvo cuando el pico de potencia producido al activarse el generador enviaba una subida de tensión a la grabadora de veinticuatro pistas, borrando o dañando lo que se había grabado hasta ese momento.

Un corte de energía era, por lo tanto, un momento crítico. La sala se quedaba a oscuras de repente, y los operadores de cinta se abalanzaban sobre la grabadora para extraer la cinta. Tenían unos diez segundos antes de que se borrara toda una capa de la cinta.

Excepto cuando se trataba del suministro de energía, nos tomábamos nuestro tiempo. Rod había decidido ir a por todas en Estados Unidos, y confiaba en que pudiéramos tener éxito como cabeza de cartel en un gran auditorio. No existían las redes sociales. Era la radio la que manejaba todo el cotarro y, si lográbamos que se emitiera un tema nuestro, respiraríamos tranquilos: el trabajo duro y las giras harían el resto. Le propuse *Flight of Icarus*.

Discutí con Steve sobre el tempo al grabar la canción. Él quería tocarlo todo mucho más rápido, casi como un ritmo *shuffle* lento. Me enfrenté a él y, aunque a regañadientes, cedió y me dejó marcar el ritmo.

—Esto no tiene nada que ver con la radio, ¿verdad? —preguntó.

—¡Oh, no! ¡Dios me libre! Por supuesto que no —mentí.

Pues bien, lo hicimos, y desde el primer momento se convirtió en uno de los diez mayores éxitos radiofónicos. Aunque, a pesar de todo, creo que el ritmo era el adecuado, estoy seguro de que Steve no estaba conforme, puesto que no hemos tocado esta canción en directo en treinta años.

The Trooper era bestial; la galopante línea del bajo y la icónica carátula eran como carne roja para los hambrientos lobos de Europa. *Revelations* ocupó el espacio que normalmente ocuparía una canción como *Children of the Damned* y, por razones de inseguridad musical, utilicé una guitarra para tocar los pasajes iniciales más ligeros.

Delante de varios miles de personas no me sentía tan confiado, y estoy bastante seguro de que todo lo que toqué nunca se transmitió realmente al público con el argumento de que podría haber sido una mierda.

El ritmo relajado de la vida en la isla pronto se terminó; teníamos por delante una nueva gira mundial y su dura rutina. Arrasamos el Reino Unido desde Hull hasta Southampton con nuestros espectáculos, al igual que Europa, pero el gran acontecimiento era la gira por Estados Unidos y Canadá como cabezas de cartel.

TUBOS DE ÓRGANO

Cantar no es una tarea fácil en las mejores circunstancias, pero hacerlo con una banda como Maiden planteó algunos retos únicos. El esfuerzo vocal era intenso. Nunca nos habíamos planteado mucho lo de los monitores vocales, y la longevidad de mi voz tampoco se consideró un factor limitante a la hora de reservar las agotadoras giras. Según estaba cantando, era inevitable que mi voz fallara.

Que un cantante pierda la voz, un instrumento precario, es como que un jugador de fútbol se rompa la pierna; es posible que este último nunca vuelva a jugar, ni el primero a cantar. Un esfuerzo vocal sin complicaciones puede resolverse con descanso y silencio. Vivir como un monje forma parte del tratamiento. Si hay una enfermedad, la cosa se complica, y cantar mientras se tiene una infección vocal como la laringitis puede ser algo que termine con la carrera de un vocalista.

Los cantantes sufren una presión implacable, a menudo autoinfligida, en estas situaciones. Por supuesto que quieres actuar, y la culpa que se siente en caso de cancelación es enorme. Los representantes, agentes y demás suelen mostrarse antipáticos en el peor de los casos, y neutrales en el mejor de ellos. Por suerte, no es algo que haya sucedido con demasiada frecuencia a lo largo de los años, pero la tasa de trabajo y el estilo de vida durante los primeros cinco años implicaban cierto grado de incapacidad.

La mejor manera de conservar bien la voz es dormir un montón en una habitación silenciosa sin aire acondicionado, con temperatura constante y buena humedad. A ser posible, tomarse unos días de descanso de manera regular, evitar hablar innecesariamente y, sobre todo, no ir estrechándoles la mano a los desconocidos, pues esa es, sin duda, la mejor forma de contraer resfriados y gripes. Llevar una dieta equilibrada y corriente con muchas verduras frescas, evitando demasiados productos lácteos y otros alimentos que produzcan exceso de mucosidad.

El exceso de mucosidad o el moco espeso es el final para la voz de un cantante. Las cuerdas vocales demasiado frágiles solo necesitan el más mínimo grumo para adherirse a él, y la vibración desigual resultante suena como si se pasara una hoja de papel a través de un peine.

Los pólipos vocales, básicamente unos callos que se producen al frotar con dureza y repetidamente las cuerdas vocales (por ejemplo, dando gritos durante días), son manifestaciones permanentes del mismo fenómeno.

Una cantante alemana de ópera escribió un tratado sobre el tema de la flema en el que identificó más de cincuenta tipos distintos (casi tantas palabras como las que tienen los esquimales para referirse a la nieve).

Ni que decir tiene que las drogas de casi cualquier tipo resultan fatales para la voz, sobre todo la cocaína y las anfetaminas, que se esnifan hasta introducirlas en la delicada mucosa de las cavidades sinusales.

Los cigarrillos y el hachís parecen funcionarles a algunas personas, pero no a mí. Tendrás suerte si puedes sobrevivir a la embestida, pero más suerte si no lo haces y puedes cantar aún mejor.

Las cuerdas vocales son solo el inicio del proceso. Yo tengo un estilo muy físico a la hora de cantar y acabo agotado al final de un ensayo; me duele la barriga, me duele la cabeza y mis ojos parecen querer salirse de la cabeza.

El diafragma es la sala de máquinas de la voz, y los cantantes respiran de una forma parecida a como lo hacen las personas que meditan o practican yoga. Es muy raro ver a un buen cantante que suba los hombros al respirar; de hecho, tomará aliento de manera casi imperceptible.

Un buen cantante entrena para relajar los pulmones y el vientre y que se inflen con la simple presión de aire de la atmósfera. Si el cuerpo está relajado, los pulmones simplemente se llenan. Resulta interesante que la mayor parte de la capacidad pulmonar se encuentra muy por debajo de los pezones, en la zona lumbar.

Como consecuencia de esto, soy el rey de la cinturilla elástica. Llevar el abdomen ceñido es extremadamente incómodo y conlleva una producción ineficiente de aire desde el diafragma, el fuelle del cuerpo.

Los cantantes entrenan el diafragma para fortalecerlo y se entrenan para colocar la zona lumbar ligeramente aplanada, de forma que la cavidad pulmonar pueda expandirse lo máximo posible. Comer antes de un espectáculo puede ser algo muy incómodo e incluso peligroso.

Una vez que el diafragma ha medido la cantidad y la velocidad del aire que pasa por los conductos, las cuerdas vocales añaden la nota que se va a

cantar estirándose o relajándose, algo muy parecido a como funciona una lengüeta en la boquilla de un clarinete.

Pero no acaba todo aquí. Esta nota sin procesar llega ahora a la base de la lengua, que da forma al sonido y lo hace resonar, moviéndolo y dirigiéndolo alrededor de las cavidades resonantes del paladar blando y los espacios duros y huesudos de las cavidades sinusales.

Con práctica, los cantantes encuentran su propio sonido dentro de la forma y el espacio de sus propios cuerpos. Sin embargo, las reglas básicas siguen siendo las mismas, y si eliges crear un estilo vocal idiosincrásico abusando de la voz, asegúrate de conocer las reglas antes de tratar de doblegarlas. De este modo podrás conservar tu voz durante más de cinco años.

Una voz, después de todo, no es más que eso. Es la voz de una historia, una forma de hacer que la gente sienta algo y, en ese sentido, el fin justifica los medios.

Después de esta breve descripción de lo que ocurre, puede que te preguntes cómo podemos avanzar más allá de nuestro primer sonido vocálico sin tener un título universitario. Por suerte, los bebés pueden enseñarnos. Para nuestra vergüenza eterna, hemos olvidado cómo ser bebés; sin embargo, estos seres emiten los sonidos más extraordinarios, como puede atestiguar cualquier persona atrapada en un avión con uno de ellos durante varias horas. Es extraordinario el poder vocal que surge de ese diminuto paquete.

Las estrellas de rock, por supuesto, siempre han tenido la capacidad de actuar como bebés, pero han perdido el sentido común de cantar como ellos.

POWERSLAVE (ESCLAVO DEL PODER)

La gira de «Piece of Mind» fue más corta que la anterior porque tardamos más en escribir y grabar el álbum. Apostamos por Estados Unidos y fuimos a saco, como cabezas de cartel del Madison Square Garden de Nueva York. Valió la pena.

Con «*Piece of Mind*» retamos a América. A pesar de que en la radio se emitía *Flight of Icarus*, estaba claro que nuestro idilio con los medios estadounidenses no duraría mucho tiempo porque simplemente éramos antiestadounidenses. No nos gustaban las limusinas y era más probable encontrarnos jugando a los dardos que fumando crack.

Despreciábamos la moda, odiábamos el culto a la celebridad y pensábamos que el concepto de «todo lo que puedas comer» era tan repugnante como sus obesos participantes. En contraste, Canadá parecía un país mucho más sensato, y el hockey sobre hielo parecía tener mucho más sentido que el fútbol americano, al menos en ese momento.

A pesar de todo, seguimos nuestra ruta por Estados Unidos, luego por el Reino Unido y Europa, más Europa y, finalmente terminamos en un festival de la televisión alemana en el estadio de Westfalenhallen, en Dortmund. Era el final de dos años dando tumbos. Había tenido hernias discales, parálisis de las extremidades, laringitis, bronquitis bacteriana y un curso intensivo de asimilación cultural.

El programa de Westfalenhallen recogía a todas las estrellas metal de los ochenta: Ozzy, Scorpions, Whitesnake..., todos estaban allí. Había dos escenarios en cada extremo del enorme estadio y el andamiaje de una torre de mezclas en el centro.

Recuerdo que estaba muy cansado, pero la adrenalina me activó y el espectáculo fue bueno, aunque de ese modo insatisfactorio en el que los

programas de televisión son «buenos». En realidad, en muy raras ocasiones son maravillosos. La televisión mata la música en vivo. Las cámaras son el enemigo, pero las personas son tus verdaderos amigos.

Después del espectáculo, me emborraché y me puse grosero. Me porté terriblemente mal. Blandiendo una botella de champán en la mano, me encaramé por la torre del andamio hasta la mesa de mezclas.

Un periodista muy serio me preguntó qué pensaba del sonido, y yo le respondí orinando en la mesa de mezclas. Me pidieron que me marchara.

Sin vigilancia y con el pito colgando, interrumpí una sesión de fotos de Quiet Riot y le metí la polla al cantante en el oído, convirtiéndome así en un nuevo *miembro*.

Me escoltaron fuera del edificio, me metieron en un coche y le dieron instrucciones al conductor para que me llevara a dormir. Para su desgracia, me sentaron en el asiento del copiloto, desde donde metía la marcha atrás mientras estaba parado en los semáforos. Después de intentar abrir la puerta cuando íbamos a toda velocidad, me metió en la parte de atrás del coche, donde había bloqueo de puertas para niños.

¿Quién dijo que habíamos olvidado cómo comportarnos como un bebé?



«Piece of Mind» había renovado nuestra confianza y despertado el deseo de romper con la imagen de «enojado metal punk de East End» que los medios nos habían colgado y que nunca fue con nosotros. Feroz, sí. Punk, nunca. ¿De East End? Bueno, eso era casi cierto.

Había estado ocupado con la esgrima, recibiendo clases del entrenador nacional británico, Brian Pitman. Su hijo Justin, que era amigo mío, obtuvo el cuarto puesto en el campeonato mundial de menores de veinte años, junto a los futuros campeones del mundo. Nos convertimos en compañeros de combate, y también echamos unos cuantos tragos juntos.

La esgrima es un deporte paradójico. Tiene la apariencia de un pasado aristocrático, en el que solo participa una élite rica. Es una forma de pensar muy cómoda y perezosa, pero ¿desde cuándo un periodista holgazán ha dejado que el rigor arruine un buen cliché?

En la esgrima, la paradoja surge del conflicto entre disponibilidad y oportunidad. Debería enseñarse y practicarse en las escuelas más duras de los barrios céntricos pobres, y no desperdiciarse en aquellos que simplemente pueden pagarlo. Esto no significa que no deba ser integradora; simplemente, que la red debería extenderse mucho más de lo que está en este momento. En muchos aspectos se parece al tenis, en cuanto a que requiere dedicación y entrenamiento individual.

Por supuesto, se trata de un deporte de combate. En el pasado, el objetivo era matar al oponente, por lo que tenía muy poco que ver con el deporte. Tengo una colección de libros viejos sobre esgrima y sobre duelos. No hay forma más letal de deshacerse de un ser humano, salvo con un arma de fuego, que atravesarlo con una espada.

Me llevé mi equipo de esgrima a la gira y, en cada ciudad en la que tocábamos, trataba de entrenar y combatir en el club local. Me sirvió para salirme del gueto rocanrolero del autobús de la gira. Me presentaba en el club, combatía y, al salir, nos íbamos a tomar unas cervezas y a hablar de esgrima y muy poco de música porque a nadie le preocupaba lo más mínimo.

Si la gira me lo permitía, me inscribía en competiciones. Aún tengo algunas de las curiosas medallas que gané en Estados Unidos. En una ocasión terminé esgrimando una espada al aire libre en una feria renacentista de California, en medio de una multitud de mozas con sombrero puntiagudo y robustos caballeros que vestían trajes isabelinos bajo un calor sofocante y hablaban inglés arcaico con acento californiano. Después de limpiar el estiércol de vaca de mi *kit*, me obsequiaron con una escarapela que decía: «Al valor».

¡Chúpate esa, Errol Flynn! En realidad me dio clases el maestro de esgrima que enseñó a Errol Flynn, y que le dobló en varias películas. Ralph Faulkner también enseñó a Basil Rathbone y a Stewart Granger, creo; bueno, prácticamente a casi todos en Hollywood. Tenía su propio estudio, Faulkner Studios, al este de Hollywood, en lo que ahora es un distrito empobrecido. Debía de tener ya más de ochenta años y seguía enseñando.

La percusión y la esgrima tienen mucho en común. Ambas requieren tempo, pero el elemento de combate también exige ritmo, algo bastante distinto, aunque dependa del tempo. El ritmo es la capacidad de sorprender, ya que el secreto de un buen chiste es... espera... el RITMO.

En el espacio comprendido entre las intenciones de las personas, o entre las acciones sucesivas, hay tiempo para atacar. Es como ver a un gran

boxeador encaminarse sin esfuerzo hacia la victoria con golpes directos, adivinando aparentemente las intenciones de su oponente y anticipándose a él.

Ralph no tenía una gran movilidad, pero la velocidad y precisión de su mano eran extraordinarias; la mano se movía como si estuviera guiada por un surco predestinado en el aire, mientras yo luchaba por lograr la precisión necesaria para manejar la punta de mi florete rodeado por la gastada guarda de aluminio hacia el objetivo, es decir, su peto de cuero marrón curtido por la intemperie.

Por debajo de la máscara, vociferaba órdenes. Su voz era ronca, y resultaba bastante difícil entenderle. Entonces, se levantaba la máscara y miraba a través de las gruesas lentes de sus gafas de montura metálica.

—He dicho bloqueo a las cuatro.

—¡Ah, vale! —respondía yo.

Hubo otro club en Los Ángeles dirigido por el esgrimista olímpico japonés Heizaburo Okawa, quien también era campeón de kendo y al que tampoco se le daba mal el golf. Aunque allí no se trabajaba demasiado la coordinación ojo-mano.

Me sentía cómodo entre los esgrimistas porque, casi siempre, eran excéntricos, inteligentes y les gustaba la cerveza. Mi mayor problema al tratar de mejorar fue una falta de coherencia entre la formación y el entrenamiento. Es imposible avanzar sin la sólida contribución del entrenador adecuado. En breve, todos regresaríamos a Jersey para escribir el siguiente álbum; sin embargo, el número de entrenadores en la isla era limitado, así que planeé importar a mi amigo Justin para entrenar con él.

El Reloj del Apocalipsis, mantenido por científicos nucleares, marcaba que estábamos a dos minutos de la medianoche. Esto sonaba a título de canción. Ronald Reagan hablaba largo y tendido sobre el «imperio del mal» de la Unión Soviética y, solo por diversión, Steve compuso una canción épica basada en el poema *La balada del viejo marinero*.

Con un toque irónico, escribí la canción *Powerslave* a modo de alegoría parcial de la vida como faraón y estrella de rock que lleva con él a todos sus acólitos allí donde va. Al final no hay más que una tumba vacía, ¿qué sentido tenía todo aquello? En el fondo de mi corazón empecé a sentir una magnificencia sombría; al final de la gira sentí, como dice la letra de la canción, que era un esclavo del poder de la muerte.

La canción empezó siendo un pequeño riff con sonoridad egipcia en una guitarra y la imagen que siempre me había gustado conjurada en el término «amplificador esclavo». Un poco de ensoñación y de mirar por la ventana

durante un día lluvioso hizo el resto. Esta canción, además, dio título a nuestro álbum.

Sin embargo, el verdadero regalo que nos hizo «Powerslave» fue darnos al faraón Eddie y la magnificencia del escenario creado para este álbum. De repente, una momia de Eddie caminaba sobre el escenario, mientras que otra momia gigante salía de la parte posterior en un impresionante final; una teatralidad sensacional. Para *Rime of the Ancient Mariner* convertimos el mismo escenario en un galeón antiguo mediante telones de fondo pintados a la antigua usanza, efectos de trampantojo y atrezzo. Era teatro propiamente dicho y nada de trucos insustanciales; era teatro de la mente.

Cuando íbamos a grabar un vídeo para *2 Minutes to Midnight*, el director tenía muchas ganas de mostrarnos lo cinematográfico de su guion gráfico, así que quedamos para que nos enseñara fotos de ubicaciones.

El túnel peatonal de Greenwich era una de ellas. Me trajo recuerdos de la universidad y de los trayectos a pie bajo el río para tomar el autobús hasta el *pub* Green Man de Plumstead. Luego sacó una serie de dibujos que describían la guarida de los mercenarios.

—Encontramos esta fantástica ubicación. Es repugnante, llena de ratas y orina; horrible —dijo.

Le dio la vuelta a la foto.

—Yo vivía allí —murmuré. Era el número 22 de Roffey House. ¡Las vueltas que da la vida!

CORTINAS DE HIERRO

Volver a las Bahamas para grabar «Powerslave» parecía casi como regresar a casa. Aunque todos teníamos casa propia, ninguno de nosotros las había disfrutado mucho tiempo durante más de dos años. Ninguno de nosotros podía comprender realmente que aún pasarían otros dos años antes de que cualquier atisbo de existencia normal comenzara a afectarnos, e incluso entonces, solo brevemente.

Mezclamos el álbum en la ciudad que nunca duerme, tan buena que la nombraban dos veces: New York, New York.

Adoro Nueva York, y con los años la ciudad me ha devuelto el favor. Es una ensoñación de proporciones cinematográficas que se revela en los detalles más nimios. El parloteo de los policías, el ajetreo, el bullicio y la vulgaridad temeraria que en cualquier otra ciudad sería asquerosa, pero que en Nueva York casi llega a ser inspiradora. Una mañana temprano, día de invierno, con una taza de café humeante en un vaso de papel, mientras los camiones de la basura golpean los baches con sus ejes, estás en *The French Connection* (*Contra el imperio de la droga*) y Popeye Doyle va a salir de ese edificio de oficinas justo... ahora. Puede que no.

Encontré una sala de armas (vaya, un club de esgrima) dirigido por un desertor ucraniano de talla mundial. Stan era un héroe de la Unión Soviética en el ámbito deportivo y el entrenador nacional de Ucrania. Se las había arreglado para salir de su país sin ser detectado y llegar a Nueva York. Era un individuo excéntrico y trabajador; además de dirigir una escuela de esgrima, tenía un negocio de fabricación e importación de ropa de esgrima por todo el mundo.

Pasé horas entrenando todas las semanas. Alrededor de las once de la mañana, con mi mochila a cuestas, cogía el metro hasta la calle 23, calentaba y luego tenía una clase individual de cuarenta y cinco minutos. Al terminar, hecho una piltrafa sudorosa, me iba a una tienda del barrio a por mi almuerzo

y regresaba para ver cómo daba clases al siguiente grupo de mosqueteros modernos. Un par de horas de combate, y terminaba agotado.

Los estudios en los que se grababa el disco, Electric Ladyland, estaban escondidos en un sótano de Greenwich Village, que estaba a tan solo un par de paradas calle abajo, o un agradable paseo. Escuchaba, daba mi opinión y los dejaba seguir adelante. A Steve le encantaba el proceso de mezcla; yo prefería dejarlos y aparecer para una segunda opinión. Es muy fácil acercarse demasiado a una mezcla, por lo que resulta muy difícil emitir un juicio objetivo.

Más tarde, cuando estuve en plena carrera en solitario, tuve que involucrarme más en el proceso de mezcla. Sin embargo, daba unas pautas y siempre dejaba deliberadamente al equipo solo para que decidieran ellos la mezcla que consideraran conveniente. No se puede pintar un cuadro si lo único que ves es lo que está en el extremo del pincel. También es muy fácil quedarse atascado en minucias técnicas, el equivalente creativo de las arenas movedizas.

Con la mezcla terminada, ensayamos para la siguiente gira en un club nocturno maravillosamente destartado de Fort Lauderdale, y nos alojamos en un motel infestado de cucarachas frente al mar.

Las vacaciones habían terminado muy pronto. Era hora de emigrar hacia el imperio del mal, al otro lado del telón de acero, tal y como era en 1984, más concretamente a Polonia, para iniciar la gira de «Powerslave».

El Tupolev Tu-134 es un pequeño avión bimotor de pasajeros y el vehículo elegido para transportarnos a Polonia. La aerolínea LOT usaba maquinaria de toda Rusia, y este en concreto era la variante que tenía una cúpula de bombardero en el morro, lo cual era bastante emocionante.

Íbamos metidos en el estrecho fuselaje, equipado con redes en lugar de compartimentos superiores, mientras que la tripulación de cabina, cuya moral podría describirse mejor como homicida, servía productos de carne no identificables y dulces hervidos.

Varsovia era un fruto prohibido. Nuestro recibimiento se pareció al de los Beatles cuando aterrizaron en el Reino Unido después de tocar en el Shea Stadium. Bajamos del avión, sin darnos cuenta al principio de los cientos de polacos que asediaban el aeropuerto con pancartas, carteles y álbumes.

El comité de bienvenida fue cordial, relajado, y no se parecía en nada a cualquier idea preconcebida que pudiéramos haber tenido de algún burócrata estalinista o títere al estilo de la Stasi que organizara nuestro viaje.

Bajamos los escalones de la aeronave y estrechamos la mano del representante del promotor. Todo el mundo sonreía; nosotros sonreíamos, él sonreía, el sol brillaba y el calor inflamaba el aire en la plataforma de hormigón.

El representante preguntó dónde estaba Rod. Rod Smallwood había elegido este momento para hacer una declaración audaz. Se había comprado un traje blanco (aunque él sigue insistiendo a día de hoy en que era de color beige) y gafas de sol oscuras. Cuando se abrió la puerta del avión, inspeccionó al comité de recepción, que lo ignoró. Bajamos tranquilamente y charlamos con todos, pero Rod se quedó solo, con traje y gafas de sol.

Ya habíamos expresado nuestras dudas sobre su elección de vestuario al embarcar.

Su respuesta fue que tenía que mostrarles quién era el jefe. Me parece recordar que ninguno de nosotros estaba muy seguro de que un traje blanco fuera algo que causara sensación en Varsovia.

Cuando salimos de la aduana e inmigración, quedó patente que los seguidores de Iron Maiden se habían infiltrado en todo el aparato del Estado. Todo aquel que llevara un arma quería un autógrafo y, al tratar de subir al autocar fuera de la terminal, necesité todas mis habilidades básicas de rugby para abrirme camino.

En el autobús se abordó el tema del traje blanco. Rod se sentía un poco incómodo al no ser el centro de atención por razones equivocadas. Lo hice, lo confieso, intenté tomarle el pelo.

Rod tenía la desagradable costumbre de golpear con los nudillos a la gente en la parte superior de la cabeza si no aprobaba la conversación. Los ejecutivos de las compañías discográficas vivían con miedo, pero era algo que se toleraba en aquella época de machismo, de la misma manera que a las mujeres se las devoraba con los ojos y se las manoseaba, y ellas lo aceptaban apretando los dientes y pegándole mentalmente una patada en los huevos al delincuente.

—¡Cállate! —dijo Rod, y extendió su puño para golpearme en la parte superior de la cabeza.

Agarré su muñeca; nos cogimos de los brazos. Esto se ponía interesante. Acabamos luchando sobre el suelo del autocar, mientras Rod maldecía entre dientes que yo era bastante fuerte para ser tan pequeño.

Después de nuestra indecorosa pelea, el traje blanco quedó sucio y desaliñado, y nunca más se lo volvió a poner.

Los polacos fueron sensacionales. La banda nunca había tocado en aquel país, por lo que todo era nuevo para todos nosotros.

Los espectáculos terminaron, como era de esperar, sin apenas un problema. El entusiasmo de los admiradores y la palpable sensación de liberación en el aire eran tales que podíamos haber salido al escenario con ropa interior y ondeando banderas blancas y la reacción habría sido la misma.

Viajar por Polonia fue como revivir los últimos cuarenta años de historia, desde los horrores de Auschwitz hasta el crudo y obvio fracaso del comunismo y la lenta pero creciente sensación de un nuevo futuro que surgía a tientas en la distancia.

Habían puesto a nuestro servicio a un joven muchacho muy activo, Josef, que iba a ser nuestro guardia de seguridad durante la gira. Josef hablaba muy poco inglés y el ejército soviético lo había entrenado para matar gente de maneras imaginativas e inesperadas. Era miembro de las fuerzas especiales rusas. Por suerte para nosotros, Josef no estaba dispuesto a ejecutarnos o asesinarlos, lo que por supuesto podría haber cambiado si, de repente, entrábamos en guerra.

Josef estaba de permiso permanente después de que su paracaídas no se abriera correctamente al saltar de un avión a más de noventa metros. La lesión de espalda resultante le había obligado a jubilarse para dedicarse a custodiar decadentes estrellas de rock occidentales.

Al cabo de un par de días lo convertimos, y desertó a nuestra visión del mundo. Al principio, cada vez que llegábamos a un hotel, el glorioso desorden que se formaba provocaba que Josef quisiera matarlos a todos. Llevaba una pistola, y no es que la necesitara, porque, como demostró una noche al apagar la luz, a sus pies jamás se les acababan las balas. En lugar de usar las manos, lanzó una patada hacia delante y hacia atrás a la altura de la cabeza, y finalmente, con asombrosa destreza, apagó el interruptor de la luz con el pie.

Le explicamos a Josef que el público, en realidad, era nuestro amigo, y que realmente no deberíamos intentar matarlos, porque solo trataban de ser amables. Pareció asumirlo, y en los días siguientes su inglés mejoró notablemente, aunque su tema de conversación fuera más esclarecedor de lo que habíamos esperado.

Unos miembros del equipo habían encontrado algo de droga, y convencimos a Josef para que probara un poco. Los resultados fueron inmediatos y me temo que duraderos. Josef se puso de pie sobre la cama, de muy buen humor, e hizo una señal de silencio.

—Esta es una buena mujer —dijo, acucillado sobre un pene virtual con dos colitas virtuales en ambas manos, y en el orificio restante se metió la lengua en el costado de la boca y se puso a cantar *El Danubio Azul*, mientras se movía hacia arriba y hacia abajo y de un lado a otro con un ritmo admirablemente constante.

Muy bien, Josef. Estaba claro que aún quedaba algo de trabajo por hacer, pero estábamos progresando.

Mientras conducíamos por el paisaje polaco hacia los lugares de las actuaciones, él señalaba los puntos de referencia.

—Hay una base militar secreta.

—¿MiG? —le pregunté.

—¡Sí! MiG 21.

Me gustó Josef. En realidad, me gustaron todos los polacos que conocimos.

Las ciudades eran, en general, bastante deprimentes. Nos alojábamos en un lujoso hotel de Varsovia, pero una tarde de borrachera me desperté en un apartamento de Varsovia, no sé dónde, con personas que no sabía que no hablaban inglés. La culpa fue mía por beber con Howard Johnson, un periodista que cubría el espectáculo. Acabamos montados en un automóvil que luego detuvo la policía, y nuestros acompañantes dijeron a la policía que éramos polacos, y así terminamos durmiendo la mona y escuchando sus cintas de casete grabadas con la radio.

La brillante luz del sol hacía daño. Llevábamos encima algunos eslotis, la moneda del país, y al salir nos encontramos en medio de una urbanización de edificios enormes, grises y en mal estado. Había filas de gente esperando el tranvía o el autobús y algunos vendedores con un caballo y un carro que vendían verduras.

Casi al cabo de una hora, encontramos un taxi que, gracias a nuestra evidente pinta de extranjeros, y a pesar de no tener dinero y de ser unos melenudos, accedió a llevarnos al lujoso hotel El Posh; también porque le contamos que a la banda le faltaba el cantante principal para el espectáculo de esa noche.

El resto de las ciudades que visitamos eran parecidas. Nos llevaron de compras a unos grandes almacenes. Había muy poco que comprar. El edificio poco había cambiado desde su ocupación anterior como sede de la Gestapo. Algunos de los lugares donde actuábamos eran pabellones deportivos y, en una fabulosa locura, el Spodek se construyó para parecerse a un gigantesco platillo volante.

La actuación en el Centennial Hall, en Breslavia, fue una experiencia escalofriante.

En la enorme sala, una cortina de terciopelo rojo colgaba para cubrir el centro de la cúpula. La razón era evidente: una gigantesca cruz de hierro en piedra formaba un remate central que impedía que el techo se derrumbase.

Entre bastidores se habían construido mirillas en las paredes para que la Gestapo pudiera observar al público y supongo que para medir el entusiasmo individual por el espectáculo nazi. Se rumoreaba que los túneles que pasaban debajo del edificio se extendían hacia abajo casi diecisiete pisos.

Las reliquias de la Europa nazi parecían perseguirnos. Habíamos estado en Jersey, que estuvo ocupada y fortificada. Gran parte del hormigón seguía allí, y se decía que los trabajadores que murieron, algunos de ellos polacos, habían sido enterrados en las paredes donde caían.

La manifestación más aleccionadora y deprimente de los fantasmas del pasado de Europa fue, con diferencia, nuestra visita a Auschwitz, donde se planificó de manera ordenada y brutal la muerte, fríamente inevitable.

El genocidio ha perdido su poder de conmoción en nuestro mundo visualmente sobrecargado. Los Jermes Rojos, las purgas de Stalin, todos parecen una misma cosa. En algún lugar del mundo se está produciendo ahora mismo un genocidio, aunque es el sufrimiento inocente de un niño a punto de morir lo que se te clava en el alma, a menos que, por supuesto, hayas renunciado a esa idea y la hayas cambiado por la de «solo cumplo órdenes».

Ningún pájaro sobrevuela Auschwitz. Es como si el propio suelo contaminara el aire con el hedor de la muerte y la maldad de aquellos que caminaron sobre él y planearon el horror. La verdadera medida del terror es la banalidad de la planificación de las ejecuciones a escala industrial en contraste con los gritos de las cámaras de gas. Creo que ese terror es el miedo secreto a que todos, en el fondo, podamos ser monstruos. Solo con pensarlo, me estremezco.

Lloré mucho después de la visita. Estaba enojado y mudo. Diez años después, cuando llegué a Sarajevo durante el asedio, volví a sentir aquel mismo dolor intenso.

NIEVE, CUERO Y SADOMASO

Dejamos Polonia después de rodar un documental, asistir a una boda polaca y hacer una versión ebria de *Smoke on the Water*, sin olvidar nuestro nuevo respeto por el vodka.

Seguíamos adelante, rodando con los camiones por el resto de Europa. Por supuesto, a todos nos trincaron por drogas en Alemania. En realidad, no a nosotros. Fue la gran redada de drogas de Iron Maiden que nunca fue.

Estaba dormido en mi cama cuando llamaron a la puerta de mi hotel.

—No quiero servicio de habitaciones —refunfuñé.

—Es la policía.

Abrí la puerta. Un tío muy educado vestido de civil me mostró su identificación.

—Buscamos drogas. ¿Usted tiene alguna?

—Pues... no.

—¿Le importa si echo un vistazo?

—No, no. Adelante.

Muy cortésmente hurgó en mis bolsos y me dio las gracias.

—Disculpe, pero ¿qué pasa?

—Uno de sus camioneros ha estado traficando —dijo—. Tenemos dos kilos de heroína, además de hierba. Cuando lo encontramos, estaba tan fuera de sí que ni siquiera podía ponerse de pie.

Me quedé con la boca abierta. Llamé por teléfono a la habitación del representante de la gira y, al mirar por el pasillo, vi cómo se llevaban a su asistente con cara de sueño. Creo que había un porro a medio fumar junto a su cama. Olvidaos de las drogas, ese sí que es un grave riesgo de incendio.

Me vestí y fui al restaurante. Sentados en una esquina, castigados, estaban la mitad de los técnicos de la gira, todos pagando pequeñas multas por posesión de cantidades mínimas de droga. En el tejado estaba la policía con prismáticos. La cosa era muy seria, hasta que dejó de serlo.

La persona que había alertado a la policía sobre el contenido de la cabina del conductor del camión había sacado algunas conclusiones precipitadas, y la policía a su vez sacó las suyas propias, que implicaban seguir a los autobuses del equipo hasta su destino, que también era nuestro hotel.

El conductor del camión había conducido toda la noche y tenía el día siguiente libre, así que se había bebido una buena cantidad del minibar a modo de sedante casero para relajarse antes de irse a dormir.

Borracho como una cuba, fue sacado a la fuerza de su profundo sueño, por lo que no pudo explicar que era diabético y que le gustaba hornear su propio pan. Dos kilos de levadura no son moco de pavo.



El otoño dio paso al invierno; y Europa, a América del Norte.

Aterrizamos en la costa este de Canadá, en Halifax. Un sitio curioso, Halifax. Nos quedamos allí varios días preparando el espectáculo, y acabé asesorando a un ama dominante en ciernes sobre cómo construir su calabozo. Durante el día vestía pantalones de poliéster y era una chica muy profesional que trabajaba en la radio haciendo promociones; de noche, todo eran mordazas, goma y látigos.

No es que yo consintiera. Tan solo me enseñó el catálogo después de nuestro encuentro amoroso convencional.

—¿Qué te parecen los cepos? —preguntó.

—Muy bonitos. ¿Hay otros colores para elegir?

Le pregunté cómo se había enamorado tanto del sadomasoquismo como para querer construirse su propia mazmorra.

—Viajantes de comercio —contestó.

Resulta que Canadá estaba tomada por los representantes de productos sadomasoquistas. Los llevaban a todas partes en pequeños maletines, como los masones.

Supongo que todas esas oscuras noches de invierno hacen mella en el alma. Como dicen los islandeses:

—¿Qué hacéis en verano?

—Nos gusta pescar y follar.

—¿Qué hacéis en invierno?

—En invierno, la pesca no es tan buena.

Me fui en tren a la ciudad de Quebec, pero tardó una eternidad en llegar. Descubrí que solo hay dos tipos de árboles en Canadá: los que están en pie y los troncos. No hay nada más que ver, excepto la nieve.

Nos dirigíamos al oeste en invierno y, cuanto más avanzábamos, más frío hacía. En comparación, Toronto era casi tropical, y allí, amigos míos, fue donde conocí al grandísimo Johnny Cash. Estábamos probando el sonido en el Maple Leaf Gardens, y observé a cinco tíos sentados en las sillas vacías al fondo de la sala.

—¿Quiénes son esos tipos? —pregunté.

—Esa es la banda de Johnny Cash.

Al terminar, deambulé por detrás del escenario. La zona estaba salpicada de restos de hockey sobre hielo y baldosas de goma. De pie, por encima de todo, había un gigante vestido de cuero con botas de montar de cuero de caña alta. Extendió su mano y estrechó la mía.

—Hola, me llamo Johnny Cash —dijo—. Me preguntaba si podrías firmar algo para mi hija; es una gran admiradora.

Su voz retumbó y resonó, pero no de manera ruidosa y presuntuosa. Era un alma humilde, y el enorme tamaño del hombre lo hacía más impresionante aún. Todo lo que podía pensar era: «Le disparé a un hombre en Reno, solo para verlo morir».

—Sí, por supuesto —dije en vez de eso—. Unas botas magníficas.

—Sí, están hechas en Texas.

Firmé una foto y me pasó una foto promocional de él mismo, jugando al billar, titulada *The Baron*.

—Muchas gracias —dijo, y luego se fue.

Yo también me había ido, y casi quedo fuera de combate en Winnipeg. En el exterior del hotel había 25 °C bajo cero. Decidí dar un paseo para ver qué pasaba. A medio camino, cerca de la pequeña plaza frente al hotel, mis ojos y mi nariz se habían congelado, apenas podía respirar y mucho menos ver; tuve que regresar al vestíbulo. No jodas con Canadá.

Estábamos completamente atrapados en un invierno continental. Tardamos treinta y seis horas en cruzar las montañas Rocosas hasta Vancouver, con cadenas para la nieve y escoltas, avanzando a seis u ocho kilómetros por hora. Nunca había experimentado un clima tan extremo. Cuando la gente dice «mal tiempo» en Gran Bretaña, en general significa que está lloviendo. En Norteamérica, «mal tiempo» significa que podrías morir.

La Navidad fue breve y conmocionada. Terminamos en el Rosemont Horizon, cerca de Chicago, y la atmósfera era de auténtica locura. Estábamos tan desesperados por volver a casa que pagamos para ir en Concorde.

Había un vuelo supertemprano en un 747 de Chicago a Nueva York, lo que significaba que podíamos tomar el Concorde a las 9 de la mañana para llegar esa noche a Londres. Antes de irnos, celebramos una fiesta salvaje; yo me vestí como Sherlock Holmes y deambulé por el hotel con un bastón golpeando bombillas.

De algún modo, después de un breve período de inconsciencia (en lugar de dormir), terminé en primera clase a las 7 de la mañana en la oscuridad total de una mañana de invierno en Chicago. La tripulación de cabina pasó para servir las bebidas. Yo quería un vaso de agua. El hombre de negocios detrás de mí gruñó ruidosamente.

—Creo que tomaré un bloody mary —dijo—. Me temo que va a ser uno de esos días...

Borracho como yo estaba todavía, ya era uno de esos días.

El Concorde era pequeño; los asientos, estrechos, pero el menú era increíble. Había langosta y champán, y...

Me desperté en Londres. Me había desmayado y había estado dormido durante todo el viaje. Mis labios no probaron ni un solo bocado de comida. Sin embargo, al ser Concorde, me dieron una botella de champán para llevar a casa como consuelo. Mi cerebro no guarda ningún otro recuerdo del Concorde. Eso es casi rock and roll.

LOS CHICOS DEL BRASIL

Se avecinaba un acontecimiento dramático y exótico: un continente desconocido. El mundo de Iron Maiden estaba a punto de volverse loco por Brasil. Nos dirigíamos al sur, a Río de Janeiro. Nunca había oído hablar de las aerolíneas Varig ni tenía un billete de banco brasileño. No tenía ni idea de dónde estaba la playa de Copacabana o el cerro de Corcovado o el Pan de Azúcar. Nunca había conocido a la chica de Ipanema y nunca había probado una caipiriña. Brahma era un monje de la India, no una cerveza, y no tenía ni idea de que menear el trasero podría ser un deporte nacional. Tampoco sabía quién era el abogado de Frank Sinatra.

Rock in Rio, el primero de todos, obtuvo un 10, en cualquier escala del 1 al 10. Supongo que podría ponerme quisquilloso con la banda o mi actuación, pero en realidad no era esa la cuestión. Fue un espectáculo con el que Iron Maiden irrumpió en todo un continente durante aquella noche.

Al principio lo rechazamos. En pleno proceso de agotar un día tras otro las entradas de las actuaciones estadounidenses, un parón de dos semanas en Brasil parecía una locura. Sin embargo, la oferta de Rock in Rio parecía demasiado buena para ser verdad. Sus abogados decían que sí en todo momento.

—Os queremos para dos actuaciones durante dos semanas.

—Solo hacemos una.

—Sí.

Y así sucedió. Viajes en primera clase, unos honorarios cuantiosos, promoción comercial equivalente a una semana de espectáculos vendidos en Estados Unidos, dinero para gastos personales, hoteles de lujo, porte aéreo garantizado para treinta toneladas de equipo: la respuesta fue siempre: «Sí. ¿Algo más?».

Al llegar a Río, casi nos arrancan la ropa nuestros enloquecidos fans, muchos de ellos, mujeres extraordinariamente guapas. Fuimos perseguidos

hasta nuestro hotel de la playa de Copacabana, que estaba rodeado las veinticuatro horas del día por cientos de admiradores.

Durante la semana siguiente estuvimos prisioneros en el hotel, junto con otros artistas, hasta el momento en que nos liberaban para ir al festival, que era, en su conjunto, una iniciativa increíble.

Se habían creado tres escenarios completos que se rotaban mediante una vía férrea para que pudieran situarse delante de unas instalaciones especialmente diseñadas y construidas para el festival, con una capacidad de trescientas mil personas.

Las estrellas más grandes del panorama musical internacional, además de los talentos nacionales más importantes, estuvieron tocando en una continua orgía de entretenimiento durante dos semanas. Tan solo los derechos de televisión valían una fortuna. Los cínicos dirían que toda la operación fue una gran operación de blanqueo de dinero. Una cosa era cierta: sin duda, se lavaba mucho dinero.

El desplazamiento hasta el festival fue una auténtica gozada. La última vez que subí a un helicóptero fue cuando me lanzaron desde el lateral de un Westland Wessex sobre un bosque infestado de garrapatas en Thetford. En esta ocasión nos subimos a bordo para un viaje de diez minutos hasta el lugar del festival, todo un lujo.

No éramos todavía cabezas de cartel; ese honor le pertenecía a Queen, que subiría al escenario detrás de nosotros. Aun así, estaba claro que Maiden había creado una gran expectación.

El sitio del festival era una caótica confusión. Los ánimos y la tensión iban en aumento detrás del escenario. Había una sensación apenas visible de orden y una sensación de que el desorden podría estallar en cualquier momento.

Dos empresas de seguridad rivales se atacaban mutuamente. Ambas tenían perros y estaban armadas. Se vieron implicadas en un enfrentamiento fuera de nuestro camerino. Las bestias, que enseñaban los colmillos, se mantenían a raya en los extremos opuestos del pasillo, con la correa atada a los collares de pinchos.

Ajenos a la conmoción, esperábamos en nuestro camerino la señal de que el escenario estaba listo. Fuera, en el pasillo, se sacaron las armas, se intercambiaron muchos insultos y, al parecer, se lanzaron calumnias en brasileño sobre miembros de las respectivas familias. Cuando los ánimos se calmaron, y las pistolas se enfundaron, nos dieron luz verde para salir.

Jamás había actuado, y probablemente nunca más lo haga, ante una multitud tan grande como la de Río. Parecía desaparecer más allá del horizonte, más allá del colorido fondo vagamente iluminado que se perdía en la negrura.

El subidón de adrenalina al salir fue inmenso, como una docena de salidas olímpicas de 100 metros en una sola. Toda esa gente, toda esa emoción, y... el sonido fue horrible. Habíamos llevado nuestros propios monitores, pero parte del equipo era local, y no conocíamos al ingeniero de monitores. Agité los brazos, atrapado entre la espada y la pared. No puedes colocarte enfrente de trescientas mil personas y hacer una prueba de sonido.

Cuando llegamos a *Revelations*, me había colgado mi elegante guitarra Ibáñez azul eléctrico. Hacía juego con la también elegante Ovation acústica azul eléctrico que todavía tengo. Mi enfado aumentó cuando traté de comunicarme con el ingeniero que estaba a un lado del escenario. Acalorado y nervioso, me saqué de un tirón la guitarra por encima de la cabeza y me abrí la frente con el borde de madera.

Mi cabeza sangraba abundantemente cuando me acerqué a la mesa del monitor.

El ingeniero vio la sangre y pareció horrorizado.

—¡Maldita sea, arregla el sonido! ¡No te quedes ahí pasmado! —grité.

Supongo que debía parecer un lunático delirante, que es lo que era en aquel momento. Para demostrar algo, aplasté mi guitarra sobre la mesa de mezclas y partí el mástil por la mitad.

—¡ARRÉGLALO! —grité.

El sonido no mejoró, así que tiré todos los monitores de cuña del frente del escenario. A las masas les gusta este tipo de cosas; piensan que es parte del espectáculo. A veces puede serlo, pero otras veces no lo es. Todo este espectáculo se estaba retransmitiendo en directo por televisión a millones de hogares latinoamericanos.

Canté un poco más y, luego, me fui detrás de los amplificadores para calmarme un poco. Un miembro del equipo técnico me dio una toalla para limpiarme la sangre de los ojos, y luego apareció otro muy nervioso. Miró atentamente la herida.

—Rod dice que si puedes apretarla para que sangre un poco más —dijo—. Queda genial en la tele.

Al día siguiente, la foto apareció en primera plana en los periódicos: sudoroso, ensangrentado y con trescientos mil nuevos seguidores de Iron Maiden.

Lo pasamos en grande, y el bajón del espectáculo duró toda la noche. En cualquier caso, era un espectáculo tardío, así que eran las cuatro o cinco de la mañana cuando llegamos al hotel. Nuestros oídos seguían atronados y el alcohol parecía no tener efecto soporífero; la adrenalina aplastaba los esfuerzos del cuerpo por dormir.

Entré en el vestíbulo del hotel a eso de las seis de la mañana. No había admiradores. El camino estaba desierto hasta la playa, y un agradable sol calentaba de arriba abajo, justo antes de volverse abrasadoramente insoportable.

Era una sensación extraña estar libre después de seis días bajo asedio. Me di el gusto de escaparme sin escolta y crucé lentamente la carretera, me quité los zapatos y me senté en la playa. Al poco rato estábamos de vuelta en un avión. «Qué vida tan jodidamente extraña es esta», pensé. Miré a mi izquierda; ahí estaba Brian May, con los ojos cerrados, la cara hacia el sol, pensando tal vez algo similar. Lo dejé con sus pensamientos. Un mundo curioso, la verdad.

EN EL FILO DE LA DESCONOCIDA

En cuanto regresé a Inglaterra, me fui durante dos semanas a un campamento de esgrima en Sussex, con el que obtuve una cualificación como entrenador al terminar. Me estaba dando cuenta de que lo de ser una estrella de rock no era tan bueno como lo pintaban.

Me pasé el resto del verano entrenando con el entrenador olímpico de Gran Bretaña, Ziemek Wojciechowski. La temporada de competición de esgrima comenzaba a principios de septiembre, así que era bueno para mí intentar pinchar y estoquear a alguien que no fuera estadounidense.

Creo que estaba absurdamente en forma. Entrenaba hasta cinco días a la semana, a veces dos veces al día; me preparaba por si tenía una competición uno de esos días.

Las competiciones de esgrima suelen durar un día. Más de doscientos esgrimistas van cayendo hasta que solo quedan dos para la final de la tarde. Llegar a octavos de final implica normalmente comenzar alrededor de las 9 de la mañana con un grupo de otros cinco, con lo que hay cinco peleas de hasta tres minutos cada una. Después de eso, uno se sentaba, se enfriaba y se aburría. Luego, más de lo mismo. A veces había una tercera ronda, hasta que los esgrimistas restantes se enfrentaban en un torneo eliminatorio, ya fuera de 128, 64 o 32.

En lo que respecta a los encuentros eliminatorios, los combates consistían en tres rondas de tres minutos cada una para anotar hasta quince toques en el oponente. Con los años, este formato ha cambiado ligeramente, pero los conceptos básicos siguen siendo los mismos.

Para ganar una competición, uno podía tener que disputar hasta cuarenta rondas de tres minutos cada una, cuya dificultad iba en aumento a medida que los oponentes mejoraban en eficacia. Es un deporte muy exigente física y

mentalmente. También es un deporte casi incomprensible para alguien ajeno a él.

Ver una pelea a espada en una película consiste en ver lo que está sucediendo. Ver una verdadera pelea de esgrima consiste en ver lo que se oculta. Un tanto en esgrima se marca en una fracción de segundo y, si puedes verlo venir como espectador, es casi seguro que el oponente también lo hará.

Las repeticiones en alta definición y a cámara lenta ayudan a explicar lo que, a menudo, se parece a una pelea de gatos con una temblorosa aguja de tricotar, pero resulta muy insatisfactorio. Los tantos de esgrima no siempre son bonitos, como uno esperaría después de ver las luchas con espadas de las películas.

Mi satisfacción era completamente personal y se basaba en dos pilares que tenían importancia para mí. Uno era el respeto de los iguales, los demás esgrimistas que compartían un espíritu deportivo común, y el segundo era el respeto por la filosofía del deporte. Lo que me gustó de la esgrima fue que no tenía fin. Como ocurre con otras artes marciales, cada oponente es distinto, y ser un experto no es una garantía de éxito contra un principiante peligroso.

En la esgrima, el enemigo es uno mismo en la misma medida que el oponente. Eso me encanta del deporte. Aprendí más de lo que podría haber imaginado cuando comencé a practicar esgrima y, tan solo un par de años después, comencé a competir en serio. Hacía que me cuestionara mi propia identidad.

Transcurrió casi una temporada completa de competición y entrenamiento antes de que empezara a pensar que algo no iba del todo bien en mi cerebro. No soy normalmente una persona que se enoje mucho. Puedo ser un poco volátil, en ocasiones, y hay ciertas cosas que me apasionan, pero rara vez siento ira destructiva. Sin embargo, cuanto más avanzaba en la competición, más parecía como si hubiera una olla a presión dentro de mi cabeza que quisiera estallar. Nunca había experimentado algo así.

Empecé de nuevo, de la misma manera que aprendí a cantar otra vez después de descubrir una voz diferente dentro de mi cuerpo. Un poco de investigación me ofreció una serie de cuestionarios de autoayuda y un libro del profesor Hans Eysenck con acertijos para cada uno de los hemisferios del cerebro.

Después de completar todos los cuestionarios y responder a todos los acertijos, mi conclusión fue que utilizaba por igual ambos lados del cerebro. Estaba justo en el medio. Eso explicaba por qué me resultaba fácil hablar con

diferentes tipos de personas, pero no conseguí aclarar si podría ser zurdo o, al menos, ambidiestro.

Esta última característica se da en mi familia; mi padre y mis primos son ambidiestros. Manejaba el florete con la mano derecha, como siempre lo había hecho. Escribía con la mano derecha, pero con esta mano no se me daban bien los deportes de raqueta. Era zurdo con los pies y utilizaba el ojo izquierdo para apuntar con la mirilla de un rifle o para mirar a través de un telescopio. También prefería el oído izquierdo para escuchar por el teléfono.

El dominio cruzado en la coordinación ojo-mano no es raro: es una excelente habilidad para un bateador de cricket o béisbol. Un diestro con un ojo izquierdo dominante ve la pelota en su visión periférica una fracción de segundo antes.

Existe la teoría de que, en los deportes de reacción rápida, el jugador zurdo es innatamente más rápido al trazar una solución y, por lo tanto, puede esperar más tiempo antes de tomar una decisión, lo que ejerce más presión sobre el oponente.

Por aquel entonces tenía veintitantos años. Observé que mi brazo izquierdo era bastante enclenque. El daño sufrido en los nervios a causa de tanto sacudir la cabeza había provocado una pérdida de masa muscular; mi lado derecho era mucho más fuerte. La esgrima es un deporte bastante unilateral y, como resultado, incluso mis piernas se habían desequilibrado.

Fui a ver a mi entrenador, Ziemek, para preguntarle si, tal vez, podría ser zurdo o, al menos, si debería serlo.

Tomé la espada con la mano izquierda. Me pidió que me limitara a dar un paso hacia delante y hacia atrás, extender el brazo y tocarlo, no de manera rápida, sino con la mayor suavidad y precisión posibles.

—Te manejas claramente mejor con la izquierda —dijo Ziemek.

Luego sacó un trozo de papel y me pidió que dibujara un polígono irregular con la mano derecha y con los ojos cerrados, cosa que hice. Puso el bolígrafo en mi mano izquierda y me pidió que dibujara la misma forma. Con los ojos firmemente cerrados, dibujé un reflejo del polígono casi idéntico y exactamente del mismo tamaño.

—Creo que deberías cambiar de mano —dijo.

Empecé de nuevo, pero ahora con la mano izquierda. Era lento y mi coordinación daba pena; la memoria muscular estaba mal y había que reprogramarla. Mi brazo izquierdo se cansaba con rapidez y me dolía el cuello: un recuerdo de la lesión producida por las sacudidas de cabeza. Varios músculos pequeños del antebrazo se habían atrofiado por el problema del

disco. Este proceso era una rehabilitación para mi cuerpo, sin embargo fue como una revelación para el cerebro. Ya no sentía ira, pero conservaba la voluntad de ganar y la pasión. La olla a presión había desaparecido.

En cuanto pude, me fui solo a una cancha de squash y agarré la raqueta con la mano izquierda. De manera inesperada, la pelota fue exactamente donde yo quería que fuera. Jugué con la pelota, en lugar de enfadarme con ella. La diferencia en mi cabeza era asombrosa, como si hubiera descubierto un universo entero de belleza y movimiento inesperados y, sobre todo, de ritmo. El ritmo, como el que existe entre todas las cosas, me era desconocido.

Volví a entrenar, pero ahora era zurdo. Todos mis compañeros esgrimistas pensaron que había perdido el juicio por completo. Eso era cierto. Había perdido un juicio, pero había ganado otro.

EN SERIO, UN BATERÍA PUEDE VOLAR

Estuve a punto de dejar la música después de la gira de «Powerslave». No tenía ganas de más relaciones de poder detrás del escenario o de confinamiento solitario en autocares o jaulas doradas. No esperaba que otros lo entendieran, porque estoy seguro de que para muchos podría parecer el sueño de sus vidas, pero yo quería algo más que el desafío de plantarme en el éxito. Cuando llegó el momento de volver a la rutina, pensé que podríamos cambiar radicalmente, solo por el placer de hacerlo.

No es bueno estar en minoría dentro de una banda de cinco miembros. Martin Birch me llevó aparte y, discretamente, me sacó de mi miseria diciéndome que mis pequeños números «acústicos» no eran lo que se necesitaba. Todo era bastante sencillo, y si te van a aplastar, es mejor acabar de una vez y seguir adelante.

No soy de los que se enojan durante más de cinco minutos, así que me relajé y pensé: «¿Cómo puedo disfrutar el próximo año?».

Un pajarito se sentó en mi hombro y, susurrando en mi oído (izquierdo), me preguntó que por qué no me dedicaba solo a cantar y dejaba que todos los demás se espabilasen.

Entonces, en lugar de pensar en el panorama general, solo pensé en mí y nada más que en mí. Durante un tiempo, fue un gran alivio.

Regresamos a Jersey, esta vez a un hotel diferente, para escribir el siguiente álbum. Como no escribí ninguna canción, me fui a Europa para participar en algunas competiciones de esgrima.

Tuve algunas ideas bastante extrañas sobre la vestimenta del escenario. Desde luego, había algunos momentos al estilo de *Spinal Tap*, y quería asegurarme de estar a la vanguardia de la excitación, aunque involuntariamente.

El álbum «Somewhere in Time» se inspiró en gran medida en la película *Blade Runner*. La portada del álbum, e incluso la cinta de presentación del espectáculo, le deben mucho al clásico de Ridley Scott.

El ciborg Eddie era nuestro monstruo más sofisticado, y el escenario era una creación fabulosamente compleja de vigas de aluminio y rampas, que se elevaban con unas garras inflables desde abajo.

La idea era utilizar una gran cantidad de dispositivos inflables, pero la tecnología estaba en pañales, y así nos fue la cosa. La mitad de las veces los inflables no se inflaban, o no lo hacían del todo, y a menudo la gran garra parecía insultar al público con su dedo corazón hasta que los otros dedos lograban aumentar su volumen.

La cabeza de Eddie, la gran versión inflable, necesitaba normalmente bastante tiempo para llenarse de aire por completo, y algunas veces simplemente parecía una bolsa de basura abombada. Se había planeado crear naves espaciales inflables que sobrevolasen las cabezas y, mi preferido, un astronauta dando un paseo espacial en un andamio extensible sobre el público.

Por desgracia, las naves espaciales no encajaban en el lugar o la salud y la seguridad dictaban que no hubiera nada colgando sobre la multitud; finalmente, nos dimos por vencidos.

Al menos teníamos un cantante que explotaba al final de la primera canción, pero esto tampoco funcionó. Había decidido, mientras mi equilibrio mental se encontraba perturbado, pedir que me cosieran algunas prendas para el escenario, en lugar de robarlas de las tiendas de disfraces. Recuerdo las instrucciones que le di a la costurera.

—Lo que quiero es una especie de atuendo a lo d’Artagnan, pero del espacio exterior. La parte inferior debería parecerse a un extraño lagarto espacial, asesinado recientemente y luego remendado, preferiblemente verde y con aspecto escamoso. ¿Lo tiene?

Pues ya está todo dicho.

Siguiendo con el tema de *Blade Runner*, quería una chaqueta de cuero con un corazón gigante iluminado que latiese, así como una tira de luces que bombease una luz secuenciada por una especie de exoesqueleto. Estoy seguro de que, hoy en día, todo se haría con imágenes generadas por ordenador, pero en aquel momento nuestro técnico de monitor John Thomson terminó por encargarse del diseño.

La chaqueta pesaba unos diez kilos. Estaba llena de cables de cobre, y la fuente de alimentación era una batería de plomo-ácido de seis voltios que se

encendía y apagaba con un interruptor sacado de una lámpara de sobremesa.

El consumo de energía fue tal que mi palpitante corazón sufrió un paro cardíaco unos dos minutos antes de terminar la primera canción. Todo el artilugio está ahora en algún lugar del Salón de la Fama del Rock and Roll, donde estará guardado bajo llave o lo usarán como lámpara de noche.

La idea que yo tenía era la de un traje negro con aspecto de cuero y con velcro de arriba abajo a ambos lados. A lo largo de las piernas y los brazos se incorporarían bombas de humo, de modo que, en una pose simulada del hombre de Vitruvio, me disolvería en una nube de humo al concluir la primera canción.

Demasiada fantasía. Tan pronto como vi el chaleco de diez kilos con el que iba a cargar, tuvimos que transigir. Al final no hubo más que una diminuta bomba de humo, muy poco fiable, pegada en la parte superior de un guante, con una batería de nueve voltios y un extraño mecanismo de disparo. Incluso cuando funcionaba era muy poco llamativo, pero cuando no lo hacía, yo era el transformista más solitario del mundo, pues salía corriendo del escenario con el dispositivo todavía activado y con la posibilidad de que se disparara en cualquier momento. Los técnicos de gira buscaban refugio cuando lo desarmaba, antes de deshacerme de mi cinturón de pesas y mi iluminada camisa de fuerza.

Durante la gira me dejé barba. En Las Vegas, Rod me pidió que me afeitara. Me afeité la mitad, en vertical. Hay fotografías. No estoy seguro de lo que pensaría el público; tal vez pensaron que estaba borracho o drogado.

Eso sí, tuve mucha suerte de llegar tan lejos como lo hice en la gira. Por diversas razones y situaciones peligrosas, casi no lo logro.

Estaba ocupado practicando esgrima con mi colega Justin, y entrenábamos juntos rememorando a *Rocky*, subiendo y bajando a toda velocidad las empinadas colinas.

Ideamos una aventura de fin de semana, que implicaba tomar trenes, aviones, barcos y dos competiciones de esgrima en Bélgica y Holanda. Regresaríamos en un tren nocturno a Cherburgo, donde había un vuelo matutino de regreso a Jersey, que duraba unos diez minutos según el horario.

De camino a Francia perdimos el ferry y tuvimos que coger el último que atravesaba el Canal, por lo que también perdimos el tren. Dormimos en el suelo de la terminal del ferry, apoyando la cabeza en mi bolsa de esgrima, hasta que conseguimos tomar el tren de las 5 de la mañana y pasamos todo el día compitiendo en Amberes. Dormimos en un desván y madrugamos mucho para subir al tren que iba a Holanda; otro día compitiendo y viaje a París. Dos

botellas de vino barato y varias hamburguesas más tarde, tomamos el tren hacia Cherburgo, que, según mi horario de ferrocarriles europeos Thomas Cook (no salgas de casa sin él), solo pasaba los domingos por la noche. Pronto descubrimos la razón: en él viajaban seiscientos marineros franceses. Fuimos a uno de los coches cama y nos lo pensamos mejor; optamos por dormir en los baños. Olían un poco mejor.

Cuando llegamos, la nieve cubría el suelo y avanzábamos penosamente en la oscuridad, sucios y sintiéndonos rechazados, hasta que encontramos un café que claramente nunca cerraba, y el café caliente nos revivió.

En Cherburgo, un lunes por la mañana, no hay mucha oferta de taxis al aeropuerto. Cuando encontramos uno, el avión ya había despegado y el siguiente salía al cabo de diez horas.

—Nicko puede pilotar —sugerí.

Era cierto: Nicko estaba aprendiendo. Su instructor era un tipo muy alegre llamado Charlie, y el club aéreo de Jersey era un lugar muy saludable para almorzar el domingo y ver pasar los aviones.

Logré encontrar un teléfono público francés y lo llamé al hotel.

—Solo somos dos —le dije.

—Esto..., bueno..., no sé. Verás, todavía no tengo la licencia. Quizás Charlie pueda venir conmigo.

—Eso es. De paso, aprendes algo por el camino.

¿Qué podría salir mal?

Justin y yo esperamos en la cafetería desierta del aeropuerto de Cherburgo, que, apenas llegamos, cerró. Después de dos horas, un pequeño avión solitario, zarandeado por el viento, aterrizó y se dirigió hacia la ventana. Por lo que pude ver, era el único avión en el aeropuerto.

Era la primera vez que me subía en una avioneta. Mi curiosidad, por lo tanto, se impuso al cansancio general causado por tres días de dormir en suelos, desvanes y baños, y beber vino barato entre competiciones de esgrima.

El avión en cuestión (ahora lo sé) era un Piper Cherokee 140. Era un monoplano de ala baja y un solo motor con cuatro asientos muy pequeños. El 140 se correspondía con los caballos de fuerza. El mismo avión también venía equipado con un motor de 160, 180 y hasta 200 caballos de fuerza, pero todos ellos tenían solo cuatro asientos. Ahí va una pista sobre lo que sucedió después.

En las revistas de vuelo siempre hay dos tipos de columnas habituales. Uno es «Esto lo aprendí de» y el otro es «El peor día». A los pilotos les encanta hablar de desastres, en parte como proceso de aprendizaje, pero

principalmente para recordarles cuán invencibles son en el fondo porque ese tipo de cosas nunca les pasaría a ellos.

Justin y yo le mostramos los pasaportes al gendarme y caminamos hacia el avión.

Solo había dos puertas, una para cada piloto, y había que trepar a la parte superior del ala para entrar gateando hasta los dos asientos traseros.

Charlie parecía preocupado por el peso de las dos bolsas que llevábamos. Tanto mi bolso de esgrima, del tamaño de una bolsa de golf, como el de Justin estaban llenos de ropa mojada, una máscara de acero inoxidable, todo tipo de alambres y herramientas, además de media docena de armas y ropa de repuesto para un viaje.

—En realidad no pesa mucho —le dije, esforzándome para que no se viera la marca que había dejado en mi hombro esa maldita cosa con la que había cargado por media Europa.

—¿Vamos bien, Charlie? —preguntó Nicko.

—Sí..., deberíamos.

Sin embargo, el tono de su voz parecía poco convincente, y estaba empezando a tirarse con tanta fuerza del bigote que pensé que acabaría arrancandoselo.

Subimos a bordo y colocamos las bolsas en el compartimento de equipajes, donde seguían sobresaliendo entre los asientos traseros. Me recliné hacia atrás, y el avión cayó sobre su cola.

—¡Oh, mierda! —murmuró Nicko.

—¿Se supone que eso es normal?

—No. Joder. No lo es.

Charlie se volvió y observó la escena detrás de él: dos muchachos en la parte trasera, dos pesadas bolsas más atrás, Nicko en la parte delantera, cola en el suelo, rueda del morro suspendida en el aire, gendarme comenzando a interesarse.

—Bien, muchachos. Tengo una idea... —dijo finalmente.

Justo como en *The Italian Job*, pensé, y muy apropiado también. El autobús, manteniendo el equilibrio sobre el precipicio, con el oro en un extremo; estábamos exactamente en la misma situación.

—Inclinaos todos hacia delante.

Lo hicimos, pero no cambió nada.

—Moved las bolsas al espacio entre los asientos delanteros y traseros.

Movimos a pulso las bolsas hasta que quedamos atrapados detrás de ellas.

—Bien. Nicko, cuando grite «enciende el motor»...

Charlie corrió hacia la cola y la levantó del suelo, meciéndola mientras la rueda del morro por fin tocaba tierra firme.

—Enciende el motor.

Observé, fascinado, cómo Nicko leía las instrucciones. Ahora, por supuesto, sé que se llama lista de control, aunque de hecho son las instrucciones sobre cómo arrancar un motor.

Hubo una serie de chirridos y chillidos, y un ruido de «boing» al tirar de una palanca. Tocó varios diales, giró un par de instrumentos y llenó la cabina con el abrumador olor a gasolina. Después de introducir un pequeño émbolo en el tablero, Nicko sacó la cabeza por la puerta.

—¡Libre! —gritó.

Era algo magnífico, y casi esperaba que despegara un escuadrón. Nicko giró la llave de encendido, y el motor vibró. Tan pronto como la hélice giró, el avión se estabilizó y Charlie se subió al asiento.

—¡Tengo el control! —gritó.

Rodamos muy rápido por la pista, pensé, y las nubes bajas se escabullían rápidamente por la pista bajo los fuertes vientos. Nos dirigíamos deprisa hacia la pista de aterrizaje; el estruendo del motor y de la hélice aumentó hasta que las ventanas comenzaron a vibrar.

—Inclinaos todos hacia delante —gritó Charlie por encima del estruendo, apretando firmemente su propia cabeza contra el tablero.

La pista de aterrizaje de Cherburgo, como descubrí más tarde, es muy larga, lo cual es bueno, porque la usamos entera para despegar.

A pesar de lo que parecía ser un viento favorable para el despegue, las ruedas apenas se despegaban del suelo. La altitud sobre el nivel del mar se hizo evidente cuando caímos, o casi nos caímos, por el borde del acantilado que marcaba el final de la pista de aterrizaje.

Debajo de nosotros, unas rocas dentadas, un mar gris y airado con espumosas olas blancas que se encrespan y se estrellan, y una base de nubes bajas y de aspecto miserable parecían querer engullirnos.

Después de unos cinco minutos, descubrí lo que indicaban todos los instrumentos, y los ochocientos pies parecían ser todo lo que podíamos lograr.

—Seguid inclinados hacia delante —instó Charlie mientras otro acantilado aparecía a la vista, en cuyo extremo se iniciaba una pista de aterrizaje. Noté que Charlie ya estaba bastante pálido y sudaba, mucho. Cuando nos acercamos al suelo, sentí que la pista se inclinaba y se levantaba frente a nosotros...

—¡No os recostéis! ¡Seguid inclinándoos hacia delante!

Charlie tiró hacia atrás de la columna de control, pero no mucho, y rodamos muy rápido hasta detenernos en un trozo de hierba.

Hubo un largo suspiro.

—Bienvenido a Jersey —dijo Nicko.

Nicko consiguió la licencia de piloto y, como cabe esperar de toda esa coordinación propia de un batería, tenía un muy buen par de manos cuando se trataba de pilotar un avión. Más tarde, durante la etapa estadounidense de la gira, voló en un pequeño turbohélice propiedad de un piloto comercial que lo acompañó como instructor.

Lo acompañé en alguno de sus viajes y quedé fascinado con los instrumentos. Tan fascinado, de hecho, que mi siguiente compra fue una copia de *Microsoft Flight Simulator*, que instalé en mi Mac Portable, o Mac Luggable, como lo llamé porque parecía una maleta, dado su monstruoso tamaño. Me había metido de lleno en terreno resbaladizo hacia la pista de aterrizaje, aunque primero tenía que superar nuestra última parada en las Bahamas, y una estancia prolongada en Ámsterdam.

UNA CIUDAD CON DOBLE CARA

El paso por las Bahamas fue relativamente breve. El resto del álbum se terminaría y mezclaría en la ciudad holandesa de Hilversum, en los estudios Wisseloord.

Marvin se las seguía arreglando para aparecer, de manera bastante memorable. Yo estaba profundamente dormido, aunque el sol ya había salido. Hubo un fuerte golpe procedente de la planta baja. Cada casita tenía tres dormitorios en el piso de arriba, y había un patio en la parte de atrás con una puerta externa que daba a la calle, al otro lado de los estudios. El golpe inicial era Marvin tratando de entrar. Me desperté, los golpes cesaron, y seguí dormitando.

Segundos después, el sonido del marco de la ventana al astillarse, gritos apagados, la voz de una mujer, una puerta abierta a patadas, y el inconfundible sonido de Martin en transformación. Llamó a mi puerta.

—Ajá, ¿estás dentro...?

—¿Qué ocurre?

—Tienes que bajar.

—Son las 7.30 de la mañana.

—Ahora. Tienes que bajar ahora mismo.

—¿Por qué tengo que bajar ahora?

Ya había comenzado a ponerme los pantalones, o esto solo acabaría en lágrimas, lo que probablemente sucedería de todos modos, pero bueno.

—Es la persona más importante... que conocerás... en todo el mundo.

Me puse las zapatillas, preguntándome quién podría ser.

—Tan solo baja aquí, tío.

Oí un ruido sordo cuando Marvin chocó con las escaleras.

Abajo, Marvin estaba de pie sobre los muebles otra vez, a la pata coja, pero esta vez estaba cubierto de tierra y su antebrazo sangraba profusamente.

—¿Estás bien?

—¡AJÁ! ¿Y bien? Mira... —Señaló su ojo—. Este... El ojo del tigre.

—Martin, estás sangrando.

—¡JA! Esto..., la sangre del samurái.

—Déjame verlo. ¿Quieres un antiséptico?

—Muerte... Un golpe... Shotokan —dijo saltando de una pierna a la otra—. Porque yo... soy el bufón de la corte.

—Prepararé un té —dije con un suspiro.

Martin había empezado con buenas intenciones varias horas antes, pero su propio señor Hyde interior le había engañado y, finalmente, se había quedado sin gente con la que beber. Después de golpear mi puerta a las siete de la mañana, había escalado la pared de más de dos metros para caer después sobre un rosal, de ahí la tierra y la sangre.

Sin inmutarse, Marvin había escalado el enrejado y pateado la mosquitera, había trepado a la habitación de un técnico de gira y luego, imaginando que mi habitación estaba más allá, había abierto la puerta de una patada, pillando *in fraganti* a una dama desnuda con otro técnico.

—Sigue, querido muchacho —fue su respuesta.

Sonó el timbre y descubrí la última pieza del rompecabezas de la noche. Abrí la puerta del patio y allí, inmaculadamente vestido con bata y zapatillas, estaba Robert Palmer, con una botella de ron y dos vasos.

Martin y Robert se conocían desde que Martin trabajaba con una banda llamada Vinegar Joe, en la que Robert era el cantante.

Después de quedarse sin compañeros de bebidas, y de no haber visto a Robert durante más de treinta años, Marvin había llamado a su puerta a las cuatro de la madrugada. Sin inmutarse, Robert lo saludó con un «¡Cuánto tiempo!» y lo invitó a entrar.

Noté que ya se habían bebido una botella de ron, y la segunda estaba ya medio vacía.

—Prepararé otra taza de té...

—Este es el hombre más importante que conocerás jamás —murmuró Marvin, que salió luego al balcón y se puso a mirar el mar de pie sobre una pierna; aunque, por fortuna, siempre volvía a caer en tierra firme.

Me senté frente a Robert.

—Estoy teniendo tantos problemas con el álbum... —comenzó—. Es como una montaña y no sé por dónde empezar.

Tomé un sorbo de mi té.

—Prueba los escalones —sugerí.

—¿Los escalones?

—Sí, los escalones del lado de la montaña. Para eso están.

—Los escalones —susurró—. Los escalones. Sí, probaré los escalones. Genial. Por supuesto, los escalones. Usa los escalones...

Robert se fue mascullando lo de los escalones. Terminé mi té y dejé a Marvin con sus ejercicios de kárate.

Un par de horas más tarde, salí por la puerta principal y me encontré a Marvin de pie en medio del camino, descalzo, todavía sangrando y con una sonrisa maníaca en el rostro. Sus manos se aferraban a los bolsillos de sus pantalones cortos, que colgaban hacia fuera.

—Las llaves, querido muchacho —dijo—, no encuentro las llaves de la casa.

Al final conseguimos meter a Marvin en la cama, y poco después nos largamos a un lugar de mayor tentación, los antros de perdición de Ámsterdam.

El estudio de Hilversum era infernalmente aburrido. Estaba situado en un complejo utilizado principalmente para televisión y radio, así que tuvimos que aguantar a los Pitufos del estudio de al lado y comer los sándwiches de queso más aburridos del mundo en la cantina. Hilversum en sí es una zona residencial conservadora y silenciosa; Steve se quedó allí.

Yo me alojé en Ámsterdam, en un apartamento tipo *loft* con una escalera circular y grandes vigas triangulares de madera. En la planta baja había un club nocturno abierto hasta el amanecer, un cine *gay* y tres chicas que encendían su luz roja en la ventana. La estación central estaba a diez minutos a pie, y en seguida compré por veinticinco florines una bicicleta robada. Tenía una pila de libros para leer, me compré un candelabro y comería en el restaurante italiano de al lado, jarra de vino, candelabros y el club del libro del mes. Aburrido no era y, cuando llegué a conocer a los lugareños, la vida se hizo aún más esclarecedora.

Le pregunté a Steve por qué no se alojaba en el centro de Ámsterdam.

—Demasiada mierda de perro —murmuró.

No era del todo incorrecto, tengo que decirlo, y el tamaño de algunos de los excrementos era exagerado. No es culpa de los perros, el tamaño de los indeseados troncos depositados en las aceras se correspondía con el de algunos canes. Uno de esos perros era un enorme gran danés que frecuentaba

junto a su dueño, un motero de los Ángeles del Infierno igual de grande, el vecino Café Midnight.

El Café Midnight ya no existe, y la pareja *gay* que lo dirigía puede que siga en la cárcel o puede que no, pero la red que se extendía desde el establecimiento era típica de la parte más vulnerable de una ciudad aparentemente despreocupada y de espíritu libre.

Henrik, lo llamaremos así, era el *capo dei capi* de los Ángeles del Infierno en la ciudad. Increíblemente alto y de maneras apacibles, su novia llevaba la barra del café y era problemática, pero con solo ver cómo la miraba, era fácil deducir por qué los hombres (y las mujeres) se enamoran de cualquiera.

Ella ya había sido responsable de la caída de un ministro de Gabinete holandés, y ahora se ocupaba de atender las necesidades de mi emprendedor amigo motero.

—Estoy pasando por un infierno con la novia —me dijo.

—Lamento escuchar eso.

—Vamos a echar un trago.

Así comenzó una larga tarde de cervezas que terminó en un club nocturno desierto, mientras el sol salía por los canales.

Me explicó su imperio empresarial y su naturaleza filantrópica.

—Dirigimos la sección como una especie de club de seguridad social.

—Está bien eso.

—*Ja* —afirmó en alemán—. Por ejemplo, uno de mis muchachos se estaba muriendo de cáncer. Así que nos reunimos todos y le regalamos algo. Ya sabes, para hacer que se sintiera mejor.

—¿Qué le comprasteis?

—Una lavadora.

—¿Una lavadora?

—*Ja*, exactamente. Se echó a llorar. Dijo que nadie le había comprado una lavadora antes. Ese es el tipo de cosas que hacemos. Bien, ¿eh? Pero, joder, tengo un gran envío que espero este mes.

—¿Lavadoras? —me aventuré.

—No, drogas.

—¡Vaya! ¿Es grande el envío?

Me imaginaba un par de bolsas de plástico o, como mucho, un saco.

—Un contenedor lleno —dijo, como si fuera la cosa más normal del mundo. Eché un vistazo al club vacío; todas las ventanas eran ojos de buey; me di cuenta de que era una ciudad portuaria.

—Eso suena muy estresante, sin mencionar lo de la novia —le dije.

—*Ja*. —El emprendedor hastiado de la vida suspiró—. Si te equivocas, terminas en el fondo del río... —dijo, bebiendo un sorbo de su Heineken—. Sabes, la última vez que estuve aquí, un tipo intentó dispararme con una Luger. Siete tiros.

—Hmm. Tú eres un tipo grande. Debió de ser un pésimo tirador.

—Ja, ja. Eso es lo que le dije cuando lo atrapé.

No seguí indagando.

—Me ha encantado charlar —dijo—, ahora me siento mucho mejor.

Noches surrealistas como estas te permitían vislumbrar el lado menos amable de Ámsterdam. A menudo acababa en el club nocturno que había enfrente de mi apartamento, donde una puta muy feliz iba después de trabajar. Era australiana y siempre estaba encantada de verme.

—Caramba, colega, no estás nada mal. ¿Te apetece un regalito?

Decliné amablemente.

—Venga, tío, en serio, de verdad. Te iba a levantar la moral.

Imaginé que probablemente no sería lo único que se me levantase, pero me sorprendí a mí mismo quedándome pegado a la cerveza y la conversación. Llevaba el brazo vendado.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté.

—¡Jesús, colega! Un cabronazo salió de la cárcel y se presentó en el trabajo; empezó a mordirme y me hizo sangre.

Era una de las chicas de las ventanas, por lo que era normal entrar sin cita previa. Era agradable y bastante guapa. Me intrigaba la razón de que hiciera aquello.

—Aun así, los policías son geniales; lo golpearon de inmediato. Ellos ven con malos ojos que golpeen a las chicas.

Tras la algodonosa propaganda de «ciudad abierta» se ocultaba un lugar duro. Ninguna de las personas que conocí era lo que parecía: el sinvergüenza de Liverpool que huía de la policía británica y que echó raíces felizmente con una impresionante holandesa y sus hijos; el tipo de Manchester que vendía ollas de barro vacías y jarrones de Tailandia en una barcaza. Por supuesto, nadie sabía lo que podrían haber contenido durante su viaje.

También estaba la feliz pareja que pintó el Rolls-Royce de John Lennon y diseñó el vestuario escénico para Led Zeppelin, y que intentó venderme un piano e introducirme en el nuevo éxtasis de la droga.

Mis momentos de éxtasis no giraban en torno a las drogas. En un sótano encontré el club de esgrima más extraño. El entrenador era un chiflado maravilloso que daba clases afuera, junto al canal, sobre los adoquines. El

sótano era tan pequeño que solo se podía luchar atravesando la sala en diagonal, e incluso entonces te quedabas sin espacio después de tres o cuatro pasos.

Mi chica australiana de la ventana vivía al final de la calle, y una noche me invitó a su apartamento, diciendo que quería presentarme a alguien. Francamente, no quería ir, pero ella insistió.

—Vale, muy bien —dije—, pero solo cinco minutos.

Subí por la lúgubre escalera, uno, dos o tres pisos más arriba, dando vueltas en el viejo edificio con marcos de madera.

—¿Quién es esa persona? —dije—. ¿Es un fan o qué?

—¡Shhh!

De repente parecía preocupada. Pensé que la rápida mirada que había echado por encima de su hombro era un poco melodramática.

—Es el hombre más buscado de Holanda —dijo.

—¿Cómo?

—Sí, colega. Está huyendo y se va a quedar conmigo unos días.

Entré en el pequeño apartamento, donde dos hombres se sentaban alrededor de la mesa de la cocina. No fueron exactamente locuaces.

—Aquí está mi colega, Bruce —dijo.

Sonreí, aunque no de verdad.

—Gracias. Encantado de conoceros. Bueno, realmente debo irme...

Salí muy rápido. No sé si obsequiaba con sus servicios a los fugitivos como una especie de servicio público, pero me alegré de no haberlo consentido nunca.

Ámsterdam era así, impredecible y, a veces, trágica. Como nuestro sinvergüenza de Liverpool, el de la hermosa novia holandesa. Ella terminó en una cárcel francesa después de que él la persuadiera para conducir hasta Francia con sus hijos, llevando drogas en cajas de chocolate. A él lo atacaron con un cuchillo y le rajaron el estómago de lado a lado. Gente agradable, los traficantes de drogas. No puedes persuadirme de que Robin Hood está por ahí vendiendo drogas, ya no.

En cuanto a la chica del Café Midnight, perdió su trabajo cuando los propietarios incendiaron el edificio. Por desgracia para ellos, no hicieron un buen trabajo y regresaron con más gasolina un par de horas más tarde. Los vecinos de al lado ya habían alertado a la policía por el olor a gasolina.

Aun así, se fugaron estando bajo fianza, pero los sinvergüenzas fueron tan tontos que volvieron a entrar en Holanda, y terminaron quedándose más tiempo de lo que esperaban. Diez años, para ser exactos.

Ámsterdam también es la única ciudad de Europa en la que me han disparado con un arma por protestar contra un automóvil que casi me atropella a las puertas del hotel American.

En las calles de Ámsterdam no hay solo mierda de perro.

Entonces, con un poco más de educación de la que obtuve en el bachillerato, pasé a ser lanzado por el cañonazo de salida que fue la gira mundial de «Somewhere in Time».

NO PUEDES HABLAR EN SERIO

El marqués de Sade escribió unas célebres y groseras fantasías, aunque nunca tuvo la oportunidad de realizar algunas de ellas. Estuvo encerrado durante la mayor parte de su carrera de escritor en un lugar en el que el único material disponible para componer sus himnos escatológicos era el papel higiénico.

Por razones muy distintas, durante la gira *Somewhere in Time* me encontré encadenado en habitaciones de hoteles de todo el mundo, y con el espíritu de *¿Para qué sirve este botón?*, decidí escribir una novela cómica descarada porque, bueno, podía... y disponía de un montón de papel del hotel para hacerlo.

El resultado final fue *The Adventures of Lord Iffy Boatrace*, un híbrido entre la serie *Wilt* de Tom Sharpe y una insinuación al estilo de la comedia británica *Carry On Camping*.

La culpa de esta incipiente carrera como escritor la tiene solo el hecho de haber quedado finalista en el premio de inglés de la escuela de primaria Birkdale. El segundo lugar siempre iba a ser la picana de la vida, y el tratamiento de choque lo administró el escritor de terror y fan de Iron Maiden, Shaun Hutson.

He leído la mayoría de las populares novelas de terror de Shaun. Tampoco tuve otra opción, porque él mismo nos las dio a mí y al resto de la banda.

Pude descubrir la fórmula contenida en lo que hacía, pero también la mano del artesano en la forma en la que narraba la historia. Lo que más me gustó fue la forma en la que los libros producían realmente una reacción física. No había un desarrollo interminable de los personajes ni descripciones detalladas de puestas de sol o de lugares. Eran libros que enganchaban con una muerte atroz cada pocas páginas. ¡Chúpate esa, Jane Austen! (*and leave the bleeding mess pumping helplessly as the coppery smell of blood filled the*

room. The walls sprayed as his fist pumped and crushed the organ wrenched from the smashed ribs, which stood upended like broken teeth). (y deja el sangriento caos bombeando impotentemente, mientras el olor a cobre de la sangre llena la habitación. Las paredes salpicadas cuando su puño golpeó y aplastó el órgano arrancado de las costillas rotas, que se quedaron levantadas como dientes rotos). Lo siento, no he podido resistirme a rendirle un homenaje a Shaun Hutson...

Personalmente recomiendo el pasaje de *Slugs* en el que una voraz babosa sale arrastrándose de un inodoro y se introduce en el pasaje anal, que no literario, de un parapléjico que está allí sentado cagando y lo devora desde dentro hacia fuera.

—¿Cómo demonios escribes un libro? —le pregunté.

—Bueno, simplemente empiezo por la mañana, tomo una taza de té sobre las once, luego escribo hasta las cinco con un descanso para almorzar —respondió Shaun.

—¿Quieres decir que es solo trabajo duro?

—Sí, principalmente.

—Bueno, ¿cuánto tiempo te lleva escribir un libro? —le pregunté.

—Unas tres semanas.

A nosotros nos llevaba tres meses hacer un álbum. Pensé que esas tres semanas debían de ser increíblemente intensas.

—¿Qué haces para relajarte? —le pregunté.

—Maratones de veinticuatro horas de películas de terror —respondió. Gracias a Dios, Shaun Hutson era autor y no asesino en serie. Me temo que hubiera sido muy eficaz.

Empecé a escribir, todos los días. Desaparecía de la vista de todos. Dejé de ir al bar. Era el hombre invisible de la gira. Un día, en Finlandia, llamaron a la puerta. Al abrirla, me encontré a un miembro del equipo. Pude ver que estiraba el cuello para mirar el papel extendido por la habitación, las cortinas corridas y todas las luces encendidas.

—Los chicos se preguntan dónde... tú... Esto... ¿Qué haces?

—Estoy escribiendo una historia.

—¿Qué tipo de historia?

La barra se trasladó a mi habitación, y durante el resto de la gira tuve que leer cada capítulo de *The Adventures of Lord Iffy Boatrace* al equipo de la gira según los iba escribiendo.

Si no escribía un capítulo con suficiente rapidez como para entretenerlos durante un día libre, se quejaban. Tenía que cumplir con una serie de

miniplazos, por lo que al final de la gira me había hecho con una gran cantidad de papeles, todos pertenecientes a varios hoteles de cuatro y cinco estrellas, colocados convenientemente en la habitación para la correspondencia.

Era mi versión del papel higiénico del marqués de Sade.

Para mi sorpresa, Sidgwick & Jackson finalmente publicó el libro y enseguida me encargó la secuela. Pan Macmillan hizo lo mismo al editar ambos libros en rústica y llegamos a un acuerdo para editar tres libros de bolsillo.

The Adventures of Lord Iffy Boatrace tardó un tiempo en publicarse pero, por increíble que parezca, se vendieron treinta mil ejemplares, y, de repente, me di cuenta de que tenía una secuela que escribir con una fecha límite. Invertí mi dinero en ese armatoste portátil sumamente ridículo que es el Mac Portable original, donde puse a dura prueba mis habilidades mecanográficas con dos dedos.

Con su maleta del tamaño de una maleta, su peso perfecto para moldear bíceps y su batería de plomo-ácido de seis voltios con corriente suficiente como para arrancar un Fiat Uno, el Mac Portable se quedaba sin energía al cabo de unas dos horas. Se podía prolongar su vida apagando la luz de fondo, pero entonces, por supuesto, no se podía ver nada si no era a la luz del sol.

Era bueno para las personas con daltonismo, puesto que solo estaba disponible con pantallas en blanco y negro. Si viajabas a cualquier sitio, tenías que elegir: ordenador o ropa, pero no ambas cosas.

Al igual que con todo Mac, allá por los años ochenta todo tenía que ver con el estilo y nada con la utilidad. Incluso mientras subía tambaleante los tramos de escaleras con mi dispositivo capaz de paralizar la columna vertebral, había personas que me detenían llenas de asombro y admiración.

—¿Es eso un Mac portátil? —preguntaban, como si estuvieran a punto de tocar una reliquia sagrada.

—Sí, lo es —respondía—. ¿Te gustaría llevarlo por mí?

Escribí grandes fragmentos de la secuela, *The Missionary Position* (La postura del misionero), mientras viajaba en tren y estaba de gira, y el resto mientras tomaba litros de té en casa. Encontré muy útiles los coches cama. Nadie te molestaba, y no dormías mucho, por lo que aporrear las teclas no parecía descabellado en los pequeños compartimentos que traqueteaban durante la noche.

Tan indignado estaba por la retirada del tren nocturno de Manchester a Londres que lo incluí en los créditos de la carátula. No creo que nadie más lo

utilizara. Los trenes nocturnos siempre han aparecido en las giras, siempre que ha sido posible. Antes de Google, siempre llevaba conmigo el horario de trenes europeos de Thomas Cook. Una noche en Lausana, después de un espectáculo, la charla en el bar se estaba volviendo muy tediosa, así que eché un rápido vistazo al horario de trenes europeos y descubrí que había un tren nocturno a Venecia; me pareció un buen lugar para despertarse. Viajar ligero, tan solo con una mochila, me venía bien. Creo que pongo nerviosos a los directores de gira; y aún más a los representantes.

La razón principal por la que me gustaban los trenes era que el viaje me ofrecía un momento para pensar en un entorno de paz y tranquilidad. Los trenes modernos, por desgracia, están perdiendo esa capacidad, aunque todavía queda algo de teatral en lo de subirse a bordo de un tren. Su tamaño y velocidad son trascendentales, incluso si su interior es, hoy en día, una mezcla insulsa de plástico con cojines manchados de café, papeleras llenas de basura y servicios en los que un líquido insondable te llega a los tobillos.

Una vez, en Nueva York, decidí ir en tren a New Haven, justo en la costa. Los trenes locales eran cercanías, por lo tanto, para nada interesantes, así que opté por tomar un tren de Amtrak, en la estación Pensilvania, con una locomotora adecuada y un *muffin* de huevo y queso.

Salimos del andén a las dos de la tarde y, poco después, nos detuvimos y nos quedamos parados durante dos, casi tres horas. Por suerte, llevaba conmigo mi guía de bolsillo de vuelos de OAG (nunca salgo de casa sin ella) y descubrí un vuelo a New Haven desde La Guardia.

Le pregunté al revisor qué estaba pasando.

—Se han caído las líneas —dijo—. Estamos esperando a que un tren diésel nos lleve de vuelta a la estación de Pensilvania.

Iba a perderme el espectáculo si no subía a bordo de ese avión.

—Tengo que bajarme del tren. Tengo que llegar a New Haven.

El guardia se encogió de hombros.

—Aún nos quedan unas cuantas horas.

Un chaval joven había escuchado la conversación.

—¿Estás en Iron Maiden? —preguntó.

—Sí.

—Yo puedo sacarte de este tren.

Me detuve en seco, al igual que el vagón en el que estaba.

—Si puedes sacarme del tren, vendrás conmigo al espectáculo, detrás del escenario, el lote completo.

Fuimos a la puerta, tiró de un par de palancas y se deslizó a un lado lentamente, como si supiera que no debía abrirse de aquella manera.

Saltamos a las vías, corrimos por el terraplén, escalamos una cerca de alambre hacia un depósito del Servicio Postal de Estados Unidos y terminamos corriendo hacia una calle de las afueras.

Paré al primer conductor que vi y le pregunté si estaba lejos La Guardia.

—Está justo allí, tío.

—Cien dólares si nos llevas a mi amigo y a mí.

Conseguimos los dos últimos asientos en el pequeño avión, y llegué al concierto diez minutos antes de salir a actuar.



La gira Somewhere in Time llegó a su fin en algún lugar y, por fin, volvimos a languidecer en Inglaterra.

Vivía en el campo, o su versión suburbana de Buckinghamshire, a las afueras de Londres. Tenía una piscina, dado que no me gusta nadar; una cancha de tenis, dado que no jugaba al tenis; un jardín, dado que no me gustaba la jardinería; y una caminata muy larga al *pub* más cercano porque todo lo que necesitaba era tomarme tranquilamente una pinta sin tener que conducir hasta allí y violar la ley en el camino de regreso.

Tenga cuidado con lo que desea, como dice el refrán.

Había un gran garaje para el BMW rojo brillante que no conducía, y una sala de billar, larga y con suelo de madera, dado que no jugaba al billar. Sin embargo, era lo suficientemente larga como para practicar esgrima, así que saqué la mesa de billar y la convertí en una sala de entrenamiento.

Por aquel entonces, un húngaro muy pintoresco entró en mi vida y se quedó en ella durante los siguientes veinticinco años, e hizo que pasara de no distinguir mi izquierda de mi derecha a ganar el campeonato juvenil británico de florete. Entre los dos ganamos el campeonato británico por equipos y representamos a Gran Bretaña en los campeonatos europeos. Bajo los insólitos auspicios del club de esgrima de Hemel Hempstead.

Tan solo una docena de personas nos reuníamos dos o tres veces a la semana en lúgubres gimnasios escolares o centros comunitarios. El irascible,

excéntrico y completamente brillante entrenador de toda aquella empresa era mi mentor húngaro, Zsolt Vadaszffy.

Zsolt tenía el cabello blanco, hablaba como el conde Drácula, y las chicas se desmayaban en los pasillos cuando pasaba, aunque les doblaba la edad. Había sido uno de los prodigios del florete más jóvenes de Hungría, pero su carrera deportiva se había visto limitada por la llegada de un tanque ruso bajo su ventana durante la represión soviética del levantamiento de Budapest.

A la edad de dieciséis años, Zsolt tomó su pasaporte y se dirigió a Austria. Enseñó esgrima en toda Europa y también terminó como actor en *Ipcress* (en el papel de malvado médico búlgaro) y como piloto de carreras, antes de dirigir un negocio de importación y exportación de electrodomésticos.

Su único amor era la esgrima. Cuando lo enterramos, colocamos su guante de esgrima encima del ataúd y la espada a su lado.

Zsolt era casi un segundo padre para mi amigo de esgrima Justin, tanto en lo social como en lo deportivo. Zsolt vivía al otro lado del valle con respecto a mi sala de billar adaptada. Pasaba por mi casa y comenzábamos a entrenar. Después de un tiempo, me di cuenta de que nunca había tenido un entrenador que se hubiera tomado el tiempo de enseñarme a pensar. Me imagino que a esto es a lo que se refieren los que practican artes marciales cuando hablan de que alguien es un «maestro». De hecho, un maestro de esgrima es algo más que un entrenador; imparte una filosofía de pensamiento, estrategia y movimiento. Es una relación muy personal, y es difícil describir el nivel de compromiso que implica una clase individual de esgrima impartida a toda velocidad.

A medida que la relación entre el maestro y el alumno evoluciona, en algún momento se produce la iluminación; y me refiero a algo literal. Es como si una cadena se rompiera, y el cuerpo y la mente se liberaran de la intención, quedaran libres de la tiranía del «¿y si?», junto con su consecuente miedo al fracaso.

Esto me sucedió en algunas ocasiones, cuando, durante unos veinte minutos de nuestra lección de cuarenta y cinco minutos, jugábamos solo con la distancia, el movimiento y la sensación del enganche y desenganche de las espadas. La conciencia se transfería a la punta de una pieza de acero flexible, que empujaba y conversaba con el compañero de enfrente; que ya no era un oponente, sino simplemente un colaborador en el baile.

No se intercambian palabras. Las acciones comienzan y se detienen, y solo se reanudan de acuerdo con el lenguaje de la hoja. Después, es difícil explicar a las personas dónde has estado, así que es mejor no intentarlo.

Al principio, por supuesto, no es así. Al principio es un trabajo incómodo de piernas, una coordinación inestable, una repetición paciente, una corrección constante y una frustración continua hasta que los movimientos comienzan a automatizarse, y la mente puede controlar la intención sin tener que preocuparse por el acto.

Tuve suerte de que mi primer maestro de la escuela, John Worsley, me hubiera enseñado bien. No tanto a nivel técnico como intelectual. Él me enseñó como maestro, no solo como entrenador. Cada acción era analizada; cada acción tenía una motivación, incluso si solo era «quiero rendirme e irme a casa».

Cuando Bruce Lee escribió su clásico *El Tao del Jeet Kune Do*, basó su análisis de acciones ofensivas, defensivas y contraofensivas en el sistema desarrollado por la esgrima occidental. Es una herramienta analítica muy efectiva y clara para dejar a un lado el combate; que incluso se puede aplicar a los partidos de tenis, ya que cualquier deporte individual es, de hecho, un combate por poderes.

ΜΑΔΟΝΤΣΗΙΔ (ΗΙ)Δ ΔΕ ΙΑ ΙΥΝΑ)

Toda esta actividad extracurricular al final se vio sometida al impacto de Iron Maiden, y así comenzó el proceso de escritura de nuestro siguiente álbum, «Seventh Son of a Seventh Son». Sería uno de los mejores.

Steve estaba sentando las bases del álbum en su casa de Essex, Sheering Hall, que tenía una réplica de un *pub*, un campo de fútbol real con vestuarios para ambos equipos y, por último, una sala de ensayos y un estudio de grabación.

Steve y yo reavivamos nuestra asociación compositiva. Mencionó las palabras «álbum conceptual», lo que hizo que yo aguzara el oído y que mi corazón latiera más rápido. Una historia, teatro: «Seventh Son of a Seventh Son» lo tenía todo.

Aunque no del todo. En algún lugar de mi polvorienta colección de garabatos mohosos tengo el cuento que narra la leyenda del séptimo hijo, de los problemas de su familia y el amor no correspondido que lo impulsaron a vengarse de manera terrible y trágica. En realidad nunca consumamos la relación de la historia: mis letras aludían a la historia, mientras que las de Steve no lo hacían. Nada de esto importa demasiado en el panorama general porque el espectáculo, la portada del álbum y la canción principal fueron más que suficientes para satisfacer a los fieles. Me hubiera gustado haberle aportado un poco más, incluso hasta el punto de una novela gráfica.

Alemania fue nuestro destino para grabar, en la insólita ubicación del enorme edificio del hotel Arabella, en Múnich. Los estudios Musicland se encontraban en las entrañas del edificio, entre las pesadas tuberías de calefacción y de desagües, los cestos de la lavandería y el equipo de cocina.

Me recordó en muchos aspectos a los estudios Kingsway de Ian Gillan, que estaban situados en el aparcamiento subterráneo del edificio de la

Autoridad Civil de Aviación de Holborn, Londres. Martin Birch había grabado «In Rock» de Deep Purple allí abajo y, por supuesto, Ian Gillan me había sacado a rastras de los lavabos, cubierto de vómito.

El estudio de Musicland era pequeño, y la sala de control estaba abarrotada, pero allí se habían producido algunos álbumes geniales, desde todo lo de Queen hasta «Rising», de Rainbow. Para descansar había un club nocturno de mala reputación llamado Sugar Shack, y las bajas eran frecuentes y dolorosas.

Descubrí el club de esgrima local, MTV München, y comencé a entrenar y mejorar mi baile de mesa. A los alemanes les encantaba beber y bailar después del entrenamiento. Yo podía hacer una danza cosaca medio decente si ingería suficiente cerveza, y el restaurante griego parecía disfrutar con el espectáculo.

La cerveza de trigo fue una experiencia nueva, con sus variedades oscuras, rubias y Hefe, esta última llena de pedacitos de levadura que recuerdan más a la sopa de marmita. Todas producían dolor de cabeza al día siguiente.

Todos nos volvimos un poco locos en Múnich. Dave Murray había decidido intentar hacer un poco de magia en su tiempo libre, del que tenía demasiado. Una noche famosa, en el decimosexto piso, Marvin apareció cuando Dave intentaba hacer desaparecer algo.

—Mira esa silla —gruñó Marvin—. Puedo hacer que desaparezca.

Así que la tiró por el balcón. Esta locura estaba empezando a ponerse bastante seria.

Yo tenía planeado salvar mi cordura y, cuando surgió la oportunidad de escapar de los terribles apartamentos de color marrón y verde, me largué a Bonn, la entonces capital de aquel lado de una Alemania dividida.

Alquilé un pequeño apartamento, compré una tele de segunda mano y puse un colchón en el suelo. Me pasaba todo el tiempo practicando esgrima en el elitista Club Olímpico de Esgrima de Bonn, un *Bundesleistungszentrum*, es decir, un trabalenguas que significa centro federal de rendimiento.

Yo era uno de los más viejos allí y todavía no había cumplido los treinta años. Se dedicaban por completo a producir campeones, y todos pensaron que estaba un poco loco, sobre todo porque aún estaba aprendiendo a usar mi mano izquierda. Me olvidé por completo de los álbumes, la música y todo lo demás. Desayunaba, salía a caminar, iba a entrenar, luego tomaba una cerveza, veía la tele y, luego, me acostaba.

Una joven periodista y un fotógrafo del *Daily Mirror* aparecieron un día. Los invité a tomar una taza de café para hablar sobre el artículo que iban a escribir, obviamente relacionado todo con Iron Maiden. Cuando bajé a la entrada del edificio con el fotógrafo, me preguntó dónde estaba la periodista.

—La dejé arriba —respondí inocentemente. Él me miró horrorizado.

—Yo no haría eso.

—¿En serio? —respondí—. Seguramente ella no registraría nada personal, ¿verdad?

La rescatamos de entre mi ropa sucia y latas de judías cocidas. Se la veía verdaderamente horrorizada por el lugar en el que vivía.

—¿Por qué vive así? —preguntó.

—¿Qué pasa? —le contesté indignado; como si tener una vida simple fuera una afrenta para los dioses del cotilleo, lo que seguramente era así, supongo.

Aprendí algunas cosas sobre los alemanes, y una de ellas es que les encanta hablar sobre las emanaciones corporales, especialmente la caca.

Pillé un fuerte resfriado y me sentía fatal. Me habían invitado a almorzar el domingo con Thomas, otro esgrimista. Nos sentamos una docena de personas a la mesa, entre ellas, yo tiritando de frío.

—Estás enfermo —anunció Thomas, y se fue a la trastienda. Después de rebuscar, regresó con un trozo largo de tubo flexible marrón y lo que parecía una bomba de mano.

—Aquí tienes, toma esto —me ofreció con orgullo.

—¿Qué es? —le pregunté con cautela, aunque me hacía ya una muy buena idea.

—Bueno —sonrió ampliamente—, te colocas este tubo en el culo y con esto lo llenas de agua; en unos momentos, cagarás como un trueno.

Hubo murmullos de aprobación alrededor de la mesa.

—Thomas, esto es un enema —le dije.

—*Ja*, exactamente.

—Thomas, ¿qué te hace pensar que un enema me haría sentir mejor?

—¡Oh, *ja*, seguro! Yo lo uso todo el tiempo.

El resto de los invitados elevaron sus voces de aprobación.

—Mi madre me lo dio cuando era niño.

—¿Tu madre?

La hermana de Thomas metió baza.

—No solo Thomas. Todos lo usábamos, toda la familia.

A veces la mierda te salpica, como dice el refrán. La familia que usa unida un enema, permanece unida.

Al final, la banda se unió a mí y ensayamos en la cercana Colonia, en un club nocturno que también era un gimnasio. Creo que, al final, el gobierno alemán le ofreció su hospitalidad durante varios años porque los polvos que vendía no eran precisamente antigripales.

Estuve trabajando con Derek Riggs en la portada del álbum, que tenía un toque de Salvador Dalí con su procesión ligeramente surrealista de velas y un Eddie parcialmente incorpóreo y esquelético. Esta, junto a la de «Powerslave», es mi carátula favorita de Derek Riggs.

La escenografía era enorme, y se basaba en ser elemental, como en el hielo. La gira tuvo gran éxito, como esperábamos, particularmente en Europa, donde arrasábamos en los grandes festivales, como el célebre de Donington, en el Reino Unido.

Por desgracia, ese día estuvo marcado por la tragedia, por la muerte y las lesiones de varias personas, causadas por el terrible barrizal en el que se había convertido el suelo debido a la lluvia torrencial. Hasta que no hubo terminado el espectáculo, nadie nos contó los detalles del horrible suceso. Cualquier atisbo de triunfo desapareció. Nada merece el coste de una vida humana, sobre todo en un espectáculo de entretenimiento.

Hemos tenido que gestionar muchas más situaciones posteriores. Una más alegre fue cuando todo el suministro eléctrico de Earls Court decidió soldarse en mitad del escenario y perdimos toda la potencia, junto con el sonido y las luces, durante cuarenta minutos completos.

El equipo hizo un trabajo increíble al unir cables de alta tensión y restaurar la potencia, mientras nosotros hacíamos malabares, muecas, jugábamos al fútbol con el público y, por lo general, manteníamos en vilo a los asistentes. Son momentos de los que puedes sentirte orgulloso de verdad.

En Río, en la Arena Olímpica, una sección entera de la valla protectora se derrumbó, convirtiéndose en un montón de aluminio irregular. La valla era una copia barata de un diseño eficaz pero, en lugar de construirla con metal de alta calidad, se había hecho con materiales de una calidad inferior.

Durante media hora, y con la ayuda de un intérprete, estuve intentando convencer a la multitud de que se fuera y volviera al día siguiente. El hecho de que se marcharan sin destrozar el lugar es un testimonio de la simple interacción entre los seres humanos.

En 1988, la gira de «Seventh Son» fue absorbente, pero para mí también fue interesante reunirme con el director de vídeo, editor y autor Julian Doyle,

a quien se llamó en un principio para dirigir *Can I Play with Madness*. Julian y yo seguimos dirigiendo y haciendo el guion gráfico de varias ideas más y, por supuesto, el largometraje *Chemical Wedding* (La boda química), protagonizado por Simon Callow en el papel del reencarnado Aleister Crowley.

Antes de Aleister Crowley, sin embargo, vino Monty Python. Julian era el gurú de las películas de Python. Volvió a montar la película *Brazil* desde el suelo de la sala de montaje, y él mismo terminó grandes fragmentos porque Terry Gilliam estaba enfermo. Como editor, sus créditos se extendieron a prácticamente todas las películas de Python, enseñó en escuelas de cine y fue su propio director de iluminación y camarógrafo.

Después de dirigir a Donald Sutherland y Kate Bush en *Cloudbusting*, le pidieron a Julian que presentara ideas para *Can I Play with Madness*. Logró involucrar a Graham Chapman para actuar en el vídeo.

Graham, por desgracia, estaba enfermo de cáncer de garganta durante el rodaje. Él, Chris Aylmer, de mi antigua banda Samson, y Steve Gadd, nuestro asistente del director de gira y amigo de toda la vida, todos perecerían de la misma horrible enfermedad.

Aún tendrían que pasar veintiséis años antes de que me fuera diagnosticado el mismo cáncer.

Me encantó el vídeo y estaba ansioso por conversar con Julian, porque me encantaba escribir y porque todas mis letras eran pictóricas, al menos en mi cabeza. Mientras cantaba, la historia se iba desarrollando como en una película. Lo único que hacía mi voz era contar la historia del teatro de mi mente.

Julian me obsequió con historias de *Los héroes del tiempo*, Harvey Weinstein y los errantes Beatles.

—¿Por qué no haces una película de Eddie? —sugirió.

Lo pensé y escribí varios enfoques, pero era evidente que no era ni el momento ni el lugar para hacer una película de Eddie, incluso aunque la hubiera pasado de contrabando por el guardián de Maiden, Rod Smallwood. Simplemente, no era posible.

—¿Qué te parece una película sobre Aleister Crowley? —pregunté—. Nadie la ha hecho.

Mantén esa idea.

MASACRANDO HIJAS

El álbum y la gira de «Seventh Son» nos llevaron de lleno a encabezar conciertos en grandes estadios y festivales. Para cuando terminó la gira, había adquirido un guardarropa de pantalones extraordinariamente extravagantes, camisas horripilantes y varias máscaras, entre ellas, un modelo bastante llamativo de la cabra de Mendes, con astas de sesenta centímetros de largo.

Para mantenernos cuerdos durante la gira, yo tenía la esgrima, Adrian tenía la pesca y Steve contaba con su propio equipo de fútbol, al que se traía con frecuencia para jugar partidos. La mayoría de nosotros participábamos en ellos, y algunos de los partidos fueron realmente memorables, especialmente para alguien como yo, que era zurdo; y, por si acaso, Dios me había dotado con otro pie izquierdo de repuesto. Adrian era un jugador bastante hábil y con algo de estilo; era engañosamente complicado. En muchos aspectos, su ritmo se parecía mucho a su forma de tocar la guitarra. Steve, por supuesto, era el delantero principal, no por derecho, sino porque todos conveníamos en que era el más capacitado.

Yo me divertía en el mediocampo. Me gustaba marcar de cerca y ver la frustración que sentían los oponentes cuando se desbarataban sus pases o sus delanteros se quedaban sin balón. Era un estilo táctico y, en realidad, era como jugar de ala al rugby, mi posición más eficaz cuando jugaba entre los once y los dieciséis años. Después de eso, o yo me fui haciendo más pequeño, o los demás crecieron mucho más.

El Iron Maiden FC se estrenó con un partido internacional entre Canadá y Grecia, y tuve que marcar al cantante de una banda llamada Glass Tiger que se defendía bastante bien. Por desgracia para él, el terreno de juego estaba en mal estado, y después de perseguirlo durante cuarenta y cinco minutos, se torció el tobillo y se lo llevaron en camilla. Nunca lo toqué, árbitro; de verdad.

Como equipo de fútbol jugamos en el Estadio Olímpico de Montreal, lo cual fue alucinante; al final jugamos contra el equipo estonio Flora Tallinn, en 2000, y hasta el periódico *The Times* habló de nosotros cuando Mart Poom, el portero estonio del Derby County que jugaba como invitado, tuvo que ser hospitalizado.

La cita del periódico solo decía que había sido retirado en camilla con lesiones desconocidas en los testículos; eso era todo lo que se necesitaba saber sobre el partido.

Trabajábamos duro y jugábamos duro. Yo me escabullía para entrenar con el equipo canadiense de esgrima, o incluso con el equipo japonés, me daba igual. Durante una gira, los pequeños mundos ocultos son los que te mantienen en la buena senda. Había visto demasiadas bajas en el camino, y me di cuenta de que, como pensé en el pasillo de aquel hotel durante la gira de «The Number of the Beast», el negocio de la música puede volverte loco si tú lo permites.

Volver a casa después de una gira es como regresar a la sociedad después de pasar una temporada en prisión, o de ser un misionero, o de vivir como un ermitaño, y que la cantidad de adrenalina te altere la mente todos los días. Es algo extraño.

Me volví a mudar al oeste de Londres desde Buckinghamshire y, en seguida, me compré una réplica teledirigida de un submarino alemán de un metro de largo. Todavía lo tengo, y por poco me acabo comprando un submarino real.

La razón por la que una organización benéfica para niños quería comprar un submarino diésel-eléctrico de la Armada Real era algo que no podía entender. Sin embargo, lo compraron y, de acuerdo con el *Daily Mail*, ahora querían deshacerse de él.

Se me ocurrió un plan para emprender un negocio de cruceros submarinos por el Atlántico para entusiastas. Cuando me pusieron la camisa de fuerza y me metieron en una celda acolchada, finalmente cedí y acepté que tal vez no hubiera un gran mercado para una experiencia tan práctica.

Después de calmarme, me senté junto al río Támesis y me bebí unas cervezas viendo pasar a los patos y los cisnes. Aquí es donde Janick Gers y yo comenzamos a meternos en dobles problemas.

Conocí a Janick cuando él estaba en una banda llamada White Spirit, contemporáneos de Samson. Ambos éramos fanáticos de Ian Gillan, y era evidente que el señor Blackmore había influido mucho en el estilo de Janick, en particular en las espectaculares sentadillas que sacudían sus rodillas y que

interrumpían su payasa danza. Imagina a un derviche giratorio con una guitarra que, de repente, se detiene sobre una placa al rojo vivo; podrías hacerte una idea de cómo toca Geordie la guitarra.

Por supuesto, mantuvimos el contacto, y nos topamos de vez en cuando a medida que aumentaba el éxito de Iron Maiden y Janick iba pasando por una serie de bandas. Mientras nos sentábamos a tomar una cerveza, él parecía resignado, y algo deprimido, sobre el estado de la industria musical, que, según él, se interesaba más por el corte de pelo de cada uno que por la capacidad para tocar la guitarra.

Janick estaba vendiendo su equipo: sus viejas Stratocaster, las cajas Marshall y los amplificadores antiguos. Estaba haciendo un curso de sociología y pensando en enseñar o, bueno, cualquier otra cosa que no fuera la música. Admiré su sinceridad, pero era demasiado bueno como para desperdiciarlo dejando que enseñara sociología.

Tracé un plan en mi pequeño cerebro. Tenía una oferta extraña que podría solucionar su problema.

Ralph Simon, de Zomba Music, como recordaréis, era nuestro barbudo y afable editor musical sudafricano. En una ocasión en la que se encontraba temporalmente sin hogar, estuvo durmiendo en un colchón en una sala vacía de Battery Studios. Una noche, Ralph saltó a la acción tratando de agarrar a quien se suponía que era un ladrón.

—¡AJÁ! ¡Te atrapé! —gritó mientras entraba en la sala.

—Hola, Ralph —respondí.

—¿Quién es? —me preguntó mi novia, bastante más explícitamente, cubriéndose varias zonas que yo ya no estaba cubriendo.

Ralph pensó que todo aquello era muy rockero, y empezó a llamarme «Señor Libido» en las conversaciones educadas, lo que podría sonar bastante espeluznante viniendo de un abogado de mediana edad con acento afrikáans.

Ralph también era una especie de sabio cuando se trataba de música. Después del éxito de *Run to the Hills*, me llevó aparte y me dijo:

—¿Sabes? Tú tienes esa octava aguda que hace que los estadounidenses se vuelvan locos de remate.

—¿En serio? —repliqué.

—Sí, Absolutamente. Mutt Lange también la tiene.

Esta nueva percepción me mantuvo confuso durante los siguientes años, hasta que un día Ralph llegó a la oficina de administración. Esta vez, yo llevaba puesta la ropa.

—¿Te gustaría hacer la banda sonora de una película? —preguntó.

Después de haber terminado la gira de «Seventh Son», tenía tiempo para hacer una banda sonora. Excepto que, en realidad, no se trataba de la banda sonora de una película, sino de una canción para *Pesadilla en Elm Street*, la número cinco, creo, de la franquicia.

—Solo contamos con un presupuesto pequeño.

—¿Cómo de pequeño? —le pregunté.

«Pequeño» era lo suficientemente grande. Llamé a Janick.

—No vendas el equipo. Tienes que escribir una canción conmigo, y si aún quieres venderlo, yo te lo compraré y podrás usarlo cuando quieras.

Nunca había visto una película de Freddy Krueger, así que le pregunté a alguien en el bar de qué iba *Pesadilla en Elm Street*.

—Chicas adolescentes que se van a dormir, y un tipo viejo y aterrador las ataca, aunque solo las atrapa mientras duermen.

En fin, una historia de amor.

Querían que la canción estuviera lista casi para ayer, así que tenía que encontrar con rapidez una melodía. Si surgen dudas, solo hay que pedir prestada una guitarra y tocar lo primero que suene bien. Yo tengo una teoría, totalmente no probada, de que cada guitarra tiene una melodía, y esta, en particular, nos ofreció *Bring Your Daughter to the Slaughter* (Trae a tu hija al matadero).

Solo era el estribillo, el resto de la canción era una especie de imitación de AC/DC, al estilo de Bon Scott, con una sección irónica de monjes locos cantando por encima del tañido de campanas.

Produjimos la canción en Battery Studios en un par de días. Nos dio la risa tonta y bebimos cerveza para celebrarlo; en líneas generales pudimos hacer música de forma relajada, lejos de la atmósfera más intensa que impregnaba el campamento de Maiden.

Llegamos demasiado tarde para incluir la canción en la película, pero no demasiado tarde para los de CBS Records, que, al escucharla, dieron palmas con las orejas. Querían hacer un trato solo conmigo.

Ralph me llamó por teléfono.

—¿Hay más material como ese?

—¡Oh, sí! Cantidad —mentí.

Dos semanas después, decía la verdad.

La casa de Janick en Hounslow estaba justo debajo de la ruta de vuelo del aeropuerto de Heathrow. No me refiero a un poco por debajo, sino a que las ruedas casi rozaban su tejado, mientras chillaban por encima de la cabeza.

Eso significaba que los vecinos de al lado no se quejaban del extraño grito que emanaba de las ventanas del salón mientras escribíamos el álbum.

Teníamos que ponernos manos a la obra, así que hice una lista de canciones básicas de rock. Ya teníamos una del tipo AC/DC, necesitábamos una balada, un himno, un ritmo al estilo Rolling Stones, algo de bailoteo... y quizás también una cubierta.

Por suerte, poco tiempo antes había actuado en un espectáculo para la entidad benéfica The Prince's Trust en Wembley. Me asignaron la canción de Bowie *All the Young Dudes*, que fue por supuesto un tema fundamental para Mott the Hoople. Más que a nadie me sorprendió el que a mi voz le pareciera una opción natural, aunque, para ser justos, no creo que mejoráramos el original.

En otra ocasión, mientras tomaba una cerveza una noche, me fui a orinar, y allí en la pared estaban aquellas líneas de pensamiento tan elevado: «No muff too tuff, we dive at five» (no hay chocho demasiado feo, no veo el momento de zambullirme). Un par de cervezas más, junto con más estupideces sobre la legendaria serie infantil de televisión *Captain Pugwash*, y nació *Dive! Dive! Dive!* o, mejor dicho, se sumergió. Al menos tenía un submarino de un metro de largo que podía sacar en el vídeo.

El single *Tattooed Millionaire* surgió de manera inesperada después de hablar sobre Graham Bonnet, el antiguo cantante de Rainbow que tenía una extraordinaria voz aguda y áspera. Entonces, Janick tocó la que para mí es la mejor canción del disco.

La televisión estaba encendida de fondo, con el sonido apagado, y Jan tocó los acordes iniciales de lo que se convirtió en *Born in '58*. Pregunté qué era.

—Algo a lo que andaba dando vueltas.

La parte instrumental estaba prácticamente terminada; yo tan solo añadí la voz por encima.

EMI Records nos había concedido a cada uno de los miembros de Maiden una opción única para grabar un álbum en solitario. Había llegado el momento de ejercer esa opción.

¿Quién sino alguien de la fama de Storm Thorgerson, del grupo creativo Hipgnosis, y creador de las cubiertas de Pink Floyd, podría encargarse del vídeo *Tattooed Millionaire*? Me puse en contacto con Storm a través de un nuevo representante de Sanctuary, la agencia de representación de Maiden.

La premisa básica del vídeo no era precisamente un submarino amarillo, sino más bien un submarino subterráneo que subía el periscopio hacia los

escabrosos estilos de vida de los ricos e infames. Me quedé enamorado de la sala de control del submarino y quise instalarlo en mi ático, con periscopio y todo, pero los hombres con batas blancas me explicaron que todo pertenecía a una casa de utilería. ¡Qué decepción!

Observé a Storm directamente, y me dio por pensar maliciosamente que se estaba divirtiendo de lo lindo grabando todos estos vídeos.

—Te lo estás inventando, ¿verdad? —le susurré un día.

—No te vayas de la lengua, chico —me susurró.

LINEAS DE FALLA

América pasó página y volví a entrar en el mundo de Iron Maiden, sin saber que había escrito lo que resultaría ser nuestro único sencillo que alcanzaría el número 1. La razón por la que el tema *Bring Your Daughter to the Slaughter* no está en el álbum «Tattooed Millionaire» es que Steve la requisó para el nuevo disco, «No Prayer for the Dying». Por supuesto, hubo que grabarla de nuevo.

Se propuso la idea de volver a nuestras raíces de alguna manera. Grabaríamos todo en casa de Steve y usaríamos el estudio móvil de los Rolling Stones; todo sonaba bastante fabuloso. Hay una frase en *Smoke on the Water* en la que quedaron inmortalizadas las antiguas ruinas que se elevaban en el exterior de la casa solariega de Steve.

Sinceramente, creo que todos hemos caído bajo el hechizo de la infalibilidad papal. ¿Por qué el Papa siempre tiene razón? Porque es el Papa, y nunca puede equivocarse. Bueno, ¿qué pasa si realmente se equivoca?

Tan solo se trata de una diferencia de opinión, y la única opinión que importa es, en fin, la del Papa.

Bandas, líderes empresariales, papas y países enteros son víctimas de sus propias creencias circulares. De hecho se convierten en las principales víctimas de su propio éxito. Desesperados por evitar la incertidumbre y rodeados de personas que siempre están de acuerdo, cruzan la línea de la integridad artística hacia el estancamiento artístico.

Maiden tenía un problema doble, ya que cada vez era más difícil escapar de un público acérrimo sin cambiar radicalmente el sonido de la banda. Esto último ni se nos ocurriría. El sonido de la banda era su identidad, a diferencia de otros grupos que van y vienen de acuerdo con la moda. El éxito de Maiden se basaba en reinventar el volante que conducía el autobús del heavy metal. El dilema era cómo reinventar el volante con cada nuevo álbum y gira. Maiden había superado el momento decisivo del tercer álbum. La gran pregunta era:

¿cómo mantendría la banda su trayectoria hasta convertirse en leyenda y no iniciar una lenta parábola hacia la papelera de la historia?

Nuestro problema, en mi opinión, fue que nadie admitía esa gran pregunta.

Francamente, las cosas eran demasiado buenas para ser verdad.

Por segunda vez en mi carrera con Iron Maiden, se produjo un cisma importante.

Adrian Smith nos abandonó.

Nadie lo vio venir, y tampoco creo que Adrian lo hiciera, del mismo modo que nadie se adentra a propósito en arenas movedizas o juega a la rayuela en un campo de minas. Se dice que un soldado romano debía caer sobre su espada para evitar el deshonor, pero no estoy seguro de que Adrian supiera que había una espada al acecho mientras expresaba sus preocupaciones sobre el próximo álbum aquella fatídica tarde. Era evidente que no estaba contento con el estado actual de las cosas, pero no creo que quisiera marcharse; solo quería mejorarlo. La conversación derivó en acusación y, al final, fue nuestra propia arrogancia, alimentada por nuestro éxito aparentemente intocable, lo que selló su destino. No fue despedido; tan solo caminó hacia el hueco de un ascensor en el que no había ascensor.

La agencia de representación, por supuesto, se ocupó de las repercusiones mediáticas de lo que fue una historia bastante sorprendente. La agencia de Maiden siempre se había dedicado con lealtad a la banda a toda costa, que es exactamente lo que se le suele pedir. Pocas bandas en la historia han tenido un representante tan entregado como Rod Smallwood. Una vez tuve que entregarle un premio como «Representante del Año» en una cena de galardones. Se suponía que todo era un secreto, y ya resultaba bastante difícil hacer que se presentara allí. La sala estaba llena de sus compañeros junto con la flor y nata de la industria musical, así como lo malo y lo peor de la misma.

—Odio estas cosas —gruñó—. Por cierto, ¿qué diablos haces aquí?

Debajo de la chaqueta llevaba un bloc en el que escribía notas para mi discurso.

—¿Qué estás escribiendo? Ni te imaginas cómo odio esto.

En ese momento, un entusiasta ejecutivo de la música estadounidense dejó relucir su perfecta dentadura de mil dólares mirando a Rod y dijo:

—Señor Smallwood, es un honor. Siempre he admirado su trabajo.

En cualquier momento iba a sacar la tarjeta de visita.

—Usted cree que yo estoy en el negocio de la música, ¿no? —dijo Rod.

—Sí, ¿por qué?...

—Yo no estoy en el negocio de la música. Estoy en el puñetero negocio de Iron Maiden.

Con esa réplica, el joven león se retiró, burlado de verdad por el viejo contendiente de Huddersfield.

El secreto de su éxito fue centrarse por completo en la banda, desatendiendo el bienestar de cualquier otra criatura de la tierra, salvo su familia. Su éxito a la hora de guiar nuestra carrera fue posible gracias a su socio y nuestro director comercial de toda la vida, Andy Taylor. Licenciado por Cambridge (donde él y Rod se conocieron en 1969), Andy ha guiado y negociado la supervivencia financiera de Maiden y nos ha permitido la libertad creativa de tocar música sin tener que estar vigilantes. Sin embargo, ni Rod ni Andy han hecho un aporte significativo a nuestro esfuerzo musical. De hecho, durante muchos años hubo una zona de exclusión total en el estudio de grabación que prohibía la entrada a representantes, agentes, abogados y compañías discográficas, para evitar que nos soltasen sus opiniones. Creo que esto es un acierto la mayoría de las veces. Sin embargo, a veces todo el mundo necesita un poco de orientación, a menos que, por supuesto, usted sea el Papa, porque entonces siempre puede preguntar a Dios, y él nunca se equivoca, ¿verdad?

Rod debe de haber tenido una guía divina, ya que *Bring Your Daughter to the Slaughter* alcanzó el número 1 en el Reino Unido después de Navidad, para disgusto de la BBC y los autoproclamados gurús de la música pop. Como un servicio a la nación, derribó al omnipresente sir Cliff Richard de la sagrada cima y nos impulsó a acabar las vacaciones navideñas con una sonrisa en la cara.

De hecho, terminamos en el número 1 durante dos semanas y, debido a un extraño requisito legal, la BBC se vio obligada, aunque a regañadientes, a reproducir fragmentos cortos de la canción. Es una vergüenza que no prestaran más atención a Jimmy Savile, en lugar de retorcerse en el anzuelo de una irónica banda sonora para una peli de terror.

La sorprendente marcha de Adrian dejó algunas heridas de salida que no podían suturarse simplemente con una publicidad inteligente y una cuidadosa manipulación del sistema de las listas de éxitos del Reino Unido. Faltaba una pieza esencial del rompecabezas de Iron Maiden, y la nueva pieza, personificada en Janick Gers, no llenaba el vacío.

No había ninguna razón por la que Janick tuviera que sonar igual que Adrian. Su estilo era claramente distinto, pero nos vimos privados del duelo melódico con el estilo más florido de Dave Murray. Dave solía fusionar

torrentes de notas en cascada sobre las secciones de solo, mientras que Adrian siempre sonaba como si sus solos estuvieran al borde de un precipicio, verdaderos acantilados, de modo que pendías de cada nota.

El estilo y el sonido de la guitarra de Jan eran más punzantes y menos procesados; sin embargo, aunque yo esperaba que su llegada fuera a aportar un poco más del Janick que tocó en *Tattooed Millionaire*, comenzó a contagiarse del sonido de Iron Maiden. Contagiado del entusiasmo ante un primer álbum, era demasiado esperar de él, pero nuestro siguiente disco, «Fear of the Dark», fue una oportunidad para avanzar en un mundo que cambiaba rápidamente.



La película de Aleister Crowley estaba cobrando, por fin, algo de impulso. El catalizador fue una canción que yo había escrito, titulada *Man of Sorrows*. El bestial guion que terminó convirtiéndose en *Chemical Wedding* se basó en una nueva versión de la novela de Somerset Maugham, *El mago*. Maugham había conocido a Crowley y, desde el primer momento, lo había odiado; se inspiró en él para crear el personaje de Oliver Haddo, el malvado hechicero que intenta crear un homúnculo o un niño de la luna en su guarida de Escocia.

El propio Crowley escribió una novela similar titulada *La hija de la Luna*, aunque sin tanta trama de terror gótico al estilo de los estudios Hammer como la que empleó Maugham. Las letras de Maiden están llenas de referencias a Crowley, desde *Revelations* hasta *Moonchild*, pasando por *Powerslave*.

Julian Doyle y yo nos reuníamos con frecuencia para escribir el guion. Jimmy Sangster, quien escribió muchas de las películas originales de Hammer, lo reescribió. En realidad, a mí me gustó, pero a Julian le pareció horrible y demasiado tradicional.

Seguimos adelante, centrándonos en el período transcurrido hasta 1947, cuando Crowley murió de un ataque al corazón. Por aquel entonces, Crowley tomaba suficiente heroína todos los días como para matar a una docena de mortales corrientes.

Yo había escrito unos dramáticos primeros cinco minutos que tenían lugar en la cima del K2, donde Crowley encabezó una desafortunada expedición.

Era un escalador de talla mundial, a pesar de su asma y su adicción a las drogas. Esa escena, más la canción de presentación *Man of Sorrows*, hicieron que Velvel, la recién creada compañía de producción de Walter Yetnikoff, comprara los derechos de la película. Walter había sido productor ejecutivo de *Por favor, maten a mi mujer* y le había dado ahora por el cine, después de que CBS Records se vendiera a Sony Music por bastante más de lo que valía.

Walter tenía planeado hacer tres películas, y la mía era una de ellas. El dinero, en realidad, cambió de manos, y volé a Los Ángeles para discutir el guion. Ellos pagaban las facturas, así que no tuve inconveniente en que se nos uniera un guionista experto para agilizar las cosas. De hecho, me interesaba ver el proceso porque, en lo que respecta a la escritura de guiones, me iba inventando las cosas a medida que avanzaba, salvo por la guía de algunos manuales de autoaprendizaje. Julian despreciaba la estructura en un sentido tradicional. Yo no estaba tan seguro, y de todos modos, esta era toda una aventura.

Durante los siguientes dos años, el guion estuvo cruzando el Atlántico en los dos sentidos y esperé los resultados del cirujano especialista; me pareció una eternidad.

Por el contrario, el último álbum de Iron Maiden se terminó en un abrir y cerrar de ojos.

El espacio de ensayo del establo se había trasladado ahora a un estudio de segunda mano instalado en los estrechos confines situados bajo el tejado. Pensé que el proyecto era loable pero de ejecución defectuosa.

Terminamos de añadir las voces, y seguí con la escritura de guiones y ganando competiciones de esgrima. También estaba atareado preparando un tercer libro para la serie de lord Iffy, tratando de llevar a nuestro excéntrico terrateniente de vuelta a sus días de escuela.

La posibilidad de grabar una continuación de «Tattooed Millionaire» se cernía amenazadoramente. Janick se encontraba en ese momento totalmente absorto en Maiden, y hubo varias sugerencias sobre quiénes deberían acompañarme en su elaboración. Me di cuenta de que ya no conocía a ningún músico. De hecho, no sabía mucho acerca de nada que no fuera Iron Maiden, tan completa había sido la inmersión durante los últimos diez años.

EN EL ALA FLA]A

Estando de vacaciones en Florida, descolgué el teléfono y marqué. Clases de vuelo de prueba: 35 dólares. El simulador de vuelo de Microsoft no era lo bastante real.

17 de julio de 1992 es la primera entrada en un magullado diario de vuelo de color marrón que registra los despegues y aterrizajes en el aeródromo Kissimmee de Florida. También podría haber descrito el viaje que Pablo emprendió hacia Damasco.

Mi conversión tuvo lugar en un Cessna 152, y fue causada por la mitad de la velocidad del aire sobre el ala al cuadrado, multiplicado por el coeficiente de sustentación de la superficie aerodinámica involucrada. Así iluminado, mi peso fue transportado hacia el cielo —o mi masa, si nos ceñimos a la materia— y, liberado del lastre vital por la hélice giratoria que se abre camino a través del aire, me propulsé hacia delante y hacia arriba. En resumen, podía volar.

No soy una persona de números; prefiero usar palabras o imágenes. La mayoría de los pilotos, probablemente, sean todo lo contrario; sin embargo, ya sean números o palabras, la respuesta emocional a un primer vuelo era abrumadora, transformadora y fascinante.

El Cessna 152 es un pequeño avión de dos asientos y ala alta, que parece extremadamente endeble en tierra. No obstante, aquí estaba yo, a mil quinientos pies sobre el paisaje de Florida, con una puesta de sol recién iniciada y los ondulantes Everglades y lagos atravesados por carreteras y vías fluviales.

Fue un encuentro de todos los mundos: poético, mecánico, lógico, audaz, experimental, creativo, interno y externo. Por un momento me di cuenta de que esta manufactura de aluminio y remaches me mantenía con vida. Además, yo era un intruso en el aire y tenía que respetar los modos del viento, la temperatura, la densidad del medio en el que colgaba, suspendido solo por

una diferencia de presión, algo que, aunque real, bien podría haber sido un acto de fe.

Aun así, el enigma aumentaba. ¿A dónde iría? ¿Cómo navegaría? ¿Cómo podría predecir qué fallos podrían ocurrir y cuándo?

Desde el punto de vista externo a las eternas preguntas de «¿Y si...?» que no paran de dar vueltas en la cabeza, el asunto de volar era incognoscible. Si uno volase todos los días durante el resto de su vida, nunca podría decir: «Lo he visto todo, lo sé todo y lo he hecho todo».

Lancé una mirada larga y panorámica desde la punta de un ala hasta la punta de la otra ala, y todos estos pensamientos hirvieron al instante en mi fuero interno. Entonces, mi ensueño se rompió de repente. Mi instructor era un tipo bastante serio, y creo que reconoció a alguien que estaba a punto de tomarse lo de volar igualmente en serio.

—Bien, señor Dickinson, ¿qué le parece si aterrizamos? —dijo.

Estoy seguro de que la mayor parte del aterrizaje fue cosa suya, pero no importa, estaba ansioso por arrojarme desde el precipicio. Se suponía que estaba de vacaciones en Disney World, aunque en realidad me pasé toda la semana siguiente volando a diario.

El quinto día ya tenía cinco horas y media anotadas en mi pequeño diario de vuelo, y veintidós aterrizajes. Según el libro, había despegado, ascendido, descendido, practicado caladas, hecho giros abruptos a 45 grados, había volado muy lentamente y simulado averías en el motor. Mi instructor me preguntó cuánto tiempo más iba a estar en Florida. Le dije que tenía que volver a Inglaterra para comenzar una gira.

—Es una pena —dijo—. Si te hicieras un reconocimiento médico, te habría dejado volar en solitario en un par de días.

Pensé que seguramente eso se lo decía a todos. No obstante, en el fondo me quería matar a mí mismo por no haberme unido a los cadetes del aire.

La gira *Fear of the Dark* tomó las riendas, y la siguiente oportunidad que tuve de volar fue en California, en plena gira. El aeropuerto de Santa Mónica, una encantadora joya y un paraíso del gozo por la aviación y del *esprit de corps*, se encontraba al abrigo de las montañas de Santa Mónica, justo detrás de Venice Beach. En seguida supe que este aeropuerto significaría el comienzo de un nuevo capítulo en mi vida, y que regresaría a él en los años venideros.

Justice Aviation, propiedad de Joe Justice, era la escuela de vuelo independiente más grande y también una empresa de alquiler de aviones. Llegué allí y pedí salir a volar. Mi instructor se había licenciado en Física y

también por la Universidad Aeronáutica Embry-Riddle; su padre era coronel de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos.

Yo llevaba el pelo largo y castaño, vestía pantalones cortos y camisetas ridículas. Él era, pensé, muy despreocupado para tener unos antecedentes tan conservadores, así que me hice un marcador mental. Para tomar prestada una frase de Arnie en *Terminator*: «Regresaré».

Después de Estados Unidos, terminamos brevemente en Nueva Zelanda. Picado totalmente por el gusanillo de volar, busqué el aeropuerto de Ardmore y me fui allí en busca de más conocimiento.

—¿Puedo hacer un giro? —pregunté.

—No, colega, no puedo dejar que hagas un giro..., pero puedo hacer uno y me dices qué te parece.

El morro del avión se elevó, el motor volvió a la posición de ralentí, una de las alas bajó, y la tierra quedó a mi izquierda, mientras que mi trasero iba en dirección opuesta. De repente, la vista de la ventana izquierda dijo: «Cielo, tierra, cielo, tierra» y la vista a través del parabrisas delantero decía: «Tierra, al revés, tierra haciéndose mucho más grande, ¡TIERRA!»; la rotación se detuvo bruscamente, las alas se nivelaron y el motor emitió su quejumbroso sonido habitual. Me quedé sentado en silencio. Seguía en silencio cuando volví a la cabaña de información. ¿Qué estaba pasando aquí?

—Nunca he recibido una clase teórica hasta ahora —le dije—. Enséñame algo.

Lo que obtuve estaba sacado directamente de la Escuela Central de Aviación de la RAF. Gráficos maravillosamente explicados sobre resistencia de sustentación y cómo se relaciona con la velocidad aérea y el ángulo de ataque. Después de una hora, pasamos al giro: cómo sucedía y qué sucedía.

De vuelta en Inglaterra, fui al aeródromo de Elstree y tomé una lección más de mi curso no estructurado «prueba antes de comprar» para aprender a volar.

A diferencia de California y Nueva Zelanda, Inglaterra era verde y brumosa, y los aviones parecían arrastrarse entre la maleza; tenían prohibido volar por encima de los postes de telégrafo para no chocar con algún avión de pasajeros extraviado.

La navegación visual en Inglaterra se parecía más a la orientación que a la navegación. El simulador de vuelo de mi pesado ordenador portátil usaba instrumentos de navegación por radio, los mismos que llevaba adaptados el Grumman AA-5 en el que estaba aprendiendo.

Observé que el instructor tenía un mapa, un cronómetro, un lápiz y una regla.

—¿Por qué no tomamos una demora mediante un radiofaro? —pregunté.

—¡Dios mío! No le está permitido hacer eso. No está en el plan de estudios. Cronómetro, papel y lápiz, amigo.

Nota para mí mismo: debes repasar la aritmética mental.

Mi siguiente cita fue en noviembre de 1992, en Santa Mónica. Pasé un par de meses en el estudio para producir lo que terminaría siendo «Balls to Picasso», mi segundo álbum en solitario, y decidí que conseguiría mi licencia de piloto cuando terminara.

Recibí bastante más de lo que esperaba en ambos aspectos.

Muchas personas tenían la impresión de que «Tattooed Millionaire» había sido un intento serio de grabar en solitario, cuando en realidad lo había hecho un poco por diversión, aunque estaba bien ejecutado y la compañía discográfica le había puesto mucho entusiasmo.

El siguiente disco tenía que ser algo mucho más serio para mí, y no quería repetir el mismo tipo de rock duro de los setenta. Bandas como Soundgarden y Faith No More en realidad sonaban innovadoras, mientras que el mundo del metal «tradicional» se parecía, con frecuencia, a transexuales que necesitaban un afeitado.

Maiden siempre se había mantenido al margen de cualquier tribu definitoria, a pesar de que tuviéramos el respaldo de unos cuantos. Mi problema era establecer cuál era mi lugar dentro de la música rock moderna, si es que realmente pertenecía a ella. Me habían encaminado a trabajar con una banda de heavy metal tradicional llamada Skin, en la creencia errónea de que quería continuar en la misma línea de «Tattooed Millionaire». No estaba contento con el resultado. Mientras me rascaba la cabeza con perplejidad ante mi falta de chispa creativa, pensé que quizás mi tiempo se había acabado. Tal vez Maiden era lo más a lo que podía aspirar en la vida. Podría consolarme con el consejo que le dio su hambriento amigo a un caníbal que no quería comerse a su vecino: «Deja de gimotear. Cállate y cómete las patatas fritas».

Al terminar la gira *Fear of the Dark* había subido al autobús de regreso al aeropuerto de Narita, en Tokio. Nos íbamos a casa con otro éxito autocomplaciente. Intenté expresar en voz alta mi preocupación sobre el sonido y la producción de nuestros álbumes, sobre la suposición de la perfección y la falta de crítica sincera dentro de la banda. Todos me miraron como si hubiera perdido la cabeza. Tal vez sí, o tal vez estábamos en la lenta trayectoria de una lujosa extinción creativa.

Los Ángeles sería el origen de mi nuevo futuro. Mis cintas de las sesiones de grabación con Skin habían sido enviadas a Keith Olsen, un productor de cierta reputación, con el objetivo de rescatar, reelaborar, remodelar y, en general, reconstruir el álbum.

Keith tenía su propio estudio en Los Ángeles y había revisado los discos de David Coverdale, convirtiéndolos en monstruosos éxitos radiofónicos en Estados Unidos. El problema era que prefería a David Coverdale producido por Martin Birch. A mi modo de ver, el éxito en la radio era sinónimo de perfección mecánica. Sin embargo, me presenté en Los Ángeles, comencé a circular por la 10, la 405, la 5 y toda la interminable maraña numérica del complejo sistema de autopistas, hasta llegar a la puerta de los estudios Goodnight LA.

Keith escuchó mi conjunto de cintas y mezclas en bruto.

—Me interesa porque sabes cantar —declaró—. Realmente tienes buena voz.

Afectado por esos débiles elogios, sugerí que elimináramos todo y empezáramos de nuevo. No estaba de humor para medias tintas. Yo también pagaba por eso. Quería un disco oscuro y emocionalmente irregular, en línea con mis pensamientos en aquel momento. Uno de los álbumes que mencioné fue el tercero de Peter Gabriel, que consideraba, y lo sigo haciendo, una obra maestra.

Keith importó teclistas de sesión para trabajar conmigo, además de diferentes baterías, guitarristas y cantantes para los coros. Fue fascinante pero artísticamente estéril. El nivel de experiencia técnica de todos ellos era asombroso, pero eran poco conflictivos y naturales. La vida no es así, y yo tampoco quería que mi propia música fuera así.

El ingeniero de Keith, Shay Baby, un personaje bastante peculiar, por cierto, fue quien rompió el hielo. Era un antiguo infante de Marina de Estados Unidos que había cumplido condena en Vietnam y ahora la cumplía en el estudio de grabación. Mientras rehacía el trabajo y avanzaba con dificultad por la melaza musical, tratando de encontrar el camino a través de la ciénaga de Grimpen y alcanzar un momento de revelación al estilo Sherlock Holmes, Shay me brindó la brújula.

—Ven a ver a mis amigos Tribe of Gypsies —sugirió; y así lo hice.

En otro momento revelador, este sorprendente grupo reavivó mi fe en la música. El escritor y guitarrista principal, Roy Z, había sido un adicto al crack y, básicamente, la música lo salvó de una vida de violencia pandillera. El percusionista de congas había sido miembro de esta banda y había pasado un

tiempo en la cárcel. El bajista, Eddie, era tan genial que incluso las pandillas de los barrios le respetaban y acordaron una tregua alrededor de su casa. Eddie era una roca. Todo el panorama latino de Los Ángeles era algo desconocido y un misterio para un niño rico anglosajón, pero me salvó que todos fueran seguidores de Iron Maiden.

Si hubieran sido un buque de guerra, creo que habrían hundido a la mitad de la Marina Real británica, de tan buenos como eran. Había amor, poder, pasión y alma, y nada de dinero, ni representantes, ni política. Verlos actuar fue inspirador y deprimente porque merecían mucho más que la mitad de otras bandas que circulan por ahí.

Fui a la casa de Shay y conocí a Roy Z, cara a cara, más una guitarra o dos. Le daba vergüenza preguntar si podíamos escribir juntos, pues suponía que el todopoderoso Bruce Dickinson no estaría interesado. Yo estaba igualmente convencido de que Roy no necesitaba una vieja chatarra como un servidor para hacer sugerencias, cuando era evidente que su grupo era sensacional.

A media tarde nos subíamos por las paredes. Al anochecer necesitamos tomarnos pequeños cubos de cerveza para calmarnos. Bastó con que Roy tocara un riff de guitarra, que acabó siendo el comienzo de una canción llamada *Laughing in the Hiding Bush*.

El proceso comenzó cuando me dijo:

—Pensé que podrías hacer algo con esto.

Al regresar a los estudios Goodnight LA, me encontraba a la mitad de la segunda encarnación de mi esfuerzo solista; entonces me di cuenta de que los esfuerzos del día anterior con Roy Z se habían quedado obsoletos de la noche a la mañana. Iba a tener que comenzar de nuevo. Descartar un álbum es comprensible; eliminar dos es descuidado; desechar tres es un simple desquite creativo después de hacer música en el mismo silo durante diez años.

Había alquilado una pequeña casa en Brentwood, justo calle arriba de donde ocurrió el asesinato de O. J. Simpson. No se podía decir que hubiera una masa abrumadora de carnalidad pecaminosa por las calles, al menos no después del anochecer. Puede que en el interior fuera otra cosa. Los Ángeles es una ciudad muy madrugadora. Es posible que las películas y las sesiones de maquillaje a las cinco de la mañana hubieran contagiado al resto de la población, o puede que los corredores que madrugaban como tontos fueran adictos a los medicamentos que no se escondían. En cualquier caso, después de regresar del estudio por la noche, la cama era realmente la única opción.

Estaba en camino de entregar mi tercer intento para el álbum y había decidido terminarlo en el Reino Unido, con Shay Baby a cargo de la producción y utilizando elementos de lo que ya había grabado en Goodnight LA. Era crucial llevarme conmigo a Roy y Tribe of Gypsies a Londres, donde terminaría nuevas grabaciones en los estudios Power House, en Stamford Brook.

También estaba en camino de obtener mi licencia de piloto antes de que terminara febrero.

Hay licencias de piloto para todos los gustos; Estados Unidos emite las suyas propias, y estas, aunque no sean las mismas, son reconocidas por las autoridades europeas, y por las británicas en particular.

Seguía el plan de estudios de Estados Unidos, por lo que obtendría «una expedición original» de una licencia estadounidense. Seguí sacándome otras licencias estadounidenses distintas hasta conseguir la de piloto comercial e instructor de vuelo para aviones de uno o varios motores. Lo dejé antes de molestarme con la licencia de piloto de transporte de línea aérea porque en ese momento ya tenía una licencia británica de piloto de línea aérea y estaba bastante ocupado con múltiples actividades.

Durante aquel período en California, busqué la licencia estadounidense más sencilla: una licencia de un avión terrestre (en lugar de hidroavión) de un solo motor, que me permitía volar de día o de noche, siempre que no me acercara a una nube y evitara otras aeronaves, objetos y personas mediante instrumentos de inspección visual, dos de los cuales ya tenía instalados esta unidad humana y estaban completamente operativos.

Me equipé con mapas, o «cartas», como mi instructor insistía en llamarlas, y una regla de cálculo circular de la Segunda Guerra Mundial, lápices, reglas de plexiglás calibradas en millas náuticas y un transportador para medir ángulos.

Como maestro del pragmatismo, Estados Unidos publicaba convenientemente todas las preguntas en su base de datos para el examen escrito. Como modelo de libre empresa, se podía disponer de libros con las respuestas a todos los miles de preguntas, junto con ejemplos prácticos relacionados con el peso y el equilibrio, problemas de navegación, técnicos, aerodinámicos y normativos.

Me imaginaba a unas personas que tenían cerebros del tamaño de un planetario, que dedicaban todo su tiempo a escribir estos libros y que no salían mucho; libros que ahora, por supuesto, están disponibles en Internet como programas interactivos de instrucción.

Me pasaba las tardes, a veces, incluso hasta ya bien entrada la noche, con la cabeza gacha, repasando el plan de estudios y realizando ejercicios prácticos uno detrás de otro. La nota para aprobar el examen era del 80 por ciento. Un ordenador realizaba el examen, creando así una prueba a medida para cada individuo. La verdad incómoda era que se podía empollar para la prueba y pasarla con un aprobado raspado. No era mi intención, pero era una posibilidad.

Mi estricto pero despreocupado instructor comenzó a preguntarme a medida que avanzábamos en nuestro vuelo, para simular la prueba. El clima invernal en Los Ángeles puede resultar, sorprendentemente, de poca ayuda. Niebla costera, diluvios de tres días y los efectos del viento de montaña pueden conspirar a la vez para echar por tierra el horario más determinado. Si llovía, me quedaba en la escuela de tierra; si había niebla, debo confesar una fascinación desde la infancia: ¿qué ensueños y apariciones podría contener? Yo desayunaba en el Spitfire Grill situado a un lado de la pista de aterrizaje y veía cómo la niebla del mar iba enroscándose en torno a la torre de control, mientras el aeropuerto permanecía en un silencio espeluznante. Era entonces cuando aparecían los fantasmas. El fantasma de la Douglas Aircraft Company que construyó el DC-3 aquí en Santa Mónica.

El aeródromo se conocía originalmente como Clover Field, y la aviación comenzó allí en 1923. Muy cerca de la costa estaba la isla Catalina, con su aeropuerto encaramado por encima de la niebla cuando esta lo rodeaba. Más allá de las montañas, hacia el norte, estaba el desierto de Mojave, escenario de *Elegidos para la gloria* y hogar de sus propios y misteriosos fantasmas, entre ellos la base 42 de la Fuerza Aérea Estadounidense, situada en el aeropuerto de Palmdale, con la empresa Lockheed Martin y su infame proyecto Skunkworks.

Me encantó el desierto. Cuando conseguí mi licencia, alquilaba con frecuencia un avión y volaba cerca de Joshua Tree o Apple Valley. Si era por la mañana temprano, el silencio al apagar el motor era ensordecedor; mi respiración era el sonido más fuerte. El efecto en la mente era como arrastrar un rastrillo por un terreno desordenado de arena o grava. El desierto parecía tranquilizar y calmar la mente tempestuosa que siempre andaba rebotando dentro de mi cráneo. No era inspiración; era exhalación y vacío.

Realicé mis primeros tres aterrizajes en solitario en el aeropuerto de Mojave. El instructor me dijo que ya estaba listo desde hacía diez días, pero el tráfico de aterrizaje en Santa Mónica era siempre ridículo, a veces hasta

veinte aviones en el circuito al mismo tiempo. Así que nos esperamos hasta nuestro primer vuelo a campo traviesa, que fue hasta Mojave.

Recuerdo que estuvo muy callado durante todo el viaje. Aterrizamos, y el motor seguía en marcha, cuando abrió su puerta en el Cessna 172.

—Estaré en la torre de control observando —dijo—. Tres aterrizajes y, luego, apaga frente a la torre.

Por fin estaba solo. Para ser sincero, fue bastante decepcionante. Hubiera estado mucho más emocionado si hubiera volado en solitario después de seis o siete horas en Kissimmee, donde te cortaban el faldón de la camisa que llevases puesta y lo clavaban en la pared cuando salías a volar a solas.

Las condiciones eran ideales, sin viento, una pista enorme, así que me detuve frente a la torre y completé mis listas de verificación. Volar a solas significaba que podría realizar vuelos de travesía por mi cuenta después de un par de viajes más con mi instructor a diferentes aeródromos. De hecho, era un requisito; como también lo era realizar un vuelo en solitario de 240 millas náuticas en un día, con aterrizajes en tres aeropuertos distintos.

Quedaba poco para mi examen de vuelo. Tenía cita con el examinador y me sentía seguro. Aprobé el examen escrito. Solo tenía que completar siete horas más de vuelo a campo traviesa. Un sábado por la tarde, con el cielo despejado de nubes, inicié un glorioso viaje de ida y vuelta a Palm Springs, con un calor abrasador en tierra, pero un poco de frío a nueve mil quinientos pies a la salida. Me quedaba un viaje más, así que planeé un vuelo de ida y vuelta a Las Vegas un domingo, despegando temprano, con el fin de tener tiempo suficiente para regresar antes del atardecer.

La primera vez que sientes mucho miedo en un avión es un suceso memorable, y jamás he olvidado aquel domingo. Desde entonces he pasado por otras situaciones en las que podría haber estado igual de asustado, o tal vez debería haberlo estado, pero aquella experiencia actuó como una especie de vacuna para el alma. Podrás tener miedo y estar asustado, pero es el pánico lo que te mata, no el miedo.

El cielo azul claro, el viento tranquilo y la pista 03 en el aeropuerto de Santa Mónica despejada. Era la primera persona que encendía su motor aquel domingo por la mañana.

El clima en Las Vegas era benigno, así que decidí volar a lo largo de las montañas, que superan los dos mil cuatrocientos metros, antes de girar hacia el norte a través del puerto del Cajón en dirección al desierto, a unos novecientos quince metros sobre el nivel del mar.

El despegue fue suave, el cielo estaba raso y en seguida capté un código de radar con un controlador muy servicial que me avisaría de cualquier otro tráfico. El tío Sam cuidaba de mí.

Subí a siete mil quinientos pies, y la temperatura descendió, mientras daba la vuelta a los picos nevados, saliendo por el aeropuerto de Ontario hacia San Bernardino. Poco antes de girar hacia el norte, en el corte irregular que forma el puerto del Cajón, sentí que la cola del avión se balanceaba de lado a lado, y luego un par de rebotes debajo de la panza que golpearon el morro hacia arriba. Nivelé las alas usando la columna de control y establecí la cola ejerciendo más presión con mis pies en los pedales del timón.

—¿Algún informe de turbulencias? —le pregunté al tío Sam.

—No.

El controlador parecía aburrido. Los domingos a las ocho y media de la mañana no hay mucho que contar. Los rebotes continuaban; empezaba a ser fastidioso. Eché un vistazo rápido a mi carta. Descendería dos mil pies, hasta los cinco mil quinientos, para escapar de los rebotes y sacudidas que estaban perturbando mi día perfecto.

Pensé que se lo diría al controlador —no es que él me estuviera controlando— y detecté un rastro de incertidumbre en mi voz cuando anuncié que descendía hasta los cinco mil quinientos pies para despejar las turbulencias.

—Bueno —fue su lacónica respuesta.

Ahora sí que sonaba realmente aburrido. Comencé un descenso gradual, y se detuvo el vaivén. Cuando me acercaba a la altitud elegida, abrí el acelerador e inicié un suave giro a la izquierda en el puerto del Cajón. Debajo de mí quedaban las colinas grises moteadas, así como las arterias interestatales de California, el ferrocarril y la carretera, que subían por la empinada pendiente desde el nivel del mar hasta la meseta, a novecientos catorce metros de altitud.

En ese preciso momento, un gigante dormido se despertó. Invisible pero tangible, se apoderó de la parte trasera de mi avión y lo retorció como una toalla mojada, golpeando mi cabeza de lado a lado dentro de la cabina. Después, un gigantesco puño invisible golpeó la parte superior del ala, presionándola hacia abajo, oprimiéndome en el asiento, cuando observé que las agujas del altímetro giraban rápidamente indicando la caída.

Levanté el morro y apliqué toda la potencia. Miré el indicador de velocidad vertical: estaba clavado a más de mil pies por minuto hacia abajo, en tanto que la despiadada bestia golpeaba la cola hacia arriba, hacia abajo y

hacia los lados. Las alas se balanceaban mientras yo luchaba con la columna de control para mantenerlas niveladas. Llevaba el morro muy alto y escuché el pitido del sistema de advertencia de calada que me decía que, si seguía subiendo el morro, perdería la poca sustentación que me quedaba para luchar contra el monstruo que aplastaba el pequeño trozo de estaño que conformaba mi sistema de soporte vital.

Un cálculo momentáneo mientras miraba de frente hacia el terreno ascendente: estaba a tres mil pies; había empezado a cinco mil quinientos y descendía a mil pies por minuto o más, con toda la potencia. Tenía las manos resbaladizas y podía sentir cómo el sudor me goteaba desde las axilas hasta el pecho. Podía ver el titular: «El tonto que pensó que podía volar». A este ritmo, me quedaban tal vez dos minutos para impactar...

Me obligué a controlar mi terror y tuve realmente que esforzarme mucho. Por un lado, tenía agarrado al miedo por el pescuezo y, por el otro, pensaba en estrellar el avión en algún lugar en el que pudiera sobrevivir, así que iba siendo hora de buscar un sitio abajo. Toda el área estaba envuelta en líneas eléctricas. ¡Estupendo! Electrocuci3n o decapitaci3n: mejor evitar ambas. Entonces, el gigante maligno me soltó de sus garras, y lo reemplazaron unos ángeles traviesos.

Mis oídos se destaponaron, y tragué saliva para aclararlos, mientras unas alas invisibles llevaban mi pequeña máquina hacia el cielo. El altímetro subía de nuevo, y el indicador de velocidad vertical se había estabilizado a más de mil pies por minuto hacia arriba. Reduje el acelerador a ralenti, sin ningún efecto. Estaba siendo lanzado hacia arriba como una pluma e iba a la deriva hacia el otro lado del paso en forma de V. Todo el ciclo me había disparado quinientos pies y, cuando me acercaba otra vez a la cima de la línea de la cordillera, toda la montaña rusa comenzó de nuevo. Caída, a todo gas; ascensi3n, acelerador en ralenti; perdiendo unos quinientos pies todo el tiempo, mientras el suelo se acercaba para saludarme con cada repetici3n.

Al final, atravesé tambaleante el puerto y salí al desierto con unos mil quinientos pies de más. Aún me quedaban otras dos horas y media de vuelo antes de llegar al aeropuerto de North Las Vegas. De algún modo, lo logré.

Aterricé en Las Vegas y me comí una tortilla con patatas fritas. Estaba tan conmocionado que pensé que debería rendirme. Me dolía la boca del est3mago, aunque afortunadamente no soy de los que decoran el servicio con buena comida.

SALTAR DE LA SARTÉN...

Tears of a Dragon fue la gran canción del álbum «Balls to Picasso», que se grabó casi por completo en los estudios Goodnight LA. Las personas implicadas en el proceso hicieron que la mayoría de las demás pistas sonaran castradas. No me sentía más cerca de un nuevo comienzo, excepto cuando trabajé con Roy Z, quien me permitió ser yo mismo, en vez de pensar demasiado sobre quién o qué debería ser. Poco a poco, el péndulo volvía al rock and roll más convencional, pero me encantaban los matices rítmicos que ofrecían Roy y Tribe, puro ritmo.

Una cosa me quedaba clara: la palabra «catártico» empezaba a aplicarse a todo el proceso, y volar estaba amplificando mi realidad. Había escrito una canción llamada *Original Sin*, que trataba sobre la relación entre mi padre y yo. Nunca formó parte del álbum, pero es una de las canciones más oscuras de las sesiones con Keith Olsen. El estribillo me hizo sentir bastante culpable; puede que solo me compadeciera de mí mismo o, tal vez, era demasiado cruel.

*Dime, padre, dónde has estado
Todos estos años, en el pecado original
Te veía cada día, no teníamos nada que decirnos
Y ahora es demasiado tarde para empezar*

Fuera cual fuera el resultado de la canción —bueno, malo o indiferente—, aquellas palabras me hicieron preguntarme qué hacía en Iron Maiden teniendo en cuenta el rumbo que habían tomado los álbumes.

Pasé varios días con una extraña mezcla de incertidumbre y euforia. Una mañana, me encontré el periódico *LA Times* desparramado por el suelo (la mayor parte eran suplementos publicitarios desechables) y logré localizar las partes relacionadas con las noticias y opiniones reales. «El pensamiento del día» era un artículo de fondo que rara vez leía, pero aquel día lo hice. Era una cita del escritor Henry Miller:

Todo crecimiento es un salto en la oscuridad, un acto espontáneo no premeditado que carece del beneficio de la experiencia.

En aquel momento decidí dejar Iron Maiden. Puedes echarle la culpa a Henry Miller.

Tal vez imagines que, para tomar una decisión tan potencialmente transformadora, habría trazado un plan, sin embargo, ya sea por ingenuidad o, simplemente, por entusiasmo, no era así.

Rod Smallwood vino al estudio de Los Ángeles y le hice escuchar un poco de mi material.

—Tengo buenas y malas noticias —dije.

Rod se movió en la silla y comenzó a parecer un poco incómodo.

—¿Cuáles son las malas noticias?

—Bueno, la mala noticia es que siento que debo abandonar la banda, y he pensado que debía decírtelo a ti primero.

—¿Cuál es la buena noticia?

—Bueno —comencé a decir con una sonrisa—, ahora tienes un artista en solitario totalmente nuevo al que representar. Encontrarás otro cantante para Maiden. No será tan difícil; hay muchos por ahí.

Rod no parecía muy convencido.

—¿Se lo cuento a Steve? —le pregunté.

—No, no. No hables con nadie; yo me encargaré de todo.

Por supuesto, así lo hizo, justo como se esperaba de uno de los mejores representantes del planeta. Todavía no sé lo que le dijo al resto del grupo, pero estoy seguro de que su mente ya andaba maquinando cómo limitar el daño y haciendo planes para evitar el Chernóbil del rock and roll en los medios.

Los dos álbumes en directo publicados tras mi renuncia no fueron los mejores de nuestro repertorio, y el segundo, «A Real Dead One», parecía casi profético visto en retrospectiva. Sin embargo, mi partida fue orquestada para que no perturbase el delicado equilibrio entre la percepción y la realidad.

Haría una última gira, seguida de un especial de televisión con un ilusionista llamado Simon Drake. No tuve ningún inconveniente en aceptar ser sacrificado dentro de una doncella de hierro en el momento culminante de la actuación del mago; la sangre brotó de mi boca cuando los clavos atravesaron mi cuerpo.

Solo para aclarar este punto, la portada del sencillo, *Hallowed Be Thy Name*, mostraba a este servidor ensartado a la altura del pecho, mientras se tostaba en el fuego del infierno como un malvavisco melenudo.

No era exactamente el comienzo perfecto para una carrera en solitario, aunque, por otra parte, los que habían dejado Iron Maiden habían caído tradicionalmente en el olvido o habían quedado reducidos a un recuerdo nostálgico. Lo que pasara a partir de entonces dependía totalmente de mí.

«Balls to Picasso» tuvo un éxito limitado. En retrospectiva, debería haber sido un álbum mucho más duro y pesado, lo que podría haberse logrado en gran medida si lo hubiera producido Roy Z, pero, por cautela, Shay Baby recibió ese honor. Era demasiado pronto para cargarse al señor Z. Creo que mi marcha suscitó variopintas emociones, entre ellas de enojo y confusión, entre los seguidores de Maiden.

Como dice el viejo dicho militar: «Ningún plan de batalla sobrevive al primer contacto con el enemigo». Por aquel entonces, la guerra más cercana tenía lugar en Bosnia. Estaba a punto de tener ese primer contacto.

...PARA CAER EN LAS BRASAS

El teléfono sonó en casa.

—¿Te gustaría hacer un concierto en Sarajevo?

—¿No se están pegando tiros allí en una guerra?

—Sí, pero la ONU está poniendo orden. Estarás completamente protegido. Todo está planeado.

No estábamos protegidos, no había ningún plan y las balas eran reales, pero ¡qué diablos!, fuimos de todos modos.

Metallica y Motörhead, al parecer, lo rechazaron. No me sorprende. Si yo hubiera sido su representante, habría hecho lo mismo. Aunque no le dije lo mismo a mi representante. Lo que sucedió no se pareció en nada a lo que se suponía que sucedería. Lo que ocurrió se convirtió en uno de esos eventos que cambiaron mi forma de ver la vida, la muerte, a otros seres humanos... y los semáforos.

Reuní a una banda y cargamos más de doscientos kilos de equipo en un 737, embarcándonos en un vuelo chárter militar a la ciudad croata de Split. El avión estaba medio lleno de soldados que nos miraban con un ligero desdén. Les pagaban por ponerse en peligro; nosotros no cobrábamos nada, cero. Era invierno en las montañas de los Balcanes. Compré una mochila. Al fin y al cabo, llevaba puestas mis botas del ejército en el escenario, además del viejo abrigo del ejército suizo que había usado para el vídeo del tema *Tears of a Dragon*. Debajo llevaba puesto mi viejo guardapolvo de mis días en el Ejército Territorial. Un montón de bolsillos, agradable y cálido, además de un sombrero de lana. Metí una botella de whisky Jameson por si acaso. Pensé que a nuestro organizador podría gustarle una botella. Era el comandante Martin y tenía su propio espectáculo de rock en Radio Z1D, que era una estación local que seguía transmitiendo en Sarajevo.

El plan era llegar a Split, ponerse chaquetas antibalas y cascos azules de la ONU, subirse a un helicóptero Sea King, volar a Sarajevo, dar el concierto y regresar. Trabajo hecho.

Llegamos a Split. Vi los cascos y las chaquetas apiladas en una esquina de la sala de llegadas. Un tal coronel Green se encontró con nosotros, y no, este no era un juego de Cluedo.

—¿Sois los tíos de la banda de rock británica? —preguntó.

Era una de las preguntas más obvias que jamás me habían hecho. Asentí.

—Pues lo siento, pero tenéis que regresar a casa. Aquí están las tarjetas de embarque.

Blandió los documentos del viaje de vuelta. Regresaríamos en el mismo avión que nos había traído.

—¿Qué pasa si no nos vamos? —le pregunté.

—El siguiente vuelo sale dentro de una semana —respondió el coronel—. En cualquier caso no hay helicópteros de reserva y hace mal tiempo. Además, la ONU se ha enterado y Akashi no quiere molestar a los serbios.

Akashi era el enviado de la ONU y tenía reputación de apaciguador.

El coronel Green se alejó, obviamente ocupado con cosas más importantes que un montón de melenudos locos en busca del martirio.

Afuera había una hilera tras otra de camiones de la ONU pintados de blanco y carros blindados. Era una base militar importante, así como un aeropuerto civil. Estaba seguro de que muy pronto estorbaríamos a alguien.

Un camarógrafo de un equipo de noticias de Reuters se acercó. Habían estado esperando en un rincón de la pequeña área de llegadas.

—Soy bosnio. Esto es una mierda. Podemos llevaros a la ciudad —dijo.

A riesgo de invalidar el poco o ningún seguro de vida que teníamos, le invité a que nos diera más información.

—¿Cómo?

—Hay un túnel. Una entrada secreta. Podemos meteros por ahí. Así es como reabastecemos la ciudad.

—Está bien —dije, procesando lentamente todo aquello en mi mente—. ¿Cómo lo hacemos?

—Soy amigo del presidente Izetbegovic. Lo llamo y obtengo el permiso —declaró con orgullo.

Empezó a juntar dinero suelto y se apretujó dentro de una pequeña cabina telefónica, charló intensamente durante un par de minutos y, finalmente, colgó el receptor.

—¿Y bien? ¿Qué ha dicho? —pregunté.

—No está en este momento. Está ocupado.

Miré nuestra pequeña pila de equipamiento, al variopinto grupo de rostros y a un aterrorizado Roland Hyams, un publicista que había pensado que esto sería como el Festival de Glastonbury, pero sin vino frío de Chablis ni tiendas de campaña.

—Podemos entrar en Sarajevo, tal vez —dije—. Hay un túnel. Si regresamos, nunca llegaremos allí. Si nos quedamos, podríamos llegar allí. En el peor de los casos, nos quedamos y bebemos cerveza barata durante una semana y buscamos un local para actuar.

En realidad, el peor de los casos era volar en mil pedazos por un proyectil antiaéreo serbio o una mina terrestre o ser alcanzado por la bala de un francotirador. Lo sometí a votación, con la promesa de que, si alguien quería retirarse, ninguno de nosotros iría, y nadie le menospreciaría por ello. Lo dije en serio.

Todos estuvieron dispuestos a hacerlo, incluso los que estaban un poco aterrorizados. Admitieron tener miedo y votaron ir de todos modos. Tomé las tarjetas de embarque y se las devolví al coronel Green.

—Lo siento, nos quedamos. Intentaremos atravesar el túnel.

Recogió las tarjetas y se paró a pensar un momento.

—Quedaos aquí —ordenó, y se escabulló con un aspecto más ocupado que de costumbre. Pasaron veinte minutos antes de que regresara.

—Bien —comenzó a decir. Había un tono en su voz que indicaba que estaba a cargo de algo en vez de intentar evitarlo—. Ya no tenéis nada que ver con la ONU. Por lo tanto, sois invitados del ejército británico. Como tales, guardaremos vuestro equipo en la armería por ahora, y sugiero que os llevemos al comedor de oficiales para tomar una taza de té.

El *kit* de batería y los amplificadores de guitarra apilados contra morteros, armas pequeñas y revistas habría sido una gran imagen, pero olvidamos sacar la foto.

Hacia la medianoche llevábamos despiertos todo el día, habíamos tomado té y recibido charlas sobre la guerra. Un oficial de inteligencia de la RAF se detuvo frente al gran tablero de mapas y nos explicó exactamente lo que estaba sucediendo. La situación no era buena. Todavía guardo el conjunto de mapas tácticos que me dieron como recuerdo.

Estábamos con nuestra primera lata de cerveza cuando la puerta se abrió de golpe.

—Al camión, muchachos. Os vais.

En Split se podía ir en manga corta durante el día, pero refrescaba por la noche, y estaban por debajo de cero donde nos íbamos. Ahora que lo pienso, ¿a dónde íbamos? ¿En qué? ¿Y conducido por quién?

La Serious Road Trip era una ONG que trabajaba con convoyes de socorro en áreas que la ONU juzgaba demasiado peligrosas para considerarlas. La organización conducía un autobús rojo londinense hacia tierra de nadie durante el conflicto de los Balcanes y dirigía una escuela de payasos para los niños de ambos bandos.

La Serious Road Trip nos iba a llevar a la zona de guerra, y conduciríamos durante toda la noche atravesando Mostar en dirección a las montañas para, finalmente, subir al imponente monte Igman. En la cima, el ejército tomaría el control. Los vehículos blindados para el transporte de tropas se reunirían con nosotros en el puesto de control del ejército bosnio Bravo One, y desde allí nos llevarían a Sarajevo. ¡Vaya con el plan!

Nuestro vehículo era un camión con la parte trasera abierta, un cuatro por cuatro con una capota de lona. Cargamos el equipo en la parte posterior y observamos la pila de sacos de dormir sobre el suelo de tablas de madera con armazón de metal. Ahí iríamos nosotros durante las siguientes diez horas, sumidos casi en la oscuridad total. Un joven voluntario sudafricano metió dos cajas de cerveza por si acaso. Iba con nosotros, como lo había hecho antes. El conductor era un joven estudiante de Arquitectura de Edimburgo. No teníamos escolta, protección, cascos ni chalecos antibalas, pero teníamos un arma secreta. ¿Quién querría disparar a un vehículo pintado como el nuestro?

El camión era de color amarillo brillante con versiones bastante aceptables de Astérix, el gato Félix y el Correcaminos pintadas de manera llamativa en los laterales y en los portones traseros. Era el camuflaje de los idiotas, y ¿quién querría dispararle a un idiota?

Trepamos a la parte posterior y nos pusimos cómodos. La comodidad, por supuesto, es relativa, y es más un estado mental que una realidad objetiva. Apreté mi trasero contra una de las cajas del camión, pensando que entre los ejes sería probablemente menos doloroso para la espalda que directamente sobre ellos. Recordé la botella de Jameson de mi mochila. La saqué. La había estado guardando para el comandante Martin. Ya no aguanto más, pensé, y la abrí, justo cuando Roland Hyams comenzaba a liar su primer porro con una pequeña pieza de resina de hachís.

—¿De dónde diablos sacaste eso?

—Lo llevo en la comisura de la boca desde Inglaterra.

Tuve varios pensamientos poco caritativos, pero tan solo dejé escapar un gran suspiro. Él podría acabar muerto, así que, después de haber llegado tan lejos, bien podía fumárselo, porque todo habría desaparecido por la mañana. Mis días de canutos habían terminado hacía mucho tiempo, así que fui pasando el whisky.

La noche pasó lentamente, dormimos a trompicones, y el frío se nos coló hasta los huesos. El mundo desaparecía detrás de nosotros a través de una capota de lona impregnada del tenue brillo rojo de las luces traseras, que pintaban sombras en la espesa niebla que nos envolvía. Redujimos la velocidad a paso de tortuga y, luego, nos detuvimos. Asomé la cabeza por la parte trasera: estación de servicio. ¿La gente realmente se detenía a por gasolina en una guerra? Supongo que lo hacían. Decidí sentarme en la cabina. Pronto nos acercáramos a la base del monte Igman, la enorme montaña que marcaba la primera línea en Sarajevo.

Ahora conducíamos hacia la negrura total; antes se veían ocasionalmente tenues rayos de luz blanca al borde de la carretera. A lo lejos pude distinguir la gigantesca roca de Igman. Resultaba más fácil de ver porque había una guerra en su cima.

Las estrellas y las bengalas de los paracaídas colgaban en el cielo, una exhibición de fuegos artificiales que presagiaba la muerte y la destrucción de esas desafortunadas almas en lo alto de la montaña, que era, por supuesto, hacia donde nos dirigíamos. Mientras meditaba sobre esto, nos detuvimos de golpe, como hace uno cuando un hombre te sale al paso en la carretera y te apunta con un AK-47. Hay maneras más amistosas de hacer autostop, pero supongo que en una zona de guerra los pulgares han sido reemplazados por balas y cañones de armas.

Nuestro viajero resultó ser un soldado bosnio que estaba harto de caminar y necesitaba que lo llevaran hasta el pie de la montaña. Estuvo charlando en bosnio y casi acabamos hablando por señas cuando le dijimos adiós. Se esfumó en la oscuridad y, alrededor de las cinco y media de la mañana, iniciamos el largo ascenso por la empinada pista hasta la cumbre.

—¿Has hecho esto antes? —le pregunté a nuestro conductor.

—No. Primera vez.

No quería distraerlo. La pista de tierra y grava se retorció con malicia, y los faros escudriñaban la oscuridad más allá del borde. Era casi un escarpado precipicio.

—Algunos de los muchachos hacen esto sin luces —dijo con total naturalidad.

No dije nada. Él apagó los faros.

—Oye —le dije—, ¿qué te parece si los volvemos a encender?

Menuda historia contaban esos faros. En la penumbra previa al amanecer, conducíamos a través de los remanentes del ejército bosnio que volvían a casa. Los faros seguían las hileras de pinos, y recuerdo haber pensado lo hermoso que habría sido aquel lugar, y tal vez volvería a serlo, si alguna vez había paz. Cada pocos cientos de metros encontrábamos un drama bélico: dos ambulancias blancas con cruces rojas, ventanas cerradas, agujeros de bala en las puertas, sangre corriendo por los costados; un camión de basura lleno de combatientes, que llevaban bolsas de plástico y vestían el uniforme a medias, y que regresaban desalentados a lo que quedaba de su ciudad.

Llegamos a la cima de la montaña. El tiroteo había cesado y, como todo en esta loca guerra, ¿alguien sabía qué había sucedido y quién había ganado? Respuesta a ambas preguntas: nadie.

Nos detuvimos, al fin, en el bosque cubierto de nieve. La pista giraba hacia la izquierda y bajaba una empinada pendiente hacia Sarajevo y la línea del frente. Delante había una pequeña caravana sobre pilotes de madera, y el humo provenía de una estufa de leña. Una sola hebra de cable telefónico colgaba a través de la carretera y conectaba el cobertizo con algún lugar. Llegamos al puesto de control del ejército bosnio Bravo One.

Delante de la caravana había un tendedero. Las prendas de lana y las sábanas estaban congeladas. Bajé del camión. No pude ver ningún vehículo blindado para el transporte de tropas. Por supuesto, se suponía que estarían allí.

Llamé a la puerta de la caravana. Dos soldados, un hombre y una mujer, se calentaban junto a la estufa. Les pasé una foto publicitaria de la banda e intenté explicarles nuestra situación. Un trago de whisky ayudó —todos sonreíamos más tarde—, pero seguía sin enterarme de cuál sería nuestro próximo plan.

Abajo, en el valle, Sarajevo estaba totalmente oculto bajo una nube gruesa y blanca. Como un mar interior, rodaba entre los lados del valle. Los serbios controlaban toda la vista, excepto el lugar en el que me encontraba. Los cañones antiaéreos modificados para disparar horizontalmente rodeaban la cuenca, por lo que podrían disparar a la ciudad o, si se daba el caso, a la cumbre donde me encontraba.

No tenían ninguna intención de secar la ropa que colgaba en la cuerda. Era una pantalla de francotirador. Sarajevo estaba lleno de ropa sucia

agitándose con la brisa para ocultar las actividades cotidianas por temor a que un francotirador serbio les tomase antipatía a sus hijos.

El sonido de un motor acelerando rompió el silencio. A la vuelta de la esquina, un machacado VW Golf irrumpió con gran estruendo. Se detuvo, y los ocupantes salieron, chocaron los cinco entre ellos y, luego, se marcharon.

Poco después, la camioneta de la panadería llegó de manera similar, entregando un pan a los de la caravana. El conductor hablaba un poco de alemán, y junto con un poco del lenguaje de señas que ya nos había servido, mostró con orgullo el agujero de bala del parabrisas delantero, exactamente donde debería haber estado su cabeza.

—¡Intentó joderme! *Nicht tod!* —exclamó el panadero. En ese momento, los cálidos rayos del sol iluminaron a nuestro francotirador local, entrando y saliendo de entre los árboles con un petate adosado a la espalda y lo que parecía un rifle de caza con mira telescópica.

Era la única arma que había visto desde el AK-47 de la base de la montaña. Resulta que no había suficientes armas para todos, por lo que la gente esperaba hasta que alguien moría o resultaba herido, y entonces se las iban pasando. En realidad, eso no era estrictamente cierto: nuestro equipo de la caravana tenía un hacha, utilizada para cortar madera, y el hombre llevaba una granada de mano muy pulida en el cinturón.

El sol salió a las ocho y media. La niebla se había convertido en neblina, y Sarajevo comenzó a hacerse visible, como una larga loncha de tocino, en el valle de abajo. Estuvimos allí dos horas. También íbamos a estar a la vista de cualquiera que apuntara con sus armas a la pista que descendía hasta la ciudad.

Esas eran las buenas noticias. La mala noticia era que nuestros vehículos blindados habían sido detenidos en la base de la colina. El comandante bosnio local había encontrado un equipo de cámaras de la NBC en uno de ellos y les había tirado sus juguetes. Tendríamos que bajar la colina nosotros mismos, a la vista de las armas serbias. Seguramente nadie mataría a un idiota, ¿no? Este idiota sentía tener que disentir.

Comenzamos girando en la curva y por el camino de una sola vía. Cuando miré hacia abajo a la derecha, pude ver los restos retorcidos de otros vehículos que habían sido arrancados de la carretera. Empecé a sentir un cosquilleo en la nuca.

Una circunstancia muy extraña nos detuvo. Subiendo por la pista, en dirección contraria, venía un camión de reparto de Coca-Cola.

Hay una caricatura de Gary Larson de dos ciervos conversando en un bosque. Uno tiene un objetivo en su pecho. El pie de foto dice: «¡Qué fastidio de marca de nacimiento, Hal!». Me sentí exactamente como el bicho de la caricatura, a campo abierto, mientras nuestro camión retrocedía para dejar pasar al otro vehículo.

El camión de Coca-Cola pasó y seguimos nuestro camino hacia el pie de la colina, donde los vehículos blindados pintados de blanco esperaban para recibirnos por fin. Conocí al muy entusiasta comandante Martin y nos despedimos de nuestro cuatro por cuatro amarillo de dibujos animados. El concierto era esa misma noche, por lo que dormir, comer, una conferencia de prensa y una prueba de sonido eran el orden del día. Sin embargo, primero había que llegar a la ciudad destrozada.

La carretera perimetral del aeropuerto era la primera línea. Ambos lados estaban atrincherados, separados por varios metros, mientras los vehículos de la ONU pasaban entre ellos en la niebla gris. Me dieron un casco azul de la ONU y me dijeron que mantuviera la cabeza bajada.

Después de unos minutos, asomé la cabeza lo suficiente como para ver la devastación. Pasamos ante filas de casas semidemolidas, y niños escabulléndose entre ellas como ratas. La guerra había reducido a las familias a una existencia feroz; el suministro de alimentos y combustible abastecía a la ciudad, incluidos los militares, cada tres días, lo que suponía un nivel mínimo de consumo.

La ciudad, que fue sede de los Juegos Olímpicos de Invierno de 1984, había quedado tan destrozada que era irreconocible. Los frentes de los edificios eran una simple fachada, ya que la parte trasera se había desvanecido, o simplemente toda la estructura estaba acribillada de agujeros y tachonada con balas y proyectiles de cañón.

En las calles sembradas de escombros, los coches parecían coladores: cientos de agujeros de bala los ventilaban. Era incapaz de imaginar qué podía haber provocado que un humilde Renault recibiera unos doscientos impactos de bala. Era algo tan extraordinario que lo fotografié.

A medida que avanza por el valle, un río divide la parte alta y baja de Sarajevo. Los serbios controlaban el terreno elevado, y los francotiradores disparaban contra los civiles cuando se dirigían a sus trabajos.

La carretera que discurría desde el aeropuerto en línea recta hacia la ciudad recibía el nombre de «avenida de los francotiradores». Cada vez que conducías arriba y abajo por esta carretera, tirabas los dados. Nosotros la recorrimos varias veces, los lugareños lo hacían dos veces al día o más.

Llegamos a la sede de la ONU, la antigua Villa Olímpica. El equipo técnico de gira fue alojado en la parte que tenía cubiertas las ventanas con sacos de arena. La banda consiguió la suite del ático, por supuesto, amueblada con literas de hierro con colchones viejos y la omnipresente cinta adhesiva de camuflaje cubriendo las ventanas. El desayuno consistió en un rollo de queso y una cerveza; además, doné lo que quedaba del whisky al comandante Martin. Lo metió en el cajón de su escritorio antes de señalar con orgullo una cavidad del tamaño de un plato de comida en la pared situada detrás de su escritorio, justo a la altura de su cabeza.

—Proyectil del calibre cincuenta. —Sonrió—. Aún no me han atrapado esos bastardos.

«No esperes demasiado a beberte ese whisky», pensé.

El espíritu del *Blitz*, o de resistencia, seguía vivo en Sarajevo. La noche ya estaba cayendo cuando nos despertamos, con el frío empezando a roer nuestros huesos. Nos dirigimos a la conferencia de prensa. Los británicos habían logrado reunir algo parecido a canapés (las galletas Ritz con kétchup), y me senté con las bandas locales que harían de teloneros. No había electricidad, y los generadores que alimentarían el concierto solo se conectarían momentos antes para ahorrar combustible.

El guitarrista que estaba a mi lado hablaba algo de inglés.

—¿Cómo ensayas sin electricidad? —le pregunté.

Me dirigió una mirada como diciendo: «¿Qué tipo de pregunta tan ridícula es esa?».

—Ensayamos —comenzó con orgullo— con nuestro espíritu.

Asentí con humildad.

—Te creo —murmuré.

El Centro Cultural de Bosnia probablemente haya sido remodelado cuando leáis esto, pero cuando lo visité en 2015, era idéntico al lugar en el que tocamos en 1994. En aquella época, la esquina del edificio se había evaporado de forma bastante impresionante debido a un cohete antiaéreo, aunque la mayor parte estaba bajo tierra.

Se había corrido la voz sobre el concierto, y puesto que los serbios tenían la costumbre de bombardear con morteros las reuniones públicas, las escuelas habían sido cerradas, y los niños volvían a casa furtivamente para no convertirse en objetivos. Hacer cola alrededor de un edificio en Sarajevo no solo era tedioso, era mortal.

Se rumoreaba que los «nacionalistas» ricos pagaban dinero para ir a la zona de guerra a pasar sus vacaciones asesinando gente. El jefe del servicio

de bomberos de la ONU afirmaba que había un sicario serbio que había ido a por él en Connecticut. Como la mayoría de las cosas en esta zona de locura, era mejor tomarlo con cautela. Nuestro alegre bombero era el representante local de la CIA.

La perversión de la conducta normal y la corrupción de la inocencia me fueron reveladas cuando visitamos un orfanato, cosa que, por desgracia, era un trabajo sin descanso, ya que los padres eran asesinados de manera continua.

Al principio vimos a niños envueltos en pañales como pequeñas momias en una habitación increíblemente calurosa. Un enfermero con bata de laboratorio estaba metafóricamente haciendo malabares, tratando de mantenerlos callados; sus expresiones eran como máscaras, carentes de emoción, sin contacto humano. Cometí el error fatal de tomar a uno en brazos para sentir el cálido latido de la humanidad. Primero sus ojos oscuros se fijaron en mi rostro, luego las manos comenzaron a abrirse: un gorjeo, una sonrisa y un dedo agarrado con la fuerza que solo un recién nacido puede reunir. Las lágrimas que fluyeron fueron de confusión, alegría, ira y tristeza. ¿Qué clase de mundo iba a heredar este inocente? El caos se produjo rápidamente. Un bebé gorjeante hizo que los demás se despertaran de sus constantes vitales mínimas, como una sala de relojes que marcara la medianoche en diferentes momentos.

Aterrado por el pánico, nuestro carcelero malabarista con bata de laboratorio se apresuró a ir de una cuna a otra, tratando desesperadamente de que sus contenidos volvieran a la zona muerta. Toda la sala era ahora una anarquía: bebés que se ponían de pie, soltaban risitas, carcajadas y, literalmente, tiraban cosas de su cuna. Nunca antes había pensado en mí como un bebé anarquista, pero mi cara lucía una gran sonrisa cuando salimos de la habitación. Como dijo Doc McCoy en *Star Trek*: «Es la vida, Jim...».

Los niños más grandes jugaban afuera, en los sótanos expuestos y las escaleras rotas. La ausencia de adultos significaba que los «mayores» cuidaban de la tribu, en lo que inquietantemente parecía como si hubiera sido una escena de *El señor de las moscas*, de William Golding.

Teníamos un par de baquetas, una guitarra acústica y un servidor, así que empezamos a cantar con Alex Elena, nuestro batería italiano, que golpeteaba la pared ennegrecida por el hollín. Fue un momento un poco incómodo, ya que nos dimos cuenta de que muchos de aquellos niños nunca habían visto una guitarra, y mucho menos habían tocado una. Estaban hechizados.

—Hola —gritó Alex—, vamos todos a dar palmas.

Y comenzó a aplaudir con entusiasmo.

En un momento que tengo grabado a fuego en mi cerebro, uno de los niños mayores se levantó de un salto y dio palmadas —«ra-ta-tá»— hacia el grupo más cercano de niños. Cayeron muertos. El aplauso era el sonido de la muerte, de ametralladoras y francotiradores. Entonces el siguiente grupo también cayó, hasta que todos los niños pequeños yacían con sus miembros agarrotados, congelados al borde de la muerte. Dejamos de tocar, estupefactos. Los niños se levantaron y se echaron a reír. Pude comprobar cómo la sombría realidad de una zona de guerra era capaz de tergiversar y subvertir una tontería como la de aplaudir.

En la actuación me sorprendió ver que se había instalado un sistema de megafonía moderno. Nuestro ingeniero irlandés de sonido, Jed, se rascaba maravillado la cabeza.

—No sé de dónde diablos han sacado esto, pero es un buen *kit*. Todo funciona.

No tardé en descubrirlo. La sala estaba abarrotada, y el calor de los cuerpos cocinaba el aire. Esta no era una zona de guerra: esto era libertad; esto era rock and roll; era hora de recordar la alegría. La prueba de sonido fue bien y, a falta de diez minutos para subir al escenario, fui convocado por el comandante Martin.

—Tenemos un problema —afirmó.

Encontré el problema en el piso de arriba. Era el grupo de bandidos que había robado/provisto/secuestrado el sistema de megafonía. Querían dinero o se lo llevarían. Eran seis, todos bosnios, un intérprete y el comandante Martin, cuya mano comenzaba a contraerse en la culata de su arma.

—Te he pagado quinientos dólares —dijo el comandante.

Los bandidos dijeron algo entre dientes.

—Quieren otros quinientos —dijo el intérprete—. Dicen que son profesionales.

—Les pagaré con camisetas —ofreció el comandante Martin exasperado.

Otra ronda de murmullos de bandidos. No hay trato.

—Tomemos otro café —sugerí, y les sonreí—. ¿Por qué no quieren ayudar a su propia gente? A mí no me pagan por hacer esto.

El intérprete se lo transmitió y se produjeron más murmullos y un poco de discusión. Los cafés llegaron, densos, como barro negro.

—Dicen que son profesionales.

—Vale. Diles que yo también soy un profesional y prometo que se les pagará.

Esto fue bien recibido. El cabecilla me dio un abrazo de oso y pensé que habíamos resuelto el problema. No exactamente. Entró un jersey azul con un hombre dentro llamado Trevor.

Trevor, como más tarde descubrí, había sido asignado a nuestra seguridad personal. No estaba muy contento de que el comandante Martin nos llevara de gira sin protección por la zona de guerra en un Land Rover, y definitivamente tampoco parecía muy contento ahora. Trevor afirmaba ser un bombero retirado de Glasgow. Si quieres ver a Trevor en la realidad, hay una imagen espantosa e icónica del asesinato de una joven madre y su hijo de cinco años capturado por un fotógrafo de noticias. El niño yace en la calle en un charco de sangre, y Trevor es uno de los dos soldados que saltan de un vehículo de la ONU para tratar de salvar la vida del niño y proteger a los demás inocentes que aparecen en la escena.

Trevor tenía corazón y alma, dos metralletas Heckler & Koch y una pistola, y se había parado a mi lado, señalando con enojo al cabecilla de los bandidos.

—Tú —espetó—, me ocuparé personalmente de cualquier daño que sufra cualquiera de estas bandas.

Puede que Trevor fuera un pésimo bombero, pero sospecho que era muy buen tirador.

Los bandidos estallaron en un aluvión de gestos de «pobrecito yo» y fuertes gemidos. El intérprete estaba a punto de traducir.

—¡NO traduzca lo que ha dicho! —dije—. Dígales... Dígales que a Trevor le preocupa que el edificio sufra daños si no subimos al escenario pronto, y que alguien podría salir herido.

El cuidado y mantenimiento del mobiliario en una zona de guerra era como tirarse un farol irónico, pero ganábamos tiempo.

—¿Qué carajo está pasando? —siseé.

—Estos cabrones amenazaron con romperles las piernas a los de las bandas de teloneros si no se les paga dinero de protección por usar el sistema de megafonía —dijo Trevor.

—Trev, una vez que hayamos hecho este concierto, no me importa lo que les pase a estos imbéciles.

El concierto fue inmenso, intenso y probablemente el espectáculo más grande del mundo en aquel momento tanto para el público como para nosotros. En realidad, no importaba que el mundo no se enterase de nada.

De vuelta en los cuarteles protegidos contra francotiradores, bebimos unas cervezas con el pequeño contingente de la ONU, formado principalmente por

británicos, aunque también había unos pocos noruegos que hablaban con acento escocés. Imagínate.

Le pregunté a un joven oficial del regimiento de paracaidistas qué suponía estar bajo asedio.

—Un coñazo —dijo—. Francamente, me gustaría subir la colina y matar a esos cabrones. Son unos cobardes.

El expresidente de Estados Unidos Jimmy Carter llegó a la ciudad en cuestión de semanas para negociar el acuerdo de paz, por lo que nuestro amigo nunca logró su deseo.

Nosotros, por supuesto, todavía teníamos que salir de allí. Había dos helicópteros Sea King disponibles en la frontera de Croacia, pero uno había sido derribado el día anterior. Se dijo que el general sir Michael Rose iba a bordo y que se habían disparado cinco descargas de cartuchos de 7,62 mm contra los tanques de combustible y las palas del rotor principal, por lo que el incidente se describió como «probablemente un traficante de drogas al que le entró el pánico».

La historia real fue algo más seria. Veinte años más tarde, mientras hacía una sesión de simulación en un 747 por razones benéficas para Help for Heroes, conocí al ingeniero que había arreglado el helicóptero derribado.

—¡No! —Se rio—. ¡Qué va! Los serbios lo atacaron con fuego antiaéreo del calibre 50 para intentar matarlo y extorsionar las conversaciones de paz.

El único helicóptero restante volaba hacia nosotros, al estilo de *Apocalypse Now*, con ametralladoras alimentadas por correa apuntando hacia los lados. Viajamos en Land Rover a través de tierra de nadie por el camino perimetral del aeropuerto. Tendríamos que pasar un puesto de control serbio dirigido por una devota de la escuela de protocolo de Rosa Klebb que era conocida localmente como «la perra del infierno».

En el camino, tumbado en una zanja, había un carro de combate soviético quemado. En uno de mis actos de bravuconería más estúpidos, detuve el Land Rover, salí en medio de tierra de nadie y tomé lo que ahora se llamaría un selfie.

—Juego limpio —comentó el conductor del ejército—. El último tipo que hizo eso recibió un disparo.

Llevábamos instrucciones de no mirar demasiado de cerca a la perra del infierno. De lejos parecía bastante atractiva, pero, de cerca, un denso maquillaje ocultaba cicatrices de las que te quedan cuando besas granadas de mano.

Según Trevor, ella ya no está en este mundo después de haber quedado hecha pedazos tras un ataque aéreo aliado. Estuvo implicada en el asesinato y la tortura de numerosas familias. Nos detuvimos a su lado en el puesto de control.

Pensé que no debía mirar la cara de la Gorgona; y, de inmediato, miré de cerca el daño.

Ella pareció desconcertada.

—¿De dónde vienen? —preguntó.

—Sarajevo.

—¿Por qué estaban allí?

—Dimos un concierto. Somos una banda de rock.

—Sarajevo es un lugar peligroso. No volváis nunca.

Nos devolvió los pasaportes y condujimos la corta distancia que nos separaba de la base, donde subimos a bordo del helicóptero. Al otro le estaban cambiando las palas del rotor en el campo contiguo.

Me sentaron delante y me dieron unos auriculares.

—Vuelas, ¿verdad? —preguntó uno de los pilotos.

Era el instructor y jefe de escuadrilla saliente, volando con el instructor y jefe de escuadrilla entrante. Dos instructores volando juntos. Esto podría ser interesante.

Nos elevamos y después de unos dos minutos dijo:

—¿Te gustaría ver qué pasa cuando estamos operativos?

Estaba seguro de que lo que a mí me gustara no iba a alterar nada.

—Hmm. Muy interesante —dije.

Un instructor recurrió al otro instructor.

—No hay cobardes en la armada.

El otro respondió:

—NO hay cobardes en la armada, señor, sí, señor. Bajando.

Durante los siguientes quince minutos permanecí muy callado mientras el Sea King era arrojado por valles y montañas, líneas eléctricas y árboles. La sombra de los rotores parecía cortar la hierba de las laderas de las montañas.

Por fin, el aeropuerto de Split apareció a la vista, con una hermosa puesta de sol. Hubo una fiesta con la armada esa noche, para celebrar el increíble vuelo de los pilotos derribados que habían salvado la vida del general y, probablemente, también el proceso de paz.

Al día siguiente, con casi la peor resaca del mundo, subimos a bordo de un Hercules C-130 de la RAF para el regreso de cuatro horas y media a Lyneham.

El tren de regreso a Londres fue surrealista. Lo que se podía llamar normal parecía un sueño, un barniz de certeza sobre un pozo infernal que burbujeaba a kilómetros de distancia de todos nosotros, como si lo supiéramos. Se acercaba la Navidad, y era un recordatorio conmovedor de que algunas personas pasarían la temporada festiva sin los excesos que las vallas publicitarias consideraban esenciales.

Cuando salí al andén de Paddington, a altas horas de la noche, decidí dar un paseo por el frío aire londinense. Traté de recopilar mis pensamientos de los cinco días anteriores. No pude. La primera imagen que me llamó la atención fue la absurda cantidad de semáforos. Me senté en un banco y los vi cambiar: rojo, verde, ámbar, y durante todo el tiempo, la gente medía su obediencia, negándose a cruzar con la luz roja o a conducir en ámbar. Los peatones esperaban la luz verde, a pesar de que el vehículo más cercano estuviera a metros de distancia. Me senté durante aproximadamente quince minutos viendo un espectáculo que ahora me parecía muy ridículo, luego recogí mi mochila y tomé el metro hacia el oeste de Londres. Encontré en una esquina un *pub* lleno de humo, saqué un boli y papel, y con mi pinta comencé a escribir algunas palabras.

Inertia era la canción sobre Bosnia del próximo álbum que haría; un álbum muy diferente, con una actitud muy diferente y un corte de pelo muy diferente.

RADIO PIRATA

Los dioses de los medios me habían arrojado un hueso al ofrecerme trabajo en Radio 1: un programa en directo en la mayor emisora puramente «musical» del Reino Unido.

La BBC estaba, y probablemente aún lo está, plagada de grupos de discusión y políticas maquiavélicas que rivalizarían con los Borgia. Sea cual sea el par de lentes bifocales defectuosas que tuvo la visión de llevarme a la fiesta, nunca me enteré, pero probablemente tuvo que ver con el premio Silver Sony Radio de 1994 que está colgado en mi pared.

Escribí y presenté dos documentales para Radio 1, que —pásmate— recibieron el visto bueno tanto de la crítica como del público. Solo puedo suponer que, al haber dejado a Maiden, me consideraban un personaje más neutro. En cualquier caso, presenté una serie de programas en vivo para Radio 1, transmitidos desde Londres y, luego, desde Manchester.

Fue el comienzo de una carrera en la radio que duró quince años, que abarcó Radio 1 y 2, un par de pequeños independientes digitales, además de un período de ocho años en la BBC 6 Music, donde estuve en el aire durante seis horas semanales.

Trabajé con mi propio productor independiente, Ian Callaghan, para producir una serie de semidocumentales para Radio 2 llamada *Masters of Rock*. Digo semidocumentales porque, en realidad, era un programa semanal de rock para Radio 2. Básicamente estábamos produciendo un caballo de Troya para tentar a la BBC a admitir finalmente que Radio 2 necesitaba un programa de rock.

Fue una época fascinante durante la cual tuve una sucesión de entrevistas interesantes y algunas situaciones muy extrañas. Desarrollé un programa para 6 Music llamado *Freak Zone*. Al principio me pidieron que añadiera otro programa de rock de tres horas, pero protesté porque no había música nueva

de calidad suficiente como para mantener seis horas a la semana. Era mejor condensarlo en tres horas y mantener firme el espectáculo.

Con mi lista discográfica firmemente establecida, *Freak Zone* se convirtió en un refugio para escritores, excéntricos, proveedores de «música» de terror *beatnik* brasileña e invitados inusuales que nunca sospecharías que pudieran tener un, digamos, dudoso gusto por la música. El jugador de *snooker* Steve Davis, por ejemplo, es un gran admirador del grupo de jazz y rock francés Magma.

La batalla en 6 Music siempre fue el diminuto presupuesto, que, como era habitual en la BBC, estuvo mal administrado, ya que a algunos DJ se les pagaba en exceso por actuar en lo que era una emisora exclusivamente digital con una audiencia muy pequeña pero leal. De hecho no era mucho más grande que una emisora FM de radio de la facultad, pero los grandes jefes tenían delirios de grandeza con el dinero de los contribuyentes y construyeron lujosos estudios que costaron millones. Una emisora comercial podría haber obtenido los mismos resultados con dos armarios escoberos y una fracción de aquel derroche.

Estar al otro lado del micrófono fue instructivo y divertido. En *Freak Zone* entrevisté largo y tendido a Peter Green, el legendario guitarrista de Fleetwood Mac. Había sufrido un gran problema de salud mental que lo había incapacitado durante muchos años, pero ahora volvía a tocar.

Pasamos años hablando de navajas y de su extensa colección. Nunca mencioné el tema de la música hasta que él mismo lo hizo, y luego se desató una avalancha de historias, entre ellas, el hecho de que nunca había querido tocar la guitarra, pero esta llegó a su vida porque su hermano no supo muy bien qué hacer con aquel regalo de Navidad.

Escuché a un Peter Grant muy frágil poco antes de su muerte. Estaba de un humor reflexivo, y en nada se parecía al monstruo que la gente retrataba durante su apogeo en los setenta. Siempre lamenté los plazos en las entrevistas. Odiaba la presión del tiempo. La gente necesita espacio para respirar y relajarse. Ahí es cuando se habla de verdad, y uno descubre que no es el personaje recortable de cartulina que espera la gente.

Sin embargo, no todo se redujo a los estudios de Londres. Llegué a viajar, y así fue como pasé de una cosa a otra y terminé en Los Ángeles para hacer una historia sobre el lanzamiento de un nuevo álbum del hijo devorador de monjas de Satanás, el cardenal de la carnalidad, el grande y poderoso Blackie Lawless (no te dejes engañar por el hombre escondido detrás de la cortina).

Rod Smallwood había representado a Blackie y su antigua banda, WASP. En Maiden vimos todo esto con cierto desconcierto. Sin embargo, Blackie y su banda demostraron que no se puede reprimir a un buen representante y tuvieron un poco de éxito.

El tema *Animal (Fuck Like a Beast)* fue su apogeo. Blackie lucía una motosierra ensangrentada que se extendía desde su entrepierna, además de fuegos artificiales, que pudieron o no haber funcionado mal y crear una nueva receta de pollo quemado con suspensorio.

Aquellos días felices habían terminado. Rod había avanzado y Blackie estaba regresando, y yo estaba allí para presenciar ese momento en nombre de la BBC. Blackie había creado un álbum titulado «Kill.Fuck.Die.», un monumento al existencialismo si alguna vez lo hubo, abreviado como «KFD», lo cual se parecía muchísimo a una marca de pollo frito.

Resultaba extraño estar entre bastidores y no sobre el escenario, pero aquello me hizo sonreír. Fue divertido observar a la gente, sobre todo cuando sabías cuál era la función de cada uno. No obstante, algo estaba perturbando la fuerza y Blackie no estaba feliz. En las profundidades del camerino de un teatro situado junto al edificio de Capitol Records, alguien se había llevado a su cerdo.

Le faltaba un miembro de la banda: un cerdo, para ser exactos. Según se rumoreaba, estaba a punto de sacrificar al animal en vivo sobre el escenario, pero un tramoyista denunció la trama a la policía de Los Ángeles, que se presentó con los de protección animal y le quitaron al gorrino.

—Entonces —encendí la cinta—, ¿los cerdos robaron el cerdo?

Blackie se enfureció indignado.

—Yo viví con ese cerdo —dijo—. Ensayó con nosotros todos los días. Durmió en mi casa.

El destino final del cerdo no quedó registrado, aunque por desgracia, puede que aquello fuera tan solo una suspensión de la ejecución antes de que las chuletas de cerdo salieran al mercado.

Después del concierto de Blackie, me senté afuera viendo cómo se desplegaba la escena típica de la ciudad de las estrellas. Yo también estaba desconcertado. Estaba cansado del circo de Los Ángeles. Pensé que se había perdido la energía en este lugar de Hollywood, que se había quedado agotado, vacío y sin ideas. Me alegré de haberme cortado el pelo.

Después de Sarajevo, eché un vistazo a las fotos publicitarias y me di cuenta de que la banda tenía un aspecto fabuloso, aparte de aquel tipo extraño de pelo lacio que ya no se parecía a Jesús. Ese era yo. Mi cabello era historia.

Inspirándome en el genio aeronáutico Clarence *Kelly* Johnson, decidí nombrar el siguiente álbum «Skunkworks» y formar también una banda con el mismo nombre. La compañía discográfica estaba horrorizada. Habían esperado aprovecharse del nombre de Bruce Dickinson con sus connotaciones de Iron Maiden y heavy metal tradicional. Querían adorar la estatua; yo quería volarla en pedazos.

Gracias a nuestra experiencia en Sarajevo, pensé que la banda había visto bastante sufrimiento como para trazar un plan. Saqué mis discos favoritos de Soundgarden y Alice in Chains y contacté con el legendario productor de Seattle, Jack Endino. Volví a ponerme en contacto con Storm Thorgerson.

—Storm, quiero hacer una portada de álbum que se base en un Lockheed SR-71 Blackbird y en la filosofía de diseño de *Skunkworks* de Kelly Johnson.

¿Cómo podría negarse? Era exactamente el tipo de proyecto que Storm amaba.

Great Linford Manor es una vieja y peculiar granja de Milton Keynes que alberga un estudio. Nos mudamos, improvisamos y retrocedimos a los años setenta. Jack Endino es un hombre maravilloso con una extraordinaria forma de ser. Con la forma de caminar de una araña benevolente y el aspecto de incertidumbre de un profesor chiflado, solo con sus cejas podía mantener a raya a una sala. Tenía una voz grave que alargaba con estruendo las palabras, lo que significaba que la palabra «dolor» podía extenderse durante varios minutos antes de desaparecer en el horizonte.

Esta era una banda coherente, aunque la cantidad de maría que se fumaba probablemente forzase la credibilidad de la palabra «coherente». Todos los músicos tenían muchos menos años que yo, así que los dejé a ellos que se ocupasen del chocolate. Tenían más células cerebrales que perder que yo.

«Skunkworks» se liberó por fin de la conmoción y el horror. No solo me había cortado el pelo (conmoción-horror), sino que tuve la temeridad de variar el sonido de mi producto incluso más que en el último álbum.

Recibí copiosas cantidades de correos de odio. Estaba bastante satisfecho. Nunca podría grabar un disco para satisfacer a los fans, así que mejor nos separábamos y así podrían olvidarse de mí. En cierto sentido, «Skunkworks» era una versión de lo que Bowie intentó hacer con Tin Machine. No funcionó para él y, en última instancia, tampoco me funcionó a mí, pero me aclaró muchas cosas y me enseñó en un año lo que había olvidado durante la década de Iron Maiden.

«Skunkworks» es un disco interesante y creo que es bueno. Su único gran talón de Aquiles es lo que los médicos chinos llamarían «falta de alegría». Es

un álbum oscuro, enojado, a veces magnífico, pero inquietante. Es un gigantesco dedo índice alzado que señala al mundo.

Recorrimos Latinoamérica —un viaje caótico, aunque muy estimulante— y estuvimos de gira por Europa, como teloneros de la tradicional banda de heavy metal Helloween, que era increíblemente deprimente. Fue la música incorrecta para la gira equivocada. Necesitaba un público rockero de pensamiento libre, no un gueto conservador de heavy metal.

EDISON Y EL MOMENTO BOMBILLA

La aviación y la música ya habían empezado a fusionarse en una especie de agrupamiento desestructurado, principalmente porque me gustaba hacer ambas cosas, pero también porque una —la música— daba sentido a la otra. La primera encarnación del *Ed Force One* de Iron Maiden, por ejemplo, tuvo lugar en la breve gira de «Skunkworks» por varios clubes de Estados Unidos.

Alquilamos un Piper Navajo de ocho plazas. Era un viejo y agotado cacharro que, aunque no tuviera agujeros en el suelo, quizás debería haberlos tenido. Aun así, alquilamos el avión y nos embarcamos junto con algunas piezas del equipo en la parte posterior. Todo lo demás que necesitábamos lo contrataríamos en el destino. Era exactamente el modelo de gira de Iron Maiden que estaba por venir.

No sé cuál sería la tarifa de aterrizaje para un 747 en el aeropuerto JFK en 2017, pero para un humilde Navajo en aquel entonces era de dieciséis dólares. La pequeña terminal de aviación general desplegó una alfombra roja, que enrolló de nuevo en cuanto nos vieron.

—¿Tienen una limusina? —me preguntó un tipo.

Negué con la cabeza.

—¿Tienen carritos para equipaje? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

Encontramos algunos carros de supermercado amontonados cerca. Apilamos nuestro equipo y lo empujamos hasta la terminal de British Airways, que estaba cerrada y desierta a las cuatro y media de la mañana.

Antes del 11 de septiembre no había policías, ni anuncios pregrabados, ni paranoia sobre bombas, terroristas o cosas por el estilo. Volábamos, por supuesto, en los asientos baratos, pero eso no importaba. Estaba sentado en el bordillo junto a mi carrito de supermercado cuando salió el sol. El Concorde

estaba aparcado, silencioso y reluciente, y el rocío titilaba en sus blancas alas delta.

Me abrí una cerveza ESB de Fuller's y saboreé el momento. Ahí estaba el Concorde; aquí estaba yo. Era piloto y músico con una botella de mi cerveza favorita procedente de un país lejano. En ese momento, pensé que no había nada mejor.

Por desgracia, «Skunkworks» desapareció como proyecto a medida que se hizo evidente el abismo entre la expectativa y la realidad. Una grieta artística había comenzado a abrirse según íbamos disponiendo de material nuevo. Al Dickson, el guitarrista, no dejaba de producir de manera prodigiosa; era, y sigue siendo, uno de los músicos con más talento con los que he tocado, sin excepción. No obstante, estaba francamente harto de rebotar de un género a otro y visitar subgéneros. Para hacer una analogía con un restaurante: en algún momento debe tener un estilo o un plato de autor. Hasta entonces había manejado muchos entrantes, de estilos variados, pero esa no era la forma de hacer que la gente volviera a por más. La banda llevaba su propio camino, y yo no iría con ellos. Decidí terminar el proyecto. De hecho, casi decidí tirar la toalla y trabajar de reponedor en un supermercado, convertirme en piloto, probar a actuar un poco; cualquier cosa excepto la música, que era como un grano en el culo.

Compadecerme a mí mismo no es mi estado natural, y una noche me quedé en casa mirando las paredes, reflexionando sobre la vida de un conductor de metro. La línea Metropolitana parecía bastante interesante: viajes largos, bonitas vistas, campo abierto. El teléfono sonó. Eran las once y media de la noche. Era Roy Z.

—Hola, amigo. ¿En qué andas? ¿Cómo te va?

—Ahora mismo, nada del otro mundo. He mandado al garete todo el asunto «Skunkworks».

Es un cliché penoso, pero realmente existe la gente que toca música al teléfono y pide una opinión.

—Eh, amigo, escucha esto —dijo Roy, y luego hizo exactamente eso.

Tocó el *riff* inicial de lo que se convertiría en *Accident of Birth*, la canción principal de mi cuarto álbum en solitario, y fue una epifanía. Después de aproximadamente un minuto, escribí algunas palabras.

Viaje de regreso al lado oscuro, de vuelta al útero, de vuelta a donde los espíritus se mueven como el vapor de la tumba...

—Roy, toca de nuevo.

Bienvenido a casa, ha pasado demasiado tiempo, te hemos extrañado. Bienvenido a casa, hemos abierto las puertas. Bienvenido a casa, accidente de nacimiento.

Solté un largo suspiro de alivio. Roy estaba ocupado tocando otro tema igual de bueno.

—Roy, no te muevas de ahí. Te veré mañana.

Pasé una semana en Los Ángeles, en el diminuto estudio que Roy tenía montado en la cocina de su casa, allá en el valle. Volví con más de la mitad de un álbum casi completo, mezclas aproximadas, voces y guitarras sobre una caja de ritmos, genérica, pero que Roy había programado con mucha habilidad.

La compañía discográfica estaba extasiada y pensaron que el producto estaba terminado. Les expliqué con paciencia que el álbum real tendría percusión real, no una de Legoland.

—¿Qué? ¿No es percusión de verdad?

—No, y el resto solo se ha improvisado. Tengo que irme y terminarlo.

Así fue como terminamos lo que empezamos en un pequeño estudio de Burbank (California), que no parecía más que una tienda vacía mirando su fachada. Era un poco como la sastrería de Del Floria, que era la entrada secreta a la sede de U.N.C.L.E., o como la cabina telefónica de Maxwell Smart.

En la parte de atrás, que daba a un callejón, había una pequeña oficina con montones de libros sobre extraterrestres y Nikola Tesla, y un acuario. La puerta de atrás del estudio siempre estaba entreabierta, y la gente pasaba provista de cerveza o comida mexicana; todos se quedaban para escuchar lo que se tramaba. Era una casa abierta a todo el mundo en Burbank.

Además, estaba el regreso de Adrian Smith. Lo llamé por teléfono y le pregunté si quería participar en el álbum. Podía hacer lo que quisiera: solos, escribir algo, cualquier cosa con lo que se sintiera cómodo.

En muchos aspectos, «Accident of Birth» fue el álbum que Iron Maiden nunca hizo. La primera canción que compusimos, llamada *Wicker Man*, se grabó como cara B antes de que surgiera en Iron Maiden como una canción totalmente distinta, aunque con el mismo nombre.

Maiden, mientras tanto, había reclutado a Blaze Bayley, un tipo totalmente decente con una carrera hasta entonces construida en torno a su éxito en una banda llamada Wolfsbane.

Mientras yo vivía en comuna en la parte posterior de una tienda convertida, todo el peso de la maquinaria de comunicación de EMI y Maiden

puso en marcha el bombardeo por saturación en los medios de comunicación de todo el mundo. Blaze concedió una entrevista un tanto irónica, y sentí una gran simpatía por él cuando dijo que se sentía como Dorothy en *El mago de Oz*, tratando de encontrar el camino a casa.

Yo había tenido ese mismo sentimiento. De vuelta en Londres, pinté de amarillo dos ladrillos, los envolví en papel de regalo y se los envié a él, deseándole buena suerte. No estoy seguro de que alguien haya entendido la conexión.

Me empeñé en no escuchar los discos de Maiden con Blaze. Por un lado, ya no era mi banda, y por otro, solo surgía la pregunta: «¿Qué piensas de Blaze?», lo que resultaba ser un ejercicio inútil.

El álbum «Accident of Birth» marchaba bien. La cantidad de fans del heavy metal que cruzaban las puertas del estudio nos indicaba que íbamos por el buen camino.

Con Adrian a bordo, decidí jugarme el todo por el todo y ver si estaba disponible Derek Riggs, el primer artista que hizo las cubiertas de Maiden. Siempre tuve una buena relación con Derek, a pesar de que su personalidad era algo voluble y había causado la pelea con Rod.

Con el recuerdo de haber sido ensartado en un palo y asado a la parrilla cuando salí de Iron Maiden, decidí divertirme un poco y crear mi propio personaje. Había conocido a algunos de los titiriteros del programa de televisión *Spitting Image*, por lo que mi plan era crear un personaje, conseguir que Derek hiciera el material gráfico y, luego, los del equipo de *Spitting Image* podrían construirme una marioneta que podría usar en el escenario o en los vídeos. Así nació el engendro de Mr. Punch: Edison.

En línea con el título del álbum, Edison está a punto de aparecer, al estilo *Alien*, reventando el estómago de un caballero que parece no impresionarse. Mr. Punch se había actualizado para el siglo *nu-metal*. Dientes de metal, ojos inyectados en sangre y bombillas rotas en lugar de cascabeles en el gorro, porque, en fin, ¿quién si no inventó las bombillas? Su tradicional bastoncillo parecía ahora un bate de béisbol con pinchos incrustados.

Siempre fantaseé con la idea de hacer un espectáculo de heavy metal con Punch y Judy; como si me sobrara el tiempo.

El álbum fue bien recibido. A los críticos les encantó y quedaron impresionados con la integridad, si no necesariamente con el contenido de «Skunkworks». Era como si hubiera hecho mi penitencia en el desierto, y mi estrella se elevase otra vez.

Rod Smallwood estaba furioso.

—Es el maldito hijo de Eddie —dijo echando chispas—. Me tomas el pelo.

—¡No, no lo es! —protesté—. Edison, el inventor de la bombilla. Es una idea brillante.

Me llevé la brillante idea de gira, esta vez con Tribe of Gypsies como banda, más Adrian Smith a la guitarra, menos la sección de percusión latina.

Recorrimos Estados Unidos, Europa y Latinoamérica. Este último lugar seguía siendo igual de frenético, y grabamos un álbum en directo, a pesar de algunos gallos espectaculares. Nuestro ingeniero, el maravillosamente mordaz Stan Katayama, había presentado cuidadosamente por adelantado todos los requisitos de equipamiento y, siendo como era un devoto de los detalles, estaba satisfecho.

Cuando llegamos a Brasil, descubrimos que no era todo como debería ser.

—Esta mesa es distinta —señaló.

—Sí. Es mejor. La nueva Yamaha Digital —dijo un sonriente brasileño.

—Pero yo quería la mesa analógica.

—Sí, pero la hemos cambiado. ¡Esta es nueva!

—Ah...

El manual para programar la mesa era extenso, y Stan tuvo cuatro horas para descubrir cómo funcionaba. Lo consiguió. Realizamos pruebas de sonido y dimos el concierto. Fue un gran espectáculo. Stan vino detrás del escenario, parecía abatido.

—Ha habido un problema... —comenzó.

—¡No!

—Con las entradas de micrófono...

—¡No! ¿Cuál?

—Todas.

—¿Todas?

—Excepto el bombo. Tenemos bombo para las primeras cinco canciones.

—¿Ya está?

Stan asintió con gravedad. Tuve la clara impresión de que podría hacerse el harakiri con un soporte de micrófono.

—Todo funcionaba bien antes de la cena. Entonces, sucedió. Sin sonido. No puedo explicarlo.

—¿Qué hiciste?

—Estaba muy enojado. Pero sabía que no debía gritarles a los brasileños. Me han dicho que si lo haces, se marchan. Así que pregunté amablemente.

«Admirable autocontrol», pensé. Afortunadamente, nos quedaba otra noche para salvar nuestra grabación en directo.

En Estados Unidos me fui a Addison (Texas) y alquilé un pequeño Piper Seminole para no perder mis habilidades como piloto. Volé hasta Mineápolis, luego bajé por Ohio y terminé en Raleigh, en Carolina del Norte, dando conciertos por el camino. La mayor parte fue solo de vuelo instrumental y, en la aproximación nocturna a Raleigh-Durham, fue la primera vez que me encontré solo ante unas condiciones meteorológicas que eran una verdadera niebla espesa de las que dejan a los aviones en pista.

Había despegado al acabar el espectáculo anterior. Me sequé con una toalla, tomé una gran taza de café y envolví en papel de aluminio las costillas que habían sobrado para comer algo cuando llegase a Raleigh, a tres horas de distancia.

Era una hermosa noche tranquila. Al otro lado de los auriculares podía escuchar el zumbido de las hélices gemelas, y el avión, que no tenía piloto automático, era estable, lo que me permitió mirar las estrellas y la luna creciente. El pronóstico del tiempo era de cielo despejado, pero en los valles, según me acercaba a la costa este, observé las manchas blancas de la niebla y la neblina en tierra. Cuando se vuela, la anticipación lo es casi todo. Pedí una actualización en el aeropuerto. Cada minuto que pasaba, la cosa empeoraba: la visibilidad disminuía y la nube iba bajando. Saqué el mapa y una linterna, hice unos pocos cálculos aritméticos para calcular a dónde iría si no lograba aterrizar en Raleigh y, luego, más comprobaciones para ver si el tiempo acompañaba a cualquiera de mis alternativas. La niebla no estaba pronosticada, y los lugareños dirán que es común en ciertas épocas del año.

De hecho, Raleigh parecía tener su propio sistema meteorológico plantado justo encima del aeropuerto. A su alrededor, todo estaba despejado, y observé dos pequeños aeropuertos que serían una opción si no podía ver la pista a doscientos pies sobre el suelo.

Descendí hacia la sopa lechosa. El aire era cálido y húmedo, las hélices sonaban amortiguadas, las luces rojas anticolidión de la cola se difractaban y latían en la niebla, bombeando su brillo encarnado hacia la cabina en un seductor espectáculo de luces. Me sentí como si estuviera nuevamente en el útero, e incluso la palpitante armonía de las hélices gemelas sonaba como los latidos del corazón.

Pensé que así era como morían las personas.

Las distracciones eran irresistibles, y tenía que centrar toda mi atención en los seis instrumentos del panel que había frente a mí. Ellos me mostraban la

realidad y eran lo único que me mantenía con vida mientras seguía el sistema instrumental de aterrizaje, manejando yo mismo el avión, y la exploración aumentaba en velocidad e intensidad a medida que el suelo se acercaba de forma invisible. Altitud, velocidad aerodinámica, velocidad vertical, conexión izquierda o derecha, altitud..., velocidad aerodinámica, altitud..., potencia..., lista de control...

De repente, me di cuenta de lo cansado que estaba. Seguí adelante a través de esa barrera; no podía permitirme el lujo de estar cansado. Miré por el parabrisas y de nuevo a los instrumentos: aproximándome a doscientos pies... y, de pronto, un tenue resplandor blanco y, luego, la cegadora brutalidad de los faros estroboscópicos de aproximación. La pista de color gris pizarra, caucho mojado... y estaba abajo.

Después de salir de la pista, me quedé sentado unos instantes tratando de averiguar dónde estaba el aeropuerto. A las dos y media de la madrugada, mientras rodaba hasta la pequeña plataforma de estacionamiento, el aeropuerto todavía permanecía silencioso. El empleado me pidió un taxi amarillo, mientras yo recogía las costillas para llevármelas a un motel. Cuando estaba cerrando el avión, escuché el ruido de un gran reactor aproximándose. Todavía estaba cerca de la pista, así que esperé. El estruendo se convirtió en un rugido, y oí que la bestia giraba y desaparecía en la niebla. Pensé que, en realidad, podría convertirme en piloto de verdad.

INTERCAMBIO DE CEREBROS

Ser piloto era una cosa, pero escribir y producir una película era algo más problemático. Julian Doyle y yo habíamos pasado un buen rato bebiendo juntos. Después de casi diez años de frustración, decidimos intentar conseguir algo de dinero y hacer nosotros mismos la película de Crowley, lo que significaba poco presupuesto y nada de lujos. Las primeras películas de Python se hicieron exactamente de esa manera, y Julian fue responsable de gran parte de la destreza cinematográfica que les dio un estilo muy superior a su peso financiero.

El problema de una biografía de Crowley era que no tenía un núcleo concreto. Aunque era un visionario fascinante, excéntrico y narcisista, su vida fue una serie de episodios, el más importante de los cuales fue su muerte, en 1947.

—No podemos permitirnos el período —declaró Julian.

—Bueno, murió en 1947. Es un poco difícil de evitar.

—Vale, no podemos permitirnoslo.

Mis habilidades mecanográficas con dos dedos habían producido más de ochocientas páginas de reescrituras. Suspiré.

Nos sentamos en silencio y la bombilla se encendió en mi cerebro.

—A menos que... lo traigamos de vuelta.

—Interesante.

—Sí. Traigamos a Crowley al día de hoy y veamos qué hace.

—¿Cómo lo hacemos?

Me acordé de una película de ciencia ficción de serie B clásica titulada *El cerebro de Donovan*.

—Una máquina que intercambia los cerebros —declaré.

—¿Eh?

—Bueno, un dispositivo, un mecanismo. ¿Tal vez una ceremonia? Alguien, de alguna manera, cree que se ha convertido en Aleister Crowley.

—¿Como una especie de alquimia?

—Una boda química, como en Christian Rosenkreuz.

Ahora los dos estábamos emocionados. Julian me recomendó ver una película de Jacques Tourneur protagonizada por Dana Andrews, *La noche del demonio*. Aleister Crowley aparecía apenas velado en el papel del mago siniestro.

Mis ochocientas páginas fueron a parar al cubo de basura metafórico y comencé de nuevo. Mantuve solo las primeras cinco páginas, que se desarrollaban cerca de la cumbre del K2. Habíamos atraído a bastantes inversores potenciales con la escena inicial de la película.

—La escena de la montaña es genial, pero no podemos permitirnos rodar exteriores —dijo Julian alegremente.

Gruñí para mis adentros, aunque de algún modo siempre supe que esto acabaría desechado.

—¿Por qué no le damos la vuelta a la peli? Comencemos con la muerte de Crowley —sugerí.

De este modo comenzó a emerger lentamente la nueva forma de la película. Sin embargo, antes de empezar siquiera a hacerla, le robé el excelente nombre para mi nuevo álbum: «The Chemical Wedding».

Merck Mercuriadis, mi representante del día a día, me dio sus opiniones sobre el siguiente álbum: «Accident of Birth» me había encarrilado de nuevo; ahora era el momento de llegar lejos.

«Accident», sin embargo, todavía estaba arraigado profundamente en el molde tradicional del heavy metal. El metal en sí había cambiado, y yo quería abrazarlo sin dejar de ser fiel a mi propia dirección e integridad. Pensé que «The Chemical Wedding» necesitaba un tema tan épico como algunos de los riffs que fluían de los trastes de las guitarras de Roy Z y Adrian Smith. Así fue como me adentré en el material gráfico y el mundo poético de William Blake.

Comencé a leer la excelente biografía de Blake escrita por Peter Ackroyd. Creo que es uno de sus mejores libros, el otro es *Londres: una biografía*. Tengo la sensación de que Ackroyd era casi el canal a través del cual el espíritu de Blake salía de las páginas y hablaba directamente con el lector. Ciertamente me fui a la cama con los sueños más extraños, y empecé a preguntarme si, de alguna manera, había caído bajo el hechizo del difícil, cascarrabias, aunque tremendamente espiritual, Blake. Había llegado el momento de arrojarme al caldero creativo de «The Chemical Wedding».

La mayor parte del álbum se vio fuertemente influenciada por Blake, no solo en un sentido literal, sino espiritual. Blake era casi con seguridad un alquimista o miembro de un grupo relacionado con la filosofía oculta o la magia. Al mismo tiempo, me llamaron la atención sus dos personajes «Los» y «Urizen». Los (o Sol al revés) era creativo y estaba condenado para siempre a tener la cabeza enterrada en un cubo de fuego, simbolizando la tortura del alma infinitamente creadora. Urizen era el frío depositario de la lógica, encadenado a una roca, taciturno y pensativo.

Me parecía que eran personajes del subconsciente de Blake, que representaban el drama de su alma, expresado como arte y poesía. Tenía una vaga idea de lo que era amar la creatividad, pero me detenía la sombría realidad del aspecto comercial y el miedo al cambio. Podía identificarme con Blake.

Alquilé un pequeño apartamento en Santa Mónica y llené las paredes con grabados de Blake. Pensé que podría llegar a enloquecer un poco escribiendo las letras para el álbum. No hacía más que entrar y salir de un estado onírico libre de drogas.

De vuelta en el estudio, Roy estaba ocupado repasando su técnica con la mandolina. Decidí reescribir el poema de Blake *Jerusalén* de un modo más cercano al verso alquímico-pagano que, en mi opinión, representaba su verdadero significado, en lugar de un himno. Creo que Blake se habría quedado horrorizado ante la interpretación patrioterica aplicada a su mensaje antimaterialista.

Ya había usado imágenes del tarot en canciones de Maiden, en particular en *Revelations*, con el Colgado; pero, al trabajar con Blake, personajes como el Loco, la Torre y el Enamorado podían aparecer en «The Chemical Wedding».

La portada era una pintura de Blake, *El fantasma de una pulga*. La Sociedad Blake nos dio permiso para usarla, y cuando se lanzó el disco, el Departamento de Inglés de la Universidad de East Anglia me invitó a dar un seminario sobre William Blake. Imagínate.

Acepté encantado, aunque creo que el profesor encargado pensó que yo estaba un poco loco.

Cuando llegó el momento de salir de gira con «The Chemical Wedding», surgió un problema: Roy Z no estaba disponible. No solo su salud se resentía a veces en la gira, sino que el éxito del disco y su fantástica recepción por parte de la crítica significaban que su estrella como productor discográfico iba en aumento.

No había demasiados guitarristas que cumpliesen los requisitos para reemplazarle. Ideamos un plan. Roy encontraría un amigo y le enseñaría a tocar las canciones. Así entró en escena el mundo un tanto extraño de «Guru».

Adrian contribuía con su propio estilo único a la guitarra, pero yo necesitaba algo que contrastara con sus solos cambiantes y agitados. En resumen, necesitaba al gemelo de Roy Z tocando la guitarra, pero no era fácil encontrarlo.

Roy sugirió entrenar a alguien, y ese alguien era un músico local de Los Ángeles llamado Richard Carrete.

Al principio no pensé que funcionaría. Los primeros ensayos no empezaron con buen pie, y tuve una terrible sensación de ansiedad al ver que mi bote salvavidas no tenía ni remos ni velas. El pánico rara vez sirve para algo, por lo que la tranquilidad y la paciencia eran la clave. Es posible que Richard estuviera tan nervioso que era un milagro que pudiera tocar. Como muchos estadounidenses, nunca había salido de su país; y ahora le ofrecían la oportunidad de ir de gira por Europa con uno de los ídolos de su infancia.

No estoy seguro de cómo surgió el apodo de Guru para Richard, pero es probable que fuera una broma de una de las últimas tardes, en la que demasiadas cervezas Negra Modelo habrían inutilizado nuestros hígados. Guru, sin embargo, tenía un aspecto estupendo con su gabardina de cuero y gafas de sol al estilo *Easy Rider*.

Guru tenía su parte correspondiente de mala suerte. Un perro se había comido su coche recientemente, y su novia japonesa lo había abandonado diciéndole que le fastidiaba su existencia.

En el caso del automóvil, el perro en cuestión era un moloso, un perro gigantesco y peligroso que Guru aceptó cuidar mientras un amigo estaba fuera. Al perro le gustó su coche, sobre todo el interior, que destruyó y se comió.

En el caso de la novia, Guru explicó que la había enrollado en una alfombra. Nos quedamos sentados, mirando fijamente las cervezas, mientras él contaba la historia.

—¿Por qué? ¿Era una especie de fetiche a lo Gengis Kan?

Nunca me enteré, pero Guru se sintió cómodo, y volvimos a invadir Escandinavia, donde lo pasamos en grande.

El álbum y la gira de «The Chemical Wedding» cimentaron el camino creado por «Accident of Birth», y de repente tuve realmente un propósito, un significado y una carrera de verdad como solista. Era consciente de que las cosas no iban igual de bien en el mundo de Maiden.

A la banda le resultó difícil ajustarse a un público menguante, en especial en Estados Unidos. Sin embargo, no era como si me estuviera beneficiando de su malestar; mi destino ahora estaba seguro en mis manos.

Bob Dylan sabía hacia dónde soplabla el viento. Maiden disponía de pocas opciones, y una de ellas era pedirme que volviera.

Había una parte de mí que se sentía reacia a tirar la toalla en mi carrera como solista. Había llegado muy lejos y en compañía de buenos músicos y seres humanos realmente buenos. Había aprendido mucho: sobre música, sobre composición de canciones, sobre canto y sobre mi propia voz. No habría aprendido nada de esto si hubiera permanecido en el redil de Maiden, donde habría sido el único interesado en aprender algo.

Cuando finalmente recibí la llamada telefónica, observé con irónica diversión cómo seguían caminando con pies de plomo y mucha diplomacia detrás de escena para preparar el gran encuentro entre Steve Harris y yo. Todo esto se hizo con la paranoia habitual sobre los medios y estipulando que nadie debería vernos hablando antes de que se redactara el comunicado de prensa.

Antes de la reunión, de hecho después de la primera llamada telefónica, llamé a Roy y a la banda.

—Me han pedido que me reúna con Maiden. ¿Qué os parece? —pregunté.

—Tío, es genial. Tienes que hacerlo.

Me quedé asombrado. Estaban decididos, en efecto, a renunciar y regresar a sus trabajos cotidianos; salvo, quizás, Roy.

—Siendo realista, no puedo sostener una carrera en solitario adecuada y estar en Maiden. Sé lo que me van a pedir mientras esté con ellos. Tendremos que ir por caminos separados —dije.

Las personas que no entienden a Iron Maiden no comprenderán el impacto que ha tenido en la vida de tanta gente. Maiden ha representado una afirmación personal de autoestima para millones de personas a lo largo de los años. Más allá de la música pop, la moda y el detritus y la decadencia inútil de la «realidad» de los famosos, Maiden fue un trabajo duro, así como tangible, sustancial y complejo, pero también visceral y agresivo.

Vi los rostros de mis compañeros de banda en la sala. Creo que fue Eddie Casillas quien habló. Eddie era el carpintero que nunca formó una pandilla. Eddie tenía la casa segura donde ningún miembro de la banda peleaba. Eddie era rock y tocaba el bajo como tal.

—Tío, tienes que volver. El mundo necesita a Iron Maiden.

Nunca me habría otorgado a mí mismo el título de flautista de Hamelin de bolsillo, pero parecía que todos esperaban que liderara una nueva tribu Iron

Maiden hacia el siguiente milenio.

Tenía algunas ideas guardadas para incluir en la mezcla. No eran planes concretos, mejor aún, eran visiones surgidas durante los últimos años en el desierto.

No hay nada como la adversidad para sacar lo mejor de un individuo, y yo había pasado por mi propio renacimiento. Reincorporarme a Maiden sería reiniciar la música de las esferas. Si el universo había estado congelado durante algunos años, sentía que podíamos atravesar las paredes de hielo y entrar en un mundo de fuego y pasión.

Me encontré con Steve en un bar de Brighton, un sitio insulso cerca de un puerto deportivo. El tipo de lugar en el que, normalmente, a ninguno de nosotros se nos vería por allí ni muertos. Rod andaba de puntillas, esperando los fuegos artificiales; a mí todo el proceso me parecía ligeramente divertido. En un bar desierto, con la única presencia de un par de tipos de cuarenta y tantos charlando entre ellos, se depositaban las esperanzas de millones de admiradores.

Steve me preguntó por qué quería volver. Le dije que creía que juntos podríamos hacer grandes cosas de nuevo.

—Suficiente —respondió.

Quedaba también la cuestión sobre cómo gestionar la vuelta de Adrian, a lo que Steve respondió, sin titubear, que siempre quiso tres guitarristas.

Sabía que podíamos llegar a ser mucho más de lo que podríamos haber sido antes. Nos quedamos con la mirada perdida en el olvido y, de una forma u otra, decidimos que era mejor quemarse y abandonar que desvanecerse.

Al unirme de nuevo a Maiden, encendí la mecha de un futuro incendiario y saboreé el desafío.

EL PRIMER VUELO DEL BRUCE GOOSE

Al unirme de nuevo a Iron Maiden, cualquier oportunidad de trabajar en una línea aérea se desvaneció rápidamente. Sin embargo, el regreso me traería una inesperada ganancia financiera; así que decidí comprarme un avión. ¿Qué sentido tenía poseer una cartera llena de licencias de piloto profesional en dos continentes si me quedaba clavado en el suelo?

Junto a la escuela de vuelo de Justice Aviation, en Santa Mónica, había un tipo llamado Ken Krueger que vendía aviones. Yo tenía en mente algo con dos motores y seis asientos, muy similar al avión con el que había volado en Europa durante mi instrucción de vuelo.

Sobre la plataforma de estacionamiento había una selección de los aviones que vendía Ken. Uno de ellos me llamó la atención. Era bastante grande y tenía un aspecto impresionante: un Cessna 421 Golden Eagle. Había oído que sus motores eran difíciles de manejar y su confiabilidad, cuestionable. Duke Morton, un antiguo piloto de Air America, que había pilotado el avión y que andaba por allí cerca, escuchó mis dudas.

—No le pasa nada a ese avión. He volado con él durante años y nunca se ha estrellado. Es una buena nave.

—¿Qué pasa con los motores?

—Los rumores no son más que tonterías. Solo hay que manejarlos correctamente.

El avión había pertenecido al abogado de Arnold Schwarzenegger. Lo vendía porque había comprado un turbopropulsor King Air. Fui a echar un vistazo. La aeronave tenía sistema de presurización y subía a treinta mil pies si tenías coraje y no te importaba sufrir una hemorragia nasal. Tenía asientos tipo club y un inodoro (bueno, un cubo) y podía llevar a seis personas en la parte posterior y dos delante.

Como con todo lo que respecta a la aviación, fue un proceso de aprendizaje. Averiguar cómo manejar el 421 y sus sistemas relativamente complejos fue la primera fase. Afortunadamente, tomé prestado a Joe Justice, el jefe de la escuela de vuelo, para que me tutelara durante mis primeros vuelos; luego me lancé por Estados Unidos hacia la gira de Iron Maiden.

Desde el punto de vista musical, y sin la menor intención de parecer displicente, el hecho de unirme de nuevo a Maiden fue como calzarme mi par favorito de botas de montaña. El hueco seguía allí, desgastado por el paso de los años. Lo que era diferente, sin embargo, era la chispa y la energía renovadas. La confianza adquirida como resultado de mi trabajo en solitario y el crecimiento de mi voz en el rango emocional acabaron por añadir más potencia de fuego.

Arranqué el avión, apodado *Bruce Goose*. El plan era volar directamente de California a Bangor (Maine) para recoger trajes de supervivencia y balsas salvavidas; a continuación, subir a Goose Bay, en Canadá; reabastecerme de combustible en Narsarsuaq (Groenlandia) y de allí a Islandia, para echar una cabezadita. El tipo de seguridad de Iron Maiden, Jim Silvia, iba a ser mi compañero de vuelo. Jim era todo un personaje, había sido detective en Nueva York y había trabajado para la DEA y el FBI. También era piloto privado y bastante aventurero.

Después de Islandia, volaríamos a la punta de Escocia en Wick, de ahí a Luton, y después a París-Le Bourget, a tiempo para el té y las medallas, y a seguir con la gira de Iron Maiden. El mantenimiento, como cabía esperar, se demoró y se extendió una semana.

—Necesita una prueba de vuelo —dijo el ingeniero.

—Bueno, volaré a Bangor, y si tengo que regresar, será que ha fallado.

El ingeniero se encogió de hombros.

—Por cierto, el piloto automático no funciona.

—¿Qué?

—Sí, lo siento. Las nuevas radios no son compatibles con él, y parece que ahora la unidad completa no funciona en absoluto.

—Bueno, vale, me lo llevo como está y lo arreglaré en Europa.

Bangor tenía seiscientos metros de visibilidad con niebla. El tiempo no invitaba a volar. Realicé la maniobra de aproximación, aterricé manualmente, recogí las balsas salvavidas y despegamos hacia Goose.

—Bueno, supongo que el nuevo kit de navegación funciona bien —comenté mientras superábamos la capa de nubes en un glorioso amanecer en el norte de Canadá.

Aproximadamente a las diez y media de la mañana, aterrizamos, repostamos el avión, rematamos la parada con un café y despegamos hacia Groenlandia.

Pilotar manualmente el avión a través del Atlántico parecía desalentador, pero en realidad la aeronave era muy estable y no resultaba pesado manejarla sin piloto automático durante los tramos largos.

Narsarsuaq es un campo de aviación muy conocido e histórico. En un extremo hay un glaciar rodeado de abruptas montañas. Durante la Segunda Guerra Mundial y la guerra fría fue una base estadounidense muy importante, conocida como Bluie West 1, y muchos pilotos perdieron la vida en el terreno o se quedaron sin combustible buscando la pista bajo las nubes bajas o la niebla.

Tuve suerte, porque el cielo estaba azul y despejado. Subí a veintiún mil pies para el cruce, compensé el avión para que volara casi con las manos libres y me maravilló el milagro del GPS. Tenía a mi alcance una posición precisa, un mapa en movimiento, una velocidad exacta de avance y la hora estimada de llegada.

Los aviones de la Segunda Guerra Mundial iban despresurizados y con un frío helador. Dentro, un navegante encorvado sobre sus cartas de navegación daba su mejor estimación sobre dónde podrían estar y, por lo tanto, dónde podrían terminar horas más tarde.

El arte de la navegación inspiró la canción de Maiden *Ghost of the Navigator* del álbum «Brave New World».

Estábamos a medio camino de Groenlandia cuando Jim regresó a la cabina.

—¿Qué es esa luz roja? —preguntó.

La mayoría de los aviones tienen a la vista una luz de fuego, así como una fuerte campana de aviso para llamar la atención si no notas las ardientes brasas rojas asaltando tus globos oculares. Debido a que el Cessna fue diseñado con un estándar menos riguroso, la luz de fuego del motor no tenía una advertencia sonora, y el dueño anterior la había movido debajo del panel de instrumentos, junto al pie derecho del piloto.

—¡Mierda! ¿Cuánto tiempo lleva así? —me pregunté en voz alta.

Miré el motor izquierdo a través de la ventana. No había señales de fuego, pero eso no significaba que no lo hubiera debajo del carenado. El Cessna 421 tenía un historial de incendios de escape del turbocompresor y, en ciertas circunstancias, era posible que un incendio no controlado derritiera los tubos de alimentación de combustible situados detrás del cortafuegos del motor.

Esto provocaría que el combustible ardiente se canalizara hacia el larguero, que mantenía las alas, y la visión de un ala cayendo de un avión en llamas no era una película agradable que se me pasara por la cabeza.

Revisé los indicadores, el flujo de combustible y la temperatura de los gases de escape, todo normal.

—Jim, ve a la parte posterior y observa lo que sale de la parte trasera del motor.

—Sale una gran cantidad de mierda negra —dijo Jim mirando por una de las ventanillas de pasajeros.

Apagué el motor.

La luz de encendido del motor se mantuvo de color rojo cereza cuando la hélice dejó de girar. La hélice estaba en posición de bandolera para reducir la resistencia de la corriente de aire. En el fondo de mi mente seguía pesando la posibilidad de que se tratara de una falsa alarma, sobre todo después de que el avión hubiera salido recientemente de las manos de los mecánicos.

Pero la luz seguía encendida, y solo tenía un extintor de incendios.

—No hay mejor momento que este para accionar la botella, Jim.

Reduje la velocidad de la aeronave para aumentar la efectividad del extintor y presioné el botón para librarnos del incendio.

La luz de fuego se apagó.

Ahora estaba realmente desconcertado. ¿Era posible que realmente se hubiera producido un incendio? Esperé a que se me cayera el ala. No fue así.

Con un solo motor, perdimos altura lentamente durante las siguientes dos horas, antes de estabilizarnos a siete mil pies. Lancé una llamada de socorro que fue recogida por un amable piloto de Aer Lingus que volaba por encima de nosotros y que transmitió a las autoridades. Nunca pude darle las gracias en persona, por lo que aprovecho esta pequeña dedicatoria para hacerlo.

La vasta extensión de océano se hizo de pronto realmente vasta. Jim señaló una flota de naves en la distancia.

—Barcos —observó Jim—. Siempre podríamos hacer un amaraje forzoso junto a un barco.

Media hora después, nos dimos cuenta de que los barcos eran, en realidad, icebergs.

El GPS nos guio hacia la pista y, con poco combustible, aterrizamos en Groenlandia. Justo cuando estaba a punto de aterrizar, noté que la luz de fuego del motor parpadeaba momentáneamente. Como medio sospechaba, probablemente se trataba de una falsa alarma.

Apagué motores en el tranquilo y soleado frío de Groenlandia a primera hora de la tarde y luego desconecté el motor izquierdo. Claramente, no había habido ningún incendio.

Por la mañana, las heladas y brillantes montañas teñidas de azul púrpura me saludaron mientras daba un paseo. La belleza estaba marcada por la tristeza del lugar. En las estribaciones quedaban los restos de un hospital psiquiátrico militar de Estados Unidos, tan solo los cimientos de las cabañas que formaron un complejo importante durante la guerra fría. Era un refugio para los soldados que habían sucumbido bajo el estrés del combate. Los mantenían ocultos a la vista de los demás, de un modo que ahora consideraríamos vergonzoso. Se los consideraba una amenaza para la moral nacional, por lo que estaban escondidos en Groenlandia. Escondida también se encontraba una enorme instalación para almacenar munición excavada en la montaña que discurría a lo largo de la pista de aterrizaje. El pequeño museo privado que había allí fue, desafortunadamente, cerrado.

Un sonriente ingeniero de Greenlandair resolvió, en parte, mis propios problemas.

—Jo, jo, jo... FUEGO. Jo, jo, jo... FUEGO.

Estuvo enredando bajo el carenado del motor, y la luz de fuego se encendió.

—Muy gracioso —me quejé—. ¿Qué ha sido?

—Un cable flojo. —Sonrió—. Ya no está suelto.

Mientras despegaba y dirigía el avión hacia París, pensé que aquella era la historia de mi vida. Todo este transporte, por supuesto, era para apoyar mi gira de regreso, una forma rápida de reintroducir a un servidor en una encantada legión de admiradores. El principal acontecimiento que estaba por llegar era el nuevo álbum; sugerí que podría llamarse «Brave New World», por la novela de Aldous Huxley. Steve tenía una casa en Faro (Portugal), y todos nos fuimos a villas y apartamentos vacacionales en una colonia turística para vivir juntos y escribir.

Faro es encantador en verano, pero en invierno es húmedo y triste. Janick y yo temblábamos por las noches bajo montones de abrigos.

El golf estaba en la agenda, principalmente porque era casi gratis, y también porque, aparte de beber en el desierto *pub* local, la vida fuera de la composición de canciones era desesperadamente aburrida.

Nicko es muy bueno jugando al golf. Nick Faldo recibió de él lecciones de batería con la esperanza de ganar la Ryder Cup (que perdió). Yo lo intenté en el cercano campo de práctica de tiros y en el *green*. Zurdo, diestro, este

hierro, ese hierro: el golf no hace que se me acelere el pulso. Estoy con Mark Twain en este caso, es un buen paseo echado a perder. Lo intenté, sin embargo, y acepto que es un deporte muy desafiante y que requiere habilidad. Solía hacer de cadi para mi padre cuando jugaba en Sheffield. Las laderas casi verticales y los vientos con fuerza de vendaval, sin olvidar que no había nada de esas cursilerías eléctricas de ineficaz cochecito, convertían la tarea de cadi, al menos, en auténtico dolor y sufrimiento. Solo lo hice porque tenía poluciones nocturnas a cuenta de la dentada camarera del club, hasta que un día me acerqué y me di cuenta de que realmente debería pasarse un cortacésped por los antebrazos.

Nicko era lo suficientemente bueno como para jugar en un terreno exaltado con gente exaltada. Martin Birch, por ejemplo, es, creo, un buen golfista. Ellos dos fueron protagonistas de un espeluznante suceso que quedó enterrado en el campo de golf de Wentworth. Nicko solía tener algún problema con el pantalón en algunos campos: el comité correspondiente siempre desaprobaba su decorativa elección para cubrirse las piernas. Por regla general, se podía tomar prestados unos pantalones para estas crisis. No estoy seguro de si, en esta ocasión, Nicko llevaba sus propios pantalones o los de otra persona, pero sus calzoncillos eran definitivamente los suyos.

Martin estaba preparando el golpe, lo que no quiere decir que fuera a atracar un banco. Preparar el golpe en golf es una forma indirecta de decir: «Estoy mirando esa dichosa bola y me pregunto cómo voy a golpear esa maldita cosa sin hacer el ridículo».

Martin levantó el palo para golpear la bola, momento en el que Nicko se ventoseó con tanta violencia que agitó los pantalones y provocó que el señor Birch enviara la pelota a la dirección equivocada.

En medio del verde sagrado de Wentworth, Nicko McBrain se había hecho caca encima.

—No me jodas, Mart. Creo que he acompañado el golpe.

—Entiéndalo —sugirió Martin.

—Deja que te dé una lección, Goldfinger —le contestó como podría haberlo hecho Sean Connery—. Ya veo por qué llaman a su criado Oddjob.

VALER, VIRAR

La banda se sentía llena de energía. Me arriesgué al hacer algunos comentarios sobre Metallica en la prensa que provocaron una gran polémica. Francamente, necesitábamos estar de nuevo al margen. Maiden no solo tenía que ser el hijo pródigo, sino su versión no arrepentida. ¿Un toque de arrogancia? Pues sí, la verdad. Aunque tomaré un poco del de Muhammad Ali, allí sentado como un tipo feliz todos los días de la semana. También significaba que, si te levantabas y decías «Soy el mejor», debías cumplir la promesa.

El regreso a Rock in Rio nos brindó esa oportunidad y, en esta ocasión, encabezábamos el cartel.

No creo que se pueda describir a doscientas cincuenta mil personas como algo más íntimo que las más de trescientas mil ante las que actuamos en 1984, pero sí es cierto que esta vez estuvo más organizado.

La publicidad supuso presión, más presión y expectativas. Tuvimos un público multitudinario en directo a través de televisión, así como la oportunidad, una sola, de grabar en directo. Me había encerrado en la habitación de mi hotel durante dos días en la oscuridad, tan solo para descansar y ensayar mentalmente.

Cuando llegamos al escenario, me sentí como si soltaran a un galgo de su jaula. El calor y la humedad eran agotadores, pero la oleada de adrenalina seguía llegando, hasta el punto de que creí que mi corazón estallaría o que mis piernas se doblarían debajo de mí. Corrí, salté y canté, y salté de nuevo hasta que las náuseas comenzaron a apoderarse de la boca del estómago y luego..., todo terminó. Estaba tan alterado que ni las cervezas frías me hicieron ningún efecto. Necesité cuatro horas para empezar a calmarme.

Maiden lo había clavado. «Brave New World» no era un simple título de álbum, era ya nuestra propia existencia. *The Wicker Man* fue, por supuesto, el primer sencillo, aunque no era el *The Wicker Man* de mi álbum en solitario.

Sobre el escenario había una réplica del hombre en llamas de la película *El hombre de mimbre*.

En el clímax del espectáculo, se suponía que unas vírgenes vestales con diáfanos atuendos debían arrastrarme dentro del hombre de mimbre. En la práctica echábamos mano de cualquier chica que estuviera cerca, desde las chicas del catering hasta las novias, y casi siempre se cubrían con una sábana vieja.

Tuve suerte de sobrevivir intacto en Noruega. Las mujeres tramoyistas eran un tanto robustas y se tomaron muy en serio su deber con el sacrificio. Salí con marcas de mordiscos y arañazos, y más parecía haber tenido una discusión con una valla de alambre de púas.

Al volver a casa, empleé mi tiempo en realizar el curso de Multi Crew Cooperation, un verdadero puente hacia el mundo de las aerolíneas comerciales. Pasé dos semanas en Heathrow en un aula y veinte horas en un simulador, aprendiendo los conceptos básicos para volar como parte de un equipo. El vuelo que había hecho en el Cessna fue una experiencia increíble, pero la mayor parte la realicé como piloto único. Los aviones de pasajeros y una mentalidad de piloto único no combinan bien. Aprendí mucho y me gustó formar parte de un equipo.

El Cessna vivía ahora en Santa Mónica. Después de terminar la sección europea de la gira *Brave New World*, regresamos a Estados Unidos. Volví a cruzar el Atlántico, esta vez por una ruta más al norte, para comenzar la gira en Toronto. Cuando volví a California, un médico local de Santa Mónica me compró la mitad. Pensé que sería más barato mantenerlo allí y, de todos modos, ya estaba suficientemente ocupado.

Todavía tenía que entregar un último álbum en solitario, así que combiné un viaje a Los Ángeles para escribir con Roy con la misión de vender la última pieza del Cessna. El doctor quería reacondicionar los motores y cambiar el interior, prácticamente un avión nuevo, y también quería un piloto automático, así que acepté pagar uno si compraba el avión.

Cuando llegué al Reino Unido, un amigo me pidió que me sentara a evaluar un simulador que estaba experimentando. Yo sería el «saco de arena»: el peso muerto que actúa como copiloto; además de ayudarlo a manejar los sistemas del simulador 737.

El tipo que estaba detrás era el jefe de pilotos de la aerolínea. Me comporté como un buen chico. Volé con el perfil de ensayo de vuelo para darle un descanso a mi amigo.

—¿Dónde aprendiste a volar así? —preguntó el instructor.

Le expliqué que había estado volando por Estados Unidos, Europa y el Atlántico sin piloto automático durante un par de años.

—¿Me vas a dar ahora tu currículum? —bromeó.

—Es curioso que lo pregunte... —Y saqué el sobre.

Charlamos un poco, y me puso en su bandeja de entrada como «posible primer oficial».

Conseguí un trabajo a tiempo parcial haciendo vuelos panorámicos desde High Wycombe y me ofrecí como voluntario para algunos actos benéficos. Una noche, a principios de junio de 2000, sonó el teléfono de casa. Era el jefe de pilotos del simulador.

—¿Qué haces el lunes? —preguntó. Por el tono de su voz, me dio la impresión de que me iba a decir:

—Línea Boeing 757. 8 a. m. Lunes inicio. Tiempo completo. ¿Puedes hacerlo?

—Sí, por supuesto. Puedo hacerlo.

Colgué el teléfono. No tenía ni idea de cómo iba a hacerlo, pero ya me preocuparía por eso el lunes.

Me presenté debidamente en el centro de entrenamiento de vuelo de British Airways Cranebank, o Braincrank, como se lo conocía sin tanto afecto. Había salido de mi zona de confort, un pez fuera del agua. Mi vida ha sido siempre una sucesión continua de momentos acordes con el refrán «saltar de la sartén para caer en las brasas». Creo que, en el fondo, me gusta. Nunca te sientes tan vivo como cuando aprendes algo nuevo y superas la adversidad.

Hasta ahora había estado en el mundo lujoso del piloto voluntario de avión o piloto comercial. Ahora estaba en el mundo comercial que no se andaba con miramientos. Como ha observado otro autor piloto, la habilitación de tipo comercial es como intentar beber de una manguera contra incendios.

Al final me contrataría British World Airlines, una de las aerolíneas independientes más longevas del Reino Unido. Se dedicaban a la contratación externa. Si otras aerolíneas necesitaban capacidad adicional en verano, acudían a BWA. De este modo tenían ocupados los veranos, aunque se desesperaran en invierno porque los aviones permanecían inactivos en el suelo, mientras que los costes no tenían la decencia de hacer lo mismo.

Su idea al adquirir un 757 de medio alcance era romper este ciclo y lograr que hubiera demanda durante todo el año con un avión que pudiera tanto cruzar el Atlántico como ofrecer un servicio de puente aéreo que cubriera la distancia de una hora por carretera.

Los pilotos de entrenamiento para pilotar su nueva máquina fueron contratados por British Airways y a mí, de hecho, me destinaron a volar con British Airways como copiloto de veinte «sectores» para acelerar mi entrenamiento en línea.

El entrenamiento en línea son unas prácticas supervisadas en las que se vuela con pasajeros reales. Se realiza después de haber aprobado varios exámenes básicos sobre los sistemas y el rendimiento de la aeronave, lo que requiere tres semanas de duro trabajo. A continuación, hay otras quince sesiones en un simulador y una prueba final.

Por hacer: una semana de entrenamiento de seguridad, entrenamiento de equipos de emergencia, extinción de incendios, salto por los toboganes, apertura de puertas y, finalmente, flotar en una balsa salvavidas dentro de una piscina.

El Boeing 757 es una bestia hermosa. Hermosa por su elegante morro como de cisne. Se eleva alto sobre su tren de aterrizaje, casi como un ave de rapiña posándose en tierra. Una bestia porque el loco benévolo que lo diseñó puso dos motores con 18 144 kilos de empuje cada uno.

Piensa en ello como la mitad de la potencia de un jumbo amarrado a un cuarto del peso. Un 757 ligero salía de la pista con una velocidad vertical de sesenta millas por hora, en una relación de ascenso superior a los seis mil pies por minuto.

Mi primer despegue en vacío en el aeropuerto de Shannon fue abrumador. El mundo exterior es mucho más real que el simulador. El avión era tan ligero que su velocidad de despegue era muy lenta, y yo me sentía más como si estuviera en un ascensor que en un avión.

Con el entrenamiento básico completado, uniforme obtenido, pelo corto y equipado con el objeto más ridículo, una gorra de piloto, me presenté para mi primer día de trabajo con pasajeros.

El 28 de julio de 2001 realicé un vuelo de ida y vuelta de Heathrow a Fráncfort; luego, de Heathrow a Múnich, donde hice noche. Hubo una víctima. En mi segundo aterrizaje, a doscientos pies rumbo a Londres, el parabrisas se llenó repentinamente de una enorme gaviota blanca que venía directamente hacia mí. En el último momento, viró sobre el parabrisas y se escuchó un fuerte golpe al salpicar en la parte superior de la cabina.

—¿Eso ha sido un impacto de pájaro? —murmuré mientras nos acercábamos a tomar tierra.

—Hmm —fue la respuesta.

En Múnich esperé, en uniforme, junto a la parada del autobús de la tripulación que me llevaría al hotel. Con el rabillo del ojo vi a un fan de Iron Maiden y él me vio. Engalanado de pies a cabeza con insignias, chaqueta vaquera sin mangas de motero y camiseta de Maiden, vino directo hacia mí.

Me miró y dijo:

—Disculpe..., ¿es esta la parada de autobús para Múnich?

—No, la siguiente.

Se dio la vuelta y se alejó. Nunca supo —nadie lo sabía, excepto yo— que era piloto de aerolínea. Increíble.

SEPTIEMBRE NEGRO

El mundo de Maiden se encontraba en un estado de pausa relajada. El revuelo causado por mi reincorporación se había calmado, y mis bromas en la prensa de «somos los más grandes» al estilo Muhammad Ali habían sido, en general, reconocidas a regañadientes. A nadie le gusta un listillo, algo que, por otra parte, va unido a lo de ser el cantante principal.

En lo que a mí concierne, la declaración crucial era la que yo había hecho respecto a «Brave New World». Declaré nuestra intención de ofrecer un álbum que nos colocara de nuevo en el camino hacia un futuro aventurero, no uno nostálgico o un delgado pastiche de glorias anteriores. Hubo muchos cínicos que no me creyeron, pero les demostramos a todos que estaban equivocados.

El verano y el otoño de 2001 me los pasé saltando de casa de Janick a la de Adrian, garabateando letras y melodías para lo que terminaría siendo las canciones del nuevo álbum, «Dance of Death». Mi interés por el ocultismo me había llevado a viajar a la fortaleza en ruinas de Montsegur, en Francia. Subir a este castillo en las nubes era asombroso en sí mismo, pero vagar por dentro de lo que quedaba de sus pequeños muros hizo que mi imaginación corriera desbocada. *Juego de tronos* no es nada comparado con la matanza que tuvo lugar en Montsegur y que precipitó la extinción del catarismo.

Mientras paseaba por el campo, visité también Rennes-le-Château y el bosque artúrico de Brocelianda. Mi experiencia con *Chemical Wedding* y mi relación amorosa con Blake agregaron resonancia a mis itinerantes aventuras.

Todo esto lo hice entre mi servicio de vuelos. Era sorprendente experimentar lo que podría llamarse un trabajo «apropiado». A diferencia de la música, el trabajo de la aerolínea tenía reglas estrictas que regían el trabajo que hacía cada uno, como los ferrocarriles. Cuando se terminaba el vuelo y se completaba el papeleo, la puerta se cerraba. La gente simplemente se iba a casa y se relajaba. Menudo concepto. Empecé a disfrutar de mi pereza recién

descubierta. La frase: «Lo siento, no puedo hacer eso; estoy a la espera» se convirtió en mi excusa para rechazar casi todo.

Me liberaron de volar con British Airways después de dieciséis vuelos y me uní a British World Airlines. La sede estaba en Southend, pero el avión tenía su base en Stansted.

Empecé a pilotar su Boeing 757 y, en un pequeño descanso, Iron Maiden me pidió que fuera a Nueva York para hablar con la prensa. Serían solo un par de días y una entrevista con la MTV durante la mañana antes de mi vuelo de regreso a Londres en el mismo día. Nunca hice la entrevista y nunca tomé el vuelo, porque ese fatídico día fue el 11 de septiembre de 2001, el día en el que el cielo se paralizó.

Como buen estudiante que era, llevaba conmigo el manual técnico del 757 para leerlo en los largos períodos de tiempo muerto mientras esperaba. Me senté con él en mi regazo en la azotea del hotel, donde había una pequeña terraza y una piscina cubierta.

Una viejecita salió del ascensor y preguntó al empleado de la piscina:

—¿Ha oído algo sobre un avión que se ha estrellado contra el World Trade Center?

Alcé la vista. Iba a preguntar algo, pero luego no lo hice. Pensé que habría sido probablemente una avioneta. Muchos aviones pequeños, todos con un solo motor, cruzaban la ciudad. Londres no los permitía a menos que fueran Spitfires que sobrevolaran el palacio de Buckingham para la reina. No era la primera vez que un avión chocaba con un edificio en la ciudad. En la década de 1940, el Empire State Building tuvo incrustado en los pisos superiores un bombardero de la fuerza aérea. Volví a mi manual del 757.

Salieron más personas del ascensor, y la azotea se llenó de gente que miraba hacia Greenwich Village. El hotel estaba justo al sur de Central Park.

—¿Qué tipo de avión era? —le pregunté a uno de ellos.

—Un avión de pasajeros.

Dejé el manual. Los aviones de pasajeros no vuelan contra los rascacielos en una mañana clara de septiembre. Fui a la terraza. No se veía nada. Entonces oí el sonido desgarrador de los aviones militares: un par de ellos volando bajo. Pensé que aquello no era nada bueno y, tal vez, tampoco era buena idea quedarse en la azotea.

Abajo, en mi habitación, encendí el televisor. Una torre había caído, la otra estaba en llamas. Mi móvil sonó. Era Merck Mercuriadis.

—¿Has visto lo que está pasando? —preguntó.

Llamé por teléfono a recepción para pedir que prolongaran mi estancia.

Nadie en la ciudad de Nueva York iría a ningún lado en los días sucesivos.

Las consecuencias fueron como un sueño lento y surrealista. La horrible carnicería de la Zona Cero, que contrastaba con el tranquilo y pacífico centro de Nueva York; miles de personas caminaban bajo el sol con el intervalo de constantes sirenas. En la Octava Avenida vi cómo los camiones de bomberos corrían de regreso a la escena. Los bomberos estaban completamente cubiertos por la suciedad tóxica marrón y gris del edificio. En la cuneta yacía un tierno oso de peluche, cubierto de polvo y descansando en un charco de agua que se había escapado de las mangueras del camión. La mirada de sus ojos de vidrio transmitía la pérdida de la inocencia.

Los bares de Nueva York estaban llenos. Los telediarios no hacían más que repetir la noticia una y otra vez, mientras que cada pocos minutos se descubría otro «paquete sospechoso».

Al día siguiente deambulé por las calles e intenté donar sangre, pero fue en vano. La fila daba la vuelta a la manzana, pero lamentablemente toda la sangre del mundo no podía devolverles la vida a las víctimas. Nos despacharon a todos con un trozo de papel diciendo que se pondrían en contacto con nosotros si era necesario.

La ciudad era como un pueblo fantasma. Una espeluznante nube de gases y humo blanco subía desde la Zona Cero. El viento había cambiado, y el polvo en suspensión y Dios sabe qué más me irritaron los pulmones. Era más saludable permanecer dentro del hotel.

La ciudad de Nueva York se había cerrado, y el aeropuerto estaba en crisis debido a que la actividad normal intentaba lentamente recuperarse; había miles de personas acampadas dentro y alrededor de las terminales del JFK. Era como ver las imágenes de los noticiarios de la evacuación de Saigón, excepto que estábamos en el siglo XXI en Estados Unidos. Después de pasar cinco días varado, finalmente regresé.

Los ataques del 11 de septiembre lo cambiaron todo. El mundo se volvió paranoico, el sentido común se tiró por la ventana y los políticos ansiosos por hacer gestos se enfrentaron con los pilotos, quienes pensaban que muchas de las medidas de seguridad eran un mero escaparate. Un clásico fue una confrontación temprana sobre la política de líquidos. En un vuelo, el capitán con el que estaba trabajando se indignó porque le confiscaron su botella de agua.

—Si quisiera liarla —tronó—, llevo treinta y cuatro toneladas de queroseno a seiscientas millas por hora para provocar un desastre.

Sin embargo, no le sirvió de nada. Yo casi acabo mal por culpa de dos latas de judías en salsa de tomate. Seguridad se las llevó.

—¿Qué es esto?

La clave está en la etiqueta.

—Llevan líquido dentro —dijo desafiante la vigilante de seguridad.

—Salsa de tomate, sí —respondí.

—Bueno, ¿lleva más de cien mililitros? —preguntó.

Afortunadamente, un supervisor intervino. Con una sonrisa traviesa inspeccionó las latas.

—Vale, como veis, son judías en salsa de tomate de Marks & Spencer —afirmó, y volviéndose hacia mi acusadora, le dijo:

—Las judías de Marks & Spencer no llevan mucho líquido, básicamente son judías.

Lo mejor de todo fue el capitán Clusterfuck. No es su verdadero nombre, aunque se le parece. El capitán Clusterfuck había pensado pasar un pastel de mazapán y frutas del tamaño de un jumbo a través de la seguridad de la tripulación en Gatwick. Cuando el pastel pasó por la máquina de rayos X, las sirenas estallaron, las luces rojas destellaron, y el operador de la máquina de rayos X palideció. El pastel de frutas apareció como altamente explosivo, y el problema era el mazapán: la gelignita huele a almendras.

El mundo cambió para siempre, y una de las víctimas fue mi primera aerolínea. British World quebró poco antes de la Navidad de 2001. Al menos, yo ya era un piloto de Boeing 757 plenamente capacitado y entrenado en línea. Poco útil en un mundo en el que la industria de la aviación estaba por los suelos. Al menos ya no tendría que intentar excusarme ante la aerolínea para trabajar en un nuevo disco de Iron Maiden.

PAR LAS PELOS

Se decidió que 2002 sería un año de descanso y recuperación para la banda. La fatiga había hecho mella en Maiden, aunque la banda había sobrevivido más intacta que nunca. Como de costumbre, mi idea de descanso y recuperación fue hincarle el diente a un par de proyectos nuevos.

Al remontarme atrás en el tiempo, no recuerdo con claridad quién sugirió la idea de una versión heavy metal de Los Tres Tenores. La idea era interesante. Los representantes y, en particular, los agentes salivaban ante la perspectiva de vender actuaciones conmigo y otras dos supuestas leyendas haciendo gorgoritos. La idea era buena pero, como siempre, lo peliagudo estaba en los detalles.

Yo quería a Ronnie Dio, de Black Sabbath y Rainbow, y a Rob Halford, de Judas Priest, junto a mí, y creo que probablemente todos los demás seres del planeta también lo habrían querido. Rod Smallwood se opuso categóricamente a Ronnie. Sospecho que fue porque no se puso de acuerdo con la representante de Ronnie, Wendy Dio. En cualquier caso, Rod sugirió a Geoff Tate, el cantante de Queensrÿche, para completar el triunvirato.

Fui a Los Ángeles para intentar escribir un álbum con Roy Z para este proyecto. Incluso con Geoff Tate a bordo, el álbum fue difícil. Quería que el disco empleara los puntos fuertes de las tres voces, pero también que las combinara de formas inesperadas. Fue una tarea complicada en un corto período de tiempo.

La canción que Roy y yo propusimos se titulaba *Tyranny of Souls* y la tomamos prestada de las tres brujas de Macbeth, cada una de las cuales se corresponde con una voz. Yo escribí la melodía, el fraseo y la letra para reflejar lo que era, en mi opinión, la esencia de mis compañeros tenores. En la demo de la canción hice incluso una pequeña imitación de sus estilos para darles una pista sobre las intenciones del proyecto. *Tyranny of Souls* era solo una canción. Necesitaría muchas más si tenía que hacer un disco con material

que nos hiciera justicia a los tres. Tenía un formato y presentación de escenografía que se aliaban con la canción de demostración, pero aún tendría que darles muchas más vueltas a la idea y al diseño si quería mantener entretenido al público durante dos horas. No se trataba simplemente de unir las vigas vocales para formar la Capilla Sixtina.

La presión que ejercían los representantes me hizo considerar meticulosamente la idea. Si no había tiempo para hacerlo bien, era mejor no hacerlo; o eso al menos pensaba yo.

Una reunión con Geoff Tate selló el destino del proyecto. No compartíamos puntos de vista en casi nada. En primer lugar, nunca lo quise a él; siempre hubiera escogido a Ronnie Dio.

Tyranny of Souls se recicló así como canción principal de mi nuevo y último álbum de estudio en solitario; aunque el resto del disco aún no existiera. Tampoco lo escribiría durante un tiempo. Me acababan de contratar en una aerolínea que se había creado recientemente a partir de las cenizas de British World Airlines.

A mediados de febrero estaba trasladando los muebles al viejo edificio de oficinas de Richard Branson, desde donde coordinó sus aventuras en globo. Había recogido los escritorios y las sillas de un contenedor de basuras, incluida una mesa de reuniones muy bonita que British Airways había considerado de calidad inferior.

La aerolínea se llamaba Astraeus y se elevó, como un ave fénix, de las cenizas de British World Airlines y de los restos de Go, la filial de BA. Fue el comienzo de la mejor experiencia aérea jamás creada.

Si bien el mundo de Maiden parecía dormitar a ojos de los extraños, en realidad, siempre estaba ocupado. Aunque las cosas funcionen al ralentí, gestionar Maiden conlleva una gran responsabilidad, y habíamos asumido el desafío de Clive Burr y su lucha contra la esclerosis múltiple. En marzo de 2002 hicimos la primera de una serie de actuaciones benéficas en Brixton Academy. La alegre irreverencia de Clive seguía intacta, incluso mientras luchaba por encontrar algún tipo de equilibrio en su estado. Un día iría caminando y, al siguiente, iría en una silla de ruedas. No se sabía con seguridad qué rumbo tomaría la enfermedad, excepto que era, en última instancia, incurable con los niveles actuales de tecnología.

Clive era un gran aficionado a la historia de la Segunda Guerra Mundial, y hablamos sobre aviones y sobre que yo pronto iba a comenzar un curso para aprender a pilotar un 737.

Mayo me pilló en Gatwick, inmerso en un programa de formación asistida por ordenador que bien podría haber sido una copia pirateada del software de Lufthansa. La clave estaba en los horribles chistes insertados cada cuarenta minutos: «Pues ya sabes todo sobre el sistema de aire acondicionado del 737; ¿no has sentido un escalofrío?».

Tuve que pasar por las mismas condenas que con British Airways, así que después de la instrucción de vuelo, el simulador y la formación básica, pasé al entrenamiento en línea, que fue más corto al tener experiencia como primer oficial en un 757. En mi primer día de trabajo, tuve una vivencia bastante interesante.

Fue de Gatwick a Faro, un vuelo completo con 148 pasajeros en un 737-300 muy viejo y machacado. Después de que British World se declarara en bancarota, Astraesus había heredado sus dos 737-300, bastante anticuados. Hacía un día magnífico y, a falta de ciento cincuenta millas de distancia, Faro nos dio un vector de radar para una final visual de doce millas. El cielo era básicamente nuestro. Descendí, giré a la derecha hacia la pista y comencé a reducir la velocidad. Pude ver el umbral.

—Visual, desconexión del piloto automático.

La alarma sonora del piloto automático al ser desconectado se apagaba al presionar de nuevo el botón. Mis ojos miraban con atención el exterior a través de la ventana, calculando visualmente la aproximación final.

—Flaps, uno —ordené.

La mano del capitán colocó la palanca de los flaps en la primera posición.

—Velocidad, uno-noventa.

El capitán de entrenamiento giró la perilla de velocidad para leer 190. Reduje el empuje.

—Flaps, cinco. Velocidad, uno-ochenta.

Eché un vistazo a la velocidad aerodinámica; no disminuía mucho. Mierda.

—Tren abajo. Flaps, 15. Velocidad, uno-cincuenta.

El estruendo del tren de aterrizaje al caer en el flujo de aire sonaba reconfortante, pero estábamos a mil doscientos pies sobre el nivel del suelo y la velocidad seguía sin disminuir.

—Te echaré una mano —dijo el capitán de entrenamiento.

Agarró el freno de velocidad y tiró de él todo el rato. El freno de velocidad es como dos puertas de granero en cada ala que se elevan en la estela, impidiendo el ascenso y aumentando la resistencia. Disminuimos un poco la velocidad, pero no lo suficiente.

A ochocientos pies, el avión se estremeció, y la rueda de control vibró violentamente al activarse el vibrador de palanca. Estábamos a punto de entrar en pérdida y, para que el piloto se dé cuenta, el señor Boeing instaló un sistema que le sacudiera los nervios en caso de aproximación a pérdida. Eso es exactamente lo que hace el sistema del vibrador de palanca.

Miré hacia abajo. La palanca del flap estaba en 15, pero el indicador de flap contaba una historia diferente. No se habían desplegado los flaps. No era de extrañar que no hubiéramos disminuido la velocidad. Miré por la ventana; el capitán de entrenamiento, probablemente, estaba monitorizando mi forma de volar. Sin embargo, la cuestión era que estábamos a punto de entrar en pérdida a ochocientos pies con 148 pasajeros.

—Motor y al aire —dije, pero esta era una situación bastante diferente. El estrés me hizo regresar al 757 y bloqueé los aceleradores.

—Mierda. No hagas eso. ¡Los motores se derretirán! —dijo el capitán de entrenamiento.

El 737 no tenía protecciones automáticas como el 757. En cualquier caso, inicié un giro a la izquierda muy poco profundo hacia el océano a medida que aumentaba la velocidad. Con una velocidad aerodinámica más sensata de 210 nudos, sobrevolamos la costa a dos mil pies. Tendríamos solo veinte minutos para resolver esto antes de que el combustible se volviera crítico. Al final todos los esfuerzos para desplegar los flaps o los slats fueron inútiles. Después de diez minutos, la única opción era aterrizar sin flaps ni slats en Faro.

—Creo que será mejor que lo hagas tú —le dije al capitán, antes de revisar las tablas de rendimiento para ver si podíamos parar o llegar al final de la pista.

Estuvimos a punto de superar la velocidad máxima de los neumáticos en tres o cuatro kilómetros por hora cuando aterrizamos, a más de 322 kilómetros por hora. Para orgullo de Boeing, el 737 se detuvo con 46 metros de sobra y desembarcamos a nuestros pasajeros. Nunca descubrimos cómo surgió el problema. Los ingenieros locales portugueses querían desmontar el ala en el acto. Decidimos llamar a casa, al estilo *E.T.*, y hablar con nuestros propios ingenieros.

Su consejo fue terminante: que apagásemos el avión, esperásemos quince minutos y lo volviésemos a arrancar después.

Así lo hicimos, y funcionó. Los ingenieros portugueses se fueron refunfuñando.

Ese verano volé por todas partes: Funchal, Innsbruck y Sharm el Sheij, además de los lugares de vacaciones habituales: islas griegas, Alicante, Málaga y Palma de Mallorca.

Lo pasé tan mal durante el curso de instrucción general del 737 que me ofrecí para escribir una guía de estudio para los nuevos pilotos. Después de haberla escrito, me invitaron a formar parte del departamento de formación y me enviaron a Ámsterdam para impartir cursos de instrucción general e informar de los exámenes. Se suponía que debía ser una estrella de rock salvaje y loca impulsada por las drogas, pero aquí estaba, en un simulador, enseñando los procedimientos operativos establecidos por la empresa. Imagínate.

La verdad es que me lo pasé bien. Recordaba lo difícil que me había parecido a veces cuando empecé mi formación y estaba decidido a alentar a los demás a no rendirse cuando las cosas se complicaran, como inevitablemente sucedería en algún momento.

Seguía practicando esgrima, aunque no con las mismas expectativas de éxito que había tenido diez años atrás. Tenía cuarenta y tres años y todavía estaba en muy buena forma, pero comencé a sufrir lesiones que duraban más. El florete es un arma móvil, pesada para las piernas. Tenía suerte de que mis piernas se mantuvieran bien gracias a las carreras que me pegaba por el escenario con Maiden. En el fragor de la competición, sin embargo, los saltos se hicieron un poco chirriantes justo un poco antes que los del oponente, para gran disgusto mío y beneficio suyo.

Volé trescientas horas en el 737 durante el verano y el otoño de 2002. Para entonces, Astraeus había aumentado la flota con un par de aviones 737 de nueva generación y, en el espacio de un año, contaba ya con cuatro aviones.

Algunos de esos aviones eran viejos, y las averías de los equipos a menudo significaban que los pilotos tenían que pilotarlos de forma manual. Un día me presenté a trabajar, con la misión de volar desde Gatwick hasta Atenas y regresar, con la salvedad de que el avión estaba roto y ninguno de sus pilotos automáticos funcionaba. Esperaba estar de vuelta en casa, viendo la tele en mi cama, alrededor de la una de la madrugada. En realidad, esa fue la hora a la que despegamos al final. Volamos en modo manual hasta Atenas, igual que el regreso, y todo en una noche; finalmente, aterrizamos a las nueve de la mañana en Gatwick. Estaba tan cansado que apenas podía ver las líneas blancas de la carretera que conducía a casa. Me detuve y dormí durante tres horas. Esto es lo que forja el carácter.

Por el contrario, ir de gira con Iron Maiden fue como ir de vacaciones. La inminente gira «Give Me Ed Till I'm Dead» fue un gran escape para calentar las cuerdas vocales antes de la gira oficial del álbum «Dance of Death», que se extendería hasta 2004.

El álbum, por supuesto, ya estaba listo. Lo habíamos grabado en el barrio de la bohemia urbanita, Notting Hill, en el oeste de Londres. Los estudios, ahora llamados SARM West, tenían bastante historia. Jimi Hendrix había vivido en un apartamento del piso de arriba, y se había instalado una enorme bañera a desnivel a petición de Bob Marley, que claramente disfrutaba de un buen baño mientras fumaba. El álbum completo, para mí, no era tan bueno como «Brave New World». Era como si tuviéramos un poco de resaca creativa e intentáramos superar el esfuerzo anterior, aunque sin demasiado ahínco. La única excepción, en mi opinión, fue *Paschendale*, el tema que compuso Adrian.

Nos dejó lírica, musical y emocionalmente con la boca abierta. Nos ofreció una pieza para recrear en el escenario. Empecé a hacer eso con alambre de púas, cuerpos simulados y reflectores portátiles para barrer al público.

La portada también fue controvertida. Nos mostraron una versión parcialmente terminada para que viéramos el progreso del trabajo, pero a Steve le encantó y no se cambió. Personalmente, todavía la encuentro embarazosa. Teníamos tal tradición de portadas extraordinarias e icónicas que no pude evitar sentir que, tal vez, deberíamos haber tenido un poco más en cuenta la opinión del artista, ya que el medio visual era su herramienta básica. El artista estaba tan avergonzado que retiró su nombre de los créditos del álbum. No lo culpo.

Estuve pilotando el 737 de Astraeus justo hasta el momento de empezar la gira «Give Me Ed Till I'm Dead». Mirando el horario en retrospectiva, fue agotadora y con mucha presión, ya que ahora encabezábamos el cartel, como mínimo, de grandes estadios, y los espectáculos al aire libre representaban casi una cuarta parte del total de los conciertos. La idea era crear el álbum «Dance of Death» a partir de una gira de grandes éxitos.

La gira «Give Me Ed Till I'm Dead» abarcó más de cincuenta espectáculos en dos continentes durante tres meses: un doble sentido nada sutil. «Give Me Ed» desembocó directamente en la gira «Dance of Death»; volví a pilotar el 737 y volé otras cien horas entre los cuarenta espectáculos europeos. Todo esto de volar máquinas de hierro pesado estaba bien, pero

anhelaba algo más interesante y romántico. Compré una parte de un biplano alemán, un Bucker Jungmann.

El Jungmann, que se remonta a antes de la Segunda Guerra Mundial, era un avión para instrucción básica de la Luftwaffe. Tenía la cabina abierta, estaba fabricado con tela y madera y rodaba sobre pistas de pasto. Mejor aún, giraba maravillosamente, y en las manos correctas (no las mías) era un elegante avión acrobático. No solo eso, sino que juro que, gracias a él, mejoré mis aterrizajes con el reactor. Volví a conectar con los elementos.

Dance of Death volvió a bombardear el mundo en enero de 2004: Latinoamérica y Norteamérica; luego, Japón. Tocamos dos noches en el anfiteatro Universal de Los Ángeles. La multitud era sorprendentemente bulliciosa para un recinto tan lujoso. Yo llegué volando, aunque no de la manera que me habría gustado.

Los tropezones, resbalones y caídas forman parte de los riesgos asociados con saltar sobre el escenario y hacer malabares con micrófonos y guitarras. A lo largo de los años me he caído frente a miles de personas y, por lo general, salía relativamente indemne. Janick no tuvo tanta suerte en un espectáculo en la ciudad alemana de Mannheim. Cayó de cabeza sobre una viga de acero y rodó varios metros hasta el suelo. Me quedé horrorizado; pensé que estaba muerto. Su cuerpo yacía al pie del escenario, sus extremidades se disponían de forma nada natural por la pérdida de conciencia y tenía la cabeza cubierta de sangre; no se movía y yo no podía ver si respiraba. Sucedió en un abrir y cerrar de ojos: un desliz y había desaparecido. Janick necesitó varias semanas —meses, en realidad— para recuperarse por completo. Mi desaparición fue igualmente repentina, y fue indirectamente atribuible a las celebraciones de cumpleaños de Janick.

Al principio celebrábamos los cumpleaños, especialmente cuando no éramos tan viejos como para que calculasen nuestra edad mediante radiocarbono o contando los anillos de árboles. Las celebraciones normalmente terminaban con platos de papel llenos de espuma de afeitar que se lanzaban sobre el desventurado miembro de la banda.

Más tarde aprendimos que la espuma de afeitar tenía un sabor bastante desagradable y picaba como el infierno, así que nos ablandamos y usamos crema batida. Un par de platos cargados de crema batida se colocaban en la parte superior de las pasarelas, en la parte posterior del escenario, justo al lado de la esquina frontal del podio de la batería de Nicko. La madera del suelo de la pasarela estaba pintada de color negro mate. La crema empapaba los tablones de madera y permanecía invisible, pero era tan resbaladiza como una

mancha de aceite. Yo tenía la costumbre de correr hasta el borde y parar de sopetón con un gran gesto dramático, excepto que, en esta ocasión, no me detuve. Mi cabeza impactó sobre el escenario en una fracción de segundo después de recorrer tres metros. Sucedió tan rápido que la banda ni se dio cuenta; tan rápido que me decepcionó descubrir que mi caída en picado ni siquiera había sido capturada en vídeo. ¿Dónde estaba el que graba las copias piratas con el móvil cuando se le necesitaba?

Como la mayoría de los accidentes, la acción transcurre en cámara lenta hasta el impacto. Después de eso, duele. Cuando traté de deslizarme para detenerme, me dirigí de cabeza hacia la batería.

Prepara un plan, pensé, protege las costillas a toda costa: me enrollé y rodé. Sin embargo, tenía un bombo y un conjunto de peldaños de aluminio sobre los que caer antes de golpear realmente el escenario. Extendí mi brazo izquierdo, que no sostenía el micrófono. Intentaría rebotar en el bombo y luego seguir rodando hasta el escenario.

Me lo había imaginado sin los soportes de platillos, y el espacio entre mi dedo meñique y el dedo anular se enganchó en la espita que sobresalía de un platillo crash. El brazo izquierdo se me torció por detrás, desgarrándome los músculos del pecho y retorciéndome la espalda, así que retrocedí hasta la batería. Aún sostenía el micrófono después de rodar y ponerme de pie. Continué, pero el dolor era intenso. La noche siguiente pasó lo mismo y, luego, todos volamos a Japón. Daba pena verme.

En el primer espectáculo de Japón, mi espalda no pudo más, y me pasé las siguientes cuatro semanas cojeando; la primera semana con la ayuda de un bastón.

Se suponía que debía regresar a Los Ángeles para terminar de grabar la voz del álbum «Tyranny of Souls». Roy me había enviado varias pistas de acompañamiento, y escribí las letras mientras recorría las calles cojeando con los auriculares puestos.

Llegué a Los Ángeles como estaba previsto y monté una cama al lado del micrófono en el estudio de Roy. Podía cantar unos cinco minutos antes de tener que acostarme. No estaba pasando por mi mejor momento, aunque sorprendentemente el álbum sonaba genial. No hubo mucha fanfarria cuando se lanzó al mercado, pero ha ido ganando seguidores de manera constante a lo largo de los años.

EL VERSÁTIL BRUCE

Mi condición de piloto hizo que una compañía de televisión se pusiera en contacto conmigo para hacer un programa documental para el Discovery Channel. El título era *Flying Heavy Metal*.

Había rodado vídeos musicales y todavía estaba ocupado haciendo malabarismos con el guion de *Chemical Wedding*, pero los documentales de televisión eran un territorio inexplorado. Como todo lo demás, fue un proceso de aprendizaje, arduo pero agradable.

La idea inicial estaba bastante desestructurada, y se basaba principalmente en el hecho de tenerme deambulando de aquí para allá pilotando aviones. No me gustan los programas que se basan en los famosos. Yo quería una estructura adecuada y una historia. El estilo de presentación podría incidir en la perspectiva de la celebridad, pero el contenido debía tener un fondo sólido. Ricochet, la compañía de producción, pedía tres meses para filmar cinco episodios de media hora; les dije que podía hacerlo en un tercio de ese tiempo, incluidas dos semanas en Estados Unidos.

Como resultado, el calendario quedó bastante apretado, con largos días de rodaje, pero los resultados fueron fantásticos. Siempre hubo un cierto grado de tensión sobre el guion, pues era demasiado simple; así que frecuentemente lo ignoré, reescribiéndolo sobre la marcha.

La mayoría de los mejores fragmentos de las entrevistas que hice nunca se incluyeron en la serie, de lo contrario habríamos grabado diez programas de una hora, y entonces sí que habríamos estado filmando durante tres meses.

Una sesión típica fue cuando piloté el prototipo del Airbus A320. Como estaba lleno de equipos experimentales, pude volar legalmente con un piloto de prueba a bordo. En consecuencia, podría hacer cosas que la mayoría de los pilotos de Airbus solo habían hecho en un simulador; la caída de cola sobre los Pirineos o los motores en ralentí son solo un ejemplo. El Airbus tiene todo tipo de protecciones incorporadas en sus controles de vuelo normales para

evitar un mal manejo, y una de ellas es que el sistema de control de la aeronave no permite un ángulo de inclinación superior a sesenta grados.

El director, que se mantenía oculto, tumbado sobre el suelo de la cabina detrás de mi asiento, enfocaba la cámara hacia mí desde atrás, y las cámaras GoPro capturaban mi rostro.

—¿Puedes decir: «Sesenta grados y el Airbus dice que no gires más»? —gritó, mientras yo hacía girar el avión sobre su costado.

—Está bien —respondí, y dije la frase.

—Vaya, una vez más; el sol quedaba un poco raro en tu cara.

El piloto de pruebas se inclinó y me susurró suavemente al oído.

—No lo sostengas a sesenta demasiado tiempo, tío. Las leyes de la física siguen vigentes.

Más tarde, en Estados Unidos, debía pilotar un Boeing 727. El avión era un carguero vacío. El director del documental fue muy claro.

—Ahora, escucha. No estás asegurado para despegar ni aterrizar.

—De acuerdo.

El capitán se sentó en su asiento, y también había un ingeniero de vuelo a bordo que era un cerebritito. Arrancamos los motores y rodamos hasta la posición en pista, desierta en medio de los Everglades.

—Pilotas 757, ¿no? —preguntó el capitán.

—Sí.

—Un avión fantástico. Yo también lo pilotaba. —Se quedó un momento pensativo y, luego, añadió—: Llamadas y procedimientos estándar de Boeing; tienes el control.

Para mi sorpresa, una mano peluda agarró las tres palancas de aceleración y las empujó hacia delante para establecer el impulso de despegue. Era el ingeniero de vuelo, y ese era su trabajo. El avión comenzó a moverse; mis manos estaban en la columna de control, los pies, en los pedales del timón.

—¿Qué haces? —chilló el director.

—Despegar.

—Pero no estás asegurado —jadeó.

—No, pero yo sí. —Sonrió el capitán mientras tiraba de los controles, y la sublime creación de Boeing se lanzó con elegancia hacia el cálido aire de Florida.

El documental empezó a emitirse a principios de 2005; fue un gran éxito y, sorprendentemente, logró un buen índice de audiencia entre el público femenino, para regocijo de la cadena.

Hice un documental más para televisión, aunque me ofrecieron la mayor parte de la serie si quería. Sky estaba produciendo una serie de programas titulados *Inside...* (Dentro de...) seguido del tema. Uno fue *Inside Wayne Rooney*, por ejemplo. El productor había encargado *Flying Heavy Metal* y había pasado de Discovery Channel. Almorzamos y hablamos sobre mi participación, lo cual me hizo sentir terriblemente mayor.

—Realmente no tengo tiempo. Sé cuánto tiempo llevan estas cosas. Dime, ¿cuál es el más chiflado que tienes? —pregunté.

—Dentro de la combustión humana espontánea.

—Genial. Una chaladura total. ¿Puedo hacer solo eso?

Los documentales son divertidos porque convierten el conocimiento en entretenimiento, sin embargo, he rechazado más de veinte series desde entonces. Simplemente, no tengo tiempo.

¿QUÉ PODRÍA SALIR MAL?

El verano de 2005 lo tuve ocupado con una gira estadounidense seguida de una breve gira por Europa. Pasaron aproximadamente siete semanas en total y, después, el deseo de escribir fue más fuerte que nunca. Steve y yo empezábamos a converger, y comencé a sentir la misma clase de piel de gallina que tenía antes del álbum «Seventh Son». Si nos tomábamos nuestro tiempo en esta ocasión y no hacíamos todo de prisa y corriendo, el siguiente disco saldría bien.

Nos concedimos mucho tiempo y, por lo tanto, apenas lo utilizamos. De hecho era difícil mantener el ritmo con la cantidad de ideas que se sucedían con rapidez. El álbum estaba a punto de convertirse en uno doble, pero nos controlamos para no cocinar más de lo que el público pudiera tragar.

Estaba claro que había un tema que recorría todo el álbum. Repetí una canción de «Skunkworks», *Strange Death in Paradise*, y reformulé la idea para Maiden con *Brighter Than a Thousand Suns*. La canción iba sobre la bomba atómica y todos éramos hijos de la guerra fría, por supuesto. Los temas sobre la guerra y el conflicto abundaban en el disco. Sugerí el título «A Matter of Life and Death», basándome en el clásico épico de Powell y Pressburger *A vida o muerte*, que es una de mis películas favoritas de todos los tiempos.

El título tenía la ventaja de que no aludía exclusivamente a la guerra; es, de hecho, una historia de amor, en la que el amor redime a todos. Por lo tanto, podría abarcar múltiples temas de canciones sin ser específico con ninguno de ellos. Era, en una palabra, enigmático.

La portada era todo menos eso: mercenarios zombis esqueléticos armados con escopetas sobre un tanque de combate con una imagen militarizada de Eddie. Nos reunimos con Rod.

—Queremos un tanque en el escenario, y un pedazo de cañón enorme.

Era algo típico de las historias de aventuras de la antigua revista *Boy's Own*. Nada de sutilezas. Era el apocalipsis, fin de la historia. Grabamos de nuevo en SARM, en Notting Hill; sin miramientos, sin prisioneros. Buena parte del álbum son primeras tomas. Cuando volvimos a escucharlo, decidimos tocarlo todo en directo.

En muchos sentidos, esa decisión estableció un proceso que habíamos iniciado con «Brave New World». El mundo de los medios se había vuelto tan superficial, tan cortoplacista, que nos había repudiado de manera eficaz. Por lo tanto, no tenía sentido complacer a la historia antigua, a menos, por supuesto, que quisieras escribir una canción sobre Alejandro Magno. Algo que, por supuesto, hicimos.

Para el mundo exterior parecía una locura reproducir todo un álbum de material nuevo. Para nosotros, sin embargo, era esencial, puesto que queríamos establecer un vínculo con lo que era una base de seguidores cada vez más joven. Había chicos cuyo primer disco de Iron Maiden fue «Brave New World», no «The Number of the Beast». Ellos eran el futuro y los que portarían la antorcha de la banda. Por ellos tocamos ese álbum. Era un riesgo, pero lanzamos los dados de todos modos.

Los principales medios de comunicación y Maiden siempre habían sido compañeros de cama poco fiables, y en aquel momento, de hecho, les dimos de lado por completo. Nosotros estableceríamos las condiciones de cualquier cosa que hiciéramos en el futuro, ya que Internet era cada vez más útil; una tendencia que, en general, ha continuado.

La aerolínea contaba ahora con nueve aviones y, en breve, aumentaría a once, con cinco aviones 757, cinco 737 y un Airbus A320. Aunque era una aerolínea pequeña, teníamos más de quinientos empleados, y siempre se necesitaban capitanes. Había muchos por encima de los cincuenta y cinco años, antiguos empleados de British Airways, pero el suministro se había agotado, y pronto los pilotos ya no se jubilarían a los cincuenta y cinco, sino que trabajarían como todos los demás hasta los sesenta y cinco. De todos modos, la mayoría de los pilotos lo quería así.

A diferencia de las gigantescas líneas aéreas con cientos de tripulaciones y reglas de antigüedad bizantinas, éramos pequeños y operábamos en un sistema de promoción pragmático basado en la demanda y el mérito. A mí, como primer oficial con experiencia, me habían calificado como apto para la formación de oficiales, el primero de varios aros por los que tenía que pasar antes de convertirme en capitán.

Realicé la mayor parte de mi entrenamiento después de nuestra breve gira «A Matter of the Beast», y supuso también un gran trabajo porque convertirse en comandante requiere toda tu atención.

Volé a Hurgada, en Egipto, Uralsk, en Kazajistán, Miconos y otros muchos lugares entre medias. El momento de mi prueba de vuelo se acercaba rápidamente. Con todas las casillas marcadas y todos los test respondidos, me presenté para volar en el pequeño y difícil aeródromo de Calvi, en Córcega.

¿Qué podría salir mal?

Bueno, en principio, nada. Era un día soleado y los vientos eran suaves. Calvi es un aeródromo de dirección única, para entrar y para salir, debido a la puñetera gran montaña que hay al final de la pista. Es un aterrizaje solo apto para capitanes, así que volé partiendo de la base de que acabaría siendo capitán o no llegaría al final del día.

El aterrizaje fue bien; desembarcamos a los pasajeros y comencé a preparar la documentación del vuelo. Entonces observé que dos hombres de aspecto oficial me miraban fijamente desde el exterior de la ventana de la cabina. La abrí.

—Control de rampa —gritó uno.

Un control de rampa es una especie de inspección mínima por parte de las autoridades (en este caso, la DGAC francesa) para garantizar los estándares de seguridad operacional. Les di la bienvenida a bordo, les preparé una taza de café y comenzaron a separar nuestra documentación: planes de vuelo, registros de navegación... Lo normal. Por supuesto, no hubo problemas.

—Solo necesito ver su licencia y el examen médico.

Se los mostré. Todo en orden.

—Y el otro piloto. ¿Dónde está?

Bueno, el otro piloto, mi piloto de control, había ido al baño de la parte trasera. Fui a buscarlo. Abrió violentamente la puerta del baño.

—Quieren ver tu licencia —le dije.

—No la tengo —siseó.

—¿Qué?

—Está en mi otra chaqueta, en Redhill.

—¿Alguien puede ir a buscarla?

—No. Soy el único que tiene llaves.

—Mierda.

Regresé a la cabina. Les preparé otro café. Tal vez podría convencerlos de que se fueran.

—Ah —dije—, estamos empezando a embarcar. ¿Hay algo más que quieran ver?

—No —respondieron—. Solo al otro piloto con su licencia.

—Ah.

Confesé el problema, y ellos se rieron.

—No es esta la primera vez que sucede algo así. Simplemente envíenos una copia por fax y podrá seguir su camino.

Antes de que hubiera registros electrónicos, nuestro departamento de operaciones guardaba copias de los detalles de las licencias en un armario archivador. Llamé a Gatwick.

—Vaya, lo siento —dijeron—. No tenemos las llaves del armario y es un fin de semana festivo. La única persona que tiene las llaves está fuera.

Esto se estaba convirtiendo en una situación absurda.

—Mira. Tendrás que abrir el armario. No me importa cómo lo hagas.

Mi piloto de control finalmente apareció, disculpándose convenientemente, pero los funcionarios no se movieron. Nos sentamos y esperamos. El avión estaba lleno de combustible y listo. Pude percibir los problemas que empezaban a surgir entre los pasajeros. Tendría que decir algo por megafonía.

El teléfono sonó; era el departamento de operaciones.

—Está bien, los bomberos están de camino.

—¿Qué?

—Sí. Tienen un hacha grande y van a abrir el armario a hachazos.

La imagen destructiva de la Brigada de Bomberos de Crawley en nuestra pequeña sala de operaciones para obtener una fotocopia me hizo reír por dentro.

Una hora más tarde, llegó el documento y finalmente despegamos hacia Gatwick. Cuando nos aproximábamos a cuarenta y un mil pies, se encendió la luz de sobrecalentamiento del motor izquierdo. Lo mimamos de regreso a Gatwick, reduciendo la potencia, hasta que pareció funcionar normalmente en altitudes más bajas.

Ya de vuelta en Gatwick, con los controles pasados, reflexioné sobre la experiencia del día.

—¿Qué podría salir mal?

Cualquier cosa. Además, si puede pasar, pasará.

BRUCE AIR

Era el 10 de julio de 2007. Yo era capitán de Boeing 757. Nunca lo habría creído cuando en 1992 me senté en aquel pequeño avión Cessna 152 en Kissimmee, en Florida. Qué vueltas da la vida.

El mundo también daba vueltas en el aspecto cinematográfico. Al final conseguimos un poquito de financiación y encontramos a nuestra estrella: el actor clásico Simon Callow, que deseaba interpretar a Crowley desde hacía años. Una compañía de efectos especiales contribuyó con una especie de pago en especie (pero no en efectivo), y terminamos con un presupuesto de cerca de seiscientos mil euros para grabar la película. Durante el proceso tuve que hacer una presentación de la peli a un grupo de personas muy adineradas, con la esperanza de recaudar dinero en efectivo. Fue una experiencia completamente deprimente. Había un banquero que presentaba un enrevesado planteamiento impositivo con esquemas circulares, gráficos y la frase «incluso si fracasa estrepitosamente, ganaréis dinero».

Estupendo. Eso realmente preparó el escenario para mi presentación sobre el argumento de la película, y el efecto artístico que podría alcanzar con su dinero. Se pasaron la mayor parte del tiempo jugueteando con sus móviles u ordenadores portátiles y luego se marcharon. Sintiéndome malhumorado, divisé a un alma entusiasta que seguía bebiendo café y, pásmate, estaba en realidad sonriendo.

—Hola. ¿Va a poner algo de dinero en la película? —le dije.

—Oh, no, en absoluto —dijo sonriéndome.

—Bueno, si no es una pregunta grosera, ¿por qué sigue aquí? El café es terrible.

—¿Sabe?, tengo un proyecto para el que necesito recaudar dinero, y me enteré de este planteamiento fiscal, así que pensé en pegarme a vuestro lado e intentar copiarlo.

Fue el hombre más interesante que me encontré en todo el día.

—¿En qué consiste su proyecto? —le pregunté.

—Soy Roger Munk y construyo aeronaves.

Yo ya había visto a este hombre antes. Era un visionario que había recreado el dirigible moderno y luego lo había promocionado en un documental de Discovery Channel. Se trataba de un vehículo híbrido revolucionario que combinaba aerodeslizador, dirigible y avión; viajaría de punto a punto con grandes cargas útiles por una proporción de coste de combustible mucho menor y sin el inconveniente de tener que usar aeropuertos y luego camiones o vías férreas. Yo estaba entusiasmado.

Me dijo que fuera a verle algún día y me dio una tarjeta. La dirección era el hangar de Cardington donde se había construido la aeronave R101. Yo tuve esa aeronave de plástico cuando vivía en Worksop. Nada de lo que sucede en la infancia es en vano. Yo iría a verlo, pero no todavía.

Antes tenía que ocuparme de otro de mis planes locos: una gira alrededor del mundo con la banda, la tripulación y el equipo a bordo de un 757. El legendario *Ed Force One* se estaba preparando.

La idea básica para todo el escenario ya había sido ensayada en la gira de «Skunkworks», pero justificar una gira que costaba millones requería algo más que basarse en algo que podría ser divertido. Aunque, francamente, con el espíritu del rock and roll, ¿qué más justificación se necesita?

En esencia, el asunto del *Ed Force One* dependía de la confluencia de dos ideas. Primero, como banda teníamos la obligación de recorrer todos los lugares extraños y recónditos del mundo. En Internet nos seguían miles de fans que exigían vernos. Segundo, necesitábamos un avión grande y barato.

La idea del *Ed Force One* cristalizó debido a los caprichos del sector de la aviación. El pico de la temporada de rock en los mercados más grandes del hemisferio sur se da a finales del verano, en otras palabras, febrero y marzo. Este es exactamente el período invernal del hemisferio norte durante el cual una aerolínea europea como Astraeus daría su brazo por tener un avión con un contrato de dos meses: había que hacer un trato barato.

Las piezas encajaron: una aerolínea que necesitaba hacer un contrato, una banda que necesitaba acceso a los mercados para satisfacer a sus seguidores y un saldo de ingresos contra gastos que indicaba que el precio era correcto. Tras analizar los números, adquirió un sentido comercial inesperado. Solo pensábamos dar la vuelta al mundo una vez, pero terminamos haciéndolo tres veces en rápida sucesión, tal fue el éxito del concepto. Como la mayoría de las cosas, lo peliagudo estaba en los detalles.

El 757 tuvo que ser ampliamente modificado, y la parte trasera, donde se sientan normalmente los pasajeros, se convirtió en un compartimento de carga. La aerolínea tuvo que salvar varios obstáculos antes de que se acordara la forma final de la estructura. Se instaló una mampara entre los pasajeros y la carga; de hecho era una antigua puerta de la cabina de control, obsoleta desde el 11 de septiembre. En el compartimento de carga se instaló un refuerzo del piso de acero más un forro de carga alrededor del techo y de las paredes laterales, lo que supuso eliminar los lavabos y la cocina traseros.

Para cumplir con la regulación europea, los detectores de humo controlaban si el *kit* de batería podía incendiarse espontáneamente y, por si lo hiciera, se instalaron cámaras para que la cabina de vuelo pudiera observar el caso.

Por último, pero no menos importante, se construyeron gigantescas bolsas con forma de cubo, diseñadas para ser ignífugas, que envolvían el equipo sujeto a las placas del piso de acero reforzado.

La prueba de fuego de las bolsas fue de risa. Se lanzaron dentro bombas de gasolina, que se extinguieron rápidamente debido a la falta de oxígeno. Después de varios intentos más de provocar un desastre, las autoridades se rindieron y emitieron un certificado de seguridad. Después de dos horas intentando prender fuego a las bolsas, su superficie apenas estaba caliente al tacto.

Sin embargo, tuvimos un problema excepcional. En el avión había una grave falta de espacio de almacenamiento para comida y agua. La enorme cocina trasera había sido retirada y su acceso estaba prohibido durante el vuelo. Sin embargo, el espacio de almacenamiento seguía disponible, por lo que le preguntamos a la Autoridad de Aviación Civil:

—¿Podemos usar el espacio de la cocina trasera como almacén?

—No.

—¿Por qué no?

—Peligro de incendio.

—¿Y para almacenar agua?

—No.

—¿Por qué no?

—Peligro de incendio.

Hay cosas que simplemente no merece la pena discutir.

La historia de fondo del *Ed Force One* comenzó, en realidad, en París. Cuando estaba pilotando el 737, se me ocurrió la idea de enviar a un grupo de

seguidores de Maiden a un espectáculo y traerlos de vuelta. Como era de esperar, bauticé el proyecto como «Bruce Air».

Fleté el avión yo mismo y preparé un equipo para administrar las entradas, una bolsa de regalo espléndida y única para la experiencia y un acompañante para supervisar el transporte terrestre y la estancia nocturna en un hotel si era necesario. Hubo viajes a París, Milán, Praga y Trondheim, por nombrar algunos.

Cabe destacar el viaje a París, aunque solo sea porque nunca antes había tenido que lidiar con tanta cantidad de bolsas de mareo en un avión.

Cuando despegamos del aeropuerto de París-Le Bourget, no nos dimos cuenta de lo serias que se presentarían las condiciones meteorológicas en Gatwick. Una extraña línea de tormentas se desplazaba rápidamente hacia el aeropuerto. La turbulencia era excesiva, y apenas era posible leer los instrumentos de vuelo. El viento frontal normal en Gatwick había dado paso a un viento de cola de cincuenta nudos. Un humilde turbopropulsor Flybe estaba realizando la aproximación final cuando el controlador le dio las malas noticias. El piloto no parecía muy feliz, pero nuestros pasajeros tampoco deliraban de alegría. El avión fue azotado por el borde de la tormenta. Yo zigzagueaba entre horribles bultos rojos que se veían en la pantalla del radar.

De repente apareció una línea de tormentas extremadamente impetuosas desde el sudoeste y, mientras la cruzábamos, la cabina era zarandeada como si estuviera cayendo por un tobogán de agua en un parque de atracciones. A los clientes no les hizo gracia.

Gatwick estaba cerrado, y todo estaba cancelado. Los cambios bruscos en la velocidad del viento son un fenómeno meteorológico muy peligroso que puede derribar aviones. Se trata de cambios repentinos y, a menudo, potentes en la dirección del viento, tanto que las alas de un avión pierden sustentación. Un avión solitario de British Airways despegó debajo de nosotros. Llamó por radio a la torre informando de que a mil pies tenían una velocidad cero de ascenso, a plena potencia.

Normalmente, la velocidad de ascenso sería de dos mil a tres mil pies por minuto, con una potencia reducida, por lo que esto indicaba una situación extremadamente peligrosa. Esperamos otros veinte minutos para que pasase la tormenta y luego aterrizamos. Una serie de pasajeros se bajaron del avión con las caras blancas o verdes, y contabilizamos al menos veinticinco bolsas de mareo muy llenas.

El proyecto de miniexcursión chárter «Bruce Air» continuó durante un tiempo, hasta que le planteé a Rod el asunto del *Ed Force One*. Para mi

sorpresa, pensó que era una idea muy emocionante. Cuadraba en muchos aspectos diferentes, era un beneficio mutuo tanto para la aerolínea como para Iron Maiden. Además, no era solo una forma de que yo siguiera volando, fue algo que realmente pareció conquistar la imaginación de todo el mundo.

En el *Ed Force One* llevábamos tres pilotos en todo momento, incluyéndome a mí. Esto no era solo para que la tripulación descansara, sino un seguro contra enfermedad. Por si fuera poco, todos nuestros pilotos eran capitanes.

La primera parada fue la India. De camino a Bombay nos abastecimos de combustible en Bakú (Azerbaiyán). Hasta entonces, la única crisis que habíamos tenido era que nos quedábamos sin cerveza.

Bombay era encantador, nos alojamos en un hotel excelente; por ahora, todo bien. Desde Bombay debíamos volar a Perth, con una parada para repostar justo al oeste de Singapur. Yo estaba descansando, pues acababa de actuar, así que me puse con todos los demás. En camiseta y pantalones cortos, sentado en la primera fila, rechacé el vaso de vino blanco y pedí un café con leche y azúcar.

Alan Haile, el capitán del día, estaba alegre como de costumbre. Asomé la cabeza en la cabina de control durante cinco minutos y luego los dejé trabajando. Dos horas después de despegar, uno de los miembros más antiguos de la tripulación de cabina me tocó en el hombro.

—¿Podrías entrar un momento en la cabina? —me dijo.

No era un misil antiaéreo o un fallo de motor lo que podría hacer que aterrizásemos prematuramente. El capitán Haile parecía de todo menos sano. Estaba empalideciendo poco a poco. Revisamos el menú del desayuno: le habían hundido las salchichas de Bombay. Me quedé.

—No, no. Estoy bien —protestó al principio.

Esperé.

—En realidad, no estoy bien —dijo saltando de su asiento, y se retiró al baño y luego a la parte trasera del avión. No volví a verlo durante tres días.

«Esta es la razón de que tengamos tres pilotos», pensé mientras me ponía el cinturón.

Fue una larga noche. Repostamos combustible en Banda Aché; nunca había visto tantos barcos en toda mi vida como cuando sobrevolaba Singapur. El repostaje se prolongó mientras discutíamos sobre quién pagaría la factura (se suponía que estaba pagada por adelantado), hasta que alguien encontró el fax debajo de una pila de papeles en una oficina de caótico aspecto.

Aterrizamos en Perth justo cuando el sol salía anunciando un magnífico día. Los australianos no habían visto nunca un 757 y no tenían gancho de remolque, así que estacionamos en medio de la nada.

La descarga era específica para este aparato, al igual que la carga. Tuvimos que explicar el proceso a los operadores de tierra y enfatizar la necesidad de tener cuidado para no estropear las puertas principales de la parte trasera. Cada pieza del equipo tenía que cruzar esas puertas, y un manipulador manazas podría dañar fácilmente las juntas o las correderas de las puertas, lo que dejaría en tierra al avión.

Ya había salido el sol cuando el avión quedó vacío. Al otro capitán y a mí nos dejaron desatendidos. El transporte se había ido y todos estaban dormidos. Estupendo. Afortunadamente, el oficial de aduanas local era un alma alegre.

—Hola, chicos —dijo—. Haré que abran la sala VIP. Al menos podemos cerrar el avión.

¡La mejor hospitalidad australiana!, o eso creía yo.

La sala VIP tenía algunos sofás cómodos y un bar bien abastecido. Francamente, los dos nos merecíamos una cerveza. Nos mostramos agradecidos con la cerveza Victoria Bitter. Mientras nos recostábamos, agotados, y saboreábamos nuestra cerveza, resonaba por el pasillo algo que sonaba como un personaje creado por el comediante australiano Barry Humphries.

—¡Nada de licores, solo cerveza. Ni puñeteros músicos! —iba diciendo.

Un recepcionista de la sala VIP con pinta de ser muy antipático apareció en la puerta, con los ojos entrecerrados. Me miró detenidamente: zapatillas deportivas, pantalón corto, pero llevaba un chaleco de alta visibilidad.

—Tú. No serás un maldito músico, ¿verdad?

—¿Yo? No, por Dios, no. Ambos pilotos.

—Sí, mejor, no me hacen ni puñetera gracia. Tuve a ese maldito Sting aquí una vez. Para hacer algunas tontadas ecológicas con el primer ministro.

Bienvenido de nuevo a Australia.

No nos divertimos tanto en Australia como en sus amplios lavabos. El pernicioso virus indio afectó a casi todos con diferentes grados de incapacidad. Steve siempre tuvo una panza sensible y sufrió más que la mayoría de nosotros, pero la sala de vez en cuando parecía un puesto avanzado de priorización ante la disentería.

El horario era matador en estos trayectos. Tenía que ser así para justificar los costes, pero los resultados eran sobresalientes. En esencia, dábamos

conciertos con la misma frecuencia que en Europa, salvo que en vez de ir de Londres a Amberes durante la noche, íbamos de Tokio a Los Ángeles. El desfase horario fue extremo, y eso afectó en particular a Adrian. Como estábamos rodeando el mundo por el camino «equivocado», «perdíamos» horas continuamente.

Lo planifiqué de esa manera por dos razones: en primer lugar, necesitábamos estar despiertos a las nueve de la noche, hora local, con el cuerpo listo para saltar y actuar. Seguir el camino «correcto» alrededor del mundo significa que, a las nueve de la noche, el cuerpo te dice que son las dos de la mañana y que te vayas a dormir.

La desventaja de mi plan era que se reducían mucho las oportunidades de hacer turismo y vida social. Era imposible irse a la cama hasta el amanecer y, por lo tanto, no te levantabas hasta las cuatro de la tarde. Mi postura era que estábamos allí para trabajar y actuar en nuestro mejor momento. Si eso suponía tener que encontrar un *pub* a las cuatro de la madrugada para relacionarnos, pues así sería.

Por supuesto, también volábamos con los vientos favorables de cola, lo que nos ahorró bastante tiempo de vuelo y de combustible.

El *Ed Force One* fue, probablemente, el avión más fotografiado del mundo en 2008. Allá donde llegáramos había helicópteros de televisión en directo para las noticias nacionales y, si hubiera llegado el mismísimo presidente de Estados Unidos, creo que la repercusión no habría sido mayor.

Cuando aterrizamos en Stansted, los planes para continuar la gira en 2009 ya estaban en marcha.

ALQUIMIA

La película *Chemical Wedding* (La boda química) hizo su aparición de nuevo. Me reuní con los comerciales. Se desacreditaron por completo cuando llegó la hora de representar el argumento de la película.

Intentaban aprovechar todo lo relacionado con Iron Maiden, idea que no cuajó, por supuesto. Aunque más que eso, lo que realmente hizo que se me llevaran los demonios, guiados por la cabra de Mendes, fue cómo trataron a Lucy Cudden, nuestra protagonista. Lucy es una actriz con talento que trabajó extremadamente duro en la película. Los comerciales de Hollywood me mostraron orgullosos el cartel que utilizaban para el lanzamiento de la película. Mostraba una imagen retocada con Photoshop de una guerrera pechugona al estilo *Juego de tronos*, con una gran melena rizada.

—¿Quién es esa? No aparece en la película.

—Eh..., no.

—Entonces ¿por qué aparece en este cartel en lugar de la actriz principal?

—Bueno, o sea, las tetas, los senos... son mucho más prominentes. Y, bueno, eso es lo que vende.

Mientras me esforzaba por evitar golpear a ese idiota, la película estaba ya en proceso de montaje. Bushey, en el norte de Londres, era el lugar, y el equipo se lo tomó muy en serio. La película se estrenó coincidiendo con el aniversario de la muerte de Aleister Crowley, y el difunto Sr. Crowley fue interpretado con admirable compromiso por John Shrapnel, un actor de teatro con una voz grave.

Todo se redujo al máximo. Las tomas exteriores eran costosas y se plantearon las mínimas posibles. La mayor parte del rodaje se realizó en una escuela masónica abandonada, que servía a la vez para varias localizaciones de distintas series de televisión. La reconocí porque habíamos filmado un vídeo para el tema *Abduction*, de «Tyranny of Souls», aprovechando la sala de autopsias una noche.

Yo tuve dos o tres minutos en la película. De hecho, la mayoría del equipo acabó apareciendo en ella en un momento u otro. Interpreté al sospechoso propietario del piso del señor Crowley. Lo descubrí muerto, por una sobredosis de heroína. Mis dos únicas palabras en la película eran: «Está muerto».

Toma cinco, entra en la habitación, arrodíllate junto al cuerpo, toma el pulso, busca la respiración...; en ese momento, el cadáver experimentó una notable recuperación y dijo:

—Diablos, termina de una vez o acabaré realmente muerto.

Aparte de mi intervención, el rodaje fue rápido. Simon Callow estuvo extraordinario. Su preparación fue perfecta, y cada toma era válida. Cuando pienso en la profesionalidad de los actores, Simon es una referencia.

Una vez acabado, tuvimos que montarlo y comercializarlo.

—¿Por qué no la presentamos al Festival de Cine de Cannes?

Se objetaron todos los motivos posibles, como la falta de habitaciones de hotel, vuelos terriblemente caros y, por supuesto, el hecho de que no estábamos invitados. Todo cierto. Por ahora, todo bien... ¿Y qué?

—Alquilemos un cine en Cannes, volemos en el avión de Iron Maiden con un grupo de periodistas y cámaras, y finjamos haber sido invitados.

¿Qué ocurrió exactamente? Un viaje de un día a Cannes, ver una película, ruedas de prensa, entrevistas en la alfombra como estrellas de cine y, luego, otro vuelo para dormir en casa. Sin hoteles, sin permiso, y todo resultó más barato que un vuelo comercial.

En vuelo comercial es como volví entre las giras del *Ed Force One*, intercaladas con programas de radio. Volé de Lourdes a Dublín, programé vuelos a Tel Aviv desde Heathrow y, para ser imparcial, fui a vivir a Yeda, en Arabia Saudita, para dar servicio al *hach* anual: la peregrinación a La Meca.

Para echarle más salsa, Astraeus también se convirtió en el operador nacional de Ghana, así que piloté el 757 en su viaje diario a la capital: Accra.

Ghana es un lugar fabuloso: amable, buena comida, pero al igual que muchos países africanos, siempre conlleva la obligación de tomar pequeñas precauciones. El gobierno no era precisamente propenso a pagar en plazo. Como respuesta, se envió el avión de Iron Maiden a Accra. Nadie se embarcaría. Eddie, en la cola, aterrorizó a los lugareños, que pensaron que el avión tenía mal fario. Para empeorar las cosas, los pasajeros también se negaron a embarcar en el avión de Virgin que había al lado, con el argumento de que el mal fario podría ser contagioso. El dinero apareció con mayor

rapidez, y acordamos proporcionar en el futuro un avión decorado de una forma más modesta.

No teníamos exactamente el mismo problema en la base aérea militar de Brize Norton, donde teníamos un 757 destinado permanentemente a transportar tropas. Hice varios viajes a Acrotiri, Al Minhad y Thumrait. Uno en particular fue memorable. Volamos para recoger a las fuerzas aéreas del regimiento de Chipre. Habían estado «descomprimiéndose» durante algunos días después de un angustioso despliegue en Afganistán, donde habían perdido a varios miembros del personal en el cumplimiento del deber. El capellán insistió en visitar la cabina y darnos a todos un ejemplar de la Biblia de la Real Fuerza Aérea británica. Lo hojeé. Era exactamente el mismo pequeño volumen que llevó mi padrino en la Segunda Guerra Mundial.

Los pasajeros, como siempre ocurre con los militares, fueron excepcionales: silenciosos y humildes, pero siempre listos para el cachondeo en cualquier momento. Los llevaba de regreso a un mundo que posiblemente no comprendería por lo que habían pasado.

Nuestro destino no era el normal. No era la base de Brize Norton, sino la pequeña pista de la Real Fuerza Aérea situada en Wittering, cerca de Peterborough. En medio de un campo de hierba junto a la pista, habían construido una rampa para la Marina Real británica. Un cartel al lado de la estructura de madera decía: «La casa del Harrier».

Alineados junto a la pista estaban todos los niños, esposas y parejas del personal de a bordo, y probablemente también los seres queridos de los que no habíamos traído. Los niños sostenían pancartas caseras que decían: «Papi, tú serás siempre mi héroe». Apenas podía hacer rodar el avión por la pista. Julie, mi copiloto, miraba para otro lado, por la ventana lateral. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, y también los míos. Ella trataba de ocultarlo, pero yo tenía que evitar chocar con cualquier cosa, y apenas podía ver a través de las lágrimas que inundaban mis ojos y que corrían por las mejillas. Frené, me recompuse y sequé mis lágrimas.

—Despejado a la izquierda, ¿despejado a la derecha? —pregunté.

Julie me miró y asintió. No dijimos nada, pero ambos sabíamos cómo nos sentíamos.

AMARGA EXPERIENCIA

Se avecinaba un nuevo año, el 2010, y con él un nuevo álbum y, además de eso, una gira de grandes éxitos denominada Maiden England, que mantendría a la banda en ruta hasta 2014.

Los estudios Compass Point, en las Bahamas, estaban reservados para grabar a principios de 2010, mientras que escribíamos y ensayábamos en un estudio en París. Parte del material estaba listo y parte se escribió durante los ensayos. La canción *Coming Home* hablaba específicamente del vacío con el que los pilotos habitan en su extraño mundo interior. Intentamos tocar el mundo exterior a partir de lo que, normalmente, es solo un momento interno de reflexión.

El disco «The Final Frontier» fue una deliciosa broma (como en nuestro último álbum) y una referencia para los forofos de *Star Trek* de todas partes. El espacio fue el tema para la cubierta, y la idea de una ilustración artística de estilo cómic fue idea mía, aunque se plasmó mucho mejor de lo que podría haber imaginado.

Nunca estuve convencido del todo con el monstruo espacial Eddie, pero hicimos un espectacular vídeo animado. En general, ahora evitamos aparecer en vídeos en la medida de lo posible. Lo mejor del monstruo espacial Eddie eran sus malvados ojos que, de hecho, daban mucho miedo.

El Dorado fue un ataque a los bancos y trapicheros que habían hundido la economía mundial, así como una crítica al resto de nosotros por ser tan ingenuos como para creer en sus pamplinas. Al final obtuvimos un Grammy por esa canción, tras haber sido nominados en años anteriores.

Grabar en las Bahamas fue un poco raro. No era el mismo lugar en el que había estado en 1983. Gran parte del encanto había sido sustituido por hormigón americano. Para el caso, mi hotel podría haber estado en Florida, Las Vegas o en cualquier otro lugar de Estados Unidos. Mi lugar favorito era un chiringuito de daiquiris al lado de la carretera. Sospecho que la actividad

complementaria de los dueños podía estar relacionada con el humo de hierbas que procedía del aparcamiento y con el trasiego de jóvenes señoritas emprendedoras.

Los daiquiris, por otra parte, eran espectaculares, y al lado había un espléndido puesto de comida *soul* típico de las Bahamas. Durante la grabación del álbum, el terrible terremoto de Haití y yo terminamos entreteniendo a un equipo de la aerolínea Astraeus en el chiringuito de los daiquiris, algo que no estaba previsto. El propietario islandés de la compañía decidió que Iceland Express (su propia marca) debía enviar ayuda a Haití, de manera que se envió un 737 lleno de suministros.

Alquilé un Scooter con el que todos los días iba y venía de los estudios Compass Point. El estudio se encontraba muy descuidado y era obvio que estaba llegando al final de sus días. La pareja que lo dirigía también lo sabía, y el nuestro fue literalmente el último álbum que hicieron: «The Final Frontier».

Tuvimos que traer numerosos equipos para grabar, y al final apenas usábamos el *kit* de estudio existente. Por ejemplo, el jack de conexión de la mesa estaba tan corroído que apenas se podía usar. Fue una forma triste pero simbólica de relegar los años ochenta a la historia antigua.

El álbum se mezcló en Malibú, en la sala de mezclas del piso superior del productor Kevin Shirley, y ahí es donde grabé la mayoría de las partes vocales. Simplemente, no merecía la pena perder el tiempo haciéndolo en las Bahamas.

Cuando 2010 pasó a ser 2011, llegó el momento de que regresara el 757, transformado con la imagen de «The Final Frontier». Fue nuestro viaje más largo y, pensábamos, nuestro último aliento con una gira aérea alrededor del mundo. Yakarta, Seúl y Belém, en Brasil, fueron nuestros nuevos destinos: húmedos y calentitos. Nuestra primera actuación en Moscú fue el polo opuesto, y casi no lo conseguimos.

El día anterior había sacado el avión de mantenimiento en Southend, para pilotarlo hasta Stansted y cargarlo. Por el camino nos hicimos una sesión de fotos aéreas sobre el mar del Norte. La nave-cámara era un veterano reactor Provost de entrenamiento, y tenía serias dificultades para mantener el contacto con nuestro avión de pasajeros, aunque lo lleváramos a la velocidad mínima y con los flaps desplegados.

Al día siguiente, la válvula de purga de aire de un motor de nuestro avión presentó un problema. Como era de esperar, con cables sueltos en los sistemas de detección de incendios y otros problemas técnicos, siempre

surgen problemas al dejar el mantenimiento. Disponíamos de poco tiempo para solucionar el incidente. Demoramos el vuelo más de cuatro horas. Incluso obtuvimos una nueva pieza de entubado fabricada en el sitio, pero no arreglamos el problema. Ian Day, nuestro director de gira, me dijo que, si nada cambiaba, tendríamos que alquilar dos aviones, cuyo coste correría a cargo de la aerolínea. Hablábamos de más de medio millón de euros.

Sin presiones, entonces, como capitán al mando, representando tanto a Maiden como a la aerolínea. Una buena razón para no entregar una gorra de uniforme es que no hay ninguna disposición sobre llevar dos al mismo tiempo.

Después de arrastrar el avión hacia la cuarta revisión del motor, llamé al ingeniero y le dije:

—Revisa concienzudamente ese indicador.

—Bueno, creo que lo veo mejor.

—Entonces firma el puto chequeo técnico y vámonos, antes de que el avión cambie de opinión.

Moscú era una ventisca, con una espesa capa de hielo en las pistas. Volamos desde la furia invernal y los carámbanos de medio metro hacia el calor tropical de Singapur con una sensación de alivio.

Pensamos en hacer una parada de repostaje y un breve descanso en Bali. Mientras íbamos hacia allí, preparamos un concierto. El lugar estaba rodeado de acantilados, incluido uno pequeño detrás del escenario. Veinte minutos antes del espectáculo decidí escalarlo. Yo estaba a unos cinco metros por la cara vertical cuando la roca empezó a derrumbarse. Chico tonto. La roca era porosa y podía convertirse en polvo entre tus dedos.

Tenía dos opciones: caerme y tratar de agarrarme a la pared, o simplemente caerme de la pared. Cinco metros no parece mucho, pero créeme, caerse en un rallador de queso con camiseta y pantalones cortos no es agradable. Me separé de la pared y, para mi gran sorpresa, me golpeé contra el suelo de inmediato.

Estaba seguro de haberme roto el pie. Avancé cojeando por el escenario y más tarde, en Melbourne, me hice una radiografía del pie. Parecía estar bien. Aún hoy, el pie derecho me duele después de los conciertos. Está claro: el que la hace la paga.

The Final Frontier regresó de nuevo a Stansted el 19 de abril de 2011. Llevábamos fuera casi once semanas.

El desfase horario debido al vuelo no fue suficiente como para detener al coloso Maiden, que se ponía de nuevo en ruta, esta vez por carretera.

Empezamos el 28 de mayo y terminamos con los últimos conciertos de *The Final Frontier* en el complejo O2 de Londres los días 5 y 6 de agosto, un día antes de que yo cumpliera cincuenta y tres años. Era el cuarto tramo de las 35 citas de la gira y, francamente, creo que todos nos sentíamos un poco fritos al final. A diferencia de la gira de «Powerslave», nos lo reconocimos a nosotros mismos, y tuve una velada particularmente contundente con Rod Smallwood.

Le dije que no había duda de que alguien se rendiría, y que si no dosificábamos nuestros cuerpos a medida que nos hacíamos cada vez mayores, nuestros cuerpos decidirían por nosotros. No solo eso, sino que en las giras nos lo pasábamos en grande; como debía ser, por otra parte. No tenía ninguna intención de retirarme a menos que tuviera que hacerlo. Sugerí que «poco y a menudo» era una estrategia mejor que tratar de reconquistar el mundo cada año. Duraríamos más tiempo y seríamos más efectivos, y el mundo no se cansaría de tenernos ante su cara cada cinco minutos.

Se organizó, por supuesto, otra gira de grandes éxitos, y tuvimos casi un año entero para recuperarnos. Volví a volar, pero no por mucho más tiempo: la aerolínea para la que trabajaba y que había llevado a Iron Maiden alrededor del mundo con sus alas de plata estaba a punto de quebrar.

La amenaza se cernía desde hacía tiempo: la compañía Astraeus perdía dinero desde el primer día. El propietario islandés se había empeñado en usar nuestro avión a precios de ganga, buenos para su compañía islandesa de viajes y malos para nuestra rentabilidad. Para empeorar las cosas, dos tercios de nuestra flota fueron enviados a Islandia durante el verano, solo que el verano islandés dura tan solo cuatro meses. El resto de nuestros competidores colocaban sus flotas en contratos de seis meses a precios de mercado.

Los inviernos siempre suponían un problema. Solo se necesitaban dos aviones en Islandia. El tener los otros nueve aparcados, sin utilizar, costaba medio millón al mes.

Esto supuso una sentencia de muerte para más de quinientos empleados de Astraeus, y el final de una de las mejores experiencias de mi vida al trabajar casi diez años con la compañía.



Hubo muchas otras cosas que ocuparon mi atención en 2012. La última de nuestras tres giras de grandes éxitos comenzó al poco tiempo, y fue una de mis épocas favoritas, con el álbum «Seventh Son» en plena gloria épica.

Nos plantamos bajo el sol de Florida para ensayar nuestra gira Maiden England: cien citas que comenzaban con algunos de los espectáculos más grandes que hubiéramos hecho en muchos años en Estados Unidos y Canadá. Incluso en la gira, la aviación seguía presente en lugares inesperados. Una visita a Boeing, en Seattle, me permitió conocer a mi tocayo, Bruce Dickinson, gerente de los proyectos 747 y 767. Volé en el simulador 787, y el instructor me observó realizar unos pocos aterrizajes antes de preguntarme si me gustaría saber cómo actuaría la aeronave.

A ocho millas de distancia, con el piloto automático activado, los flaps y el tren de aterrizaje desplegados, con un viento de 46 nudos, bloqueamos un motor. Me recosté en mi asiento y observé cómo el piloto automático se ajustaba y realizaba un aterrizaje perfecto, deteniéndose en medio de la pista. Tenía razón: era impresionante.

El piloto jefe de pruebas del 747 permanecía sentado, impasible, en la parte posterior. Propuso ir a volar con el 747-800 y me dijo secamente que tuviera en cuenta que, para este avión, el piloto ha de estar presente. Quién me iba a decir que unos años más tarde esta experiencia me sería muy útil.

La gira por Estados Unidos fue un éxito espectacular. Nuestros días de autocares habían desaparecido hacía tiempo. Alquilábamos aviones para desplazarnos, e incluso comenzamos a adoptar prácticas estadounidenses como la de fijar una base en un determinado lugar y desplazarnos para los espectáculos. Tenía todo el sentido y hacía que los días fueran más aprovechables. En América era fácil de conseguir. Me relajé como pasajero y descubrí las ventajas de ir en el asiento trasero.

Tuvimos varios meses de descanso entre el final de la etapa estadounidense de la gira y el comienzo de la europea. Los viajes se convertían cada vez más en un asunto estival, ya que inevitablemente aparecía en algún momento el factor de los festivales al aire libre. Ninguno de nosotros se oponía. Habíamos hecho muchas giras de invierno en Estados Unidos y Europa, y el verano, finales de primavera y principios de otoño parecían infinitamente preferibles a la nieve y el hielo. El invierno se quedaba para hibernar o para crear álbumes.

A pesar de que el *Ed Force One* era historia, la historia misma nos tenía en el punto de mira. No podía creerlo cuando Rod me telefoneó para decirme que había contratado un avión Spitfire para abrir el espectáculo en Donington;

como un Spitfire real de la escuadrilla en memoria de la batalla de Inglaterra de la RAF. La idea era que volaría por encima del escenario momentos antes de comenzar nuestro tema inicial: *Aces High*.

Disponíamos de un helicóptero para filmarlo. El cámara no estaba muy al tanto del lenguaje de los dispositivos aéreos, así que estuve reflexionando por un momento. Hablé con el piloto del Spitfire lo primero:

—¿Hasta qué altura estás autorizado? —le pregunté.

—Doscientos pies.

—Y ¿qué propones hacer?

—Bueno, una pasada baja por el escenario, hacer un pase alrededor de la multitud y luego salir por la parte superior del escenario.

Mientras lo visualizaba, una gran sonrisa interna comenzó a dibujarse en mis labios.

—Supongo que siempre está el hecho de que, a través de la ilusión óptica, el avión parezca estar mucho más bajo.

—Sí, eso es bastante común.

No digo más que, en la pasada final, los técnicos de gira se tiraron al suelo. Fue un momento paralizante, y todo Donington se quedó boquiabierto. Los mayores contuvieron las lágrimas. Era un Spitfire de motor Griffon, que tiene un rugido distintivo, a diferencia del silbido aullante del compresor de un motor Merlin. Nadie olvidará ese momento. Lo eclipsó todo.

La segunda parte de la gira Maiden England ocupó todo el verano de 2013, tras lo cual regresamos a Estados Unidos durante un breve período. Luego vino Latinoamérica y el comienzo de la última etapa de la gira de Maiden England. El ritmo de trabajo y los proyectos se intensificaron, como pasa con los autobuses rojos de Londres: esperas todo el día para que llegue uno y luego aparecen diez de golpe.

Durante un año más o menos, me dediqué a dar discursos corporativos. Al principio tenía mis dudas. Mi primer trabajo fue para doscientos agentes de viajes en una conferencia celebrada en Malta. No tenía absolutamente ninguna idea de qué hacer, divagué durante cuarenta y cinco minutos y, luego, me aparté en una esquina. Hubo algunas citas más hasta que, un día, en Suecia, se me encendió la bombilla y en la conferencia global de IBM me felicitaron con una gran ovación.

Como pasa con la música, el hablar es una combinación de contenido e interpretación. No se trata de dar un discurso, tampoco de contar chistes. En realidad, es otro teatro mental, solo que sin guitarras y sin Eddie. El circuito de conferenciantes era algo completamente desconocido para mí, aunque es

una enorme industria mundial. Supongo que, mientras el mundo adopte los matices beige de lo políticamente correcto, siempre existirá una demanda de bichos raros que griten para ganarse la vida y volar en aviones. Sin embargo, lo único que no hago es hablar con la gente después de cenar. Es de mala educación provocarles indigestión.



Los pilotos, por supuesto, son criaturas muy sociables. Coincidí con el jefe de formación de Air Atlanta Icelandic: Arnor, un operador de 747 que sentía curiosidad por el piloto gritón de aerolínea. Tomando un café, le planteé una pregunta:

—¿Cuántos 747 tienes?

—Creo que unos quince.

—¿No tendrías uno de sobra?

Arnor pensó por un momento.

—Creo que sí.

—No te apetecerá una gira mundial de Iron Maiden, ¿verdad?

El siguiente autobús rojo que apareció llevaba algo escrito en el costado. Era una propuesta para desarrollar una cerveza Maiden. Los dos grandes bebedores de la banda éramos Nicko y yo, pero Nicko vivía en Florida.

La cruda realidad era que algún tonto desafortunado tendría que beber de forma razonable y creativa para llegar a lo que se convertiría en una cerveza llamada Trooper. Fue una ingrata tarea, pero alguien tenía que hacerlo.

El mundo de la elaboración de la cerveza tiene sus propios escollos, y resulta que algunas fábricas de cerveza buscan la misma alta calidad que nosotros. Antes de que pudiéramos hacer algo, el cervecero quería constatar que yo iba en serio.

Pensé que mis días de prueba habían terminado hasta que pusieron mis papilas gustativas en plena línea de fuego cuando conocí a los potenciales cerveceros: Robinsons de Stockport. Me sometieron a una prueba ciega de sabor de diez cervezas diferentes, algunas de las cuales yo había marcado como favoritas personales, y el resto las habían elegido ellos.

Para mi sorpresa, identifiqué media docena de ellas. Sin perder un minuto más, Martyn Weeks, su maestro cervecero, atacó mi nariz con té de lúpulo y mi boca con crujientes granos de malta y, para el final de la tarde, ya habíamos llegado a un escueto boceto de lo que sería nuestra nueva bebida. Una cosa en la que estuvimos de acuerdo fue que la experiencia con botella debería intentar ser lo más parecida posible a una experiencia de barril. Esto significaba una cerveza cargada de sabor pero baja en carbonatación y acidez. Sería una cerveza apta para todo el mundo, algo con lo que podrías convivir y a lo que podrías volver con el tiempo, como un viejo amigo. Hay un montón de cervezas extremas en el mercado, la mayoría de ellas de corta duración. Robinsons y yo queríamos crear un clásico, y creo que lo logramos.

Martyn hizo dos cervezas de prueba, y llegó el gran día en la fábrica de cerveza. Dos vasos de media pinta, versiones A y B, directamente del tanque. Fue la segunda versión, con diferencia, la que obtuvo el gesto de aprobación. Había nacido Trooper. A día de hoy se han bebido dieciocho millones de pintas en todo el mundo.

Esperábamos con impaciencia el siguiente disco. Para mi disfrute, volvíamos a los estudios Guillaume Tell de París, donde se había grabado «Brave New World». La gira estival de 2014 haría que la banda se sintiera con un buen estado de ánimo para el nuevo disco.



En 1914 la gente decía que la guerra terminaría en Navidad. En 1917, la aviación, nacida con los hermanos Wright, había avanzado exponencialmente debido a las exigencias de la guerra. En un principio, con aviones de reconocimiento y, después, con bombarderos y aviones de combate, se creó la fuerza aérea moderna. De todos los pilotos legendarios de esa guerra, ninguno era más infame que el Barón Rojo: Manfred von Richthofen. La mayoría de sus victorias no se lograron en el Fokker Dr. I pintado de rojo en el que fue abatido, probablemente por una bala desde el suelo. Su muerte, sin embargo, consolidó en la leyenda de la aviación la historia del temible Fokker triplano.

A finales de 2013 compré uno. En varias ocasiones había intentado quitarme de la cabeza realizar esa compra: que no tenía tiempo, que dónde lo

iba a guardar y muchas otras excusas. El avión en cuestión estaba en venta debido a una tragedia personal. El creador de la réplica de tamaño completo fue John Day. Era un maestro artesano, y también había construido un hermoso Nieuport 17 y un espectacular Fokker E. III, con el que voló junto con un equipo de exhibición dedicado a recrear las vistas y los sonidos de los primeros combates aéreos: el Great War Display Team.

Mientras volaba con el Fokker Eindecker en una práctica de equipo en 2013, el avión se estrelló y John murió. Su viuda puso el triplano en venta. Después de un mes de darle vueltas, aparecí un día de invierno helado y lluvioso en el aeródromo de Popham, en Hampshire. El avión estaba en almacenaje con el motor inhibido.

Con toda lentitud, Gordon Brander, el responsable del equipo de exhibición, y yo sacamos la lona, y casi me quedé sin aliento. A pesar de ser una réplica, cada pequeño detalle era todo lo real que podría ser. John no había hecho concesiones a la modernidad. Ahí estaba el combate, rojo con dientes y garras. El triplano es una gran máquina. Monté en la cabina. Digo lo de montar porque entras y sales de un triplano como de un caballo. La enorme hélice estaba en la vertical, y frente a mí, amenazantes, se encontraban las dos ametralladoras sincronizadas que convertían al triplano en un adversario mortal en un combate aéreo.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. El avión era original.

—¡Lo compro!

Cuando el tiempo mejoró, pudimos preparar el avión para un vuelo destinado a restablecer su estado operativo. Tenía un hogar para él en el mismo hangar que el Bucker Jungmann, y también que el propio Sopwith triplano de Gordon. Todo un genial hangar, hay que decir.

Conseguir alcanzar un estado operativo como piloto de exhibición me costaría trabajo, pero se presentaba una temporada muy atareada en 2014 debido a la conmemoración del comienzo de la Primera Guerra Mundial. El equipo tenía mucha demanda.

Volé con el Bucker Jungmann para obtener mi licencia de exhibición. En efecto, realizaba recorridos ficticios con setos y árboles que simulaban las líneas de mucedumbre junto con mi instructor, Dan Griffiths, que me observaba desde el asiento delantero. Había una parte teórica que superar, y una prueba de vuelo.

Dan es un piloto de pruebas con mucha experiencia. De hecho, fue durante un tiempo el piloto principal de pruebas de la Autoridad de Aviación Civil del Reino Unido. Afortunadamente, también pilotó el triplano Fokker,

por lo que podía transmitirme muchos conocimientos, aunque no había ninguna posibilidad de realizar un vuelo de simulación.

El Fokker solo tiene un asiento. La primera vez que vuelas es, bueno, la primera y se espera que no la última vez que aterrizas. El 9 de abril de 2014, según reza en mi libro de registro, me convertí en piloto de triplano. Hice un par de saltitos por la pista haciendo que las ruedas se despegaran un poco del suelo y luego lo volviesen a tocar parando del todo. El antiguo avión funcionaba siempre con el viento adecuado; especialmente con un triplano, cualquier viento cruzado está estrictamente prohibido. Un patín de madera en la cola y la ausencia de frenos efectivos garantizaban que la máquina siempre funcionara sobre hierba.

La visión delantera sobre el terreno era prácticamente nula; las enormes alas borraban el horizonte. Era como rodar sobre la pista con una mezcla de persiana veneciana y librería.

Arrancar el Fokker era simplemente peligroso. La enorme hélice de madera te podría matar en un instante, y no estaba equipado con ningún motor de arranque, salvo el ser humano que debía girar la hélice. En la cabina del piloto —desde luego, el lugar más seguro donde se podía estar— se desarrollaba un complejo *ballet* que requería de cuatro manos y ambas rodillas, además de una buena dosis de gritos.

A veces, el avión podía arrancar de forma casi espontánea, especialmente si hacía frío. En un día caluroso podría llevar veinte minutos de duro trabajo, siempre siendo conscientes de que un error podría ser fatal.

Después de brincar por la pista de hierba de White Waltham, volví al inicio. El viento era ligero y soplaba directamente hacia el campo. Gordon me miró desde el margen. Encogí los hombros: ahora o nunca, pensé. Levanté los pulgares y señalé la pista. En marcha.

Cuando abrí gas a la máxima aceleración, la cola se elevó unos pocos metros, y de repente el mundo se ofreció ante mi vista entre el camuflaje y el azul verdoso del ala. Mi avión no era un triplano rojo: estaba pintado con los colores auténticos del teniente Johannes Janzen. Sobrevivió a la guerra y, para mi deleite, la casa de miniaturas Corgi hizo un modelo triplano de metal, que es una réplica de mi réplica, con el mismo modelo de pintura.

En el aire, el triplano se encontraba como pez en el agua. No puedo sino citar al Barón Rojo cuando le preguntaron cómo era pilotar el Fokker: «Puede trepar como un mono y maniobrar como el diablo».

Mis tres aterrizajes ese día en condiciones favorables fueron realmente bastante aceptables: suerte de principiante. Ya tenía una alocada idea de lo

que el Great War Display Team podría hacer por el rock and roll. ¿Por qué no un combate aéreo en un festival para homenajear a los combatientes de la Primera Guerra Mundial?

Nuestro último concierto en Knebworth era el lugar idóneo, pero primero tuve que unirme al equipo y aprender el delicado arte de perseguir aviones de cien años a cincuenta pies del suelo y sin chocar.

Dos días de práctica en equipo me situaron como Fokker One en la exhibición de nueve aviones. Terminé los quince minutos de combate simulado persiguiendo el triplano de Sopwith arriba, abajo y a lo largo de la línea del público hasta que realizamos un pase frontal; apreté el botón de humo y aparenté estar tocado, pero volví para el pase final de saludo.

Se supone que nada de esto era peligroso para el público, y existen reglas muy estrictas para garantizar que esto sea así. Mientras que el peligro es mínimo para el público durante el curso de la acción, para los pilotos nunca está lejos cuando se persiguen unos a otros cerca del suelo.

De lejos, el mayor peligro es permanecer cerca de la cola de un avión, y volar dentro del aire turbulento y el chorro de la hélice. Los primitivos controles de vuelo y la aerodinámica de las alas crean un doble golpe. El avión no solo lanzará un extremo del ala hacia el suelo de forma repentina y sin previo aviso, sino que el piloto debe ser rápido y usar absolutamente todos los controles de vuelo en todo eje para evitar convertirse en una ruina humeante.

En altitud es simplemente incómodo, pero ser lanzado de costado a cincuenta pies sobre el suelo frente a veinticinco mil personas en el espectáculo aéreo de Duxford, sin duda, requiere toda tu atención.

ENFRENTARSE A LA TORMENTA

Después del verano quise despejar el camino para lo que iba a ser un álbum de Iron Maiden muy importante. Steve no estaba contento con prepararlo en un estudio de ensayo; tenía su motivo. Cualquiera podría colocarse fuera con una grabadora digital y piratear el álbum incluso antes de que lo grabáramos. En lugar de eso, fuimos directamente al estudio de grabación, donde ensayamos, escribimos y grabamos, todo en el mismo lugar. Fue una de las mejores decisiones que pudimos tomar.

Había planteado la posibilidad de alquilar un gran avión para una gira mundial. Rod daba saltos de emoción, entusiasmado con la idea. La gira daría comienzo en febrero de 2015. Teníamos tanto material entre manos que el disco se convirtió rápidamente en un álbum doble. En cuanto a mí, lo de la grabación digital supuso tener que intentar poner a mis dedos a tocar el piano. Tenía dos canciones de aviación en el álbum, una era *Death or Glory* —sobre el Barón Rojo y la vida y la muerte en primera línea en la guerra aérea— y la otra era *Empire of the Clouds*, mi obra épica a dos dedos al piano.

Me senté en casa con un piano eléctrico muy modesto que había ganado en una rifa benéfica y comencé a jugar con él, comencé con algunas escalas pequeñas y una introducción evocadora. El plan era escribir un combate aéreo épico de la Gran Guerra, y una introducción al piano iniciaba la canción. *Death or Glory*, sin embargo, lo resumía todo de forma mucho más breve.

Tengo en casa algunos artefactos que compré en una subasta de antigüedades de aeronaves. En la subasta, todo lo alemán iba a precios absurdos: vajillas, pedazos de aluminio de zeplines estrellados, todo por un montón de dinero. Lo que me interesaba a mí era el patrimonio aeronáutico británico. Había dos artículos en particular que me parecieron fascinantes.

Uno de ellos era un reloj de bolsillo de uno de los pocos supervivientes del R101, el dirigible británico que se estrelló trágicamente en su primer viaje, matando a la mayoría de los que iban a bordo; el otro era una jarra de cerveza del R101, posiblemente un artículo promocional. Era una caja repujada en cuero con una jarra de peltre en su interior. Decolorada en el cuero marrón se podía ver la aeronave misma, junto con su matrícula, G-FAAW.

Alrededor del borde de peltre estaba inscrito: «La tripulación le da la bienvenida a bordo». Una noche, después de llegar del *pub*, me senté a tocar la introducción una y otra vez. En mi estantería tenía varios tomos raros de dirigibles; uno de ellos, *To Ride the Storm*, es un análisis clásico del accidente del R101.

Cerré los ojos y, en lugar de ver una hilera de aviones de la Primera Guerra Mundial al alba, con niebla entre los árboles y la escarcha convirtiéndose en rocío en sus alas, vi un gran cigarro plateado suspendido en el cielo.

Podía tocar la jarra de peltre y el reloj. Eran un vínculo tangible con el fatídico día del accidente, y me condujeron hacia el piano del estudio —uno de cola esta vez—, donde estuve sentado hasta mucho después de que el resto de la banda se hubiera ido a casa. *Empire of the Clouds* se convirtió en la historia del R101, la máquina voladora más grande que el mundo haya visto jamás, tan grande que todo el *Titanic* habría cabido en su interior.

Era una historia de error humano, arrogancia, compasión, heroísmo y pura mala suerte. El resto del álbum no era menos ambicioso, y a menos que una canción fuera breve por razones obvias, no vimos ningún motivo para transigir en base a la idea de la escasa capacidad de atención de la gente. Los seguidores de Iron Maiden están bastante acostumbrados a activar sus cerebros.

Cuando llegó Kevin Shirley, nuestro productor, ya teníamos dos o tres canciones listas para arrancar, y el resto estaban en curso. Una vez que nos metimos de lleno en la grabación, trabajamos rápido. Maiden es una curiosa mezcla entre tocar a la antigua usanza (todo muy auténtico) y al mismo tiempo usar las nuevas tecnologías simplemente para representar lo que hacemos de una forma natural.

Los discos duros digitales básicamente nos permitieron capturar todo sonido (bueno, malo o indiferente) que tocásemos. Debido a la disposición interna del estudio, era fácil agruparse en un círculo alrededor de la batería. La anterior naturaleza del edificio, como cine de los años treinta, configuraba

una sala para percusión inmejorable. Los recovecos de las paredes albergaban por separado altavoces de guitarra. Cada músico tenía su propia mezcla de auriculares, controlada por una pequeña mesa de mezclas individual situada justo a su lado.

Toda la configuración del monitor le correspondía a Kevin, y era la clave para que alcanzásemos los resultados.

El 6 de octubre comenzamos, paradójicamente con *The Great Unknown*, y el 25 de noviembre, finalmente, acabamos con *Empire of the Clouds* en la fase de mezcla.

El 12 de diciembre me diagnosticaron cáncer de cabeza y cuello, y el mundo se detuvo en seco.

EL PUTA CÁNCER

Seis semanas antes ya había llegado yo a la misma conclusión vía autodiagnóstico a través de Internet. Sabía que algo iba mal en mi cuerpo. Sudaba ligeramente por las noches, tal vez eran las sábanas del hotel.

Había manchas ocasionales de sangre cuando me lavaba los dientes; tal vez me los cepillaba demasiado.

Sentía como si estuviera a punto de resfriarme, pero no me resfriaba, estábamos en noviembre y me rondaban muchos problemas.

Últimamente, una de las glándulas de mi cuello estaba hinchada (véase la excusa anterior), con la particularidad de un extraño olor que venía de la parte posterior de la garganta, como a queso podrido. Era bastante desagradable.

Metí los síntomas en los buscadores de Internet y, de acuerdo a mi edad, me salió un diagnóstico de carcinoma de células escamosas, probablemente relacionado con la infección por VPH: lo ignoré. Tenía un álbum que hacer, cantaba bien y me lo estaba pasando muy bien. Lo último que se necesitaba era un hipocondríaco de Google.

Sin embargo, el nódulo de mi cuello se hacía cada vez más grande y mis episodios de sudor ahora también se producían a veces durante el día. En cuanto tuvimos terminadas las mezclas del álbum, le pedí a alguien del estudio que llamara a un médico.

El médico francés fue preciso, e incluso con su limitado inglés, su dictamen fue claro:

—Tiene que hacerse un TAC de cabeza y cuello; tiene que hacerse una radiografía de tórax; y aquí tiene unos antibióticos para el improbable caso de que se trate de una infección.

Decidí hacerlo todo en Inglaterra.

Mi doctora de Inglaterra palpó el nódulo.

—¿Está perdiendo peso? —preguntó ella.

—¡Ja, ja! Eso quisiera.

—Todos dicen eso —respondió sobriamente, y me envió abajo para una ecografía tras extraerme sangre para un análisis.

El tipo de la ecografía hizo el examen; su asistente era un poco fan de Maiden.

—¿Cómo lleva lo de las agujas? —preguntó—. Quiero extraer algunas células del nódulo.

Esto fue el lunes 8 de diciembre. El miércoles llegaron los resultados del análisis de sangre, todo bien, pero intuía, sabía, que había algo más.

El viernes tenía tres llamadas perdidas de la doctora.

—Hay células escamosas en la biopsia que son cancerosas.

Esa misma tarde estaba frente al especialista de cabeza y cuello, y el otorrino. Un año y medio antes había pasado un chequeo completo. Me encontraba perfectamente.

Era una sala gigantesca en Harley Street, con una enorme mesa de despacho y una eminente doctora. Ella abrió su carpeta.

—Tengo aquí un informe que dice que tiene cáncer de cabeza y cuello —afirmó sin rodeos.

Me quedé momentáneamente sorprendido por la crudeza del enfoque. Decidí corresponder.

—Bueno. ¿Qué es? ¿Dónde está? ¿Por qué está? y ¿cómo nos deshacemos de él? —le respondí.

Creo que le gustó el enfoque.

—Bien, lo está tomando bastante bien.

—Podría darle vueltas y morder la alfombra si le parece mejor, pero sigamos con ello.

—¿Tiene algún plan para los próximos días?

—A partir de ahora, mi único plan es librarme de esto, y mi único objetivo es lograrlo. Si eso no funciona, tendré que pensar en un nuevo plan.

El lunes me hicieron una resonancia magnética de cabeza y cuello con contraste que hacía que el cáncer fuera visible y también hacía que quisiera orinar. Lo siguiente fue una radiografía de tórax y, después de eso, un día en el hospital bajo anestesia para hacer una biopsia de la lengua y otras partes.

Estaba empezando a sentirme bastante importante, pero entre la valentía se asomaba la tentación de perder la esperanza. Durante tres días más o menos, todo lo que percibía eran hospitales, iglesias y cementerios. Por Dios, Londres estaba infestado de cosas cruentas.

De camino al *pub*, pensaba cómo me sentía con lo de mi cáncer. Nadie podría responder la pregunta de ¿por qué yo? Probablemente no era más que

puñetera mala suerte. Nadie intentó buscarme y mi cáncer era una aberración. Pensé en odiarlo, pero no soy bueno odiando a largo plazo. Cuando me cabreo, soy de los que hacen saltar chispas en el momento y enseguida se calman. Yo diría que la vida es demasiado corta para odiar el cáncer. Trataría a mi cáncer con cortesía, como una visita a la que no has invitado, pero lo despediría con firmeza de mi casa.

La persona que iba a actuar como guardián de mi cáncer era el jefe de oncología del hospital de San Bartolomé de Londres. Me hice un escáner el lunes y otro el viernes 19 de diciembre. Estaba frente al doctor Amen Sibtain. Tenía dos tumores: uno, de 3,5 centímetros de ancho, el tamaño de una pelota de golf, era el primario y estaba localizado en la base de mi lengua; y el otro, de 2,5 centímetros de ancho, era un tumor secundario situado en el nódulo linfático, adyacente al primario.

El olor a podrido que procedía de mi garganta se debía a las células cancerosas necróticas provenientes del nódulo linfático. Precioso.

Los cánceres se clasifican de acuerdo a su tamaño y extensión. La etapa 1 significa que el cáncer es pequeño y está contenido; en la etapa 2 es levemente más grande, pero no se ha extendido; en la etapa 3 se ha extendido un poco; y la etapa 4 significa que el cáncer se ha diseminado en mayor medida a través del cuerpo.

Aparte de eso, cada tumor tiene características únicas, y las células se clasifican ampliamente en: bien diferenciadas, moderadamente diferenciadas y poco diferenciadas. Traducido: bien juntas, más fáciles de matar; moderadamente diferenciadas, más fluctuantes; poco unidas, rebeldes agresivos cuya misión es causar estragos.

El 80 por ciento de este tipo de cáncer es de la categoría moderadamente diferenciado, y el mío no era una excepción. Desde el momento en que Amen me habló de una forma suave y delicada supe que me curaría.

En un principio sentí pena de Amen. Qué terrible tarea dar a la gente esas malas noticias y, a veces, ver cómo mueren. A medida que avanzábamos en el tratamiento, me di cuenta de que disfrutaba con su trabajo, y comencé a especular un poco más sobre lo que motiva a los oncólogos.

—Eres un poco como una mezcla entre un francotirador y Sherlock Holmes —le indiqué.

Me sonrió. Él también era un fanático del rock. Hasta que no me curó, no me confesó que era la banda Rush y no Iron Maiden la que le gustaba.

—¿Fumas? —me preguntó.

—No. ¿Por qué? ¿Qué diferencia hay?

—Tengo un 20 por ciento más de probabilidades de deshacerme de él, y es un 20 por ciento menos probable que reaparezca.

Mi tratamiento comenzaría el 5 de enero. Antes de eso tenía que hacer una visita al dentista, ya que existía cierta posibilidad de tener que extraerme los dientes. La radiación y la mandíbula inferior no son buenos compañeros de cama. El hueso se ve afectado de forma permanente, mientras que el tejido blando puede curarse con el tiempo.

El resultado fue que si alguno de mis dientes precisaba algún arreglo o cabía la posibilidad de que hubiera que extraerlo, el procedimiento se llevaría a cabo de inmediato.

No podía comenzar el tratamiento de radiación mientras no se produjera la cicatrización. Mis glándulas salivales también podrían quedar fuera de combate por la radiación, aunque gracias a las nuevas tecnologías era posible que recuperara la mayor parte de la funcionalidad. La saliva también es, por supuesto, extremadamente protectora para los dientes.

Hacía poco tiempo que había perdido una muela en plena gira. Se había agrietado un conducto radicular, y pasé dos semanas con dolor porque los antibióticos no hacían efecto. La extracción era la única opción.

Erguido en la parte posterior había un molar solitario que parecía la roca de Masada.

—¿Estaba considerando ponerse un implante? —preguntó mi dentista.

—Bueno, lo había considerado. ¿Por qué?

—Bueno, tendríamos que hacerlo y esperar hasta que haya cicatrizado antes...

—¿Quiere decir retrasar el tratamiento?

—Sí.

—Si no me pongo un implante, ¿los dientes de cada lado se verán como la torre inclinada de Pisa?

—No, eso no va así. —Se rio.

—En ese caso, sigamos con esto y démosle caña al cáncer.

En la siguiente visita a Amen le hice algunas preguntas más. En realidad, muchas preguntas. Por ejemplo, ¿era un cáncer por VPH?

—Bueno, esperemos todos los resultados.

Dado que el dentista de oncología me dio luz verde, me hice otro escáner. Esta vez estaba sujeto a una camilla y me hicieron un molde termoplástico de cabeza y cuello que sería mi hogar en cada tratamiento de radiación.

El único tatuaje que tengo parece una pequeña mancha de bolígrafo en mi esternón. Las enfermeras lo hicieron para poder alinear mi cuerpo en

fracciones de un milímetro en la máquina de radiación.

Como si fuera un videojuego, Amen jugaba con mi cabeza en 3D, disparando impulsos de radiación en diferentes ángulos e intensidades para matar los tumores, y también para irradiar cualquier otro sitio en que pudiera haber sido tenuemente infiltrado.

Me advirtió que iba a perder mucho peso y que me encontraría muy cansado al final del tratamiento; mi sistema inmunitario estaría frito.

—Podría poner una sonda de alimentación antes de Navidad.

—¿Te refieres a hacerme un agujero?

—Sí. Es muy sencillo. La mayoría de las personas no pueden alimentarse en las últimas etapas, y es muy importante mantenerse bien nutrido.

—No vas a hacerme un agujero. Me alimentaré yo mismo. Si no puedo, te lo haré saber y me podrás meter un tubo por la nariz.

No iba a convertirme en un residente del hospital.

—¿Cuánto tiempo tardaré en recuperarme?

Amen lo pensó bastante antes de contestar.

—Tuve un piloto de combate de la Fuerza Aérea sentado donde estás tú ahora, exactamente con el mismo tumor. Pasaron doce meses antes de que estuviera en forma, gordo y saludable nuevamente.

¿Doce meses? Eso era demasiado tiempo. Me aburriría para entonces.

—Mejoraré ese plazo —declaré.

Apenas había planteado la cuestión de si volvería a cantar, cosa que me sorprendió. Me di cuenta de que amaba la vida por encima de todo, y si no poder cantar era el precio, que así fuera. Amen era muy consciente de mi situación.

—He vuelto a planificar el tratamiento dos veces. Hay un plano anatómico natural, lo que significa que pasaré por alto la laringe con la radiación.

Dame tu mejor golpe, como dice la canción.

Por supuesto, toda mi existencia se centraba ahora en averiguar todo fragmento de información sobre la radioterapia, los porcentajes de supervivencia y cualquier asistencia alternativa que pudiera ayudar. El problema dental me había alucinado. Leí acerca de la terapia de oxígeno hiperbárico, que posiblemente era una forma de mitigar el daño al hueso.

—Estás preocupado por ese diente de la parte posterior, ¿verdad?

Él sonrió. Yo asentí.

—Bueno, no te preocupes. He curvado el haz de radiación a su alrededor para evitar daños.

Doctor Amen Sibtain, el mago.

La Navidad se acercaba. Estaba decidido a comer y beber como un cerdo y engordar todo lo que pudiera antes del 5 de enero, cuando comenzaría de forma simultánea la quimioterapia y la radiación, que durarían nueve semanas.

Tenía que poner orden en mis asuntos porque quería seguir luchando. Mis reconocimientos médicos de aviación en el Reino Unido y en Estados Unidos se suspenderían tan pronto como iniciase el tratamiento, y recuperarlos sería difícil. Sin embargo, mientras aún tenía un reconocimiento médico, renové mis licencias 737 y 757 en el simulador los días 3 y 4 de enero.

Había que aplazar la gira de Iron Maiden, y Rod quería anunciar al mundo que yo tenía cáncer después de Año Nuevo.

—No querrás que esto se sepa sin control. Seguro que alguien te reconocerá yendo al tratamiento. Es mejor anunciarlo y controlarlo. Además, tenemos que decirles algo a los promotores.

Afortunadamente, la gira estaba organizada en gran medida, pero aún no se había anunciado.

—Diles que las razones son demasiado tumorales como para mencionarlas —murmuré misteriosamente—. ¿No podemos al menos esperar hasta que haya terminado el tratamiento?

A regañadientes, estuvo de acuerdo.

Luchar contra el cáncer es un asunto solitario. No lo digo con un sentido sensiblero, pero es una afección tan intensamente personal que es difícil para los demás aproximarse. Las únicas personas que pueden combatir el tumor sois tú y los médicos y enfermeras que te apoyan.

Cuanto más investigaba, más me convencía de que cualquier ventaja que pudiera obtener valía la pena para ganar la batalla. Exploré alternativas antitumorales: tanto el extracto de semilla de uva como un extracto del hongo shiitake, llamado AHCC, se mostraban prometedores en ensayos clínicos. El AHCC también había eliminado las infecciones por VPH en seis de doce mujeres en un estudio de la Universidad de Texas.

El medicamento de quimioterapia que me administraron era el cisplatino, uno de los primeros que hubo. Reducía los tumores, pero era altamente tóxico para el resto del cuerpo. Me descargué el informe de toxicología del gobierno.

Contenía la siguiente frase maravillosamente oscura: «El método por el cual se demuestra esto aún no ha sido completamente dilucidado».

En otras palabras, nadie sabe aún por qué funciona este medicamento, pero funciona. La parte de «platino» del nombre del medicamento se refiere al

platino que estaba amontonando en mis células. Tenía ya muchos discos de platino y ahora me estaba convirtiendo en uno de ellos.

Estuve sentado en el hospital durante seis horas con una vía que introdujo varios litros de una solución salina especial en mi interior, luego tomé una bolsa de medicamentos para evitar que vomitara y luego el cisplatino. Me sentía como una cometa.

—Enfermera, ¿qué hay en esa bolsa?

—Medicamentos contra la enfermedad.

—¿Algún esteroide?

—Sí, claro. Muchos esteroides.

Los esteroides estaban ahí para impedir que mis riñones se colapsaran cuando llegaran los álbumes de platino, y no me fui a casa hasta que terminé meando platino como un burro.

La primera semana de tratamiento fue como el período de guerra ilusoria durante la Segunda Guerra Mundial. No pasó gran cosa, excepto que perdí el sentido del gusto, un efecto secundario del que ya me habían advertido. La pérdida del cabello era otra posibilidad similar y, como protesta por padecer cáncer, me dejé crecer una barba tupida y desagradable.

El cisplatino puede resultar tóxico al oído y también para la función mental, lo que se conoce como «quimiocerebro». Descubrí un estudio de la Universidad de Toronto en el que se experimentó con aspirina para aliviar los efectos secundarios. En el Reino Unido, la Universidad de Southampton continuaba con los ensayos. Descubrí las dosis y me automediqué. Me enteré de que mis posibilidades de supervivencia en el momento del diagnóstico eran del 60 por ciento.

No estaba muy contento con eso, pero era un 10 por ciento mejor que un 50/50. Sin embargo, si mi tumor estaba relacionado con el virus del papiloma humano (VPH), mis posibilidades de supervivencia aumentaban al 70 por ciento, o puede que hasta un 90 por ciento, por mi condición de no fumador.

Mi regalo de Navidad fue una llamada telefónica del doctor Sibtain en Nochebuena. Estaba en el supermercado.

—Buenas noticias dentro de las malas noticias. Es un tumor p16, lo que te sitúa en un porcentaje totalmente distinto para la recuperación.

Fue el mejor regalo de Navidad, salvo que me dijeran que era un terrible error.

Deshacerse del cáncer se convirtió en un trabajo como cualquier otro. De lunes a viernes, a las once de la mañana, me presentaba en el hospital, y

media hora más tarde estaba en la calle con una dosis de radiación de dos gray que fulminaban mis tripas.

La rutina era la misma: subir, saludar, ponerme una bata, tumbarme en la camilla, sujetarme con fuerza y sin poder apenas respirar. La máquina gigante parecía un torno que rodeaba mi cabeza. Tumbado, inmóvil, sin poder moverme, una visión interna de dónde estaba el día anterior en comparación con el lugar donde estaba hoy. Las puertas de hormigón de un metro de espesor se cerraban. Los ruidos emitidos por la máquina se hicieron familiares. Cuando se encendía el haz, había tres pulsos y contaba los segundos, 45, 45 y luego 30.

La energía de los rayos X creada mediante la aceleración de fotones a la velocidad adecuada me bombardeaba. No había sustancias radiactivas en la máquina. El rayo era capaz de modular la intensidad de la radiación sobre los diferentes tejidos alrededor de mi cabeza variando la potencia de los fotones.

No solo eso, sino que el rayo podía cambiar su forma debido a un dispositivo llamado colimador. Imagina dos juegos de persianas venecianas a noventa grados entre sí, que pueden abrirse y cerrarse de forma independiente. Las pequeñas tablillas tenían un grosor menor que el de una mina de lápiz.

De este modo, era posible administrar grandes dosis a los tumores mientras se protegía el tejido circundante, y dosis más pequeñas a otros ganglios linfáticos, todos dentro del mismo patrón de 360 grados.

Estaba recibiendo radioterapia de intensidad modulada, que era un tema de vanguardia. La enfermera que me tenía a su cargo, Mandy, me dijo que comprara una afeitadora eléctrica y me dio un bote de crema para el cuello. A medida que el tratamiento avanzaba, las cremas eran diferentes y el enrojecimiento y las quemaduras de la radiación eran más evidentes.

Al principio no necesité analgésicos, pero gradualmente la radiación eliminó la mucosa de mi lengua y mi sistema inmunológico se vino abajo. Apareció un afta oral, una infección común, y los analgésicos cada vez eran más fuertes, hasta que finalmente recibí morfina oral durante los últimos diez días más o menos.

Dormir, comer, beber y hablar se volvió muy difícil. El dolor de todos los nervios expuestos de mi lengua era intenso. Mi garganta estaba hinchada. Ideé un sistema para dormir un par de horas. Asaltaba todas las farmacias locales en busca de sus anestésicos tópicos orales, empapaba con ellos el papel de cocina y envolvía mis dientes posteriores con el papel. Mi lengua se quedaba

entumecida durante el tiempo suficiente para poder dormir: la felicidad absoluta.

Tras las dos primeras semanas, seguía aparentando que no había nada malo en mí; e iba al *pub*, a pesar de que todo me sabía a agua. Un día, el pecho comenzó a picarme. Miré hacia abajo.

Es el maldito gato, pensé. Pero no, los pelos eran muy cortos. Era yo. Mi barba se estaba cayendo. No hay un protocolo para cuando se te demuda el rostro delante de tus compañeros de bebida.

Fui al baño y me tiré de la parte inferior de la barbilla. El cabello simplemente se cayó. Llegué a parecerme a James Mason interpretando al capitán Nemo en *20 000 leguas de viaje submarino*; luego, regresé al bar.

Al día siguiente fui a recibir mi dosis de radiación. Comer todavía era posible, así que fui a un café y pedí el desayuno. Huevos revueltos y salmón ahumado. Podía olerlo, pero bien podría haber estado comiendo ranas porque no me sabían a nada.

Distraídamente, me rasqué la cara. La mesa opuesta me miró con horror. Miré hacia abajo a mis huevos revueltos; no era pimienta negra, sino barba que me caía de la cara.

De vuelta a casa, me adapté aún más. De acuerdo, ya no hay James Mason: me quedó un buen estilo d'Artagnan.

Al día siguiente, lo que quedaba de barba también se cayó. Me quedé con un bigote bastante áspero y algunas patillas deshonestas. En protesta, mantuve el bigote. Todos los que conocía lo odiaban, lo que me impulsó aún más a dejármelo. Tenía cáncer, ¿cuál es tu excusa?

Poco a poco, los efectos secundarios se fueron sucediendo: primero una úlcera en la boca, erupciones en la piel y pérdida de peso. Cuando se hizo difícil alimentarme, me alegré de ser cantante, pues una de las primeras cosas que tienes que tener bajo control es la lengua y, por lo tanto, podía ponerla plana, abrir la garganta y echar un gran trago de lo que fuera antes de que el dolor se presentara.

En las últimas tres semanas de tratamiento, tomaba solo líquidos y no podía hablar, simplemente porque mover la lengua suponía una agonía.

Las natillas me salvaron la vida. Mezclaba medio litro de natillas de la nevera con un batido medicinal y conseguía dar cuenta de ello en tres o cuatro grandes tragos. El proceso completo duraba casi cuarenta minutos, con extraños sonidos animales en vez de poder gritar «¡Joder, cómo duele!».

Al comienzo del tratamiento hacía cincuenta flexiones diarias, además de largas caminatas alrededor de Regent's Park después de las radiaciones. Me

llevaba libros para leer, y me sentaba en los escalones de la iglesia de Marylebone, donde había un quiosco de café al aire libre. Podía olerlo, aunque no saborearlo.

A lo largo de los años, mi falta de gusto en cuestiones como la ropa, en particular los pantalones, nunca me ha molestado. La ausencia de gusto con la comida me molestó más de lo que esperaba. Las galletas sabían a arena, el chocolate a plastilina. Tan solo los alimentos aromáticos daban un toque de sabor, y eso solo por el olor.

Poco a poco caían mis niveles de energía. Un día fui al supermercado, a solo unos cientos de metros. Me arrastré y llegué a medio camino de mi casa antes de darme cuenta de que no podía ir más allá. Estaba más que agotado. Era como si cada célula de la médula de mis huesos dijera: acuéstate ahora mismo, ríndete.

Me senté en una pared baja de ladrillo durante unos minutos para recuperarme. Esto era fatiga. Pensé que alguna vez en mi vida habría estado cansado, pero en realidad nunca había sentido algo parecido.

Al principio del tratamiento planifiqué mi programación de televisión: la vería mucho. La tele diurna estaba llena de alegres anuncios para organizaciones benéficas contra el cáncer, con sufridas víctimas pidiendo contribuciones. Si eso no me animaba, había una ristra de anuncios de seguros de vida, además de varios que ofrecen ayuda con los costes del funeral.

Ajusté mi tratamiento y recuperación a la repetición de la clásica serie televisiva *Los vengadores*. A las 8 de la tarde, todos los días, después de la reposición de la serie *MASH*, ponían todos los episodios de la actriz Diana Rigg, de lunes a viernes.

Mi trigésimo tercera y última sesión de radiación fue el 18 de febrero. Mi último ciclo de quimioterapia de tres semanas comenzó el 16 de febrero. La radiación, en realidad, alcanzaría su pico máximo en mi organismo diez días después de la última administración de la misma y, luego, continuaría actuando durante al menos los siguientes dos o tres meses, si bien a un ritmo decreciente.

Por lo tanto, mi punto máximo de efecto de radiación y quimioterapia sería el 28 de febrero. Calculé que este sería el episodio en que Diana Rigg le pasaba el testigo a Linda Thorson. Ese día dejaría de ver *Los vengadores* y reiniciaría el proceso hacia la normalidad, incluso aunque tuviera que fingir.

La morfina oral supuso una gran decepción. Esperaba, por lo menos, elefantes rosas o cierta inspiración literaria, incluso el deseo de cortarme una oreja y pintar tenebrosos cuadros de narcisos. Nada de eso. Te producía

somnolencia, no parecía quitar tanto el dolor y, lo peor de todo, te anulaba la capacidad de hacer caca.

La dieta líquida de natillas y batidos no ayudaba, aunque echaba sobrecitos de avena en la leche en un intento de mantener al menos algo normal. Los medicamentos contra la enfermedad más la morfina ponen fin a toda esperanza de normalidad.

Ahora debía añadir a mis medicamentos una sustancia deliciosa llamada Movicol. Lo miré con reparos. Tomaba varias pastillas para no vomitar, esteroides ocasionales, morfina oral y una sustancia muy impresionante que creaba una segunda piel tipo lagarto alrededor de mi cuello para evitar que la piel real se agrietara terriblemente. Además, tenía una bolsa llena de antibióticos y debía medir mi temperatura constantemente, para el caso de que sufriera una combustión espontánea.

Perdí más de nueve kilos de peso y sentía que mi cabeza ardía. Lo que no era nada sorprendente teniendo en cuenta que había recibido el equivalente a once dosis letales de radiación repartidas en 45 días, todo ello en la zona de la cabeza y el cuello.

Mi cuerpo se estaba devorando a sí mismo. El daño infligido a las células ponía en aceleración a los equipos de reparación y a mi metabolismo. El ataque al tumor era, con suerte, permanente.

Nada de esto ayudó a mis problemas estomacales. En *La vida de Brian*, de Monty Python, aparece una chica llamada Incontinencia Suma: el parecido habría tenido gracia.

Mi insomnio seguía en marcha. Dos horas de sueño, más el dolor de la lengua, y ya estaba en pie. Los horribles ronquidos que producía el tratamiento hacían que quedarme despierto toda la noche le supusiera un favor al resto del mundo.

En la televisión retransmitían el mundial de cricket. No le iba bien a Inglaterra. Pensé que aquel era el momento emblemático para hacer caca, en concierto con nuestros bateadores. Leí las instrucciones, mezclé un par de sobres en agua del temido Movicol, bebí y esperé. Nada se movió; ni siquiera los jugadores del equipo de Inglaterra podrían sacarme ningún movimiento. Seguí leyendo el prospecto. Habían pasado diez días desde que había hecho cagarrutas de conejo: «Si esto no funciona, puede deberse a la impactación fecal».

En fin, no me gustó cómo sonaba eso. Parecía una película de Hollywood sobre un asteroide: *Impacto fecal*... La idea de un asteroide saliendo de mi culo me llenó de inquietud.

Llegué a Wikipedia. Escribí «impactación fecal». Allí, con toda su horrorosa gloria, estaba la horrible verdad. Mi mierda se había convertido en hormigón, y con letras que deberían haber sido brillantemente destacadas en rojo, se expresaba la preocupante advertencia de que «en algunos casos podría ser necesario manipular manualmente las heces».

Me di cuenta de que no estábamos hablando de algo anormal. Había tomado una sobredosis de Movicol y la película aún no había sucedido. Cubrí el suelo del retrete con papel de periódico y me puse a intentar meter los dedos en el culo para mover el bolardo que llevaba encajado en mi interior. Si hubiera sido un chimpancé, la vida hubiera sido más fácil. Fui a la cocina en busca de artilugios que pudieran funcionar mejor: un sacacorchos, por ejemplo, pero pensé que era mejor no hacerlo.

Finalmente, después de hurgar con cualquier cosa mientras estaba en cuclillas, con el cricket de fondo, finalmente sucumbí, me senté en el baño e hice algunos ruidos horribles. No me puedo imaginar el dolor de parto pero, con todo respeto a las mujeres, mi pelota de cricket interna finalmente salió y temí que buena parte de mi ano se fuera con ella.

El cuerpo está hecho de material más duro, sin embargo, y durante los siguientes diez minutos, básicamente expulsé lo que parecía una bolsa de limones. Eran realmente limones, parafraseando a *Star Trek*: «Limones, Jim, pero no como los que conocemos».

Tres días después llevé el coche al taller para la revisión. Cogí el tren de vuelta a casa: de Watford Junction a Euston. En mi diario está anotado: cruasán y café con leche. Pedí el cruasán en la estación y lo mojé en mi café con leche para que estuviera empapado. La victoria comienza con un pequeño paso.

Tres días después de eso, comí fideos y una ensalada. Tardé tres horas en comer, pero lo hice. Cuando terminé, Mick Jagger pasó por delante de la ventana del café de King's Road. Soy casi tan delgado como tú, me sonreí a mí mismo.

Al día siguiente comí bistec y verduras. El 15 de marzo me tomé una comida completa y pude saborear algo de ella.

Por otra parte, parecía un miembro medio muerto de hambre de los Village People. Adiós bigote. Mi sistema inmunológico seguía tirado en el suelo: mis células T habían abandonado el edificio. El resto de mi sangre estaba notablemente bien.

Maiden tocó el álbum para el sello discográfico (Warner) el 2 de abril, y yo estaba allí, para demostrar que estaba vivito y coleando. Me fui a

descansar a Lanzarote durante diez días. El 10 de abril no pude soportarlo más y traté de cantar en la ducha. Fue horrible. No tenía control vocal, sonaba como una vaca mugiendo. Traté de no entrar en pánico. Solo llevaba un mes sin tratamiento. Jan, mi otorrino, me había dicho que ni se me ocurriera cantar hasta noviembre. Quizás no en noviembre, pensé, pero al menos para finales de septiembre.

Hay una epidemia de cáncer de cabeza y cuello causado por el VPH. El riesgo de cáncer cervical es bien conocido y la prueba de Papanicolaou es altamente efectiva, pero no existe una prueba equivalente para el cáncer oral.

Los casos de cáncer oral de VPH aumentarán entre un 80 y un 100 por cien, y superarán a los de cáncer de cuello uterino en un futuro cercano. Es una epidemia ante la cual la prensa, en gran parte, cierra los ojos y prefiere poner en la picota a sus víctimas, avergonzándolas con sus insinuaciones, de un modo que la gente consideraría escandaloso si se aplicara a las mujeres, víctimas, a su vez, del mismo cáncer.

Cualquier persona, desde taxistas y músicos hasta pilotos, diplomáticos, médicos e ingenieros (básicamente, cualquier hombre que no haya vivido dentro de una burbuja de plástico), puede sufrir esta enfermedad. Existe una necesidad de investigación, educación y detección temprana. Este es un cáncer altamente curable.

La semana siguiente fui a dar una charla en una cena con abogados de Airbus. Me senté al lado de un canadiense encantador, padre de tres niños, cuarentón. Su primera pregunta fue:

—¿Cómo está tu saliva?

Su mirada parecía querer decir: «¿Tú también?».

Había visitado al doctor Sibtain cada dos semanas después del tratamiento, y él estaba encantado de mi recuperación. Cuando fui diagnosticado la primera vez, había subido corriendo cuatro tramos de escaleras en vez de tomar el ascensor. Fue un enorme placer volver a hacerlo nuevamente un mes después del tratamiento. Merecía la pena ver la sonrisa en su rostro.

Me advirtió que el escáner para ver el resultado no podría hacerse durante unos tres meses.

—La radiación seguirá activa —dijo—, así que yo podría terminar con un montón de manchas rojas.

El 13 de mayo me hicieron el escáner. Dos días después, pasé el día más nervioso de mi vida.

Estaba limpio. «Respuesta clínica total». Me mareé por la conmoción. Seguiría viviendo, deduje del informe. Había algo al final que no entendí del todo:

—¿Qué es esto de una anomalía anatómica?

Amen comenzó a reírse.

—Significa... que antes eras un pez.

Poco a poco, el mundo volvía a la vida en todo su esplendor, o no. Recuperé mi certificado médico para la línea aérea tras un riguroso examen. El médico principal comentó:

—No encuentro nada malo en él.

(Salvo las branquias y la cola, claro).

Volví a dar los pasos para volver a sentarme en el asiento izquierdo: mercancías peligrosas, seguridad, entrenamiento técnico de repaso, entrenamiento en caso de incendio y humo, primeros auxilios y, finalmente, vuelta al simulador para un control semestral.

Había estado volando con el Fokker por pura alegría. El 10 de julio regresé volando en avión desde Cardiff hasta el aeropuerto de Milán-Malpensa. Fue un «vuelo de prueba» para las autoridades maltesas. Había regresado al negocio.

El vuelo de exhibición con triplano estaba lamentablemente fuera de discusión. Tenía que renovar mi licencia de exhibición y practicar con el equipo, y ya estábamos a mitad de la temporada de exhibición.

La Administración Federal de Aviación de EE. UU. me mandó una carta muy amable en la que me pedían la devolución de mi certificado médico. A diferencia del Reino Unido, que simplemente lo suspendió, la Administración Federal de Aviación me lo quitó tan pronto como les notifiqué el tratamiento de cáncer.

La maquinaria de relaciones públicas de Maiden estaba en pleno apogeo. Volé a las junglas de México para hacer una sesión de fotos. La radiación había convertido mis abdominales en una espléndida tableta de chocolate, aunque no lo recomiendo como programa de pérdida de peso. Retomé al «gamberro en taparrabos con un palo» de la sesión de Ross Halfin en las Bahamas años antes, y algunas de las fotos se veían increíbles.

Fui contratado por el sello para un especial de «Bruce Air», con el fin de llevar a un grupo de admiradores y medios de comunicación a París. Volamos a los estudios Guillaume Tell y comentamos el álbum. Fue genial estar detrás de la rueda de control en el cielo, pero también poner los pies en el suelo, pisar las tablas y hablar de música.

El proyecto 747 estaba de nuevo en marcha. La línea aérea Air Atlanta Icelandic estaba ahora negociando con la dirección de Iron Maiden, y teníamos cita con otro par de operadores para la gira. Acudí a un viaje de prensa a Estados Unidos y Canadá. El álbum tuvo muy buena acogida y, por supuesto, todos querían saber sobre los pormenores de mi cáncer. Algunos periodistas procuraron entenderlo de manera responsable; otros simplemente decidieron darle un enfoque vulgar y rastroso.



Volaba de nuevo, pero todavía no podía cantar. De vuelta en mi cocina, miré con cierta aprensión el cajón de los cubiertos y el chirrido que hizo. La casa estaba desierta y yo deambulaba de un lado a otro. Ya había pasado septiembre y tal vez, solo tal vez, mi voz podría emitir algún sonido que no se pareciera al del cajón de los cubiertos.

Probé con *If Eternity Should Fail*. Originalmente estaba escrita para un futuro álbum en solitario, pero se decantó hacia Iron Maiden. Fue una de las últimas cosas que canté antes de enfermar; de hecho, puede que incluso el tumor hubiera estado creciendo mientras cantaba la demo.

No podía creer el resultado. Las notas agudas estaban allí. En realidad parecían ser más puras que antes. La tesitura media-alta de mi voz era variable, y había ciertos sonidos vocálicos, la «i», por ejemplo, cuyo tono no podía controlar bien. Tampoco tenía el control total del falsete, aunque el aullante lamento del alma seguía presente.

Durante las siguientes semanas y meses intenté dar sentido a todo. Me puse a realizar rehabilitación vocal y teorice sobre por qué las cosas habían cambiado. Debíamos iniciar la gira en febrero, y faltaban tres meses para empezar los ensayos. Rod había compensado un año perdido concertando una gira mundial de 72 citas.

—Me encanta tu confianza en mí, pero ¿y si canto como un sapo?

No hay una respuesta concreta a eso, por supuesto. Traté de analizar lo que tenía y lo que había perdido, al menos de forma temporal. Mi teoría era que una vez desaparecido el tumor, la superficie restante de la lengua había cambiado de forma. Piensa en la espuma de una jarra de Guinness. Si la dejas

reposar, las burbujas de debajo de la superficie van rompiendo lentamente, haciendo que la espuma se hunda. Mis burbujas eran un tumor del tamaño de una pelota de golf.

La lengua contribuye a la formación de sonidos vocálicos complejos; pasamos nuestra infancia aprendiendo a hablar y a entrenarla. Cantar añade un plus adicional de complejidad. El doctor Sibtain tenía razón al decir que mi laringe no parecía haberse visto afectada. El generador de notas estaba intacto, pero el tono muscular y los espacios de las cavidades del pecho, la cabeza y el cuello influyen mucho en la calidad del producto final. Diseñé un plan para los ensayos: cantaré un poco y luego dejaré unos días de descanso para que practicara la banda.

Desde que me dieron el visto bueno hasta que empecé a cantar cinco días a la semana, transcurrieron solo ocho meses. Me refiero a hacerlo correctamente.

Me dispuse también a hacer lo que podía en el otro gran proyecto: aprender a volar el 747. Solo había un problema importante: ya no teníamos uno. Dos meses antes de que estuviéramos a punto de salir de gira, Air Atlanta Icelandic perdió el permiso para usar el avión que nos había asignado y amablemente nos devolvió la fianza. La oficina de Maiden caía en picado. Subí a un avión y me fui a Islandia. Cara a cara era la única forma de descubrir lo que estaba ocurriendo.

Me reuní con el presidente y el responsable comercial. Estuvo muy bien y nos explicaron su difícil situación. Los únicos 747 que podrían garantizar tendrían que volar a Estados Unidos para ser dados de baja dos días después del espectáculo de Donington.

Air Atlanta Icelandic estaba en proceso de comprar dos aparatos mucho más jóvenes procedentes de Air France, pero el acuerdo aún no estaba cerrado. En lugar de romper una promesa, prefirieron cancelar el trato. Sugerí que usásemos el cacharro solo hasta Donington. Pagaríamos para llevarlo a su tumba, donde se guardarían los motores, ya que estaban en muy buena forma. Me fui, tuve una comida muy alcohólica con el responsable comercial, y volví al día siguiente.

Cuando aterricé, me llegó un mensaje de texto: «Hay trato».

Tres días después recibí otro: «Acuerdo con Air France realizado, todo vuelve a la normalidad».

Di un gran suspiro de alivio y regresé al resto del planeta.

Volé con algunos veteranos discapacitados en simuladores para la asociación Help for Heroes y volví a Sarajevo, donde los bosnios estaban

dando los últimos toques a un documental muy emotivo que habían estado rodando sobre el viaje que yo había hecho más de veinte años atrás. Me había perdido el vigésimo aniversario debido a mi tratamiento contra el cáncer, pero quería ayudarlos con algunas secuencias complementarias y una entrevista.

A veces resultaba difícil reconocer un sitio y, de repente, una pieza encajaba en su lugar y el puzle de recuerdos se recomponía.

Para volar el 747 tuve que conseguir un trabajo con Air Atlanta Icelandic como capitán, así que me senté en casa con mi ordenador portátil y el manual del 747. Finalicé el curso de entrenamiento básico y me presenté a los exámenes finales: todo bien. La siguiente fase era el simulador.

Era invierno de 2015. Tuve un contratiempo. Pillé un resfriado. En realidad estaba encantado. Mi sistema inmune funcionó como debía. Lo único extraño era que mis membranas mucosas aún no estaban en pleno funcionamiento. Tener un resfriado sin sonarse la nariz es una experiencia bastante extraña.

Qué diferente fue esa Navidad a la del año anterior. Tenía la suerte de estar aquí y, mejor que eso, me sentía realmente vivo.

Lo esencial era ganar un poco de peso, pero no lo haría comiendo todos mis púdines favoritos. Aunque la mayoría de mis papilas gustativas se mostraban colaborativas, las que detectaban lo dulce habían resultado severamente dañadas por la radiación. Como alguien que se comía el Toblerone del minibar y que adoraba ponerse morado de jarabe de caramelo y barras de Crunchie, esto fue, al principio, un duro golpe para la moral.

Pasados unos meses, el recuerdo aún permanecía, pero el deseo de comer azúcar prácticamente había desaparecido. Una consecuencia involuntaria fue tomar conciencia clara de la cantidad de alimentos (o mejor dicho, productos) horribles que había devorado en los últimos años.

La constatación de que, con frecuencia, el sabor no era más que azúcar agregado fue una gran revelación. Me consolaba el hecho de que las verduras, la carne y los lácteos supieran absolutamente al cien por cien.

La cerveza era una preocupación. Yo había diseñado Trooper con las papilas gustativas completamente operativas. ¿Cómo sabría ahora? ¿Cómo diseñaría las cervezas del futuro con una percepción alterada del sabor dulce?

Me inspiré en el chef sin olfato. Hay muchos otros sabores y aromas complejos para experimentar con la cerveza, no solo el del azúcar. La primera prueba de esto fue el diseño de nuestra nueva marca, Red 'N' Black, una cerveza del tipo imperial stout o porter. Martyn Weeks, el maestro cervecero, y yo nos sentamos y dibujamos su sabor con una paleta de cervezas

existentes. Estaba nervioso, lo confieso. Me di cuenta de que podía detectar el sabor dulce, pero no podía paladearlo. Sin embargo, Martyn y yo estuvimos de acuerdo en todos los aspectos de la bebida. De hecho, me sentía impulsado a darle un nuevo aspecto al diseño de la cerveza y plantear un enfoque más aromático. Las sutilezas de textura, amargura y un final persistente en la nota adquirieron una importancia cada vez mayor. Por suerte, mi vieja cerveza favorita, la Fullers ESB, nunca fallaba.

Beber cerveza es algo que, por supuesto, debe hacerse lejos de los simuladores de aviones o automóviles.

Tan pronto como pasó el Año Nuevo, me encontré de camino al recién formado centro de entrenamiento de British Airways; en un frío y ventoso 2 de enero.

El año anterior había sido una montaña rusa. Mirando hacia atrás, mi vida era una montaña rusa. Desde los altibajos de la escuela y la universidad hasta la caída más larga y más rápida jamás vista en un parque de atracciones: estar en Iron Maiden.

A menudo me han preguntado si cambiaría algo. La respuesta es un simple no. Una pregunta diferente y más acertada sería si había cometido algún error. La respuesta a esa pregunta es igualmente fácil: montones de errores.

Aprender a cantar y actuar es una cuestión de prueba y error. El entrenamiento para volar se puede hacer en un simulador. Aprender a ser un aviador solo puede darlo la experiencia, y los errores son intrínsecos a la experiencia.

Durante este tiempo conocí a uno de mis tutores de 747. Me llevó a un lado en una esquina de la sala de café antes de que llegara mi compañero del simulador.

—¿Cómo está tu saliva después del tratamiento? —me preguntó.

No podía creerlo, otro momento «tú también». Pasamos veinte minutos discutiendo sobre dientes, mandíbulas, saliva y su amor por el whisky escocés y los automóviles veloces. Su tratamiento había sido algo más brutal que el mío porque la tecnología no era tan avanzada quince años antes como para poder evitar que sus glándulas parótidas se extinguieran.

Aquí estábamos, sin embargo, y pronto pasamos a cosas más importantes, como una máquina voladora de cuatrocientas toneladas, con una capacidad de combustible de 170 000 kilos, que pronto estaría bajo el control de un servidor.

¡Qué sueño más imposible para un niño de la localidad de Worksop que no aprobó el nivel básico de física y al que llevó tres intentos obtener el de matemáticas!

En algún lugar, mi abuelo Austin estará bebiendo una cerveza con mi padrino, el sargento de vuelo John Booker, y probablemente estén contando la cantidad de dinero que gastaron en aviones de plástico para mí. Nada de lo que sucede en la infancia es en vano.

La misma emoción infantil se apoderó de mí cuando me senté en el simulador 747 por primera vez. Una vez finalizadas todas las comprobaciones e informado el primer oficial, me volví hacia el instructor con una sonrisa.

—¿Para qué sirve este botón?

LÁMINAS



Con quince años y un anorak horrible.



El tío John en Malta, aunque no de vacaciones.

Back to School

First day Back at school, ~~felt~~ ^{feeling} feeling of what
feeling very worried
indeed, ^{Because} I did
not know what the
boys would be like.

I had a very
great ^{surprise} when I
discovered that my lessons were
~~not~~ the same.

When I got back to school
everybody thought I was going
into 3 A. I ended up in 4 A.
There was also another surprising
feature about going back to
school, Everybody who had
previously hated me ^{was} ~~was~~ now
friends with me.

I hope you can set your work out better
than this.

English Pres

Write your
own account
of what
you felt
like when
you came
back to
school.

Mis primeros intentos de sarcasmo.

TUTOR'S REPORT

Name DICKINSON P.B.

As so often, Paul's performance in academic work has failed to match his potential. I only hope that he will do himself justice in the 'A' levels and that he realizes how important these will be for him. Several colleagues have kindly offered help with revision notes etc. and perhaps Paul will write to let me know of any areas where such help would be most appreciated. I was pleased to learn that a school has been arranged for next term. As he considers his plans I hope he will not dismiss too lightly the exciting stimulus of university life, nor the future advantage of a degree. He is lucky to have the offers he does.

After defending and driving Paul so closely for 4½ years I was very sorry indeed that he should leave us after such an unspeakable and inexcusable yet transient and contingent aberration. Looking back in time over the bullying and clashes one realises what a great success he has achieved, when the cards have often seemed stacked against him, to establish

himself as a positive personality capable of winning and deserving respect for his achievements, as in fencing and sports, and at the same time to retain without bitterness or chagrin so much of his unsquashable eagerness and unfailing resilience. His tongue has always been his undoing; perhaps the shock of his expulsion will teach him humility and self-control.

He has my sincerest best wishes.

Los primeros auspicios de un rockero rebelde.



Samson tocando fuerte con borrachera. Thunderstick, Chris Aylmer, Paul Samson y un servidor. © Phil E. Neumann



Último concierto de Samson en Reading; sin Thunderstick. Horas antes de reunirme con Maiden. © Phil E. Neumann



Le explico a Clive Burr la aerodinámica de este ganso de plástico. Yo estoy en Samson; él, en Maiden. © Phil E. Neumann



«¿Cuántos dedos veis?». Mi mejor imitación de Ian Gillan en el club Marquee del Soho. © Rob Grain



Un estímulo temprano de frutas y verduras. De izquierda a derecha: Adrian Smith, yo, Steve Harris, Clive Burr y Dave Murray. © Ross Halfin



Rod Smallwood en su elemento. © Ross Halfin



Melena y pantalones a juego. © Ross Halfin



La primera hormiga en viajar al espacio. © Ross Halfin



Sosteniendo, sin ayuda de nadie, la fuerza aérea rusa. © Ross Halfin



¡No es el Mesías; es un niño muy travieso! © Ross Halfin



Todo con el mejor gusto posible. © Tony Mottram



Todo con el mejor gusto posible. © Ross Halfin



Todo con el mejor gusto posible. © Simon Fowler



Todo con el mejor gusto posible. © John McMurtrie



Todo con el mejor gusto posible. © Ross Halfin



Todo con el mejor gusto posible. © Ross Halfin



A punto de sacarles el dedo a las masas en la gira Somewhere in Time. © Ross Halfin



Levitación yóguica. © Ross Halfin



El pirata Barbamarrón. Entre bastidores y como una cabra. ©
Ross Halfin



Aquí estoy con la máscara puesta (soy el de la izquierda). © John McMurtrie



La banda, el representante y nuestro propio Buda. De izquierda a derecha: Steve Harris, Nicko McBrain, yo, Rod Smallwood, Janick Gers, Dave Murray y Andy Taylor. © Ross Halfin



Buen gusto para los guitarristas. Mal gusto para la cerveza.
Janick Gers y yo. © Ross Halfin



...Pero lo hice; me fui. © Guido Karp



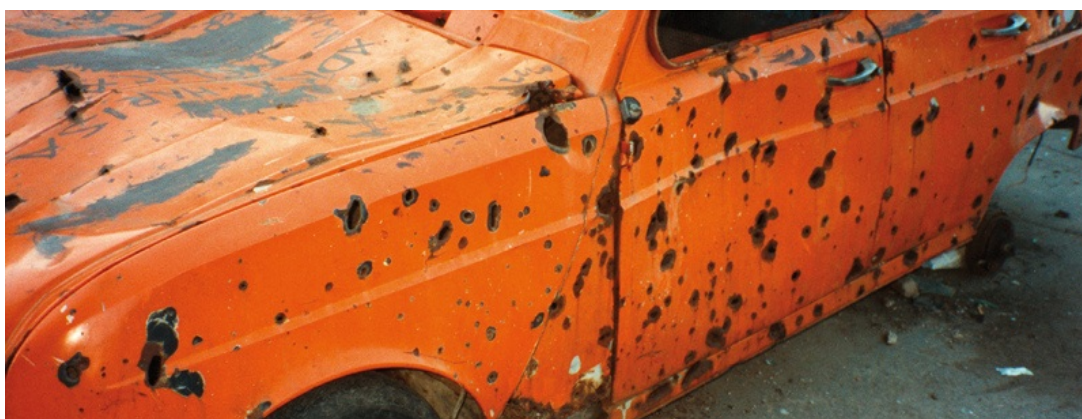
¡Caramba! ¡Cómo me reí! © Iron Maiden 1993



La nueva banda. De izquierda a derecha: Eddie Casillas, Adrian Smith, yo, Dave Ingraham y Roy Z. © Hans-Martin Issler



Trevor (derecha) y otro día trágico en Sarajevo. © Associated Press/Enric Martí



Un arma a la que no le gustaban los Renault.



Tierra de nadie. El último tío que hizo eso recibió un disparo.



De vuelta a casa por Navidad.



De vuelta al juego. © Dimo Safari



Astraeus Airlines intenta poner sus alas en funcionamiento.



Estoy demasiado gordo para salir por la ventanilla. © Iron Maiden 2003



Adivina quién es el único que no estuvo bebiendo toda la noche. © John McMurtrie



El Fokker en acción. © Iron Maiden 2014



La cerveza es la clave. © Maiden Brews 2013



A la mitad del tratamiento contra el cáncer. Me preocupa el bigote.



Una postura poco ortodoxa y un bate para noquear al cáncer.
© Ross Halfin



Una postura poco ortodoxa y un bate para noquear al cáncer.
© John McMurtrie

ΕΠΙΛΟΓΑ

Una autobiografía es una fiera extraña e indomable. ¿Es como una lista de la compra con sucesos ordenados? ¿Es una selección de chistes que parecían divertidos en su momento? ¿Es un ejercicio sin sentido, especialmente si acabas de finalizar tu quinta repetición y solo tienes veinticinco años? Mi respuesta es que no quería ser ninguno de los anteriores. Solo quería contar una buena historia. Escribí más de ciento sesenta mil palabras y quedaron poco más de ciento diez mil.

Muchas anécdotas divertidas no pasaron el corte, simplemente porque no permitían avanzar en la narración. En algún lugar hay un libro de anécdotas, pero no es un relato coherente.

Si hubiera optado por incluir dirigibles, esposas, divorcios, niños y actividades empresariales, habría llegado casi a las ochocientas páginas. Habría sido el tipo de libro que las personas usan para cometer un asesinato o ayudar a cambiar los neumáticos en los autobuses de Londres. Una cosa es segura: sería un regalo navideño de los que no se leen.

Tomé una decisión personal efectiva cuando comencé a escribir: nada de nacimientos, matrimonios o divorcios; míos o de cualquier otra persona.

Aquí hay suficiente material para sacarlo adelante. Algo más sería excesivo e innecesario. Como dijo Winston Churchill, solo serviría para «remover los escombros».

AGRADECIMIENTOS

A Mary Henry, por traducir y transcribir mi piedra de Rosetta, más allá de su obligación.

A Rod Smallwood por permitirme estar, y a Andy Taylor, por protegerme del mal de ojo.

A Dave Shack por liderar el equipo, a Ed Stewart-Lockhart, Sarah Philp, Helen Curl y Jake Gould por luchar en las batallas.

A toda la editorial HarperCollins, quienquiera que sea, y especialmente a Jack Fogg, mi editor y farero.

A Dave Daniel, de la agencia CSA, y a todos los demás, cada uno sabe a quién me refiero.

A los trenes, aviones y *pubs* donde garabateé, y a las almohadas de hotel donde descansaba después de escribir.



PAUL BRUCE DICKINSON (Worksop, Nottinghamshire, 7 de agosto de 1958), más conocido como Bruce Dickinson, es un cantante, productor musical, esgrimista, empresario, escritor, historiador y piloto de aviación británico. Es famoso por ser el vocalista, *frontman* y co-compositor de la banda de heavy metal Iron Maiden. Es considerado por muchos expertos de canto, medios y el público en general como uno de los mejores cantantes de la historia de este género. También posee un nivel intermedio de interpretación en guitarra, mostrado principalmente en su carrera en solitario.

NOTAS

[*] Juego de palabras entre «give a piece of one's mind» («decir lo que uno piensa») y «peace of mind» («serenidad», «paz mental»). (*N. de la T.*) <<